JUAN ARCONES

Un secreto navideño



MONTENA

Un secreto navideño

JUAN ARCONES

MONTENA

Que nadie te diga quién eres y quién no.
Eso solo tú puedes saberlo

Capítulo 1

Oliver

20 de noviembre

—¿Despedido? ¿Cómo que despedido?

—No lo veas como algo negativo, Oliver. —Qué fácil es decirlo cuando estás en el otro lado de la cadena de mando. ¿Cómo iba a ver un despido de una manera positiva?—. Estamos muy contentos contigo, pero ya sabes cómo está todo en el periodismo. Y más aún en una revista como la nuestra.

—Ya, ya. —Tampoco tenía muy claro qué más decir. Sabía que era una suerte estar en un trabajo como el mío. Pero la suerte siempre tiene un final. El mío acababa de llegar y ni siquiera lo había visto venir.

—Me duele más a mí que a ti.

«Permíteme dudar eso», pensé. Pero ¿de qué me sorprendía? Amelia nunca se había caracterizado por ser la persona más empática de la oficina.

—Te voy a ser sincera. Las cosas están mal. No tenemos suficiente dinero, y no queda otra que recortar.

—Lo entiendo, claro, sí… —respondí, compungido y casi agachando la cabeza.

—Pero, si necesitas alguna recomendación para buscar otro sitio

o lo que sea, no dudes en decírmelo, que no me cuesta nada —sonrió. Pero con esa sonrisa que conocía tan bien. Esa sonrisa que denotaba que ya estaba, mentalmente, en otro lugar. No estaba físicamente en su despacho, conmigo. Debía de estar pensando en la comida que tenía a las dos y media con su exmarido. Me acerqué con disimulo a la bandeja de galletas que había sobre su mesa. Como si coger una me fuera a aliviar de alguna forma.

Entonces se abrió la puerta de golpe y apareció David, que, hasta hacía unos minutos, era uno de mis compañeros. Dudaba que mantuviéramos el contacto cuando me fuera, la verdad. Nunca nos habíamos llevado especialmente bien.

—Amelia, está el chico nuevo esperando en… —Tardó, pero al final se dio cuenta de que yo me encontraba aún ahí, y entendió lo que pasaba. Así que la mente de Amelia no estaba en la comida con su ex, sino en el chico que me iba a sustituir, seguramente cobrando la mitad de lo que cobraba yo, que tampoco era mucho, las cosas como son, y recién salido de la facultad—. Perdón. No sabía que…

Claro que lo sabía. Las paredes del despacho de Amelia eran de cristal. Si había entrado y había dicho su frase, claramente había sido algo premeditado. Su regalo de despedida.

—Espera fuera —replicó Amelia, visiblemente molesta. Había intentado no quedar mal conmigo, pero era evidente que acababa de hacerlo. Sus recortes se traducían en contratar a otro del que poder aprovecharse.

David asintió y me dedicó una mirada antes de salir del despacho. Y juraría que también una pequeña sonrisa de suficiencia. Nunca me perdonó que me mandaran a mí a aquel viaje a Japón en vez de a él.

Cerró la puerta y se hizo al silencio. Al cabo de unos segundos, Amelia se levantó de la silla y carraspeó un poco. Vale. Captada la indirecta. La reunión había terminado. Yo ya no trabajaba allí.

—Habla con María Ángeles, de Recursos Humanos. Ella te explicará todos los detalles, ¿vale? —Lo dijo mientras rodeaba su mesa. Vino hacia mí.

«Espero que no se atreva a darme un abrazo», pensé. Yo lo único que quería era salir de ese despacho.

—Vale, sí, claro. Ha-hablaré con ella. —No sé por qué, pero tartamudeé. Lo que me faltaba ya.

—Genial. Pero no te vayas con mal sabor de boca, ¿eh? Que sepas que hemos trabajado muy bien contigo, y que vas a conseguir trabajo en nada de tiempo. —Siguió acercándose y abriendo poco a poco los brazos. Sí. Se venía abrazo incómodo.

—Eso espero —sonreí, forzado por la situación. ¿Encontrar trabajo en diciembre? ¿En plena campaña navideña? Fácil no iba a ser, precisamente.

—Y no dejes de leernos, que no quiero que nos guardes rencor. —Con tal de asegurarse un lector, Amelia podría vender su alma al diablo si hacía falta. Cogí una galleta por inercia y le di un buen mordisco. Al menos estaba buena. Pero dejé el resto sobre la mesa. Porque Amelia ya estaba frente a mí, con los brazos extendidos. Me levanté de la silla y noté en su mirada, con los ojos más abiertos que nunca, cómo me estaba pidiendo un abrazo sin pedírmelo. Así que cedí y nos abrazamos. No iba a echar de menos su perfume. Desde luego. Era demasiado fuerte, y siempre hacía que me picara la nariz.

Justo en ese momento.

«No. Ahora no», traté de reprimirlo, pero…

Mierda.

No me dio tiempo a apartarme y estornudé sobre su hombro. Pero no fue un estornudo normal. Ese perfume seguramente me daba alergia o algo parecido. Me di cuenta en cuanto me separé de ella. No solo había restos de galleta masticada en su hombro, sino una mezcla de mocos bastante desagradable.

—¡Joder, lo siento! —Es lo único que me salió decirle.

Amelia se apartó, pero al menos intentó disimular su asco. Vi cómo apretaba la mandíbula mientras trataba de contenerse. Me sostuvo la mirada con una sonrisa rígida, encajando los dientes con tanta fuerza que casi los oí rechinar.

—No pasa nada. Un accidente lo tiene cualquiera.

Estiró su brazo y sacó un pañuelo de un paquete que tenía en su mesa para limpiarse la chaqueta de ante con sumo cuidado. Yo… no sabía dónde meterme.

—Lo siento, en serio.

—No… pasa… nada. Adiós, Oliver. Y mucha suerte.

«Vale. Me voy. Ya me voy…».

Me vino otro estornudo, y ese fui capaz de contenerlo a duras penas. Amelia me tendió el paquete de pañuelos, lo cogí entero y me marché mientras me limpiaba la nariz, tratando de no volver a mirarla.

Salí del despacho y vi a todos mis compañeros (ya excompañeros) disimulando frente a sus ordenadores, como si no hubieran estado pendientes de todo mientras yo estaba dentro del despacho.

Pero, antes de irme, me di cuenta de que tenía aún el paquete de pañuelos en la mano. Así que volví a abrir la puerta del despacho.

Amelia estaba sentada en su escritorio, con una mueca de desagrado dibujada en la cara, y maldiciendo entre dientes.

—Te… dejo esto aquí, perdón —dije con un hilo de voz.

Cuando se dio cuenta de que había vuelto a aparecer, volvió a disimular. Una vez más, con aquella sonrisa falsa.

—Vale, claro. Sí. Déjalo ahí —contestó, y señaló una pequeña mesita junto a la puerta.

—Entonces… no vuelvo mañana, ¿no?

Capítulo 2

Oliver

—¿Cómo que te vas del piso?

—Oli, ya te dije que me iba a ir —me recordó Irene mientras, con una mano, daba vueltas a su copa de vino y, con la otra, no dejaba de juguetear con su pelo. Un viejo tic que la delataba siempre que se ponía nerviosa.

—Bueno, tampoco me lo dijiste. Era como… una posibilidad a largo plazo. —Y es que estaba seguro de que nunca me lo había dicho tan categóricamente como me lo estaba diciendo en ese momento. De haber sido así, yo habría estado buscando pisos mucho antes. Porque no podía pagar el alquiler solo, y menos aún después de mi despedido repentino.

—Pues lo siento. Yo pensaba que ya lo habíamos hablado —se disculpó—. Aunque espera… ¿No me habías dicho que te pondrías a buscar pisos?

—Bueno, sí, claro… Supongo que te diría algo así…, pero es que… —«Es que pensaba que al final te arrepentirías», quise decirle, pero no me salió.

—Tampoco te quiero dejar tirado. Te puedo ayudar a buscar algo mientras.

—Ya, pero estamos a finales de noviembre. ¿Cómo voy a

encontrar piso ahora?

—O un compañero. Mi habitación ya sabes que está…

—Tu habitación está genial y me la voy a quedar yo —sentencié —. Suponiendo que pueda seguir pagando el piso, que eso es mucho suponer. Y lo del compañero…

—¿No conoces a nadie que busque piso? Así no tienes que meter a un desconocido, y no tendrás que pagar el alquiler tú solo. Ponlo en algún sitio, yo qué sé… —concluyó, y dio un sorbo a su copa de vino. Un sorbo con el que se la bebió toda de golpe.

—Sí, lo pondré. Claro… ¡Qué remedio!

—Lo siento, Oli. Pero es que ya no aguanto más aquí. Contigo todo genial. Pero es esta ciudad. Me… Me agota. Me quema por todos lados. —Esa era una conversación que ya habíamos tenido muchas veces. Sabía de sobra que a Irene le agotaba vivir en Madrid. Y que solo aceptó hacerlo para tratar de ser actriz. Pero las cosas no habían salido como ella esperaba.

—¿Y dónde te vas?

—Me vuelvo a Valencia. ¿Que no tengo tantas oportunidades? Puede ser. Pero necesito tiempo para pensar qué quiero hacer. Y aquí… todo va tan rápido. Es que no me da… No me da la vida.

Se levantó y fue directa a la cocina. Tras comprobar que la botella de vino estaba vacía, rebuscó en la nevera alguna abierta. Sacó finalmente una de vino blanco que debía de llevar ahí dentro varias semanas, pero a Irene esas cosas siempre le habían dado igual.

—¿Quieres? —me dijo, agitando la botella.

Negué con la cabeza.

—No, gracias. —Solo bebía alcohol en muy contadas ocasiones.

Quizá el día que me habían echado del trabajo y del piso era un día perfecto para hacerlo. Pero no un vino que seguramente ya tuviera sabor a vinagre. Irene se encogió de hombros, rellenó otro vaso que encontró en el fregadero y regresó al sofá. Se sentó de nuevo frente a mí, cruzó las piernas y se quedó mirándome fijamente.

—Me odias, ¿a que sí? —dijo en ese tono infantil que sabía que no soportaba.

—No te odio. Pero es que todo me pilla por sorpresa. Sí, ya sé que dices que lo hemos hablado y blablablá. Pero yo qué sé. Hablamos de muchas cosas. Pensaba que algo tan importante, pues no sé, habría que haberlo discutido más veces, ¿no?

—Sí, vale. Si tienes razón… Pero es que soy un desastre, Oli. No puedo más. Y es que ya he firmado el contrato del nuevo piso y…

—¡¿Que ya tienes nuevo piso?!

Joder. ¿Y ni siquiera me lo había enseñado? Todo en secreto, para soltarme la bomba así, de repente, y esperar que yo respondiera con una sonrisa. Irene asintió, contenta, y se sacó el móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros. Lo desbloqueó y, después de un rato buscando, me tendió su teléfono. Eran las fotos del piso, sin amueblar, con unas ventanas que daban a un parque, así que era exterior, y dos habitaciones, una de ellas mucho más grande que la que tenía en nuestro apartamento.

—Está chulo, ¿verdad?

—Sí, la verdad es que es un pisazo —admití.

—¿Por qué no te vienes? Seguro que te lo pasas mejor allí conmigo que aquí —propuso de repente, con una sonrisa de oreja a oreja. Pero al segundo cambió su expresión, como si acabara de darse cuenta de que las cosas no eran tan fáciles—. Ah, espera,

claro, el trabajo y tal. Bueno, a lo mejor te dejan teletrabajar o algo, ¿no?

—En casa voy a estar mucho. Eso seguro —bromeé—. Pero es que, bueno…, pues como que me han despedido un poco esta mañana.

—¿Despedido un poco? —Frunció el ceño, extrañada.

—Un mucho. Vamos, que me han despedido. Del todo. Así, de repente.

—¿Qué dices? Pero ¿qué ha pasado? —me preguntó, interesada. Aunque la conocía demasiado, y seguramente su interés era más por el cotilleo que por la preocupación de que yo estuviera en la calle.

—Recortes y esas cosas. Lo de siempre supongo. —No es que me hubieran despedido de muchos trabajos. De hecho, este había sido el primero medianamente serio. Pero es lo que suele decir la gente cuando pasan estas cosas, ¿no?

—Hijos de puta. —Le salió del alma—. Ya lo siento, Oliver. Y yo ahora con lo del piso… Menudo marrón.

—Un poco sí, la verdad.

—Pero seguro que sales adelante. Siempre lo haces. —Asintió con vehemencia y se terminó la copa de vino. Bueno, lo poco que quedaba de ella. Le faltó lamer el interior—. ¿Tienes ya un plan?

—¿Plan? ¿Qué plan? Hasta hace unas horas, ni siquiera sabía que necesitaba un plan y… —Mi retahíla se vio interrumpida por una llamada. Había puesto el volumen de mi móvil al máximo, por si de repente Amelia se arrepentía y me llamaba para decirme que me volvían a contratar. Obviamente, una ilusión por mi parte, porque quien me estaba llamando no era mi exjefa, sino mi padre.

—¿No lo coges? —inquirió Irene, curiosa.

—Uf, no. Ahora no tengo ganas de hablar con mi padre. Además, es como un detector de mentiras humano. No hay quien le esconda nada. —Fue el primero en saber que yo era gay. Es que no me hizo falta ni decírselo. Ya lo dijo él por mí.

—Insiste bastante. A lo mejor es importante… —señaló Irene, y tenía razón. El móvil seguía sonando sin parar, así que al final cedí y descolgué la llamada.

—Hola, papá —respondí, pero al otro lado de la línea solo se escuchaba ruido y voces hablando sin parar. ¿Se habría equivocado y me habría llamado por error?—. ¿Papá?

—¡¡¡Oliver!!! —gritó tan fuerte que tuve que apartarme el teléfono un poco de la oreja—. ¿Hijo? ¿Estás ahí?

—Sí, papá. ¿Qué pasa? Te escucho fatal. ¿Dónde estás? —Me puse el dedo en el oído libre para intentar escuchar mejor. Me levanté del sillón y le indiqué a Irene con la cabeza que me iba a mi cuarto para hablar mejor.

—¡Los noruegos! ¡Son unos ruidosos! Quién lo diría, ¿verdad? ¡Pero es que es un grupo enorme! —chillaba, haciendo esfuerzos para que lo escuchara por encima del barullo de fondo.

—¿Qué noruegos? ¿De qué hablas?

—¡Noruegos! ¡Sí! —Claramente no me había escuchado—. ¿Qué haces, hijo? ¿Te pillo bien?

—Acabo de llegar a casa del trabajo. —Algo que era totalmente verdad—. Iba a prepararme un café y…

—¿Qué tal el trabajo? —Mierda. ¿Por qué había sido tan idiota de mencionar la palabra prohibida? La única salida era cambiar de tema.

—¿Qué quieres, papá? —le espeté sin más miramientos, a ver si

siendo tan directo se olvidaba de su pregunta e iba al grano.

—Ay, perdona, hijo, que hay tanto follón que no sé dónde tengo la cabeza. ¡Clara, por favor, ocúpate un segundo, que estoy al teléfono con tu hermano!

—Espera, ¿es que Clara está en el hostal? ¿Qué hace ahí? —Si se suponía que estaba en Lisboa esa semana con su última novia…

—¿Cuándo puedes venir, Oliver? —Y eso lo escuché perfectamente, porque se había alejado del ruido.

—No lo sé, papá. No creo que pueda este año… —Primero tenía que pensar cómo decirles que me había quedado sin trabajo y que, además, ni siquiera iba a ser capaz de pagar el piso en el que estaba.

—¿Cómo que no crees que puedas venir? ¡Las Navidades se pasan en familia! —exclamó, ofendido por la mera mención de mi posible ausencia en Navidad.

—Lo sé, papá, pero…

—Pero nada. Además, os tengo que dar una noticia importante.

—¿Una noticia? ¿Qué noticia?

—Tu madre también está en el hostal. Quiero a toda la familia reunida —sentenció—. Y no acepto un no por respuesta. Ya lo sabes.

—¿Mamá también está ahí?

—¿No puedes venir antes este año? Me vendría bien tu ayuda. Ya sabes, desde que se fue Miguel no doy abasto. —Miguel había sido el recepcionista del hostal. Se jubiló el año pasado.

—Ya, papá, pero yo trabajo… —Otra vez. Me quedé en silencio, deseando que no me preguntara más de la cuenta.

—Oliver…

Mierda.

—Papá, tengo mucho follón ahora.

—¿Por qué no quieres hablar del trabajo? Ha pasado algo, ¿verdad? —Lo dijo con toda la suavidad de la que era capaz, tratando de que no me escapara por una rendija y evadiera la pregunta de nuevo.

—¿Qué va a pasar? ¿Por qué siempre tienes que ponerte en lo peor? —respondí, totalmente a la defensiva.

Mi padre se quedó en silencio. Odiaba cuando hacía eso. Debía de ser una técnica de interrogatorio que le habían enseñado cuando hizo el servicio militar o qué sé yo. ¿No podía decir lo que pensaba directamente en lugar de dejarme ahí preguntándome si sabía o no sabía lo que le estaba ocultando? Pero no pensaba ceder. Esa vez no. Lo del trabajo y lo del piso eran mis problemas. Tendría que solucionarlos yo como una persona adulta. Me buscaría la vida. No quería deberle nada. No…

—Me han despedido.

¿Cómo demonios lo hacía?

—¿Despedido? Solo pensaba que no te habrían querido dar vacaciones, Oliver. ¿Qué ha pasado, hijo mío? ¿Te han dado alguna explicación? Venga, cuéntamelo todo. —Pero no me dejó que lo hiciera, porque al instante añadió—: O, mejor, ¿por qué no te vienes ya aquí y nos lo cuentas a todos? Dile a Irene que se venga también. Hace mucho que no la vemos. ¿Por qué no pasa aquí la Nochebuena con nosotros?

—No puede, se va a Valencia.

—Pero se irá más tarde, ¿no? Tú pásamela, que seguro que quiere acercarse unos días —insistió.

—Que no, papá. Que no puede. Que tiene sus cosas que hacer.

—Vale, vale. No pasa nada. Pero tú te vienes ya.

—Papá, tengo que buscar compañero y… —Me di cuenta de que acababa de meter la pata hasta el fondo. No solo adivinaba cuando yo estaba mintiendo, sino que me ponía tan nervioso que siempre acababa diciendo cosas de más.

—¿Compañero? ¿Para qué?

Silencio. Tenía que pensar algo más.

—Oliver De Luca. ¿Compañero para qué? —Cuando usaba ese tono de voz, no me quedaba otra que obedecer.

—Para el piso. Irene se va y me quedo solo —confesé con un hilo de voz. Es que no habían pasado ni cinco minutos desde que empezamos a hablar y ya le había contado todo lo que pretendía ocultarle. Mi madre odiaba esa parte de su personalidad. Supongo que, con el tiempo, se empezó a tomar como un reto lo de tratar de ocultarle las cosas.

—Le digo a tu hermana que coja los billetes —sentenció, y colgó. ¡Colgó! No me dio tiempo ni siquiera a réplica. Me dejó con la palabra casi en la boca.

—¿Hola? ¿Papá? —Nada. Ya no había nadie al otro lado del teléfono. Genial. No solo me quedaba sin piso y sin trabajo, sino que me tocaba pasar las Navidades con toda mi familia.

Capítulo 3

Oliver

1 de diciembre

Estuve varios días dándole vueltas a mi plan para el mes de diciembre. Era verdad que, si me quedaba en Madrid, mi futuro estaba bastante oscuro. No podía permitirme pagar el piso yo solo, y encontrar un compañero a esas alturas de año era complicado como poco. Al igual que buscar trabajo. Y, como había estado durante años como falso autónomo trabajando en la revista, tampoco es que tuviera muchos derechos a los que acogerme después de mi despido.

Mirándolo así, ir a casa de mi padre…, es decir, a su hostal, bien podía ser mi salvación. Por lo menos tendría un techo bajo el que vivir. Pero había insistido en una condición: me quedaría ese mes con ellos si me dejaban trabajar. Quería ganarme mi estancia allí. Obviamente, mi padre se ofreció a pagarme un sueldo. No se lo iba a discutir. Me iba bien el dinero.

—¿Sí? —respondió cuando descolgó la llamada al tercer tono.

—¿Cómo que sí? ¿Dónde estás? —exclamé, malhumorado. Estaba en el exterior de la estación, con mi maleta en una mano, mi mochila colgada sobre los hombros, y totalmente congelado por culpa de la nieve que caía copiosamente nublándome la vista, con

copos acumulados en mis cejas y en mis pestañas.

—¿Yo? En el hostal. ¿Y tú? —Le dejé unos segundos para que reaccionara, pero no lo hizo.

—Esperando en la estación —recalqué como si fuera algo obvio. ¿Se le había olvidado que llegaba?

—Pero ¿no está allí tu hermana? —Su tono era de auténtica y genuina sorpresa.

—A no ser que se esconda muy bien, no está —repliqué después de mirar a mi alrededor, buscando el coche destartalado de Clara.

—¡¡¡Clara!!! —chilló mi padre. De fondo escuché la voz de mi hermana—. ¿No ibas a buscar a tu hermano?

—¿Yo? ¡Si dijiste que ibas tú! —contestó, con ese tono tan suyo de que todo le resbalaba, que nada tenía tanta importancia como el resto le dábamos. De pequeños no dejábamos de discutir por eso. Me quitaba algún juguete, y cuando yo se lo echaba en cara (generalmente llorando), ella me lo devolvía con una mirada condescendiente, como queriendo decirme: «Si realmente no lo quería. No sé por qué te pones así por esta tontería».

—No, Clara. Yo dije que tenía que estar aquí. Sabes que tengo que estar aquí —oí que decía mi padre, aunque tuve que hacer un gran esfuerzo para entenderle porque había mucho ruido de fondo.

—Papá, creo que te equivocas. Tu memoria ya no es lo que era… —Ahí estaba la Clara que todos conocíamos. La que nunca asumía su culpa y te hacía sentir que el loco eras tú. Mi hermana, la reina del *gaslighting.*

—Hijo, problemas de comunicación —intervino mi padre, suspirando—. ¿Te coges un taxi y te vemos aquí en un rato?

—Claro. Qué remedio —rezongué y colgué. Miré hacia todos

lados, y no se veía ningún taxi. Pero no podía quedarme ahí toda la noche, con ese frío, con esa tormenta. Iba a matar a mi hermana en cuanto llegara al hostal.

Derrotado por la situación, me subí los cuellos del abrigo y la cremallera hasta el límite —a punto estuve de pillarme la piel— y tiré de la maleta hacia uno de los laterales de la estación, buscando algún taxi que pudiera acercarme al hostal. Ya llevaba casi veinte minutos esperando, rezando para que apareciera un coche por arte de magia, cuando vi unas luces parpadeando entre los copos de nieve. Eran de color naranja, así que tenían que ser las de unos intermitentes. Entrecerré los ojos y vislumbré el blanco característico de los taxis. No podía creer la suerte que acababa de tener. Corrí hacia el coche que prometía ser mi salvación mientras la nieve me congelaba la cara a cada zancada que daba, la mochila me golpeaba la espalda y la maleta se resistía a avanzar porque no rodaba bien por la calle empedrada que rodeaba la estación.

Aun así, llegué. Abrí el maletero sin esperar a que el taxista bajara siquiera y metí la maleta. Acto seguido abrí la puerta de la parte trasera del coche y entré. La calefacción estaba puesta al máximo y empezó a picarme la cara por el brusco cambio de temperatura. Dejé caer la mochila a mi lado y cerré la puerta.

—Al hostal El Muérdago, por favor —dije, y me coloqué el cinturón. Pero, cuando me giré para abrocharlo, me di cuenta de que no estaba dentro de un taxi ni mucho menos. Era… Parecía… ¿una especie de limusina?

Alguien tosió a mi izquierda. Levanté la mirada y vi que, sentado en el otro extremo del asiento, había un chico de mi edad (tendría unos veinticinco años como mucho), con el pelo oscuro revuelto y

unos ojos de un azul tan pálido que parecía gris plateado. Iba vestido con pantalón de traje y una camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados. Tenía una copa en la mano a medio beber y me miraba con cara de incredulidad total. Era guapísimo, con su mandíbula afilada y su nariz aguileña. Su perfume, que olía a madera y jazmín, inundaba el interior del coche.

—Eh… ¿Y mi taxi? —No me salió decir nada más. Estaba totalmente descolocado. Tanto él como yo. ¿Dónde me había metido?

—¿Tengo cara de taxista? —espetó, molesto, pero con elegancia.

—Oh, eh… No, joder, perdona. Si había un taxi aquí hace un segundo… —Yo no dejaba de mirar hacia todos lados, totalmente desubicado—. ¿Dónde estoy?

—En mi coche —recalcó, enarcando las cejas y mostrándome un pequeño hueco entre sus dientes delanteros.

No pude responderle porque en ese instante mi puerta se abrió y unos brazos fornidos me cogieron del cuello del abrigo y tiraron de mí hacia fuera.

—¡Eh, eh, que me lo rompes! ¡Que-me-rompes-el-abrigo!

Debía de ser su chófer o su guardaespaldas, porque menudo animal. Tras sacarme del coche, agarró mi mochila y la lanzó a mi lado, junto a mi maleta. ¿Cuándo la había sacado del maletero?

—Pero… no entiendo nada… —conseguí decir—. Qué bruto, coño.

En el interior del vehículo, el chico de traje seguía impertérrito, dando sorbos a la copa que tenía en la mano. Me miraba con un aire de superioridad que me enervó al momento, y juraría que le vi sonreír con displicencia justo antes de que el hombre que me había sacado de malas maneras cerrara la puerta.

Escuché un pitido y, a través de la cortina de nieve, vi que se acercaba un vehículo a toda velocidad. Cuando estaba cerca de nosotros, patinó sobre el hielo con tan mala suerte que frenó tarde y acabó golpeando la parte de atrás del coche del que acababa de bajarme. Bueno, del que acababan de echarme, más bien.

—¡Eh, Olivito!

Lo que me faltaba.

Mi hermana Clara era la conductora. Llevaba la ventanilla bajada y unas gafas de sol a medio poner, con una sonrisa socarrona dibujada en la cara.

—¡Clara! Pero… ¡¿qué haces aquí?!

—¿Cómo te iba a dejar tirado? —exclamó, desconectó el motor y salió del coche.

Y entonces el gorila que me había sacado a rastras fue directo a por mi hermana tras comprobar su parachoques. Clara, sin embargo, seguía sonriendo, como si nada de lo ocurrido fuera con ella.

—Los papeles del seguro —masculló el hombre sin más preámbulos, con una mirada dura e impasible.

—Pero si no le he hecho nada. El coche está como nuevo, por Dios —se defendió Clara. Tenía un morro que se lo pisaba, desde luego—. ¡Y, además, estabas dando marcha atrás! ¿Es que no tienes espejos retrovisores o qué?

—Clara… —traté de intervenir.

—Tus datos, por favor —insistió el hombre.

—Claro, sí, sí. Yo te los doy, pero que sepas que la culpa no ha sido mía —replicó mientras volvía a su coche y me hacía gestos con la mirada. Si lo estaba entendiendo bien, quería que me subiera. Yo asentí, nervioso, tiré de mi maleta y me acerqué al maletero.

Mientras el chófer iba hacia la puerta delantera de su coche, supongo que para sacar también su documentación, Clara se sentó tras el volante, encendió el motor y salió a toda velocidad. Casi tuve que saltar dentro en marcha.

—¡Clara, por Dios! ¡¿Pero qué haces?!

Ella, sin responder, cerró su puerta y aceleró, dejando la estación atrás en cuestión de segundos.

—Salvarnos a los dos. ¿Qué tal, Oli? —Sonrió cerrando los ojos y me cogió los mofletes con una de sus manos, dando un volantazo.

—¿Estás loca? —chillé.

—¿Preferías quedarte con el gorila ese? Te recuerdo que no podía darle mis datos, que me quitaron el carnet hace un mes.

—¿Cómo que te quitaron el carnet? ¡¿Y yo cómo iba a saberlo?! —grité.

—Hombre, porque te lo conté —recalcó lo que para ella era evidente.

—¿A mí? A mí no me has contado nada.

—Yo creo que sí. Aquel día que te llamé por esa película que estaba viendo… —empezó a decir, girándose hacia mí y haciendo gala de sus habituales aspavientos, en lugar de seguir con las dos manos en el volante y prestar atención a la carretera.

—Clara, por favor. ¡Las manos en el volante! ¡Y mira hacia delante! —supliqué.

—Que sí, que sí. Por Dios… Te has vuelto un muermo… —dijo, y puso la música a todo volumen, pero yo la bajé al momento.

—¿Muermo por querer respetar las leyes básicas de conducción? —contesté. Notaba que, del susto, tenía el bocadillo que me había comido en el tren casi en la garganta. ¿No podía conducir como una

persona normal?

Miré por el retrovisor para asegurarme de que no nos seguían, y no vi a nadie sospechoso. Se me había olvidado lo impulsiva que podía llegar a ser mi hermana. Ese era el germen de todos sus problemas en la vida. Siempre, desde pequeña, había actuado a base de corazonadas, de impulsos, y siempre me había sacado de quicio. Salvo en las contadas ocasiones en las que me beneficiaba a mí. Porque en el colegio, Clara siempre estaba ahí para defenderme. Si se metían con mis orejas (al parecer, para los estándares de un niño de doce años, eran demasiado grandes) o me llamaban ~~maricón~~, ella era la primera en aparecer, dispuesta a pegar un buen puñetazo si hacía falta. Ni siquiera preguntaba. Ni se molestaba. Me veía llorando, o con las gafas rotas por culpa de una pelea, y venía a salvarme. Era mi particular heroína.

—¿Por qué me miras así? Me estás dando mal rollo —me dijo, frunciendo el ceño, extrañada.

—¿Yo? No te miro de ninguna forma… —Giré la cabeza para volver a mirar por la ventanilla.

—Tú también me echabas de menos, ¿verdad?

—No digas tonterías —rezongué.

—Oye, Oliver. No. Por ahí no paso. Si algo hemos aprendido en esta familia es que hay que decir las cosas, ¿verdad? Si me echas de menos, me lo dices. No me mientas. ¿O es que vas a convertirte en un ser insensible y frío como el hielo? —exageró, poniendo la voz más teatral que se le ocurrió.

—Pero es que a lo mejor no te echaba de menos. —Sonreí con malicia, y recibí un puñetazo en el hombro como recompensa (o castigo)—. ¡Eh! ¡Qué animal eres!

—¡Dime que me echabas de menos!

—¡No quiero! —repliqué.

De golpe, Clara frenó el coche y el corazón casi se me sale por la boca. Tuve que poner las manos delante para no comerme el salpicadero.

—¿Qué haces? ¡Que nos matamos, loca!

—¡Hay un semáforo! —chilló, señalándolo con la mirada.

—¡¿Por qué gritas?!

—¡No lo sé! —replicó, y me di cuenta de que estaba agarrando con tanta fuerza el volante que los nudillos se le estaban poniendo de color blanco.

—Oye…

—Pues yo sí te he echado de menos, ¿vale? —confesó—. Sobre todo cuando pasó lo de Lilly. ¿Dónde estabas cuando pasó lo de Lilly? —murmuró sin quitar la vista del frente.

—¿Lilly? ¿Quién es…? Es que no sé de quién me hablas. —¿Y yo cómo iba a saber quién era Lilly?

—¡Mi ex! ¡Joe, Oli, no te acuerdas de nada!

—¡Yo qué sé! ¡Tienes muchísimas novias! —me defendí.

—Eso es verdad… —Al menos conseguí que sonriera un poco.

—A ver… Yo también te he echado de menos. —Alargué la mano para ponerla sobre su pierna, tratando de calmarla un poco—. Pero ya sabes lo liado que estaba…, que estoy en Madrid —me corregí a tiempo.

—¿En serio me has echado de menos? —Parecía significar el mundo para ella, así que asentí. Gritó henchida de felicidad y se lanzó a darme un abrazo, feliz de haber conseguido su propósito.

—Clara, el semáforo está en verde… —dije cuando un coche nos

adelantó al tiempo que nos regalaba una sonora pitada.

—Espera, un segundo más —me rogó, abrazándome con un poco más de fuerza y apoyando su cabeza sobre mi hombro. Me sentí como si volviéramos a ser aquellos dos niños, apoyándonos tras el divorcio de nuestros padres—. Venga, ya.

Rompió nuestro contacto, se colocó bien el pelo frente al espejo retrovisor y aceleró saltándose el semáforo en rojo sin darse cuenta siquiera.

—Me ha dicho papá que te han despedido —soltó así, de golpe. Estaba claro que las noticias volaban en nuestra familia.

—Papá, como siempre, incapaz de mantener la boca cerrada —protesté y me crucé de brazos, como si fuera un niño pequeño enfadado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, curiosa.

—Recortes de presupuesto. Algo así me dijeron. Yo qué sé… —Tampoco quería hablar mucho más del tema.

—Y también me ha dicho que ya no tienes piso…

—¡Sí que tengo piso! —Me puse a la defensiva sin saber muy bien por qué—. Solo que Irene se va y yo no quiero pagarlo solo…

—Porque no puedes, ¿no?

—¿Podemos hablar de otra cosa? —pregunté, en un intento de reconducir la conversación—. ¿Qué noticia me quiere dar papá? No me ha dicho nada aún.

Ni siquiera tenía una pista sobre lo que podría ser. No había querido contarme nada. Pero, si había alguien que seguro sabía algo, esa era Clara. La miré durante unos segundos en los que ella se mantuvo en silencio mientras se desviaba para coger la carretera que llevaba al hostal. Aunque hacía bastante tiempo de la última

vez, seguía reconociendo el camino desde la estación.

—Seguro que a ti te ha dicho algo.

—¿A mí? Qué va. Se ha empeñado en no contármelo hasta que tú estuvieras aquí. Ya sabes lo que le gustan este tipo de sorpresas. —Entornó los ojos. En mi familia siempre había gustado ese halo absurdo que rodeaba a las sorpresas. Yo lo odiaba—. Solo espero que no se case con su nueva novia. Sí, es maja, pero no me apetece ahora una boda que…

—¿Nueva novia? —Primera noticia.

—Pero ¿tú lees el grupo que tenemos? Obviamente, no. Se llama Paola. Nos envió una foto el otro día. Déjame que lo busque y… —Bajó la mirada, buscando su móvil, y ese movimiento, por supuesto, vino acompañado de un nuevo volantazo.

—¡Ya lo busco yo!

¿Papá tenía nueva novia? Y yo pensando que se estaba planteando volver con mamá… Cogí su teléfono y, tras desbloquearlo, empecé a buscar en sus imágenes hasta que di con una mujer que no reconocí. Llevaba gafas de sol, tenía el pelo rojo ondulado y estaba en una estación de esquí que me recordaba la del hotel que teníamos al lado de nuestro hostal. Pero parecía demasiado joven para él.

—¿Es esta? —pregunté, enseñándole la pantalla de su teléfono móvil. Giró rápidamente su cabeza para mirar y, al ver la fotografía, me lo quitó de la mano.

—¡Esa es Coral! ¡Dame!

—¿No es la novia de papá? ¿Es otra de tus novias? —bromeé.

—¿Y tú desde cuándo te sabes mi contraseña, si puede saberse? —señaló, molesta.

—Desde hace años. No la has cambiado todavía. Sigue siendo el cumpleaños de Kristen Stewart.

Después de otros quince minutos conduciendo bajo la nieve, que cada vez caía con menos intensidad, llegamos a los aledaños del hostal. Ya desde lejos podían verse las luces navideñas que decoraban la fachada. Cuando llegamos a la zona del aparcamiento, me embargó una sensación de melancolía; de golpe me vinieron a la mente un montón de recuerdos, tanto buenos como malos, vividos en aquel lugar.

—Lo sientes, ¿verdad? —me dijo Clara mientras apagaba el motor del coche—. Yo siempre tengo la misma sensación.

—Es raro. Es muy raro… —Fue lo único que me salió responderle. Era como si fuera a ponerme malo, como si fuese a vomitar. Pero a la vez experimentaba una sensación de calidez que me hacía sonreír. Después de un rato mirando por la ventanilla, viendo toda la decoración que había en la entrada del hostal, me di cuenta de que todo ese tiempo había estado agarrando la puerta para salir…, pero no la había abierto. Clara ya estaba fuera, pero yo me resistía a abandonar el coche. ¿Había sido buena idea ir al hostal? ¿O una terrible? ¿Volver a ese lugar era una forma de confirmar mi fracaso profesional y personal? Estaba sin trabajo, sin piso, y además llevaba meses sin tener una cita. Sentí que estar de vuelta en el hostal de mi familia era como si estuviera yendo hacia atrás.

Una vez más.

Casi todas las ventanas estaban iluminadas. Eso solo podía significar que estaba totalmente lleno. Como siempre en esa época.

Al escuchar a Clara abrir el maletero, volví de golpe a la realidad.

Salí del coche y hundí mis botas en la nieve. Me quedé mirando la fachada de arriba abajo con los brazos en jarra, recordando cuando era yo el que se encargaba de colgar todas las luces junto con mi madre.

—¿Qué llevas en esta maleta? Madre mía, Oli… —protestó Clara mientras la sacaba del maletero.

—No llevo casi nada. No seas exagerada —repliqué. Cogí la mochila del suelo del asiento delantero, cerré la puerta y eché a andar hacia la entrada, seguido de Clara, que arrastraba mi maleta a desgana—. Si vas a llevarla así, dámela, anda.

—No, no. Papá me dijo que te trajera al hostal y que me encargara de todo. ¿Qué clase de hija y hermana sería si dejara que tú llevaras tu equipaje?

Preferí ignorarla y seguí andando hasta llegar a la puerta de madera. Traté de no pensarlo mucho más y llamé al timbre. Escuché pasos al otro lado y, después de unos segundos de espera, la puerta se abrió y apareció mi padre, que transformó su expresión a una de absoluta felicidad al verme. Se lanzó a mis brazos y me apretó con fuerza contra él.

—¡Qué ganas tenía de verte, hijo! ¿Qué tal has llegado? Estás muy delgado. Seguro que no estás comiendo para poder ahorrar… —Negaba con la cabeza mientras me repasaba de arriba abajo—. ¡Venga, pasad dentro que hace mucho frío!

Tiró de mí, agarrándome del brazo, y me hizo pasar al interior del hostal. La misma sensación que había tenido antes de bajar del coche regresó y me quedé paralizado al instante, envuelto en recuerdos y en una energía difícil de definir que me recorría todo el cuerpo. Desde la planta de los pies hasta los pelos de la cabeza. La

culpa era del olor. Ese olor. A madera y a galletas de jengibre. Lo echaba de menos. Como si no hubiera pasado el tiempo y El Muérdago se hubiera quedado detenido en mi último recuerdo.

Dentro del hostal, la decoración era increíble. Guirnaldas, muérdago, luces de colores y la chimenea encendida. Pero no había nadie junto a ella. Seguramente porque ya eran casi las doce de la noche. La gente estaría en sus habitaciones.

—Deja tus cosas por ahí. Venga, dame —me ordenó, cogiéndome la mochila para colocarla en uno de los sillones de la zona de estar.

El calor de la chimenea era reconfortante. Sobre todo después del frío que había pasado fuera.

—¿Qué tal el viaje? —quiso saber mi padre, pero no esperó a que le contestara, y fue directo hacia la puerta de la cocina—. Te preparo un chocolate caliente, ¿vale?

—No hace falta, papá. Estoy bien. No tengo hambre, la verdad. —No quería que se pusiera a trabajar a esas horas de la noche—. Y el viaje bien. Salvo el accidente de Clara, todo bien.

—¿Accidente? ¿Qué accidente? —Pasó de mirarme a mí a centrarse en mi hermana, que había dejado la maleta en la entrada —. ¡Clara! ¿Qué accidente?

—Menuda tontería. De accidente nada. ¿O no nos ves solteros y enteros? —bromeó ella mientras colgaba la bufanda en uno de los percheros. Luego entró en el salón frotándose las manos para entrar en calor.

—No habrá vuelto a dar a otro coche al aparcar, ¿verdad? Clara, te tengo dicho que…

—Que no ha sido nada, papá, por favor. Calma todo el mundo. — Sonrió y le dio un beso en la mejilla—. Me voy a mi habitación, que

estoy molida. Y tú, Oliver, ya te vale. ¿Es que no podías quedarte callado por una vez?

—¿Ahora tengo yo la culpa de que conduzcas como una desquiciada? —protesté, poniéndome en pie.

—La próxima vez te vienes andando —respondió, molesta.

—Al menos así no tendría que huir para evitar que me denuncien.

—¿De qué estáis hablando? —intervino mi padre, que seguía nuestra discusión como si estuviera viendo un partido de tenis.

—Tonterías de tu hijo, que es un tiquismiquis.

—Para ti nunca pasa nada. Siempre es una tontería todo… —añadí, aunque sabía que la conversación no iba a llegar a ningún lado.

—Espera, Clara, hija. No te vayas. Me vais a contar lo que ha ocurrido…

—¿No tienes que contarnos tú algo primero? —contraatacó ella.

Mi padre frunció el ceño, preocupado.

—¿Qué pasa, papá? ¿Qué es?

—Mañana hablamos, que hoy has tenido un día muy largo, hijo… —comenzó a decir, pero no. No le iba a dejar que se echara atrás. Y menos en ese momento que Clara había lanzado el anzuelo.

—No, papá. Hablemos ahora. ¿Qué pasa? ¿Qué es tan importante para que haya tenido que venir hasta aquí?

Clara desistió de su idea de irse a su habitación a dormir y anduvo hasta colocarse a mi lado.

—¿Os unís los dos contra mí? —se lamentó mi padre.

—Habla y ya decidiremos —dijo Clara.

Mi padre, acorralado, acabó cediendo a nuestra presión y nos contó la noticia que tan celosamente estaba guardándose.

—Nos echan del hostal —susurró, con todo el dolor de su corazón.

—¿Cómo? —Se me atragantaron las palabras. El reloj de la entrada sonó con fuerza, marcando la medianoche, casi como si hubiera estado planeado—. ¿Cómo que nos echan?

—En serio, hablémoslo mañana. Mañana os lo contaré todo bien.

Entonces la conversación se vio interrumpida por los focos de un coche que nos iluminaron desde fuera, a través de la ventana. Escuchamos los neumáticos derrapando en el camino y el motor al apagarse. Mi padre fue hacia la puerta de entrada, seguido por mi hermana y por mí. En el exterior estaba el mismo coche de la estación de tren. El mismo al que me había subido por error y con el que Clara había chocado.

—Oh, mierda —murmuró mi hermana entre dientes, pero mi padre ni la escuchó.

—Papá, ¿por qué nos echan? —insistí.

Los focos del coche se apagaron.

—Puedes preguntárselo a él —respondió, y señaló con la mirada el coche.

El gorila que me había lanzado al suelo salió del vehículo, caminó hacia la puerta trasera y la abrió con delicadeza. Del interior emergió el chico de los ojos azules, trajeado y con cara de pocos amigos.

—No sé si conoces a Perseo Montecarlo.

Capítulo 4

Oliver

2 de diciembre

—Espera, ¿qué? ¿Montecarlo? ¿Los Montecarlo? ¿Los-los dueños del hotel de la estación de esquí? ¿Esos Montecarlo? —tartamudeé, sin acabar de creérmelo de todo.

—Buenas noches, De Luca —saludó aquel chico tan estirado y remilgado.

Se había puesto un abrigo negro de plumas totalmente impoluto, tanto que parecía recién comprado. Por su forma de andar era evidente que se trataba de una persona muy segura de sí misma. Se acercaba lentamente, con el mentón algo alzado y la mandíbula apretada, con las manos entrelazadas en la espalda.

—Buenas noches, Perseo —respondió mi padre, lo más educadamente posible—. ¿Quieres pasar y tomar una taza de té? Es tarde y…

—Su hija ha abollado mi coche —espetó Perseo. Casi escupió las palabras. Como con desprecio.

Mi padre le dedicó una mirada asesina a mi hermana, que se encogió de hombros, sonriendo bobaliconamente.

—Seguro que ha sido un accidente sin importancia que…

—Yo decidiré la importancia que tiene —sentenció Perseo—. No

solo me ha golpeado el coche, sino que ha salido huyendo.

—Si ha sido un golpe de nada… Le puedo dar un poco de pintura si hace falta y arreglar el parachoques, que se me da genial. Aunque sé que está perfectamente… —dijo Clara, pero mi padre la mandó callar con un gesto.

—Te pido mil disculpas. Si quieres, mañana a primera hora le podemos echar un vistazo al coche y lo reparamos. Será un momento. —A mi padre solo le faltaba hacerle una reverencia y besarle los pies.

Entonces Perseo se percató de mi presencia y su expresión cambió por completo. Parecía estar sorprendido e intrigado a partes iguales. Sus ojos me miraban tan fijamente que casi me cortaron la respiración durante unos segundos. Mi padre no daba crédito. La situación se había vuelto tan incómoda que nadie parecía querer romper el silencio que se había creado.

—¿Pasa algo? —pregunté al fin, con un tono más chulesco del que pretendía.

—Tú. Tú te metiste en mi coche —dijo Perseo, acusador.

—¿Cómo? —Mi padre ya no sabía qué pensar.

—Oli, qué callado te lo tenías —me pinchó Clara, siempre tan inoportuna.

—Fue una equivocación —me defendí—. Pensaba que estaba subiéndome a un taxi y…

—Mañana tendréis noticias de mi seguro —masculló—. Y recuerda que tienes hasta el quince de diciembre. No me gustaría tener que hablar con padre.

—¿Realmente tenemos que llegar a eso? —se lamentó mi padre —. Podemos echarle un vistazo ahora y…

—No le ha hecho nada —intercedí para ayudar a mi hermana y tratar de arreglar el desaguisado que había creado por culpa de su carácter temerario.

—¿Cómo dices? —preguntó Perseo enarcando una ceja, intrigado por mi atrevimiento.

—¿Vienes al hostal de mi padre y nos amenazas? ¿Y si hablo yo de cómo tu gorila me ha agarrado del brazo y tirado al suelo? —contraataqué.

Perseo miró de soslayo a su chófer, que mantenía la vista al frente, como si no fuera con él la cosa.

—Tú te habías metido en mi coche. Podías ser peligroso —se defendió.

—Solo fue una equivocación. Creo que la… forma de proceder de tu chófer… fue bastante desmesurada. ¿Quieres ver cómo me ha dejado el brazo? —Hice el amago de subirme la manga del jersey. Aunque esperaba no tener que hacerlo, porque dudaba que tuviera marca alguna.

Perseo me miró unos segundos, desafiante, afilando más aún su mirada. Yo aguanté todo lo posible, hasta que fue él quien acabó desviándola.

—Controle a sus hijos, Santiago —se limitó a decir antes de girar sobre sus talones y volver hacia su coche, enfurecido.

—Perseo… —lo llamó mi padre, pero él no se dio la vuelta. Entró en el coche. El chófer se sentó tras el volante y puso en marcha el motor, alejándose del hostal y desapareciendo en la oscuridad del camino.

—¿Alguien puede explicarme qué está pasando? —preguntó mi padre, aún fuera de juego—. ¿Qué habéis hecho?

—¡Eso tendría que decirlo yo! ¿Cómo que nos echan? ¿Cómo que quince días? Papá, ¿qué está pasando?

—Los Montecarlo son un… hueso duro de roer. —Fue lo único que pudo decir antes de indicarnos con los brazos que volviéramos dentro.

—¿En serio tienes una marca en el brazo? —quiso saber Clara, pero ignoré su pregunta.

—Papá, El Muérdago es nuestro. Este hostal… No pueden echarnos —insistí, pero mi padre seguía sin tener ganas de continuar con la conversación. Sacó las llaves de su bolsillo y cerró la puerta mientras yo no dejaba de insistirle—. ¿Lo sabe mamá? ¿Has hablado con ella?

—Menudo estirado el Perseo ese… —murmuró Clara entre dientes.

—Es que este hostal es nuestro. No pueden echarnos. El Muérdago es nuestro. ¿Papá? ¡Papá!

—¡Las tierras no, Oliver! —chilló con rabia.

Me quedé en silencio.

—Las tierras no.

—¿Qué tierras? ¡Esto no es un rancho de una película americana! —contesté, malhumorado.

—Oliver, por favor. Esta noche no.

—Pero es que, vamos a ver, que yo me organice mentalmente —añadí, sin hacer mucho caso a su petición—. No pueden echarnos. Este hostal es el centro del pueblo. Y viene gente de todo el mundo. Es un icono navideño, por favor. Es-es-es decir, algo podremos hacer.

—¿Y te crees que no lo he intentado ya? Tenemos hasta el quince de diciembre para entregar las llaves. Los clientes que se queden

esta Navidad serán los últimos clientes de El Muérdago. Punto.

Nunca había visto tanta tristeza en sus ojos. Se guardó las llaves de nuevo en el bolsillo y se alejó lentamente hacia las escaleras, camino del piso de arriba.

—Clara, ayuda a tu hermano a instalarse en su habitación.

Miré a mi hermana, pidiéndole con los ojos que hiciera algo, pero se limitó a encogerse de hombros, coger mi maleta y llevarla escaleras arriba. El hostal nunca me había parecido tan frío como en ese momento.

Ni siquiera tuve que ponerme alarma para despertarme a la mañana siguiente. Cuando abrí los ojos, ya eran casi las ocho. No había dormido mucho dándole vueltas a lo que había sucedido por la noche con Perseo Montecarlo. ¿Cómo se podía ser tan frío? ¿Tan insensible? ¿Quitar el negocio a una familia que llevaba décadas trabajando? El hotel de la estación de esquí había estado haciéndonos zancadillas continuas desde hacía años, pero nunca pensé que llegarían tan lejos.

Si algo tenía claro era que yo no podía permitirlo.

Es decir, ¿para qué había ido si no al hostal? Quizá mi padre tenía un plan secreto del que aún no nos había hablado. Yo tenía el mío propio: ir al hotel y hablar con Perseo cara a cara. Era un niño rico estúpido, sí, pero seguro que podría razonar con él.

Me acerqué a la ventana y la abrí para ventilar la habitación. Fuera brillaba el sol y, aunque seguía haciendo frío, el paisaje era como una postal navideña. Exactamente como lo recordaba, con el bosque de abetos rodeando el hostal. A lo lejos, las cumbres de las montañas y, si prestabas atención, incluso podías ver el telesilla que

iba desde el hotel hasta lo alto de las pistas de esquí más peligrosas.

A esas horas, los huéspedes del hotel ya estarían bajando al comedor a desayunar.

Me acicalé un poco en el baño. Peiné como pude mi pelo rebelde y traté de disimular mis ojeras de haber dormido tan mal. Me lavé la cara con agua casi helada y, tras ponerme un jersey de lana y unos vaqueros oscuros, cerré la ventana y salí de la habitación. El pasillo estaba vacío, pero el hilo musical navideño ya sonaba de fondo. Cada puerta tenía su decoración especial, además de guirnaldas que se enroscaban en las lámparas que colgaban de las paredes.

Bajé por la escalera oyendo el ruido de platos y conversaciones anodinas cada vez más cerca. Cuando me asomé al comedor, había dispuesta una enorme mesa alargada, repleta de comida: gofres, napolitanas, tostadas, jarras de zumo de naranja, mermeladas caseras… Y, repartidas por el resto del comedor, seis mesas redondas. Todas ocupadas. Habría unas diez o doce personas en total. Es decir, el hostal estaba lleno.

En cuanto mi hermana me vio entrar, dejó la bandeja de los cafés en el centro de la mesa de desayuno y vino directa hacia mí.

—¿Has dormido bien? Bueno, pregunto, pero tienes unas ojeras hasta el suelo, así que… Ven, que te preparo un café bien cargado. —Me cogió del brazo y tiró de mí hacia el interior de la cocina, donde olía a bollos recién hechos y a fruta.

Mi padre estaba limpiando la vitrocerámica, pasando con fuerza un estropajo. Pero debía de estar aún caliente porque el jabón y el agua, al entrar en contacto con la superficie, formaban una columna de humo acompañada de un leve chisporroteo.

—¡Buenos días, Oliver! ¿Has descansado? Clara, prepárale un

café a tu hermano —le ordenó. Ella asintió y fue directa hacia una de las dos cafeteras de cristal repletas de un café oscuro y brillante —. Menudas ojeras, hijo.

—¿Qué os pasa con mis ojeras? —protesté mientras me sentaba a un lado de la barra que dividía la cocina en dos. Clara me dejó una taza con café humeante y se sentó frente a mí. La suya era la cara de Santa Claus—. ¿Dónde está mamá? ¿Por qué no estaba anoche?

—No está durmiendo en el hostal. Ya sabes… —murmuró mi padre entre dientes.

—Lucas, ¿verdad?

Clara asintió.

Lucas era el novio de mi madre. Era majo. Sorprendentemente majo. Pero demasiado intenso. Era bastante opuesto a mi padre. En casi todo. Sin embargo, hacía años que no veía a mi madre tan feliz, y eso era lo único que me importaba.

—¿Y dónde duermen? No me lo digas. Tienen una casa en…

—Tu madre duerme en otro sitio porque el hostal está lleno y no quería ocupar una habitación. Ya sabes lo cabezota que es —dijo mi padre, que, tras haber terminado de limpiar, estaba cortando más rebanadas de pan para sacarlas al comedor. Llenó un par de cuencos rojos y verdes, los puso sobre una bandeja y salió de la cocina.

—¿Cómo puede ser capaz de llevarlo todo él solo? —pregunté mientras daba un sorbo al café que me había preparado Clara. Muy cargado. Justo lo que necesitaba.

—¿Solo? Llevo ayudándolo desde hace una semana. En cuanto abrimos la temporada navideña —protestó mi hermana—. Y mamá también.

—¿Por qué no contrata a alguien? Algún cocinero, o a alguien

para la recepción…

—Supongo que, con el follón de que nos quieran echar, ha preferido no añadir problemas —reflexionó Clara—. ¿Más?

—Por favor. Está buenísimo.

Me rellenó la taza con más café y, acto seguido, hizo lo mismo con la suya.

Volvió a sentarse en la barra frente a mí y alargó el brazo para alcanzar una bandeja repleta de galletas de chocolate y avena. Las dejó entre los dos y se metió una de golpe en la boca.

—Qué bruta eres… —la recriminé. Yo cogí una y la partí por la mitad para mojarla en mi café—. El hostal está lleno, ¿no?

—Mmmppfpf… Sí —contestó Clara con la boca aún llena—. Están los noruegos. Son cuatro, pero se van dentro de un par de días. —Terminó de masticar la galleta. Bebió un largo sorbo de café y siguió contándome sobre el resto de los huéspedes—. Hay dos chicos que es la primera vez que visitan la zona. Monísimos. Uno de ellos es coreano y me tiene enamorada.

—¿Cómo sabes todas esas cosas? —pregunté, sorprendido.

—Porque pregunto, y la gente confía en mí. —Se echó el pelo hacia atrás con aire chulesco al decirlo—. También hay una madre y su hijo. Adolescente. Todo el rato pegado al móvil. Luego… A ver que recuerde… Dos amigos que están de aniversario de su amistad, porque creo que se conocieron aquí… Unos recién casados, de Granada, y una escritora. No la conozco, pero me ha contado que está escribiendo su nueva novela, y parece que le ha gustado el hostal para… ¿Cómo se dice? ¿Para inspirarse?

Todos esos hacían un total de trece personas. Realmente el hostal estaba repleto. No cabía nadie más.

—¿Qué piensas hacer esta mañana? ¿Nos ayudas a mamá y a mí con las habitaciones?

—Esta mañana… no puedo.

—¿Qué tienes que hacer? Si ya no trabajas… —recordó.

—¿A ti qué te importa?

—Me importa, porque has venido aquí a ayudar. De hecho, a trabajar. No trates de escaquearte ya el primer día, ¿eh? —me recriminó.

—Pero tú no eres la jefa. Es papá. Que me diga él lo que tengo que hacer. Pero antes…, bueno, tengo que solucionar algo.

—Vas a hablar con el tal Perseo, ¿a que sí?

—¡No! —mentí.

—Son cabezotas, y dudo que vayan a hacer caso a alguien como tú —me advirtió.

—¿Cómo que «alguien como yo»?

—De… una clase diferente. Digámoslo así. Pero ve, ve. Ve a hablar con él. Total, tampoco puedes estropear nada. —Se levantó de la barra, cogió otra galleta y llevó la taza al fregadero.

—Solo voy a decirle un par de cosas —cedí.

—¿Sabes algo de esa familia, Oli? —me preguntó Clara. Pero no me dio tiempo a responder. Estaba claro que quería contármelo ella —. El que vino ayer es Perseo Montecarlo. Es el heredero de todo el imperio familiar. Ya sabes, hoteles de lujo por todo el mundo, academias deportivas y esas cosas… Está su padre, Orión, que es bastante hijo de puta, por lo que dice la gente. Su abuelo, Adamant. Aunque está muerto, ¿no? —Asentí. La noticia salió hace un tiempo en todos lados—. Y, bueno, aparte de Perseo, está Gabriel, el hijo pequeño, y Abigail, la hermana mayor, que también murió hace un

año, creo. O eso dijeron. Cocaína, un accidente de coche… Todo muy misterioso. Ya sabes, *thriller* familiar.

—Gracias por la información. No necesitaba tanto, pero gracias.

—Un placer. Siempre a tu servicio. —Sonrió, socarrona, y me hizo una leve reverencia—. Las llaves de mi coche, detrás del mostrador; pero te aviso: tengo los rayajos contados —dijo, justo antes de salir de la cocina.

En cuanto me quedé solo, empecé a trazar mi plan de ataque.

Capítulo 5

Oliver

El hotel no estaba lejos. No tardé más de quince minutos en llegar, sobre todo a esas horas de la mañana. Por suerte, las máquinas quitanieves habían trabajado por la noche y la carretera estaba bastante despejada para que no hubiera ningún tipo de peligro. Sabía conducir, pero odiaba hacerlo con nieve.

En una de las laderas de la montaña estaba el hotel de los Montecarlo. Tenía la fachada de madera y dos enormes abetos navideños custodiaban la puerta principal. Había varios coches, muchos de ellos de lujo, aparcados en los alrededores, y bastante movimiento de gente con monos de esquí, gorros y gafas de sol. Todos iban hacia el telesilla, dispuestos a pasar una mañana de sol y deporte de montaña. Pero yo tenía otros planes.

Dejé el coche en el aparcamiento y, cuando me quise dar cuenta, la barrera se cerró tras de mí. Ya pensaría luego cómo salir de allí. Lo primero era lo primero.

Crucé las puertas de cristal de la entrada y el enorme vestíbulo me dejó sin habla. Hacía bastantes años desde la última vez que había estado en ese hotel. Las reformas que habían hecho en la última década lo habían dejado irreconocible, a un nivel de lujo espectacular.

Pero no pensaba dejarme obnubilar por su ambientador con olor a pino y su suelo de mármol reluciente. Tenía una misión. Solo esperaba que fuera fácil de cumplir. Fui directo al mostrador, donde había tres mujeres. Dos de ellas atendían a nuevos huéspedes. La tercera estaba al teléfono. Me acerqué a ella y, al verme, colgó.

—Buenos días. Bienvenido al… —comenzó a decir.

—¿Está Perseo Montecarlo? —la interrumpí al segundo. La chica tardó un poco en reaccionar, sorprendida por mi determinación.

—El señor Montecarlo… está en una rueda de prensa —respondió, aún algo confundida por la situación—. ¿Tiene una cita con…?

—Dígale que soy el chico que se coló en su coche y que tengo que hablar con él de un negocio urgente —dije de un tirón—. Espere…, ¿una rueda de prensa?

—Disculpe, pero no sé si…

—Da igual. Iré a buscarlo yo mismo —dije, y, sin esperar una respuesta, me dirigí al bar del hotel, junto a una de las terrazas que daban a la pista de esquí.

No había mucha gente en el bar a esas horas. Las televisiones estaban encendidas. Una de ellas mostraba una competición de billar y en la otra podían verse imágenes de diferentes zonas del hotel. Desde el interior se veía parte de la pista de esquí, donde estaban montando unas enormes gradas para el concurso de saltos anual que hacían en el pueblo. Venían esquiadores de todo el mundo. Era un evento que paralizaba toda la zona y hacía que nuestro hostal se llenara de turistas.

No sabía muy bien por qué había decidido que Perseo podría estar en el bar, pero quizá encontraba a alguien al que preguntar. La

suerte me sonrió porque lo vi en el exterior, en la terraza. Había un pequeño escenario montado y, justo frente a este, varias personas de pie miraban a Perseo, que hablaba tras un atril de cristal. Detrás de él, un enorme cartel en el que se podía leer: xxxv edición saltos de esquí valle del bron. Esa sería la rueda de prensa a la que había hecho referencia la recepcionista.

—Venga, Oliver, tú puedes. Te acercas y le dejas claro que no puede coger lo que quiera, así como así. Bueno, no sé si esa es la mejor frase, pero venga, vamos al lío, que seguro que te escucha —me dije a mí mismo mientras pensaba cómo abordarlo delante de tanta gente. Quizá podía ser una ventaja para mí y no le quedaría otra que escucharme.

Pero, cuando estaba a punto de llegar a la terraza, una voz me detuvo.

—Yo que tú no lo haría —dijo alguien desde uno de los sillones que había detrás de una de las columnas de mi izquierda. Era una voz con un tono infantil y juguetón. Me giré y vi a un chico ahí sentado, con el brazo apoyado en el respaldo y las piernas cruzadas. Me miraba fijamente. Era pelirrojo, con el pelo ondulado. Varios rizos le caían por la frente. Su sonrisa era arrebatadora y tenía una cicatriz en el labio superior. Su expresión parecía afable, pero escondía un punto de locura que podías notar en sus ojos verdes simplemente con una mirada. Vestía con ropa ancha y de colores muy neutros, en contraste con su pelo tan llamativo.

—¿Cómo? —conseguí decir.

—Te he escuchado mientras hablabas contigo mismo, ahí atrás. ¿Estás loco o algo así? —sonrió, divertido.

—¿Me has escuchado? —susurré, avergonzado.

—Era difícil no hacerlo. Prácticamente has gritado cada palabra.

—Bueno, sinceramente, creo que no es asunto tuyo —repliqué, tratando de zanjar la conversación.

—Oh, pero sí que lo es. Porque ese con el que quieres hablar es mi hermano. —Siguió sonriendo.

Tierra, trágame. No le había reconocido. Era Gabriel, el hijo pequeño de los Montecarlo.

—Sí, soy Gabriel. Un placer. —Se levantó de golpe y me tendió la mano.

—Hola, eh…, no esperaba encontrar… Soy-soy… Me llamo Oliver.

—Un placer, Oliver. ¿Me permites un consejo? Mi hermano siempre ha cogido lo que ha querido y cuando ha querido. No sé qué te ha quitado, pero no creo que tenga intención de devolvértelo.

—Pues tendrá que hacerlo —sentencié.

—¡Esa es la actitud! Suerte con él. Yo estaré aquí disfrutando del espectáculo —dijo, y volvió a sentarse—. A mi hermano le encantan los retos. A ver si puede contigo.

—¿No me habías dicho que mejor no lo hiciera?

—La vida son contradicciones, hoyuelos. —Me guiñó un ojo, cogió un libro que había sobre la mesa y lo abrió por la mitad. Luego se recostó en el sillón, apoyó las piernas sobre la mesa y pasó a ignorarme por completo.

Tratando de olvidar la conversación que acababa de tener, me armé de valor y salí a la terraza de madera que rodeaba el bar del hotel. El viento frío me abofeteó la cara. Al estar tan cerca de la ladera de la montaña, la sensación térmica era mucho más baja que en otras zonas del exterior del hotel, pero estaba tan concentrado en enfrentarme a él que se me pasó el frío a los pocos segundos.

—La competición empezará, como bien sabéis, el próximo siete de diciembre. Habrá una recepción oficial la noche anterior, aquí en el hotel, de todos los deportistas que participarán. Y el nueve de diciembre celebraremos la fiesta de bienvenida; una tradición que mi familia ha mantenido viva los últimos treinta y cinco años. —Perseo se quedó en silencio unos segundos, dejando que calara el mensaje, y luego continuó con su discurso—. Además, en esta nueva edición, me complace anunciaros que se repartirán doscientos cincuenta mil euros en premios bajo un criterio de estricta igualdad de género. La cuantía de los premios será la misma para la categoría masculina que para la femenina.

Esa revelación arrancó los aplausos de los asistentes a la rueda de prensa. Estaba seguro de que la gran mayoría eran periodistas. Pero no reconocía a ninguno.

—Ahora, antes del salto inicial con el que inauguraremos esta edición, comienza el turno de preguntas —dijo, e indicó con la mirada a una joven que estaba al fondo de la terraza, junto a mí, que estuviera atenta. Me fijé y llevaba un micrófono entre las manos. Estaba nerviosa, deseosa de hacer las cosas bien.

Se levantaron casi todas las manos y, a continuación, Perseo señaló a un hombre de mediana edad, con sudadera gris y pantalones vaqueros, que estaba en una de las últimas filas. La chica corrió hacia él y le acercó el micrófono.

—Tomás González, de la revista *Skiaar*. Según el comunicado que han enviado a medios, este año también se unen categorías de *snowboard*. ¿Por qué se ha tardado tanto en incluirlo? Muchas gracias.

—No hemos incluido el *snowboard* hasta este año porque

queríamos asegurar las mejores condiciones para los deportistas. Había que adecuar las pistas que rodean al hotel, y también queríamos evitar perjudicar a la fauna que vive en los bosques de esta montaña. Este año, después de mucho trabajo, hemos abierto por fin una pista especial para poder disfrutar de una muy buena competición de *snowboard* a la que vendrán los mejores —respondió Perseo, serio y firme, pero tratando de sonar amigable. Se le notaba impostado.

El resto de los periodistas volvieron a levantar las manos. La chica le llevó el micrófono a una mujer con gafas que tenía el pelo recogido en una coleta hecha a toda prisa.

—Sara del Hoyo, *Marca*. ¿Es cierto que su hermano, Gabriel Montecarlo, va a participar este año?

—Mi hermano Gabriel es un gran saltador, pero también un gran bromista. No va a participar. Estará con mi familia supervisando la competición. No queremos que su participación impida la de otro deportista.

En ese momento, una extraña energía se apoderó de mí. Levanté la mano, ocultándome entre el resto de los periodistas, y Perseo me señaló. La chica vino hacia mí y me entregó el micrófono. Joder, ¿qué acababa de hacer? ¿Me iba a enfrentar a un Montecarlo delante de toda la prensa?

No me lo iba a perdonar nunca.

Los periodistas se apartaron y Perseo y yo cruzamos nuestras miradas. Su rostro se encendió con una ira contenida al reconocerme, pero antes de que pudiera echarme de allí agarré el micrófono con fuerza y hablé:

—¿Por qué quiere tirar abajo El Muérdago, un hostal que tiene

cincuenta años de historia? —pregunté, desafiante.

Perseo le hizo gestos a la chica para que me quitara el micrófono, pero yo estuve más rápido y me interné entre los periodistas para acercarme a la tarima.

—Creo que alguien se ha colado en nuestra rueda de prensa… —Sonrió Perseo, nervioso.

—Mi nombre es Oliver De Luca. Los Montecarlo quieren ampliar su hotel y, para ello, han planeado tirar el hostal de mi familia. ¿Y sabéis cuánto tiempo nos dan para irnos? ¡Quince días!

—¿Seguridad, por favor? —gruñó Perseo.

Dos hombres que estaban al otro lado del escenario reaccionaron al momento, viniendo directos hacia mí. Mierda.

—¿No tenéis ya suficiente los Montecarlo?

Al ver el revuelo que se estaba formando, y cómo los periodistas hablaban entre ellos, Perseo decidió calmar las aguas mientras los de seguridad conseguían llegar hasta mí. Sobre todo porque lo vi mirando fijamente a un hombre que se ocultaba tras una de las estufas de la terraza. ¿A quién había visto que le había hecho cambiar por completo en cuestión de segundos?

—Mi familia no echa a nadie de ningún sitio —señaló Perseo, con tono suave y totalmente condescendiente—. Ese terreno es nuestro. Simplemente, lo reclamamos.

Pero esa respuesta no gustó nada a los asistentes. Todos siguieron murmurando y cuestionando la decisión de los Montecarlo de destruir nuestro hostal.

—¿Es cierto lo que acaba de decir ese chico? ¿Van a echar abajo un negocio familiar? —gritó uno de los periodistas.

—¿Tiene algo que ver con las supuestas deudas de su padre,

Orión Montecarlo, por culpa de sus negocios en Asia oriental? —preguntó otra periodista.

Perseo entró en pánico. Estaba perdiendo el control de la rueda de prensa. Pude notar cómo sudaba, literalmente nervioso por lo que estaba ocurriendo.

Los de seguridad al final consiguieron cogerme, pese a que les había estado esquivando moviéndome sin parar por la terraza. Trataron de arrebatarme el micrófono, pero no quise soltarlo. No podía soltarlo.

—¡Te reto a pasar una semana en nuestro hostal! —grité como último recurso, llamando de nuevo la atención de todos—. ¡Déjanos demostrarte que merece la pena salvarlo!

Se hizo el silencio. Los periodistas dejaron de mirarme a mí y se volvieron en bloque hacia Perseo, que sonreía nervioso, sin saber muy bien qué decir o qué hacer. Le había dejado fuera de juego, en ridículo delante de todo el mundo.

La pelota estaba en su tejado. Tenía que responder. O me tendía la mano. O se inmolaba delante de la prensa. Se aclaró la garganta y habló:

—La familia Montecarlo respeta enormemente todos los negocios que han ayudado a construir la identidad de este pueblo. Por supuesto, queremos seguir adelante con la ampliación de nuestro hotel, pero eso solo se hará si conseguimos ponernos de acuerdo ambas partes: los De Luca y los Montecarlo. Así que acepto pasar una semana en el hostal de tu familia; mi intención es poder acercar posturas y llegar a un punto en común satisfactorio para todos. Y, por supuesto, tú y tu familia estáis invitados a la competición de esquí y a pasar una noche en la mejor de nuestras habitaciones —

dijo sonriente—. Hasta aquí la rueda de prensa. Muchas gracias a todos y todas por su tiempo. Nos volveremos a ver dentro de unos días. Ahora les invito a acompañar a Marlena —señaló a la chica que se había encargado del micrófono, que finalmente había vuelto a recuperar tras arrebatármelo de mis manos— a la zona de las pistas para ver el salto inaugural y degustar la comida de nuestro chef con dos estrellas Michelin. Muchas gracias.

No hubo aplausos.

Todos los periodistas se lanzaron a por él, tratando de conseguir nuevas declaraciones, pero Perseo fue rápido y, escoltado por otro de los miembros de seguridad, entró en el hotel por una puerta lateral, mientras que los que me agarraban de los brazos me empujaron de malas maneras hacia dentro del bar.

—¡Os voy a denunciar por abuso de autoridad! —bramé, pero no me hicieron ni caso. Cerraron la puerta de la terraza y se alejaron, en busca de Perseo.

—Pues no ha ido tan mal después de todo, ¿verdad?

Gabriel Montecarlo estaba frente a mí, con una cerveza a medio beber. ¿Alcohol a esas horas de la mañana?

—Si tú lo dices…

—Aunque te aviso: mi hermano no es alguien con el que sea fácil… convivir. Toma mi número de teléfono. Por si necesitas ayuda. —Me tendió una tarjeta de color negro mate. En ella se podía leer «Gabriel Montecarlo» y su número de teléfono por detrás. Nunca me habían dado una tarjeta. Quizá los ricos seguían usándolas.

—¡TÚ! —Ese grito me erizó la piel al momento. Me giré y vi que Perseo Montecarlo venía directo hacia mí, con una mirada asesina que me heló la sangre.

—¡Suerte! —me dijo Gabriel, apartándose del camino de su hermano—. La vas a necesitar.

Perseo llegó hasta mí y se detuvo a centímetros de mi cara. Por un momento llegué a pensar que me iba a pegar, pero, en vez de eso, me cogió del brazo y tiró de mí hasta llevarme a una zona apartada del bar. Tardé, pero conseguí soltarme de su agarre.

—Dios, ¿por qué sois todos tan brutos? —protesté, tocándome con la mano la zona del brazo por donde me había agarrado.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

—Luchar por lo correcto —repliqué, aunque sentí que me había salido una frase más propia de una película que de la vida real.

—Un Montecarlo coge lo que es suyo. Punto —sentenció—. Da gracias de que no soy mi padre, pero estoy tentado de dejaros menos de quince días. —Esbozó una sonrisa de superioridad.

—¿Crees que es la mejor decisión después de haber aceptado delante de toda la prensa que vas a pasar una semana en nuestro hostal? —le recordé.

—Yo no duermo en sitios de pordioseros —masculló entre dientes.

—Pues creo que vas a tener que hacerlo esta vez —dije, envalentonado.

—Cuando pasen los quince días, seré yo el que tire la primera piedra de tu estúpido hostal —rugió. Se dio la vuelta y se fue echando humo por las orejas.

—¡Está hecho de madera! —grité, pero no me escuchó.

Capítulo 6

Perseo

«Maldita familia De Luca —pensé—. ¿Cómo se han enterado de la rueda de prensa? ¿Cómo ese chico se ha atrevido a interrumpirla y dejarme en evidencia?». No había previsto que algo así pudiera pasar…; era algo realmente inconcebible.

Sabía que padre estaría furioso y muy decepcionado con lo que había pasado. Le había visto vigilando la rueda de prensa junto a una de las estufas de la terraza. Yo tenía el guion bien aprendido. Llevaba aprendiéndomelo desde pequeño. Nada de escándalos ni de problemas con la prensa. La familia Montecarlo tenía que ser ejemplar.

Gabriel era el hermano díscolo. Por eso su relación con padre estaba rota desde hacía años. Sobre todo desde aquel viaje a Japón en el que estuvo a punto de entrar en prisión. Padre lo tapó todo, pero hubo que pagar indemnizaciones y se hundió nuestro negocio en Tokio. Desde entonces, Gabriel funcionaba aparte de la familia. Tenía su dinero, por supuesto, para montar cualquier ocurrencia que se le pasara por la mente, pero nunca había conseguido el beneplácito de padre. Tras un tiempo intentando complacerle, Gabriel se dio por vencido y se dedicó a boicotear todos mis esfuerzos por mantener el legado familiar a la altura.

Pero esa mañana yo había caído en la trampa de Oliver De Luca, que me había dejado en ridículo delante de todo el mundo. Me había visto obligado a aceptar el reto de dormir en su cochambroso hostal durante una semana. Podría no haber aceptado, pero elegí el menor de dos males. No quería quedar como un insensible, y mucho menos que la prensa se hiciera de eco de algo que no tenía que ser más que una mera anécdota. Creí haber resuelto la crisis con elegancia y con aplomo.

Pero padre no tenía la misma opinión.

—Que sea la última vez que permites algo así —gruñó entre dientes tras propinarme una bofetada en la privacidad de su habitación. No me había dado tan fuerte como en otras ocasiones, pero sentía la mejilla arder, y seguramente estaría roja, con su mano marcada a fuego.

—Lo siento, padre. Creía que la mejor opción era seguirle el juego.

—Aún no me explico qué hacía aquí. ¿Es que su familia tenía todo esto pensado? —elucubró, dándome la espalda mientras se acercaba al minibar de la habitación.

—No lo sé, pero la prensa pronto se olvidará de lo ocurrido.

—La prensa nunca olvida nada —espetó, con furia.

—Busquemos algo que podamos usar en contra de los De Luca. Algo de su pasado familiar, o alguna irregularidad en su contabilidad…

—¡La familia De Luca siempre causando problemas! —me interrumpió mientras se servía un poco de whisky en un vaso de cristal con el borde plateado—. Pero… quizá tengas razón —dijo, paladeando la última palabra. Era extraño que padre me diera la

razón en algo—. Quizá no haya sido tan mala idea aceptar su reto… Podrías averiguar algo mientras pasas unos días en su hostal. Cualquier irregularidad. No solo en su contabilidad, sino en su construcción.

Dio un sorbo y saboreó el whisky con evidente placer.

—No dejes que tu hermano se acerque. ¿Me has entendido? —me amenazó, señalándome con el dedo.

—Hablaré con Gabriel.

—En quince días, ese hostal será nuestro. Es lo único en lo que tienes que pensar. Que no se te olvide.

—Por supuesto, padre. Pero ¿por qué tienes tanto interés en ello?

Bebió de un trago lo que le quedaba de whisky y dejó el vaso con cuidado en el minibar. Cuando actuaba con tanta parsimonia y delicadeza, luego siempre llegaba un exabrupto que hacía retumbar las paredes. Me preparé para lo peor cuando se acercó a mí, pero, en lugar de propinarme otra bofetada, colocó sus manos sobre mis hombros y me miró fijamente a los ojos.

—Un Montecarlo coge lo que quiere cuando quiere —sentenció, me dio un par de cachetadas en la otra mejilla y se fue de la habitación.

Capítulo 7

Oliver

3 de diciembre

Me despertaron las voces que se filtraban a través de mi ventana semiabierta. Al principio pensé que sería ya la hora del desayuno y que eran los huéspedes hablando demasiado alto. Pero, cuando abrí los ojos y me incorporé en la cama, agudicé el oído y me di cuenta de que las personas que hablaban estaban afuera, en el exterior.

¿Qué estaba pasando? ¿Más clientes? Si el hostal estaba lleno…

Todavía un poco dormido, me levanté con pesadez y me acerqué a la ventana. Justo delante del hostal había varios coches y furgonetas que no reconocía. A su alrededor, fotógrafos, cámaras de vídeo y alguno de los periodistas que había visto en la rueda de prensa del día anterior en el hotel de los Montecarlo.

¿Qué hacían allí?

¿Estarían esperando a ver si Perseo aparecía y cumplía su parte del acuerdo?

Alguien llamó a mi puerta con tanta fuerza que me dio un vuelco el corazón.

—¡Oliver De Luca! ¡Abre la puerta ahora mismo!

Era mi padre. Y que me llamara por mi nombre completo no auguraba nada bueno para mí. Es decir, problemas.

Claro. Habría visto a toda la prensa en la entrada del hostal y estaría preguntándose qué demonios hacían allí. Porque no le había explicado lo que había hecho el día anterior en el hotel de los Montecarlo. Sinceramente, pensaba que Perseo se echaría atrás. Es lo que hacía la gente como él, ¿no? Ser de una forma ante las cámaras y de otra totalmente opuesta cuando nadie los miraba.

Mi padre seguía aporreando la madera con fuerza, así que fui a abrir, pero, en cuanto acerqué la mano al pomo, la puerta se abrió de repente y a punto estuve de recibir un buen golpe. Menos mal que me eché hacia atrás a tiempo.

—¡¿Cómo has…?! —Solo le hizo falta levantar su llavero para darme la explicación que necesitaba. Era el dueño del hostal. Por supuesto que tenía varias copias de las llaves—. ¿Qué pasa? ¿A qué viene tanto jaleo?

—¡Eso es lo que espero que me expliques tú! ¿Qué es lo que está pasando? ¿Por qué tenemos la entrada del hostal repleta de periodistas? —preguntó, nervioso—. Tu hermana me ha dicho que ayer fuiste a hablar con Perseo Montecarlo. ¿Qué has hecho, Oliver? —Se llevó las manos a la cabeza, agotado.

—Relajación, papá, que no he hecho nada. Te va a dar un infarto o algo si no te calmas. Siéntate, que te lo explico. —Lo cogí del brazo y lo conduje hasta mi cama—. Clara también se podía haber quedado calladita, creo yo.

Pero no me estaba prestando atención. Estaba concentrado en calmarse y conseguir respirar de una forma más tranquila y acompasada. Aunque se le estaba haciendo bastante cuesta arriba.

—Puede… o puede que no… yo estuviera ayer en la rueda de prensa de la competición de saltos de esquí. —Ahí atraje su atención

—. Y puede… o puede que no… retara a Perseo a pasar una semana en el hostal.

La última parte de la frase la dije de carrerilla.

—¿Y por qué demonios has hecho eso, Oliver? ¿Metes al enemigo en casa? —me recriminó, evidentemente preocupado.

¿Me había convertido en mi hermana, actuando por impulsos y no siendo capaz de reconocer mis errores?

—Pero a lo mejor esto nos viene bien —dije de repente—. Piénsalo. Si tiene a la prensa pendiente de él por este tema, ¿no crees que se pensará dos veces lo de tirar abajo el hostal? Lo he visto. Sé que los Montecarlo no quieren escándalos; no creo que les interese quedar mal con todo esto —le expliqué, pero no acababa de ver a mi padre convencido.

—Algo encontrará para salirse con la suya. ¿No sabes lo que dicen de esa familia?

—Dicen muchas cosas —repliqué.

—Que cogen lo que quieren cuando quieren.

—Vale. Pero eso no significa que se lo puedan llevar —incidí, creyéndome el más listo del lugar.

Mi padre entornó los ojos y siguió murmurando mientras yo volvía a asomarme por la ventana. La prensa seguía agolpada frente a la entrada, pero no veía a Perseo por ninguna parte. A lo mejor al final no se atrevería a acercarse. Le estábamos dando demasiado crédito a…

Ahí estaba.

Vi que se acercaba un coche blanco que reconocí al instante. Era en el que me había metido por error la noche que había llegado al pueblo. Los periodistas se revolucionaron y empezaron a oírse

flashes de cámaras y gritos. Era imposible entender lo que decían. Comenzó a recorrerme un sudor frío por todo el cuerpo. ¿Quizá me había equivocado y lo único que había conseguido era empeorar las cosas en vez de ayudar?

—¡Oliver! —Apareció Clara en mi habitación, seguida de mi madre y de Lucas, su novio—. No sé qué hiciste ayer, pero está aquí el principito Montecarlo —dijo con sorna.

—Esperad, esperad, que yo no hice nada…

La respuesta de Clara fue coger su teléfono móvil y mostrarnos el momento de la rueda de prensa en el que intervenía yo. ¿De dónde coño lo había sacado?

—Está en todos lados —me explicó al ver mi cara de confusión y de terror absoluto—. Todo el mundo está hablando de ti.

Le arrebaté el móvil de las manos, ante sus airadas protestas, y volví a poner el vídeo desde el principio. Se me veía entre la marea de periodistas, siendo arrastrado por la seguridad de los Montecarlo, tras unos segundos de huida por la terraza.

«¡Te reto a pasar una semana en el hostal! ¡Déjanos demostrarte que merece la pena salvarlo!», se me oía decir.

Cuando levanté la vista de la pantalla, los cuatro me miraban con ojos acusadores.

—¿Qué? Al menos he intentado hacer algo, que aquí parece que papá ya se había dado por vencido.

—Ventura estaba tratando de ganar un poco de tiempo, Oliver —intervino mi madre. Ventura era amigo de la familia desde que yo era pequeño. Y era abogado.

—Vale, ese dato no lo sabía —admití. Clara aprovechó ese instante para recuperar su móvil. Mi padre exhaló un largo suspiro y

se incorporó. Se llevó las manos a la cadera y se puso a hacer sus ejercicios de cuello matutinos para estirarse.

—Oliver, tendrás que ocuparte tú de Perseo Montecarlo —concluyó después de unos segundos de expectación.

—¿Y yo qué voy a hacer? —Le había retado a venir al hostal, sí, pero no había pensado más allá.

—Y hay un problema con lo de darle una habitación…

—¿Qué problema?

—Que no hay habitaciones libres —señaló mirándome inquisitivo.

—Que venga Clara a dormir conmigo y que él duerma en su habitación —dije, pero mi hermana negó con la cabeza insistentemente.

—Ni de coña. Coral viene mañana a pasar unos días.

—¿Y? Le dices que no venga y punto —contraataqué.

—¡Sí, claro! Por tu tontería me voy a tragar yo el problema.

—¿Tontería? —repliqué—. ¡Estoy intentando salvar el hostal!

—¡Callad! —nos abroncó mi padre, que estaba asomado en la ventana—. Ya está aquí, y habrá que recibirlo como recibimos a todos nuestros huéspedes. Todo el mundo abajo, que hay que dejar preparado el turno de desayunos. En cuanto cruce esa puerta, Perseo Montecarlo será un huésped más. Que no se os olvide a ninguno de los dos.

Clara me dedicó una mirada amenazadora, y yo se la devolví de forma aún más intensa. Mi padre suspiró de nuevo y pasó entre ambos, en dirección a mi madre y a Lucas.

—¿Y si le decimos que el hostal está lleno? —propuso mi madre con delicadeza, pero mi padre negó con la cabeza.

—Vamos a intentar sacarle partido a esta situación. Quizá Oliver

tenga razón y le importen tanto las apariencias a su familia que consigamos convencerle de que nos dé más tiempo. ¡Venga, los dos, abajo! —nos gritó.

Clara me dio un codazo y me dedicó una de sus sonrisas demoníacas antes de salir de mi habitación. Mis padres no dejaron de mirarme hasta que también salí, pero, cuando estaba en el pasillo, me di cuenta de que aún estaba en pijama.

—Creo que… mejor me cambio, ¿no?

Capítulo 8

Perseo

¿Quién habría avisado a toda la prensa para que me esperara en la entrada del hostal? Aquello era una encerrona. Todos querían tener la imagen de Perseo Montecarlo bajando de su pedestal, agachando la cabeza y aceptando pasar unos días en un hostal de mala muerte. Ya podía imaginarme los titulares y las imágenes compartidas en redes sociales. Había que darle la vuelta a toda la situación, mostrarme más cercano que nunca. Aunque con lo mal que nos trataba siempre la prensa, me iba a costar horrores.

Quizá había sido idea de padre. Para castigarme por hacer las cosas sin consultarle. No era la primera vez que buscaba dejarme en ridículo para que aprendiera una lección…

No, no, para nada.

Esa forma de pensar de era propia de Gabriel, no mía. Padre se esforzaba en hacer lo mejor para la familia. Para todos. Y si él había acabado aceptando que yo viniera al hostal era porque estaba convencido de que sería una buena decisión. Así que saldría del coche y, en vez de huir de los flashes, que era precisamente la imagen que buscaban, les daría otra cosa que no esperaban: gratitud y educación.

—Puedes parar aquí, Leo —le indiqué a mi chófer.

—¿Seguro, señor? Hay muchos periodistas.

—No pasa nada. Lo tengo controlado —asentí con convicción.

Leo giró hacia la derecha y, tras encontrar un sitio libre entre el resto de los coches, aparcó con su habitual y asombrosa precisión. Me miré en uno de los espejos del interior del coche y traté de arreglarme el pelo, pero tenía un mechón rebelde en la zona de la coronilla que se me había quedado en punta y era imposible de peinar.

No podía salir así.

No podían hacerme fotos así.

Rebusqué en uno de los bolsillos interiores del asiento, tratando de encontrar un peine, pero no había por ningún lado. ¿Dónde los había dejado?

—¡Leo! —lo llamé. Este se giró hacia mí, raudo y veloz—. ¿Dónde has metido el peine que había en este asiento?

—Señor, no sé dónde está. ¿Ha mirado bien?

—¿Insinúas que no sé mirar? ¿Es eso? —¿Cómo se atrevía? Seguro que lo habría cogido él y lo habría guardado en otro sitio. Yo no lo había tocado.

—No, no. Para nada, señor. Déjeme buscar, a ver si encuentro…

—Date prisa. ¡No podemos hacer esperar a la prensa tanto tiempo! —insistí, cada vez más nervioso por ese maldito mechón de pelo—. ¡No importa! ¡Dame unas tijeras!

—¿Unas tijeras, señor? —preguntó Leo con cautela.

—¡Sí! Unas tijeras. ¿No sabes lo que son? ¡Venga! —lo apremié.

Le escuché abrir la guantera y rebuscar durante largo rato hasta que por fin me tendió unas tijeras. Eran muy pequeñas, pero valdrían para lo que las necesitaba.

—Aquí tiene.

Se las quité de las manos y acerqué la cara al espejo. Traté una vez más de aplastar el mechón rebelde, pero, al no conseguirlo, lo corté con sumo cuidado con las tijeras.

—Ya está.

Me pasé la mano por el pelo y, cuando comprobé que lo tenía perfecto, le indiqué a Leo que ya estaba listo para salir del coche. Asintió con vehemencia y abrió su puerta. De repente, los periodistas se agolparon a nuestro alrededor.

—¡Perseo! ¡Perseo! ¡Perseo! —gritaban todos como hienas, dispuestos a hincarme el diente sin ningún tipo de compasión.

No pensaba darles el gusto.

Leo abrió mi puerta y consiguió apartarlos para que pudiera salir del coche. Lo hice sin prisas, sonriente, seguro, recordando lo que padre nos había enseñado desde pequeños.

—Sal del coche.

—¿Salgo? ¿Así sin más? —pregunto, indeciso.

—Sí —insiste padre. Miro a Gabriel, sentado a mi lado, y se encoge de hombros. Inspiro profundamente y me bajo del coche. Fuera está padre mirándome fijamente. Y, en cuanto estoy frente a él, me da una bofetada.

—¿No te he enseñado nada? ¿Tienes que salir del coche como si fueras un jorobado? —me reprende.

Me llevo la mano a la cara y noto las lágrimas en mis ojos.

—No, padre.

—Te lo he dicho cien veces, Perseo. Tienes que salir erguido, no como si fueras un jorobado. ¿O es que quieres tener chepa a los

doce años? No, ¿verdad? ¿Quieres que se rían de ti? Porque, si se ríen de ti, se ríen de los Montecarlo. ¿Quieres traer la vergüenza a nuestra familia? ¿Es eso?

—No, padre.

Agacho la cabeza y cierro los ojos, esperando que termine de abroncarme, deseando que todo acabe en ese momento y nos deje tranquilos al menos unos segundos.

—Levanta la cabeza, hijo —me indica con suavidad. Pero no le hago caso, así que me agarra por la barbilla con suavidad y me alza la cabeza poco a poco hasta que puedo mirarlo de nuevo a los ojos. Ahí es cuando dejo de poder contener las lágrimas—. ¿Estás llorando?

—No, padre.

—Un Montecarlo nunca llora. ¿Lo has olvidado? —me lo dice con calma, pero sé que está conteniéndose. Lo entiendo. Le estoy decepcionando. Le decepciono continuamente. Soy una decepción. Da igual lo que haga o diga.

—No, padre.

—Un Montecarlo nunca agacha la cabeza. ¿Por qué?

—Porque… —Me tiembla la voz y padre me aprieta las mejillas. Me aprieta tan fuerte que me muerdo sin querer la lengua y noto el sabor de la sangre.

—Porque quien te obliga a mirar al suelo ya-ya-ya…

—¿Ya qué, Perseo?

—Ya te ha vencido.

Así que me erguí todo lo posible y, tras colocarme las gafas de sol, salí del coche, con elegancia, con seguridad. Dispuesto a dar mi

mejor imagen en todas las fotografías que me tomaran. Les escuché gritar mi nombre y lanzarme decenas de preguntas a la vez, como ametralladoras. Así que levanté las manos para hacerles entender que iba a hablar y al momento se hizo el silencio.

—Como podéis ver, un Montecarlo siempre cumple sus promesas. Pasaré una semana en el hostal El Muérdago para poder llegar a un acuerdo satisfactorio con sus dueños, la familia De Luca. Muchas gracias a todos por venir hasta aquí esta mañana pese al frío. La próxima vez avisadme, habría venido con café y tostadas —bromeé, y todos se echaron a reír. Otra de las máximas de padre. Mejor tener a la prensa de tu lado que en tu contra. Yo lo había vivido en mis propias carnes. Y Gabriel también. Incluso… Incluso Abi.

—Recientemente su hermano Gabriel comentó en una entrevista que estaba convencido de que vuestra hermana Abigail seguía viva. ¿Qué opinas de las teorías que hay en redes sociales sobre el tema? —preguntó uno de los periodistas. Al oír que nombraban a Abi… estuve a punto de perder la compostura. Sabían que tenían ese nombre prohibido. ¡Lo sabían! ¿Cómo podían ser tan desalmados? ¿Cómo podían hablar de mi hermana de esa manera? ¡Le dije a Gabriel que sus locuras nos traerían problemas y se empeñaba una y otra vez en hacer lo que le daba la gana, sin importarle las consecuencias!

Estuve a punto de contestar de mala manera a ese tipo, pero noté la mano de Leo en mi hombro y sentí que era la de mi padre, tratando de calmar mi arrebato de furia. Así que me limité a dedicarle mi sonrisa más falsa y, saludando amigablemente mientras no dejaban de hacerme fotos, fui hasta la entrada del hostal con la cabeza bien alta.

Solo tenía dos alturas y estaba decorado de forma bastante deficiente, con adornos navideños y luces desperdigadas sin ningún estilo ni armonía. La fachada era de madera; más bien parecía la caseta de una pista de esquí para guardar el material que un hostal.

Leo trató de abrir la puerta, pero esta no cedió. Estaba cerrada por dentro. ¿Estábamos llegando demasiado pronto? Miré disimuladamente mi reloj. Eran las siete y cuarto de la mañana. ¿Por qué seguía cerrada la puerta? ¿Es que no esperaban mi llegada?

Hasta que, al cabo de unos minutos —¡demasiados!—, la puerta se abrió y me encontré con Santiago De Luca, el dueño del hostal, que, sonriente, se apartó a un lado para que pudiera pasar. Me giré una última vez para despedirme de los periodistas, y entré en El Muérdago, seguido de Leo, que cerró la puerta tras él, dejando fuera los flashes y las preguntas.

El interior del hostal tenía algo más de encanto que su fachada. También estaba todo decorado con motivos navideños. Había varios Papás Noel pequeños colocados en las esquinas, muérdago colgando del techo y varias flores de Pascua junto al mostrador de recepción. Percibí un olor a madera muy intenso y a tostadas recién hechas. Debían de estar preparando el desayuno.

Delante de mí no solo estaba Santiago, sino también sus dos hijos: la chica malhablada que me había abollado el coche, y que me sonreía con suficiencia —no me fiaba de ella; me recordaba demasiado a mi hermano Gabriel— y Oliver. El culpable de todo.

—Buenos días, Perseo. Ya me ha comentado mi hijo que vas a pasar una semana con nosotros —me dijo Santiago en tono amable, aunque noté cierto temor en su voz.

—Así es. Una gran idea —respondí con sarcasmo mientras

observaba con detenimiento todo lo que me rodeaba. Padre esperaba que encontrara algo que luego pudiéramos usar contra los De Luca o que pudiese dañar su reputación, y eso era lo que pensaba hacer.

—Buenos días —intervino Oliver, haciéndome una pequeña reverencia, seguramente en modo de broma irónica.

—Llevas la misma ropa que ayer.

—No todos tenemos el privilegio de tener tanta ropa como tú —contestó furioso, pero tratando de mantener su sonrisa. Me odiaba. Era evidente, ya que no se esforzaba mucho en ocultármelo.

—Oliver, por favor —lo recriminó su padre entre dientes—. ¿Por qué no le enseñas el hostal? ¿Eh?

—Claro. Por supuesto. —Le costaba ser educado.

—¿Dónde está mi habitación?

Los tres se miraron incómodos, como si trataran de ocultarme algo. No eran capaces de disimularlo. Pero yo me mantuve firme. Si estaban tan nerviosos desde el primer momento, iba a ser muy fácil manejarlos a mi antojo.

—Claro. Por supuesto. Oliver te acompañará y luego podéis bajar a desayunar, ¿vale, hijo? Para entonces ya estará todo listo.

Oliver me dedicó una mirada asesina, pero volvió a agachar la cabeza un poco y me indicó con la mano que fuera hacia su derecha, hacia las escaleras. No obstante, antes de moverme, le indiqué a Leo que ya podía ir al coche a buscar mi equipaje. Leo asintió y salió del hostal.

—Si me acompañas… —me dijo Oliver, y lo seguí sintiendo las falsas sonrisas de su familia persiguiéndome hasta que desaparecimos al final de las escaleras, en el pasillo de la primera

planta, tan recargado de decoración navideña como el vestíbulo.

Cada puerta tenía un adorno colgado del pomo, y había varios cuadros en las paredes, todos ellos decorados con coronas y muérdago, haciendo honor al nombre del hostal. Uno de los cuadros destacaba del resto. Era oscuro y diferente, con un acantilado y un mar embravecido.

—¿Hay muchos huéspedes en el hostal? —pregunté con curiosidad.

—Trece… Bueno, ahora contigo catorce.

Acaricié un poco la madera de las paredes, sintiendo su rugosidad en las yemas de los dedos. Todo era rústico, viejo; evidentemente, le hacía falta una renovación. Sin embargo, por alguna razón, desprendía autenticidad por todos sus poros.

—Es aquí.

Oliver se detuvo delante de una puerta. La número diez. Pero no la abrió, se limitó a quedarse mirándome. La situación empezó a volverse incómoda, así que tuve que ser yo el que rompiera el silencio.

—¿Piensas abrirla en algún momento? —espeté, un poco harto.

—¡Ah, sí, sí, claro! Pero ¿por qué no vemos primero el resto del hostal? Ahora con esta luz, el salón está precioso —respondió nervioso, como si tratara de ganar tiempo para algo.

—No —dije con firmeza—. ¿Hay algún problema?

—No, no. En ab-absoluto.

Sacó la llave de su pantalón, la metió en la cerradura y abrió la puerta, haciéndome un gesto con la mano para que pasara yo primero.

La habitación era demasiado pequeña, aunque tenía unas vistas

preciosas de la ladera de la montaña. Había dos camas individuales, un pequeño escritorio, un sillón en una de las esquinas, con una mesita al lado y una lámpara de pie, y un baño a la derecha. También había una televisión colgada de una de las paredes y un armario de madera. Sobre las mesitas de noche había un pequeño arbolito de Navidad de plástico. Pero una de las camas estaba deshecha, y había ropa tirada por el suelo, además de una toalla de baño colgada de la puerta semiabierta del armario.

—¿Estás seguro de que esta es mi habitación? Aquí parece que ya hay alguien —pregunté, frunciendo el ceño.

—Estamos completos y no tenemos habitaciones libres, así que… —me fue explicando mientras entraba y recogía todo lo que había por el suelo y lo lanzaba al interior del armario— siento decirte que no tenemos ninguna individual para ti…

—¿Cómo?

¿Qué estaba tratando de decirme? ¿Qué clase de broma era esa?

—Sí, esto, eh…, vas a tener que compartir la habitación conmigo.

—¿Contigo?

Capítulo 9

Oliver

—¿Dónde dejo su equipaje? —preguntó de repente su chófer.

Había aparecido en el umbral de la puerta de la habitación con dos maletas plateadas en las manos y el sudor cayéndole por la frente. Perseo se limitó a indicarle con un leve movimiento de cabeza que entrara y las dejara junto a la cama que no estaba deshecha.

—Si esperas que este plan tuyo nos va a hacer cambiar de idea respecto a lo de demoler el hostal, creo que estás muy equivocado… Disculpa, no recuerdo tu nombre.

—Oliver —gruñí, porque claramente lo recordaba.

—Oliver… Claro.

Tras colocar las maletas en el lugar indicado, el chófer se acercó a Perseo, que le susurró algo al oído. El hombre asintió y se fue.

—¿Y bien? —dijo una vez que volvimos a quedarnos solos.

—¿Qué pasa? —respondí.

—¿Vas a enseñarme esto o tendré que darme yo una vuelta?

—Ah, claro, claro… Por supuesto. Faltaría más. Pues mira, ahí está el baño y…

—Me refiero al hostal —masculló con fiereza.

—¡Ah, sí, sí! Además, en nada comenzará la hora del desayuno.

Espero que tengas hambre, porque mi madre hace la mejor mermelada del mundo. Y el café de mi padre es insuperable.

—Habrá que comprobarlo —comentó, incrédulo—. ¿Soy yo, o aquí hace un calor infernal?

—El sistema de calefacción de El Muérdago es el mejor —respondí, orgulloso.

Perseo se quitó el abrigo y lo dejó con cuidado sobre la que ya consideraba su cama. Acto seguido, se desprendió de la chaqueta y, al no encontrar una percha cerca, la colocó en el respaldo de la silla del escritorio. Sus pectorales se marcaban bajo su camisa blanca. También pude ver que llevaba un pequeño colgante dorado y una camiseta blanca de tirantes. No sabía si su belleza me hacía odiarlo aún más. Pero era bastante probable. ¿Por qué tenía que ser tan gilipollas y tan sumamente guapo?

—Después de ti —le indiqué para dejarle pasar y salir de la habitación. Cerré la puerta con cuidado y le mostré la llave—. Ten, quédatela.

—¿Una llave? ¿No usáis tarjeta o tenéis sistema digital? —preguntó, sorprendido.

—Somos una familia de tradiciones —bromeé.

La verdad es que pensé que, en cuanto le dijera que teníamos que compartir habitación, se iría corriendo del hostal, pero se lo había tomado mucho mejor de lo que me esperaba.

A mí no me hacía gracia, pero, como siempre, Clara se había salido con la suya. Y, como lo de retar a los Montecarlo había sido idea mía, pues no me quedaba otra que tragar. Mi padre había insistido en que le tuviera bien vigilado. «Y qué mejor forma de hacerlo que compartiendo habitación». Sí, claro, papá. Qué

gracioso…

Acostumbrado a suites presidenciales y a los mejores hoteles del mundo, iba a ser cuando menos curioso ver cómo Perseo se adaptaba a compartir unos pocos metros cuadrados con un completo desconocido. Quién sabe. Quizá me mataba en mitad de la noche o me ahogaba con sus mil litros de colonia.

Mientras recorríamos el pasillo de la primera planta en dirección a las escaleras, aproveché para contarle algo de la historia del hostal.

—El Muérdago fue fundado hace ya cincuenta años por mi abuelo, Oliver. Sí, me llamo como él… —le aclaré porque ya le estaba viendo la cara—. Desde entonces, se ha convertido en uno de los lugares preferidos de muchos turistas para pasar la Navidad y también para esquiadores de todo el mundo…

—¿Por qué se llama El Muérdago? —me interrumpió.

—Sí. —Pero tardé unos segundos en darme cuenta de que me había preguntado otra cosa—. Es decir, no-no lo sé, la verdad. Idea de mi abuelo. Supongo que porque le pega, ¿no? Como es un hostal al que viene mucha gente por estas fechas, y como además hay tanto muérdago en la zona…

—¿Solo abrís en Navidad? —inquirió.

—No. Pero es la temporada más fuerte del hostal. Estamos abiertos desde el uno de diciembre hasta el veintiuno de marzo. Entonces ese día cerramos y luego volvemos a abrir en verano y estamos trabajando hasta septiembre… Volvemos a cerrar hasta octubre, pero no abrimos todo el mes, sino solo unos días, porque luego cerramos las dos primeras semanas de noviembre y…

—Entendido.

Con las manos en la espalda, me adelantó un poco para seguir

examinando concienzudamente por su cuenta todo lo que nos rodeaba. ¿Por qué tanto interés si lo quería tirar todo abajo?

—Hay gente que lleva años viniendo a nuestro hostal —dije, aunque más bien era como si estuviera pensando en voz alta—. A algunos les hemos visto crecer. Es un lugar muy querido por todo el pueblo. Sería una pena demoler tantos años de historia —recalqué, pero ya no estaba prestándome atención, y miraba su reloj, que no dejaba de brillar.

Sin decir nada más, sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y se lo acercó a la oreja.

—Hola, padre —respondió, cambiando por completo su tono de voz.

«Hola, padre». Podía notar el miedo que le tenía a ese hombre.

Orión Montecarlo.

Dios, ojalá tuviera la oportunidad alguna vez de hablar con él. Le diría de todo menos «bonito». Menudo hijo de puta. Él era el culpable de todo lo que estaba pasando.

Escuché a Perseo carraspeando y vi cómo me miraba, expectante.

—¿Pasa algo? —pregunté, inocente.

—Es una llamada importante.

—Claro. Tú habla —respondí, sin entender qué me quería decir.

—¿Te importa alejarte un poco? —sugirió, con rabia contenida.

—¡Ah! Vale. A eso te referías. Claro, os dejo solos. Perdón, perdón… —me disculpé haciéndole una reverencia exageradamente teatral y me alejé de él.

Traté de escuchar la conversación, pero con ese tono tan bajo era imposible entender nada. Así que, mientras Perseo hablaba, aceleré

el paso para llegar al comedor antes que él y poder hablar con mi familia. Los noruegos ya estaban esperando en las mesas de desayuno, vestidos con sus ropas de esquí. ¿En qué momento habían aparecido?

—*God morgen* —saludé. Los cuatro se giraron y me sonrieron, elevando sus tazas de café al aire al unísono. Un poco *creepy.*

De la cocina me llegaba el inconfundible olor a tostadas y tortitas. Me despedí educadamente de los noruegos con un movimiento de la cabeza y entré en la cocina, donde ya estaban mi padre, mi madre, Clara y Lucas. Cuando me vieron entrar, todos se quedaron en silencio.

—¿Qué? —espeté.

La primera en acercarse fue mi madre, que me abrazó con cariño y me dio dos sonoros besos en las mejillas. Porque, aunque nos habíamos visto en la habitación, ni siquiera nos habíamos saludado como Dios manda con todo el follón de la llegada de Perseo.

—¿Ha ido bien? —quiso saber.

—Por ahora sí.

—Ya me ha contado tu padre —me susurró al oído—. Si necesitas trabajo, sabes que Lucas estará encantado de contar contigo.

No lo dudaba. Pero mi futuro no era trabajar en una empresa de cerramientos de ventanas, la verdad.

—Gracias, mamá. Pero no te preocupes. Está todo controlado —mentí. No había vuelto a pensar en mi trabajo desde que había llegado al hostal.

—Deja al niño, Ángeles, anda. Va a trabajar aquí conmigo.

Mi madre me miró con sorpresa y yo respondí sonriendo, incómodo, y encogiéndome de hombros.

—Voy a ver estos días. Que tampoco sé muy bien lo que va a pasar. No lo sabemos, ¿no? Es decir, la vida cambia continuamente —dije, chasqueando los dedos como un loco.

Mi padre negó la cabeza y siguió echando más masa en el interior de la máquina de gofres.

—¿Qué tal con el millonario? —intervino Clara, con una taza de café en la mano, como siempre.

—Tú me dirás. Por tu culpa lo tengo en mi cuarto. —Mi hermana siempre igual. Se escaqueaba de todos los marrones y encima venía con recochineo a preguntarte qué tal te iba.

—Que yo sepa, que el guaperas esté aquí es culpa tuya. Yo no fui a hablar con él al hotel y a provocarle, ¿no? —Siempre retándome.

—Dejaos de tonterías los dos. En menos de quince días, quieren quitarnos El Muérdago. Al menos tu hermano ha intentado algo para evitarlo —le recriminó mi padre—. Aunque tampoco ha sido su mejor idea —añadió, mirándome a mí.

—¿Por qué no te lo ligas? Quizá esa sea la vía más rápida —dijo Clara con esa mueca dibujada en la cara que me ponía tan de los nervios.

—¿Y por qué no te lo ligas tú? —contraataqué, molesto.

—¿Hola? Soy lesbiana. ¿Te lo recuerdo?

—No hace falta. No dejas de decirlo cada vez que tienes oportunidad —repliqué, y eso pareció encender a Clara, que cogió un puñado de arándanos y me los lanzó con fuerza, pero fui rápido y los esquivé con agilidad. No me dieron a mí, pero sí a Perseo, que justo entraba en la cocina. Uno de los arándanos impactó contra su camisa, y de inmediato se formó una espectacular mancha de color morado.

La miró y luego nos miró a mi hermana y a mí.

—¡Oh, mierda, perdona! ¡Esos arándanos iban dirigidos al tonto de mi hermano! —se explicó Clara, que cogió otro puñado y me lo lanzó. Y esa vez sí logró alcanzar su objetivo: mi cabeza.

—¡Clara! —la abroncó mi padre, dejando la máquina de gofres a un lado para correr hacia Perseo y ayudarlo—. Tienes que disculparles. A veces tengo la sensación de que sigo teniendo a dos críos en casa.—Esto último lo gruñó.

Perseo seguía en shock, mirando su mancha.

—Buenos días. Soy la madre de las dos criaturas. Me llamo Ángeles —se presentó, tendiéndole la mano— y sé cómo quitar esa mancha a la primera.

Perseo continuaba sin reaccionar.

—Sí que le importaba esa camisa, sí… —murmuró Clara.

Mi madre cogió de la mano a Perseo, que seguía inmóvil, como una estatua, y lo acercó hasta uno de los fregaderos.

—Voy a necesitar que te quites la camisa, si no es mucha molestia.

—¿Qui-quitarme la camisa? —tartamudeó.

—Para limpiar la mancha —aclaró mi madre.

Perseo pareció volver en sí por unos segundos. Me miró con desdén y empezó a desabrocharse los botones con sumo cuidado. Se quitó la camisa y se quedó con una camiseta de tirantes, así que pude ver sus brazos definidos y trabajados en gimnasio, y también su ancha espalda de nadador y parte de los pectorales que asomaban por debajo de la camiseta.

Le tendió la camisa a mi madre, que asintió y la extendió sobre la encimera. Con la ayuda de una cuchara, retiró los restos de

arándanos. Después mojó un trapo con jabón de lavaplatos y agua fría y fue dando pequeños toques sobre la mancha hasta cubrirla entera. Luego cogió un bote de lo que parecía bicarbonato y cubrió la mancha. Todos estábamos en completo silencio mientras hacía todo eso.

—Hola. No nos han presentado. Me llamo Lucas Ortiz. Un placer. Tengo una empresa de cerramientos de ventanas, por cierto. Por si necesitas en algún momento que…

—Lucas, por favor, respétate un poco —le susurró Clara entre dientes.

—Y ya estaría —anunció mi madre—. Esperamos quince minutos y estará como nueva. Si quieres, puedes aprovechar para probar nuestro desayuno en el comedor principal. ¿Lo acompañas, Oliver?

—Cla-claro —asentí.

—Y déjale algo de ropa —señaló mi padre. Me miró, inquisitivo, y entendí que se refería a mi jersey. Suspiré y me lo quité de mala gana, tendiéndoselo a Perseo. Pero este me miró con una mueca de asco increíble.

—No pienso ponérmelo —masculló.

—¿Y vas a salir a desayunar solo en camiseta de tirantes?

Pareció sopesar sus opciones. Mi madre lo miraba como apremiándole a aceptar el jersey que le daba. Viéndose acorralado, acabó aceptando de mala gana y se lo puso con disgusto, arqueando un poco el labio superior.

—Por aquí —dije, y poniéndole una mano sobre la espalda con toda la suavidad de la que fui capaz, le indiqué el camino de vuelta hacia el comedor, dejando atrás la cocina y el silencio sepulcral que se había creado. Eso sí, en cuanto cruzamos la puerta, pude

escuchar a mi padre gritando a Clara. Por suerte, no se entendía mucho lo que decía y dudaba que Perseo lo hubiera escuchado.

Lo acompañé hasta una de las mesas libres y me senté frente a él. En la mayoría de las mesas ya había gente sentada. Pero los noruegos, curiosamente, ya habían desaparecido. Quizá, por las mañanas, solo tomaban café.

—¿Qué te apetece desayunar? —le pregunté, dispuesto a traérselo a la mesa. Perseo no dejaba de agitarse dentro del jersey, como si le picara y le incomodara cada fibra.

—¿Tenéis *smoothies* de fruta? —respondió al fin.

—Eh, sí, supongo, sí.

—¿Y *cinnamon rolls*? —añadió.

—También, también.

—Y un poco de avena con leche de almendra sin azúcar y proteína de chocolate negro.

—Marchando —dije mientras me levantaba—. Sea lo que sea eso —añadí entre dientes, y entré en la cocina. Nada más hacerlo, todos se pusieron en alerta, pensando que sería de nuevo Perseo, pero, al verme solo a mí, volvieron rápidamente a sus tareas.

—Joder, Clara. —Fue lo primero que me salió decir.

—¿Es que desde cuándo te has vuelto tan rápido? ¡Si nunca has tenido reflejos! —se defendió.

—¡Por favor, no empecemos de nuevo! —gritó mi padre, dando un golpe en la encimera con el cuchillo con el que estaba cortando el pan—. Ya está bien. Empezad a comportaros como dos personas adultas.

Ambos bajamos la cabeza y susurramos una disculpa entre dientes, arrepentidos al momento. ¿Tenía razón? Sí. ¿La culpa había

sido de Clara al cien por cien? También. ¿Me llevaba yo la bronca como siempre? Por supuesto.

—¿Dónde está Perseo Montecarlo? ¿Dónde lo has dejado? —preguntó mi madre mientras llenaba dos jarras de cristal con zumo recién exprimido de la máquina.

—Esperando su desayuno.

Y, sin dar más explicaciones, llené un vaso de zumo de naranja y una taza con avena, almendras y trozos de chocolate negro, puse tres tortitas en un plato, cogí una jarrita de leche y lo coloqué todo en una bandeja, además de un bote de canela. Luego salí de la cocina, de vuelta a la mesa donde estaba Perseo, mirando su teléfono móvil con cara de preocupación.

—Y aquí tiene su desayuno, señor Montecarlo —anuncié con pomposidad al tiempo que dejaba la bandeja en la mesa. Él lo miró con cara de circunstancia, así que procedí a explicarle lo que tenía delante—. Este es el *smoothie* de frutas —sostuve el vaso de zumo de naranja—, esto el *cinnamon roll* —formé con las tortitas una especie de caracola con la ayuda del tenedor y el cuchillo, la rocié de canela y de sirope de chocolate que había sobre la mesa— y esto es la avena con leche, almendras y chocolate negro.

—Esto no es nada de lo que te he pedido.

—Es lo más cercano a lo que me has pedido —me expliqué.

—Tomaré solo un café —sentenció.

—Prueba las tortitas. Te gustarán. —Me di la vuelta, en dirección a la mesa del desayuno. Mi padre ya había dejado una jarra repleta de café, así que cogí una de las tazas y la llené hasta arriba para llevársela a Perseo, que observaba las tortitas con curiosidad—. Solo un café —repetí su frase con sorna. Pero o no lo pilló, o no quiso

hacerlo.

—Te había pedido leche de almendra.

—Es que no tenemos. Hay leche de vaca… y creo que leche de avena.

—Vale —contestó, y empezó a dar vueltas al café humeante, como esperando a que yo le sirviera todo.

—Marchando la leche de avena —gruñí entre dientes, y, refunfuñando, fui de nuevo hacia la mesa de desayuno, pero no encontré la leche de avena por ninguna parte. ¿Es que no había o todavía no la habían sacado? Me escabullí disimuladamente, sin quitarle ojo a Perseo, que no dejaba de dar vueltas a su café y observar cada esquina del hostal desde su silla, y regresé una vez más a la cocina.

—¿Qué pasa? —me preguntó mi madre, sujetando una bandeja repleta de cruasanes.

—¿Y la leche de avena?

—¿Qué leche de avena? —dijo mi padre.

—¿No tenéis leche de avena? —Él se encogió de hombros, como si le estuviera hablando en otro idioma—. Papá, por favor. ¿No tenéis leches vegetales? No me lo puedo creer.

—Mira a ver en la nevera. Yo qué sé.

Abrí la nevera y rebusqué en todas las baldas para ver si encontraba un *brik* de leche de avena, de almendras o de lo que fuera, hasta que di con una oculta detrás de varias botellas.

—¡Esa es mía! —gritó Clara—. ¡Ni se te ocurra!

—¿Desde cuándo tomas tú leche de avena?

—¿Desde cuándo te importa a ti lo que yo tome? —replicó, tratando de arrebatarme el *brik*, pero fui más rápido y la evité.

—¡Papá! ¡Por favor! —protesté.

—¡Pipí, pir fivir! —se burló, consiguiendo quitarme la leche de avena, que a punto estuvo de acabar estampada contra el suelo.

—¿Otra vez igual? ¡Clara! ¡Dale la leche de avena!

—¡Pero que solo me queda eso! —protestó ella, pero mi padre la miró en silencio, y mi hermana entendió que esa pelea la había perdido.

Me dio la leche de malas maneras, acompañada por supuesto de un pellizco en el brazo.

—¡Au!

—No seas llorica —me recriminó.

Entorné los ojos y salí de nuevo al comedor, en dirección a la mesa de Perseo, que seguía en la misma posición en la que le había dejado.

—Aquí tiene su leche de avena.

Se la puse sobre la mesa, pero no me dio ni las gracias.

Vertió un poco en su taza, la removió una vez más, le dio un sorbo y, tras paladear un poco el café, volvió a ponerla sobre el plato.

—¿Seguimos el tour? —propuso mientras cogía la servilleta de su regazo y se limpiaba la boca con delicadeza.

—¿No quieres desayunar más? —Señalé su plato con los ojos. De las tortitas solo había comido un trozo pequeño. El café, tras su primer sorbo, seguía humeando en la taza.

—No. —Se puso en pie.

—Vale, eh…, claro. Pues continuamos, sí, sí. —También me puse de pie, dejándole pasar por delante de mí. Por suerte, el comedor ya estaba lleno. Todos los huéspedes estaban sentados o llenando sus

platos en la mesa del desayuno y hablando sobre sus planes del día. Perseo los estudiaba a todos con minuciosidad como si estuviera en un zoo de animales exóticos.

—Es verdad que estáis completos —señaló, como si la primera vez que se lo había dicho no se lo hubiera creído.

—Lo normal en esta época. Ni un día de descanso. Es lo que tiene la temporada navideña.

Asintió mientras no dejaba de atusarse el pelo, como si viera algo que los demás no estábamos viendo, molesto con algún mechón rebelde inexistente. Me fijé en que llevaba un anillo dorado con una enorme letra M en la mano derecha. Me quedé mirándolo durante demasiado rato, porque pasó a ser incómodo, y así me lo hizo notar Perseo cuando se dio cuenta.

—¿Hay algún problema?

—No, no… Es… Es…, bueno, es un anillo muy bonito, la verdad. Nunca había visto una «M» así.

—¿Me lo vas a robar mientras duermo? —inquirió, sibilino.

—¿Robar? ¿Cómo?

—Era de mi abuelo —señaló mientras jugueteaba un poco con él —. Se lo dio a mi padre cuando cumplió dieciocho años. Y mi padre me lo dio a mí… Pero no sé por qué estoy explicándote estas cosas. Enséñame el resto de esta chabola —añadió el Perseo impertinente.

—¿Por qué tanto empeño en tirar este hostal? No lo entiendo — pasé al ataque directo.

—Tenemos un proyecto de ampliación…, ya lo sabes. Y todavía no me has dado ninguna razón para no hacerlo. De momento tu plan no está saliendo como querías, ¿verdad?

Chisté la lengua para contenerme y no soltarle los improperios

que le habría soltado en otra situación. Lo guie hasta el salón, donde estaba la chimenea más grande del hostal, rodeada por varios sofás que mi padre había llenado de cojines con temática navideña. Había otro árbol de Navidad que aún no estaba decorado y bolas de nieve repartidas por la estancia. Y una enorme estantería con escalera (aunque no tuviera más de dos metros de altura) llena de libros que me sabía casi de memoria.

—La de veces que me quedé dormido en ese sofá cuando era pequeño. El mejor sitio de todo el hostal, junto a la chimenea.

—Dormir en una habitación con chimenea es peligroso, y no veo ningún detector de monóxido de carbono en la habitación. —¿Quién demonios preguntaba por un detector de monóxido de carbono?

—¿Cómo? ¿Qué? —balbuceé, totalmente fuera de juego.

—¿Y estos detalles? —me preguntó Perseo, y se acercó a uno de los extremos de la estantería, rozando con los dedos unas líneas doradas desgastadas por el tiempo. Había tres. Una en cada extremo y otra en el centro, situadas en la parte superior de la estantería.

—Menudo gusto tienes por el oro. No me extraña que seas millonario.

—¿Cuántas habitaciones hay? —preguntó de repente, ignorando mi apunte.

—Once, contando las nuestras.

—¿Y los únicos que trabajáis aquí… sois vosotros?

—Si vamos a cerrar en tan pocos días, es normal que ya no haya más gente. El capitán se hunde con el barco, ¿no? Venga, te enseño el jardín trasero—. Se me encogía el estómago solo de pensar que el año que viene ya no existiría el hostal. Que era una posibilidad real.

Y encima tenía que ser simpático y educado con uno de los responsables de su desaparición.

—¿Y vas a salir así? —señaló. Claro, él llevaba mi jersey y yo solo tenía puesta una camiseta de manga larga.

—Será solo un momento —aclaré. Habría que pasar un poco de frío…

Me acerqué a la puerta que daba a la parte trasera y giré el pomo con fuerza, pero nada; seguía atascándose. Se lo había dicho un montón de veces a mi padre, pero aún no lo había arreglado.

—Un segundo, que tiene truco.

Giré el pomo todo lo que pude y empujé la puerta con el hombro, pero no quería abrirse. Era imposible que mi padre la hubiera cerrado con llave. Perseo comenzaba a impacientarse y yo también. Habría sido mejor dar la vuelta y salir por la puerta principal. Pero a tozudo no me ganaba nadie, así que volví a empujar una vez más y… la puerta cedió de pronto, y acabé de bruces en el suelo cubierto de nieve. Fue una caída de lo más absurda. Cuando alcé la mirada, ahí estaba Perseo, sonriendo con displicencia, exhibiendo su característico aire de superioridad.

—Y este es el jardín trasero —dije al fin, con nieve hasta dentro de los calzoncillos.

—Ya veo, ya. ¿Sueles tirarte así cada vez que vienes?

—Es parte de mi encanto. —Traté de levantarme, pero el suelo resbalaba y me volví a caer, esa vez de culo—. ¿Una ayuda?

Pensé que rechazaría mi mano, pero la cogió y, con una fuerza sorprendente, me ayudó a levantarme. Obviamente resbalé de nuevo, pero Perseo me agarró con los dos brazos, me pegó contra su pecho en un acto reflejo, y quedamos mirándonos a una distancia

de centímetros.

Capítulo 10

Perseo

Oliver respiraba sobre mí, con sus ojos fijos en los míos. Había evitado que cayera al suelo, porque ya había sido bastante ridícula su primera caída. Pero no esperaba que acabáramos así. Se estaba esforzando por hacerme sentir bien, y por cumplir mis exigencias, aunque todo el rato tenía la sensación de que llevaba un puñal oculto en la espalda y que, en cuanto me despistara, no dudaría en clavármelo si hacía falta.

—¡Y aquí tienes la camisa…! —anunció su madre, apareciendo justo detrás de nosotros.

Al verla, solté automáticamente a Oliver, que cayó de nuevo sobre la nieve con un gran estrépito. La verdad es que disfruté dejándole caer, aunque lo hubiera hecho inconscientemente. Que aprendiera que no se podía jugar con un Montecarlo. Nosotros siempre teníamos la carta ganadora.

Había sido muy incómodo todo lo que había ocurrido desde que había llegado al hostal. Me había tenido que desnudar delante de todos porque la desquiciada de la hermana de Oliver me había manchado mi camisa Hermès. Esperaba que hubiera salido la mancha, porque, si no, el menor de los problemas de la familia De Luca iba a ser la demolición del hostal. Había tenido que ponerme

ese horrible jersey que picaba de una forma demasiado desagradable. Y además había bebido ese café que me había dejado un regusto amargo imposible de quitar.

La madre de Oliver, Ángeles, se acercó con la camisa, sujetándola como si fuera un trapo barato, y me la tendió. Sonreía nerviosa, pero también con un punto de orgullo. Al revisarla, me di cuenta de que no quedaba ni rastro de la mancha. ¿Cómo lo habría hecho en tan poco tiempo?

Asentí, agradecido, y su sonrisa se amplió más aún. Me quité el odioso jersey y lo dejé en el respaldo de uno de los sillones que había a mi derecha. Acto seguido me puse la camisa, me la abroché hasta el penúltimo botón y me giré para ver a Oliver levantándose del suelo, con los pantalones empapados, y tratando de quitarse los restos de nieve de la ropa. Se apoyó en el marco de la puerta, resbalando de nuevo, claro, pero al final logró sujetarse y evitar un nuevo desastre.

—¿Quieres seguir? —sugirió.

—¿No prefieres ir a cambiarte de ropa? —Señalé sus pantalones, que empezaban a transparentar, dejando ver la forma de su ropa interior.

—No, tranquilo. Estoy bien. Solo es un poco de agua.

Pero, justo cuando nos disponíamos a continuar, el teléfono volvió a sonar. Era previsible; sabía que tendría que seguir estando pendiente del trabajo, aunque estuviera en El Muérdago. ¿Sería una nueva prueba de padre, que quería ver si era capaz de gestionar este problema sin desatender mis obligaciones habituales? Siempre insistía en que nada podía interponerse en los negocios familiares. Por eso Gabriel estaba lejos, abriendo y cerrando sus proyectos

absurdos, mientras yo permanecía al frente del negocio familiar. La llamada era de Hiroshi, uno de nuestros accionistas más importantes. Sabía que aterrizaba esa misma mañana, y si me telefoneaba era porque ya debía de estar en el hotel. Evidentemente, no iba a poder recibirlo. Padre no tardaría en echármelo en cara, seguro.

—Tengo que cogerlo —le indiqué a Oliver, que me miró con cara de circunstancias—. Aprovecha para quitarte esa ropa mojada.

No esperé a escuchar su respuesta. Me di la vuelta y me acerqué a la puerta de entrada del hostal. Me asomé por la ventana lateral y vi que ya no había rastro de los periodistas que habían estado apostados fuera desde que había llegado a primera hora.

—Hiroshi! *Ohayō gozaimasu!* —dije, dándole los buenos días en japonés.

Cuando salí al exterior, vi un coche que me resultaba familiar. El de mi hermano Gabriel. ¿Qué hacía en el hostal? ¿A qué había venido?

Tras una breve conversación con Hiroshi, me despedí de él, diciéndole que estaba de camino al hotel para poder verlo. Justo cuando colgué, Gabriel salió de su coche, con su sonrisa burlona de siempre, y, bajándose las gafas de sol unos centímetros, me miró primero a mí y luego al hostal.

—Qué sitio más… auténtico, ¿no? —bromeó—. ¿Ya abandonas, hermanito? —Se acercó para darme un abrazo de buenos días. Le encantaba abrazarme. Le encantaba hacerme sentir incómodo. Le aparté con una mano, pero lo intentó de todos modos y a punto estuvo de darme un cabezazo en la barbilla—. Mira que eres rancio, Percy.

—No me llames Percy.

Otra de las cosas que sabía perfectamente que yo odiaba, pero le daba igual.

—Las redes echan humo con tu pequeña rueda de prensa, ¿eh? Sales en todos lados, en todas las portadas… —Me mostró su teléfono móvil, pero decidí ignorarlo.

—¿Qué haces aquí?

—Venir a buscarte —dijo, como si fuera algo totalmente obvio—. Me manda tu papaíto. Un tal Hiroshi está en el hotel y tú no estás allí para besarle los pies.

—Ya he hablado con él. Iba a llamar a Leo para que diera la vuelta y me viniera a buscar. Pero me voy a llevar tu coche.

—¿Mi coche? Espera, ¿qué?

No me gustaba conducir, pero no podía esperar a que Leo regresara. Ya podía imaginar la cara de padre y su mirada de decepción al verme llegar tarde.

—Pero si tú odias conducir, Perc… seo —se corrigió.

No le respondí. Simplemente estiré la mano y esperé a que me dejara las llaves. Aunque reticente, se las sacó del bolsillo de su abrigo y me las dejó caer.

—¿Y yo cómo voy a volver?

—Utiliza tu encanto —le dije, burlón. Gabriel me sacó la lengua y yo fui directo hacia su coche, de color azul claro. Hacía mucho que no me montaba en uno de los coches de Gabriel. Ni siquiera reconocía el modelo en el que había llegado. ¿Cuándo se lo había comprado?

—¡Ni un solo rayajo quie…! —Pero cerré la puerta y no le dejé terminar la frase.

El olor a nuevo del interior del coche se mezclaba con un aroma artificial a frambuesa bastante desagradable; seguramente se debía a su vicio de vapear.

Presioné el botón de encendido y arranqué, pero me equivoqué de marcha y acabé yendo hacia atrás. ¡A punto estuve de golpear a un coche que había aparcado cerca! Vi en el espejo retrovisor cómo Gabriel se llevaba las manos a la cabeza. Bajé la ventanilla y me despedí de él agitando la mano mientras, por fin, conseguía salir de allí en dirección al hotel.

Solo esperaba que padre no estuviera esperándome.

Capítulo 11

Oliver

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha empujado o…?

—No, mamá, no. Tienes un hijo un poco torpe. Qué le vamos a hacer —me excusé mientras ella trataba de secarme con un trapo los pantalones completamente empapados. Aunque realmente era mentira lo que le había dicho. Si me había vuelto a caer había sido porque Perseo me había soltado justo cuando estábamos tan cerca que nuestras frentes estuvieron a punto de rozarse.

—¿Por qué no subes a cambiarte?

—Sí, sí, eso voy a hacer ahora que… —Señalé con la mirada a Perseo, que salía del hostal, hablando por teléfono sin parar.

Aprovecharía ese momento para subir, cambiarme y, si me daba tiempo, incluso darme una ducha rápida. Pero no fue hasta que estuve frente a la puerta de la habitación que caí en la cuenta de que le había dado la única llave que tenía para entrar.

Así que volví a bajar, pero Perseo ya no estaba por ningún lado. Se había esfumado. ¡Si hacía unos minutos estaba en la entrada el hostal! ¿Dónde demonios se habría metido?, me pregunté. Me asomé al comedor, pero ya solo quedaban la escritora y la madre con su hijo adolescente entre los huéspedes que estaban desayunando. No había ni rastro de Perseo.

—¡Oli! No te escaquees y ayúdame a limpiar —me pidió Clara, pero la ignoré por completo y volví a la entrada.

—¿Dónde demonios se ha metido?

—Oliver, hijo, ¿me ayudas con las habitaciones? —dijo mi padre, apareciendo en recepción con el carrito de la limpieza. Todo el mundo parecía necesitarme—. ¿Ya has terminado con Perseo?

—Sí, supongo. Estaba aquí hablando por teléfono y le he perdido de vista…

—Qué raro… —Fue lo único que le salió decir—. Quizá haya salido a dar un paseo por los alrededores. ¿No te vas a cambiar esa ropa? —Me señaló con la mirada.

—Eso iba a hacer, pero es que no tengo la llave.

—¿Cómo que no tienes la llave? —preguntó, sorprendido.

—Se la di a Perseo. —Mi padre empezó a rebuscar en recepción y me mostró su enorme llavero que no dejaba de tintinear al entrechocar todas las llaves.

—Toma mi llavero, anda.

—Gracias.

Me acerqué y me entregó el manojo de llaves.

—Pero ¿por qué tienes tantas llaves aquí?

—Era el llavero de tu abuelo. Hay llaves que ni sé lo que abren.

Iba a subir conmigo, pero alguien llamó a la puerta de la entrada.

—¿Te ocupas tú? Quizá sea tu Perseo.

—No es «mi» Perseo —repliqué, molesto. Mi padre sonrió y, tras quitarme las llaves, se dirigió de nuevo hacia las escaleras, empujando el carrito.

—¡Oye, que necesito la llave! —Pero nada. No me escuchó.

Resoplé, indignado, mientras me acercaba a abrir la puerta de

entrada. Y, cuando lo hice, no me encontré con Perseo. Era su hermano, con su sonrisa torcida y su cara de psicópata adorable. La genética había sido buena con ambos. Los dos eran muy guapos. Pero Perseo no tenía ese punto de locura de Gabriel.

—Eh, ho-hola. ¿Qué haces por aquí? Sabes que la puerta está abierta, ¿no? No hace falta llamar.

—¿Así recibís a los clientes? Tendré que poner una reclamación. —Disfrutando con mi confusión, añadió—: Venía a ver a mi hermanito, pero…

—¿A Perseo? —lo interrumpí.

—¿Tengo más hermanos? Oh, Dios. ¿Eres…, eres mi hermano perdido? —exclamó, sobreactuando.

—Si fuera tu hermano perdido, supongo que no tendría problemas con los Montecarlo para salvar este hostal —dije, siguiéndole la broma—. Y, hablando de hermanos perdidos, no sé dónde está Perseo.

—Ah, pero yo sí —afirmó, y se acercó un poco más. No sabía si quería entrar en el hostal o acercarse a mí. O ambas cosas—. Venía a verlo y, en cuanto llegué, me lo crucé, me pidió mi coche y se largó.

—¿Se ha largado? ¿Por qué? ¿Qué te ha dicho?

—Algo de un desayuno malísimo…

—¿En serio te ha dicho eso? —repliqué, ofendido.

Gabriel Montecarlo se echó a reír.

—Solo me ha dicho que tenía que ir a ver a nuestro padre. Siempre ha sido así. Lo llama y va corriendo con el rabo entre las piernas. Percy lleva haciendo lo mismo desde pequeño. En fin, hoyuelos… ¿Tienes algo que hacer ahora?

—Trabajar —contesté.

Mi padre estaría esperando que fuera a ayudarle con las habitaciones.

—Pues yo necesito un conductor para volver al hotel. Me han dejado sin transporte como ves —dijo, abriendo los brazos, teatralmente.

—¿No puedes llamar a uno de vuestros chóferes? Tenéis muchos, ¿no?

—Pero son todos unos aburridos. ¿Me llevas y así nos conocemos un poco? También te puedo contar cosas de Percy.

¿Estaba tratando de ganarse mi simpatía para que me pusiera de su parte y contra su hermano? No acababa de entender qué era lo que pretendía Gabriel. Incluso cabía la posibilidad de que los dos hermanos estuvieran compinchados y quisieran volverme loco antes de que acabara aquella semana.

Sin embargo, no podíamos permitirnos enfurecer más a los Montecarlo. Solo tenía que acercarlo al hotel y volver.

—Entiendo que tienes coche, ¿no? —interrumpió mi corriente de pensamientos.

—Tengo que pedírselo a mi hermana. Si esperas un minuto, vuelvo y te acerco.

—Claro. Pero ¿puedo pasar dentro? Aquí fuera hace un poco de frío.

Gabriel llevaba solo una camisa con el cuello abierto, unos pantalones negros anchos y unas gafas de sol colocadas en la cabeza. Tenía un estilo bastante más desenfadado que el de su hermano, y su ropa era mucho más holgada. Normal que tuviera frío, si ni siquiera llevaba abrigo o bufanda, y debíamos de estar a

unos cuantos grados bajo cero.

—Sí, puedes pasar, claro. Si quieres, incluso puedes desayunar algo. Invita la casa.

—Cuánta amabilidad de repente. Me ha tocado el premio gordo. Gracias, hoyuelos, pero ya desayuné en el hotel.

Me aparté a un lado para que entrara y, al hacerlo, se quitó las gafas de sol de la cabeza y se las colgó del cuello de la camisa. Miraba hacia todos los lados, como un niño pequeño el día de Reyes.

—Así que esto es El Muérdago. *Cozy*, la verdad. Muy hogareño. Muy familiar. Me gusta. No entiendo el empeño de mi padre en tirarlo.

—De tu padre y de tu hermano.

—Nah. Percy solo quiere quedar bien con papi. Nada más. No es nada personal —respondió, quitándole importancia.

—Pues no es eso lo que parece.

—Sí, bueno. *Classic* Perseo Montecarlo. ¿El desayuno…? —dejó caer, esperando a que yo le indicara por dónde ir.

—Pensaba que ya habías desayunado.

—Huele tan bien que tengo ganas de un café. ¿Alguna recomendación? —Me dedicó una media sonrisa bastante cautivadora. Lo conocía poco, pero estaba claro que era un auténtico encantador de serpientes. Se llevaría muy bien con Clara.

—Las tortitas. Receta de mi madre.

Gabriel me siguió hasta el comedor, mirándolo todo con curiosidad. Cuando llegamos, seguía la madre con su hijo, y también habían vuelto los recién casados de Granada. Mi madre estaba con Lucas recogiendo y, al verme, lo primero que hizo fue preguntarme que por qué no estaba con Perseo.

—No soy su niñera —gruñí—. Este es Gabriel Montecarlo. Quiere probar tus tortitas.

—Si no es mucha molestia, claro —añadió él, encantadoramente educado.

Mi madre me miró primero a mí, luego a Gabriel, y luego a mí otra vez. Al final, acabó asintiendo con una sonrisa e indicándole en cuál de las mesas podía sentarse para desayunar. Acto seguido se fue a la cocina y yo fui tras ella, esperando encontrarme a mi hermana.

—¡Clara, necesito las llaves de tu coche! —grité.

Ella estaba metiendo platos en uno de los lavavajillas.

—¿Para qué? Iba a bajar al pueblo…

—Necesito llevar a uno de los Montecarlo de vuelta al hotel.

—¿Qué?

—Tengo a Gabriel Montecarlo en el comedor esperando a que le lleve —repetí, tratando de parecer calmado.

—¿Y dónde está el otro?

—En el hotel, con su padre.

—¿Ya se te ha escapado? Oli, no te ha durado ni dos horas.

—No es el momento, Clara, no es el momento… —le advertí—. ¿Me las dejas, por favor? —insistí.

—Están en recepción. En uno de los cajones —suspiró—. ¡Pero conduce con cuidado!

—¡Mira quién me lo dice!

—¿A que no te lo dejo? —me amenazó, pero yo ya estaba saliendo de la cocina.

Fui directo al mostrador, pero el primer cajón que traté de abrir estaba cerrado. Con llave. El cajón del abuelo. Nunca lo había visto

abierto. Probé con el segundo, y este sí que se abrió. Ahí estaban las llaves del coche de Clara, con su muñeco peludo bastante siniestro como llavero. Las cogí y volví al comedor, donde mi madre hablaba con Gabriel. Parecía estar explicándole la receta de sus tortitas.

—Nunca adivinarás el ingrediente secreto que lleva la masa.

Gabriel partió un trozo de una de las tortitas con el tenedor y se lo llevó a la boca. Después de un rato degustándolo, sonrió con satisfacción.

—Azúcar moreno y canela, ¿verdad?

Mi madre se echó a reír y se limitó a guiñarle un ojo, misteriosa.

—Vale, mamá. Ya le has molestado bastante. ¿Nos vamos? —le propuse a Gabriel, agitando las llaves.

—¿Su hijo es siempre tan impaciente? —A mi madre se le escapó una risita y yo la maté con la mirada—. Unas tortitas muy ricas. Y el café, delicioso. —Se despidió de mi madre con una leve inclinación de cabeza y los dos nos fuimos hacia la salida del hostal.

—¿En serio te ha gustado el desayuno? —le pregunté, suspicaz.

—Por supuesto. Un Montecarlo nunca miente —replicó, burlón.

Me daba un poco de vergüenza montar a un Montecarlo en el coche de mi hermana. Siempre estaba lleno de cosas y no demasiado limpio. Olía a tabaco y tenía filtros y papel de fumar desperdigados por los asientos y por el salpicadero. Pero era el único coche que teníamos disponible. Abrí a distancia y Gabriel se lo quedó mirando con curiosidad.

—¿Este es?

—No es tan lujoso como vuestros coches. Lo sé.

—¿Cuántos coches crees que tengo?

—No lo sé. ¿Dos?

—Casi. Doce —me corrigió.

—¿Doce coches? ¿Para qué quieres tantos? —pregunté, alucinado.

—¿Qué puedo decirte? Un chico tiene sus manías. ¿Vamos?

Me senté en el asiento del conductor y, antes de que él se subiera, bajé las ventanillas a toda prisa para ventilar. Al menos yo había adecentado un poco el interior el día anterior, pero aun así el coche de mi hermana era un desastre. Gabriel entró como pudo y se encajonó en el espacio del copiloto; las piernas no le cabían porque el asiento estaba demasiado pegado a la guantera.

—Creo que tienes que tirar de una barra que hay bajo el asiento… —le indiqué.

Empezó a tantear a ciegas hasta que la encontró y echó el asiento por completo hacia atrás.

Sonrió y maniobró hasta que logró estar cómodo.

—Ya está. Perfecto.

—¿Sí? ¿Estás bien?

—Mejor que nunca, hoyuelos. —Se bajó las gafas de sol y miró hacia delante, como queriendo decirme que ya podíamos arrancar.

Metí la llave en el contacto, y tuve que intentarlo un par de veces hasta que conseguí que arrancara. Era uno de esos coches antiguos a los que le costaba ponerse en marcha. Pegué un par de tirones y, temiendo que nos fuera a dejar tirados en el último momento, apreté el acelerador para salir del aparcamiento.

—La calefacción funciona cuando le da la gana —le expliqué mientras trataba de encenderla. Pero el coche tenía sus propios planes y, en vez de salir aire caliente, empezó a salir aire frío.

—Menuda joya… —se rio Gabriel.

—Culpa de Clara…, mi hermana. Lleva sin pasar la ITV como cinco años —mascullé.

—¿La ITV? —preguntó, confuso. Claro, ¿cómo iba a saber un niño pijo como Gabriel lo que era la ITV?

—¿No sabes lo que es? A ver, cuando tu coche cumple…

—Tendré dinero, pero no soy tonto, Oliver De Luca. Los ricos también tenemos que pasar ciertos trámites, por si no lo sabías —comentó, molesto.

—Lo siento. No sabía… Solo quería explicártelo por si no…

—Tranquilo, estaba de broma. No he pasado una ITV en mi vida.

Gabriel era un tipo divertido, más de lo que había supuesto la primera vez que lo vi. Y, por alguna extraña razón, yo parecía caerle bien, algo que no me pasaba con su hermano.

Traté de encender la radio, pero solo se escuchaban interferencias. ¿Es que no funcionaba nada en ese maldito coche? Hacía mucho que no conducía con alguien sentado en el asiento del copiloto. Pero recordaba una de las primeras veces que lo hice, precisamente por esa carretera, con solo diecisiete años, antes de sacarme el carnet. Con Biel. Uno de los huéspedes del hostal esas Navidades. Fuimos bastante temerarios. Había nevado. El coche derrapó y estuvimos a punto de salirnos de la carretera. Pero ese chute de adrenalina nos llevó a besarnos.

Mi primer beso fue la consecuencia de estar a punto de morir en un accidente de coche.

—¿Hasta qué día te quedas por aquí? —quiso saber Gabriel, que seguía con las gafas de sol puestas.

—Aún no lo tengo muy claro —admití—. Seguramente hasta final de mes.

—¿Tienes que volver al trabajo?

—Qué va. Estoy oficialmente en paro —respondí con una sonrisa amarga dibujada en la cara.

—Bueno, de momento estás ayudando a tu padre, ¿no? —dijo Gabriel.

Era verdad, aunque no lo estaba haciendo demasiado bien, porque le había dejado tirado con la limpieza de las habitaciones.

—Puede decirse que sí. ¿Y tú? ¿En qué trabajas?

—¿Yo? Eh, buena pregunta… Ahora mismo, estoy igual que tú. No trabajo en nada concreto. Lancé una marca de zapatillas, pero no funcionó como yo quería… Y también lo intenté con una de ginebra. Pero…, bueno…, ya sabes, problemas de negocios y esas cosas.

—Sí, supongo. No he tenido ningún negocio. Solo El Muérdago —admití.

—Y ahora lo quieres salvar, ¿no?

—Exacto. Si tu familia me deja.

—Mi familia… es complicada. Siempre lo ha sido. Si yo soy el normal, imagínate cómo es el resto. Qué te voy a contar, si ya has conocido a Percy. Pero, bueno, él es el más complicado de todos —señaló, bajándose un poco las gafas de sol con el dedo índice.

—¿Algún truco para conseguir ablandarlo? ¿A él o a tu padre? —quise saber.

—A mi padre ya te digo yo que imposible. Orión Montecarlo es el hueso más duro de roer de todos. Con Percy… quizá tengas una oportunidad. Ahí donde lo ves, luego es un trozo de pan.

—Cuesta creerlo, ¿eh?

—¿Quieres un truco? Sé tú mismo. No intentes hacerle la pelota. Es lo que más odia.

—Ah, vale, con eso no tendré problema. Se me da mal hacer la pelota a la gente.

—Pero tampoco te pases —me advirtió.

—Captado.

—Enséñale vuestras costumbres, vuestras tradiciones. Nunca lo admitirá, pero lo conozco, y sé que le encanta todo eso. Quizá porque nuestra familia nunca ha sido muy convencional… o muy estructurada. Qué sé yo.

—Perfecto —asentí, convencido, y enseguida temí que me malinterpretara—. No es que me parezca perfecto que vuestra familia esté desestructurada ni nada de eso. Me refería…

—¿Siempre tienes que justificarte por todo?

—Solo cuando me pongo nervioso.

—¿Te pongo nervioso? —Sonrió más ampliamente que nunca.

Después de tomar dos desviaciones seguidas a la derecha, enfilé hacia la entrada del hotel de los Montecarlo y aparqué donde me indicó Gabriel. Apagué el motor y él se desabrochó el cinturón, pero, en vez de bajarse, se giró para mirarme. Estuvimos así, en silencio, unos segundos, y juraría que él disfrutó de la incomodidad que me creó esa situación. Como si fuera un juego para él.

—Bueno, pues ya estamos.

—Ya lo veo. ¿No quieres entrar para coger a mi hermanito de las orejas?

—Qué va. Que vuelva cuando quiera. Tampoco le quiero presionar más de la cuenta.

—Me caes bien, Oliver. Apuesto por ti. —Se acercó, tanto que pensé que me iba a besar en los labios, pero en el último momento se limitó a darme un abrazo breve y extraño. Acto seguido, abrió su

puerta y salió del coche. Pero, antes de irse, se asomó una última vez—. A mi hermano le encanta la sopa de cebolla. Así como dato. ¡Suerte, hoyuelos! —Cerró la puerta y se dirigió hacia el hotel.

Capítulo 12

Oliver

A la hora de la cena, el hostal estaba a tope de nuevo. Ninguno de los huéspedes se quería perder la cena especial de mi padre, quien se había encargado de dejar una nota en cada habitación dándoles la bienvenida e informándoles de que habría una celebración esa noche. Iba a preparar pavo asado y crema de calabacín con setas. Aun así, yo insistí en que preparáramos también sopa de cebolla. Era una de las especialidades de mi padre, y si a Perseo le encantaba, quizá podíamos ganarnos su favor con ella…, si es que se dignaba a aparecer a la hora de la cena. De momento, ya eran más de las ocho y no sabíamos nada de él.

No obstante, pensé, tarde o temprano tendría que volver, porque tenía todas sus maletas en mi habitación.

Y un trato que cumplir.

Por los altavoces se oían villancicos y canciones navideñas. Habíamos juntado todas las mesas para formar una sola de grandes dimensiones. Mi padre siempre se empeñaba en que los clientes se conocieran y, si tenía que forzarlo, lo hacía. Y aquella primera cena era una gran oportunidad. Pero luego estaban los talleres de mazapán, de decoración con adornos navideños, la tradición de plantar árboles en la montaña… Cualquier excusa era buena para él.

Todos ayudábamos esa noche. Mientras mi hermana y Lucas servían a los huéspedes en el comedor, mis padres y yo preparábamos la cena. Desde que era pequeño, recordaba las Navidades así, conociendo a gente diferente cada semana, haciendo nuevos amigos, despidiéndome de ellos cuando tenían que volver a sus ciudades o países, y aprendiéndolo todo del negocio. Bueno, no todo, porque mi madre no quería enseñarnos las cosas más complicadas. «Son niños. Que sigan siéndolo un poco más». Uno de tantos motivos de discusión entre ella y mi padre.

—¡Oliver! ¿Has echado la nuez moscada? —preguntó mi padre casi de forma automática.

—Voy. ¡Voy!

El ingrediente secreto de la sopa de cebolla de mi padre. Un toque de nuez moscada. Además de untar un trozo de pan tostado con mostaza de estragón. Cogí el bote de la especia y fui echándolo en cada plato por separado. Clara entró en ese momento y se llevó dos platos y yo hice lo propio con otros dos. En menos de cinco minutos, ya habíamos servido todos. Mi hermana y yo nos coordinábamos bien… cuando no estábamos peleándonos.

—Quedan los últimos y listo —indicó mi padre, entrando de nuevo en la cocina.

Cogí los dos platos que quedaban, con cuidado de no derramar nada, y empujé la puerta con la espalda para salir de la cocina de nuevo. Me acerqué a la mesa y, cuando estaba sirviendo a los chicos que estaban celebrando su aniversario, Perseo apareció bajo el arco de madera que unía el recibidor con el comedor. Llevaba una bufanda burdeos alrededor del cuello y un gorro de lana a juego. Uno de sus ayudantes apareció tras él, le quitó el abrigo y se lo

colgó en el perchero de la entrada.

Perseo y yo nos quedamos mirándonos un instante y, sin darme cuenta, volqué uno de los platos de sopa ardiendo sobre uno de aquellos chicos.

—¡Oli, cuidado! —me gritó Clara

El pobre se levantó de golpe chillando, me empujó y el otro plato que llevaba acabó estrellado contra un Papá Noel gigante que había en uno de los lados de la entrada del comedor. El Papá Noel cayó al suelo, arrastrando un cordel de luces que se fue desenganchando del techo, arrancando pequeños trozos de madera a su paso y, finalmente, haciendo ceder un tablón, que cayó con estrépito en el suelo, a escasos metros de Perseo.

Todos se quedaron en silencio, mirándome asombrados por lo que acababa de pasar.

—Hermanito, te pago cincuenta euros si lo repites.

Perseo miró al suelo y luego me miro a mí, sin saber muy bien qué decir. Porque ¿qué podía decir en semejante situación?

La primera en reaccionar fue mi madre. Cogió una servilleta de tela y corrió a limpiarle la ropa al chico al que le había tirado la sopa.

—Ahora mismo le traemos otra sopa. Y la limpieza de la ropa corre a cargo del hostal, por supuesto. Clara, ¿podrías ir a por otro plato a la cocina, por favor?

Mi hermana se levantó de su silla, asintiendo, nerviosa, y fue hacia la cocina, obediente como nunca lo era. Yo, sin saber muy bien qué hacer, y muerto de vergüenza, me disculpé varias veces con el chico y me agaché para recoger el plato, que se había roto por la mitad.

—Voy… Voy a por una fregona.

—Tranquilo, Oliver. Tú acompaña a nuestro nuevo huésped a su sitio —me dijo mi padre.

Me incorporé y le indiqué a Perseo con la mano que me siguiera hacia uno de los dos sitios libres que quedaban en la mesa mientras el resto de los huéspedes ya estaban hablando animadamente, como si nada hubiera pasado. Pero Perseo no quiso sentarse en la mesa grande con todos los demás, sino que prefirió cenar en una mesa que habíamos dejado en una de las esquinas del comedor. En un primer momento, pensé en tratar de hacerle cambiar de opinión, pero me di cuenta de que no valía la pena. Ya había tomado su decisión; lo mejor era que se sentara donde quisiera. Abrí uno de los cajones de la cómoda que había entre la cocina y el comedor, saqué un mantel blanco y lo coloqué sobre su mesa.

—Hoy tenemos sopa de cebolla y pa… —empecé a decir, nervioso, pero de repente me interrumpí y, en vez de continuar recitando el menú, opté por disculparme. Lo último que me faltaba era haberle tirado un trozo de madera en la cabeza a Perseo Montecarlo—. Disculpa por lo de antes. Un accidente tonto.

—Un accidente tonto… —repitió, enarcando una ceja.

—No creas que trato de quitarte de en medio.

—No lo creía hasta ahora —dijo, y lo hizo tan serio que me asusté.

—Eh…

—Me estabas diciendo lo que había de cenar —me recordó.

—Sí, claro. Sí. Sopa de cebolla…

—Eso ya me lo has dicho —me interrumpió, impertinente como él solo.

—De-de segundo tenemos pavo asado con patatas al horno y

setas. —¿Por qué me estaba poniendo tan nervioso ese estirado insoportable?—. ¿Qué te apetece beber?

—Tomaré una copa de un blanco Coche-Dury Meursault, y solo la sopa de cebolla.

—¿No quieres probar el pavo asado?

—No tengo hambre —sentenció, sin dejar de mirarme, como si estuviera retándome a algo que no podía adivinar.

—Vale, claro. Marchando esa sopa de cebolla.

—¿Me la vas a servir tú?

—¿Algún problema?

Perseo se limitó a mirar hacia el estropicio que había ocasionado y que estaba limpiando mi padre.

—Ah, eso. No te preocupes. Solo tiro un plato al suelo por servicio —ironicé, tratando de relajarme un poco, y me fui a la cocina, disculpándome una vez más con el cliente al que le había tirado toda la sopa encima.

Pensé en sentarme en la mesa donde estaba el resto de la gente. Pero no quería dejar solo a Perseo, y menos aún después de que hubiera pasado todo el día fuera del hostal. Así que cogí un plato de sopa para él y otro para mí y los llevé a su mesa.

—Solo te pedí uno…

—El otro es para mí —le aclaré.

Volví al rato con una botella de vino blanco (que, obviamente, no era el que me había dicho él) y le serví una copa. Pero la llené demasiado y me pidió que se la cambiara, así que yo me quedé esa y a él le serví otra, siguiendo sus órdenes al milímetro para no pasarme otra vez.

Al igual que había hecho por la mañana con el café, no dejaba de

darle vueltas a la sopa de cebolla. Gabriel me había dicho que era su plato favorito. ¿Se lo habría inventado? ¿Estarían los dos hermanos jugando contra mí?

—¿No te gusta?

—No la he probado aún —remarcó.

—Por mí puedes empezar. Seguro que te gusta.

—No sé si queréis envenenarme. Teniendo en cuenta lo que ha pasado antes cuando he llegado… —recordó, y me ruboricé de la vergüenza.

—*Touché* —contesté, señalándole con la cuchara—. Pero no hay problema. La pruebo yo primero para que no haya dudas. —Sumergí la cuchara en mi plato de sopa y me la llevé a la boca. Estaba casi más deliciosa de lo que recordaba. Pero se me atravesó un trozo de cebolla y empecé a toser y a ponerme rojo.

Perseo ni siquiera se inmutó. Seguramente pensando que estaba fingiendo o vacilándole de alguna manera. Pero, al ver que no dejaba de toser, noté algo de preocupación en sus ojos. Solo un momento. Un nanosegundo. Pero ahí estaba.

Cogí la copa de vino y la vacié de un trago para ayudarme a tragar.

—Uf… Dios…, casi me… Oye, que-que solo me he atragantado, ¿eh? No me estaba muriendo. No hay-hay veneno —conseguí decir con voz ronca.

—No sé si fiarme, pero parece que a la gente le está gustando. De todas formas, dudo que esté a la altura de la que tomo siempre en Le Chat Noir de París… Aunque tiene buena pinta. ¿Qué tipo de queso es?

—Creo que mi padre echa emmental, pero puedo preguntarle.

Levantó con su cuchara el trozo de pan tostado y lo examinó con minuciosidad. Acabó partiendo un trozo y metiéndoselo en la boca. Saboreó sin decir una sola palabra y, tras terminar de masticar, dio un sorbo de su copa de vino. Justo después, se limpió con el extremo de la servilleta.

—¿Y bien? —pregunté, ansioso por saber lo que le había parecido.

—Está… buena —dijo, y siguió comiendo con parsimonia—, pero no supera la de París.

—Un segundo lugar nunca está mal —señalé, orgulloso.

—¿Quién ha dicho que esté en segundo lugar? —ironizó.

—Me alegro de que te guste.

—Pero este vino podéis ir tirándolo. Es atroz.

Atroz. Nunca había escuchado a nadie calificar así un vino.

—¿Qué tal te ha ido el día? —pregunté. Me interesaba saber qué había estado haciendo, por qué no se había quedado en el hostal.

—Tuve varias reuniones con Japón y Dubái —se limitó a decir mientras terminaba su plato de sopa y volvía a dar un sorbo de su copa de vino, poniendo una mueca de asco absoluto mientras lo tragaba con esfuerzo.

—¿Qué te parece nuestro hostal hasta ahora? —Fue preguntárselo y arrepentirme al instante. Estaba haciendo exactamente lo que me había propuesto no hacer: presionarle.

—Pintoresco.

—Vale. Podemos trabajar a partir de ahí —bromeé. Pero la conversación no continuó. Perseo dejó la servilleta sobre la mesa y se puso en pie—. ¿Qué ocurre?

—Me retiro a mi habitación.

—¿Ya? —Qué pomposo era cuando quería.

—Sí. Y no tengo por qué darte explicaciones, ¿verdad? —señaló con esa chulería de la que hacía gala continuamente.

Tras despedirse del resto de los huéspedes con un leve movimiento de cabeza, se arregló la chaqueta del traje y salió del comedor.

Yo tardé un rato en reaccionar y, cuando lo hice, me levanté de la mesa y me asomé a las escaleras, pero ya había desaparecido en el pasillo del piso superior. Qué persona más complicada. Qué difícil iba a ser ablandarlo para que convenciera a su padre de que era una mala idea demoler nuestro hostal.

Aunque… Gabriel parecía estar de nuestro lado.

¿Eso serviría de algo?

Después de terminar el servicio de cenas y ayudar a recogerlo todo con Clara, decidí que ya era hora de descansar para poder afrontar el día siguiente con las pilas cargadas. No había parado desde que había aparecido Perseo en nuestra entrada.

Mientras subía las escaleras, con la música navideña fundiéndose lentamente con el ambiente, pensé qué iba a enseñarle al día siguiente. Podía llevarlo a la zona del bosque donde plantábamos árboles como tradición familiar, o dar una vuelta por el pueblo. Seguramente ni siquiera lo conocería. La gente como él no tenía tiempo para mezclarse con la gente como yo. Me lo había dejado claro bastantes veces.

Mi padre me había dado una copia de la llave de la habitación, así que no tenía que despertarlo para que me abriera. Inspiré hondo, esperando que estuviera dormido profundamente para así evitar una

nueva discusión y me dispuse a meter la llave en la cerradura. Pero, antes de poder hacerlo, Perseo abrió la puerta.

—¿Sí? —dijo.

Ya no llevaba su traje, sino unos pantalones largos de seda, de color verde oscuro, y una camiseta interior similar a la que tenía puesta por la mañana, aunque esta era de color gris. Encima de ella, una bata del mismo color que los pantalones. El pelo seguía perfectamente peinado.

—Eh… ¿Cómo sabías que estaba fuera? Bueno, es igual… Esto… Vengo a dormir —me expliqué.

—Pero esta es mi habitación.

—Sí, claro. Pero también es la mía —le recordé.

—Creía que querías que pasara una semana perfecta en tu hostal. Y, para ello, necesito una habitación para mí solo. No hay suficiente espacio para los dos aquí.

No me podía creer que me estuviera echando de mi propia habitación.

—¿Esa llave también es de esta habitación? Pensaba que solo había una copia. —Me la arrebató de la mano en un movimiento rápido.

—No hay más habitaciones libres, y yo necesito dormir.

—Puedes hacerlo en el sofá junto a la chimenea. Tiene pinta de cómodo. ¿No me dijiste que solías quedarte ahí dormido cuando eras pequeño? Te traerá buenos recuerdos. Eso sí, ten cuidado con el monóxido de carbono. Yo dejaría una ventana abierta por si acaso. —Y, tras decir eso, me cerró la puerta en las narices.

¿Perdona?

Capítulo 13

Oliver

4 de diciembre

Cuando me desperté, el fuego de la chimenea ya estaba consumido y la luz del sol entraba por las ventanas del salón de El Muérdago. En algún momento de la noche me había tapado con una de las mantas que había tejido mi madre cuando éramos pequeños, y había lanzado varios cojines al suelo. Me limpié la baba que me caía por la comisura de la boca y me desperecé, estirando los brazos y bostezando. Tenía la boca seca y pastosa, y me pesaban los párpados. No había dormido muy bien esa noche. Una cosa era que el sofá fuera cómodo cuando yo era pequeño, y otra muy diferente que lo siguiera siendo cuando ya tenía veinticuatro años.

Torpemente me puse en pie y necesité unos segundos para recordar dónde estaba o qué día era. ¿Por qué estaba durmiendo en el sofá? Ah, claro, porque Perseo Montecarlo me había robado mi habitación, y a mí no me había quedado otra que cumplir con sus deseos.

Todo el salón olía a madera quemada y al ambientador de pino de mi padre. Pero también a café. Eso significaba que ya había alguien despierto y había tenido el detalle de prepararlo. Seguramente sería mi padre.

Tambaleándome un poco y a punto de caerme con uno de los múltiples adornos repartidos por todo el hostal, llegué a la cocina. Pero el que estaba preparándolo no era mi padre, sino Lucas, con una taza del Grinch en una mano y el móvil en la otra.

—Buenos días. ¿Qué-qué hora es? —tartamudeé—. ¿Has preparado café?

—Buenos días, Oliver. Son las siete, y sí. He preparado café. Tu padre ha salido a revisar el sistema de calefacción, por si le estabas buscando a él. —Y me señaló la cafetera por la que salía un humo delicioso.

—Uf, Dios te bendiga, Lucas —dije, juntando las dos manos y haciéndole una reverencia de agradecimiento.

Cogí mi taza de Papá Noel y la llené hasta el límite, añadiéndole un poco de leche y una cucharada de azúcar. Necesitaba darle un sorbo para empezar a ser persona y poder funcionar por la mañana. Estaba fuerte. Justo como me gustaba para empezar el día.

—¿Qué tal tu primera noche con Perseo Montecarlo? ¿Se ha portado bien?

—No lo sé. Me echó de mi habitación y he dormido en el salón.

—Ah, así que eras tú el que hacía esos ruidos… —reflexionó llevándose la mano a la barbilla, pensativo—. Cuando bajé, pensé que se habría colado algún animal o algo —me explicó—. ¿Y vas a dormir una semana en el sofá del salón? No sé yo si eso es muy cómodo.

—Estoy ganándome su confianza —le expliqué.

—Extraña forma de ganarse la confianza de alguien —murmuró.

—Lo sé, pero bueno, paso a paso. Paso a paso… Gracias por el café. —Brindé en el aire y salí de la cocina, camino de mi habitación,

porque necesitaba ducharme y cambiarme de ropa.

Era aún demasiado pronto para que hubiera alguno de los huéspedes despierto. El desayuno generalmente empezábamos a servirlo a partir de las ocho de la mañana, aunque el café siempre estaba disponible para quien quisiera, además de frutas y cereales para los más madrugadores. Al parecer, nadie se había despertado tan pronto como yo. Solo esperaba que Perseo estuviera listo ya.

—Oye, ¿tú no eres el hijo del dueño? —me dijo alguien al fondo del pasillo.

Era el adolescente que siempre estaba con el móvil. ¿Qué hacía tan pronto fuera de su habitación?

—Buenos días. Sí, soy yo —respondí.

—Pregúntale por qué no hay habitación número siete.

—¿Cómo dices?

—Que no hay habitación número siete. Hay cinco, hay seis y hay ocho. Pero no hay siete.

—Era el número de la mala suerte de mi abuelo, ¿sabes? Él construyó este hostal. No quería que hubiera una habitación con ese número. Supersticiones y…

—Curiosidad, tío, nada más. No me cuentes tu vida. —Volvió a ponerse los auriculares y bajó la escalera trotando, como si fuera bailando al ritmo de una canción.

—¿Para qué preguntas entonces? —mascullé para mí más que para él, porque cuando lo dije ya se había ido. ¿Se creía que no conocía el hostal donde me había criado? ¡Ya sabía yo que no había habitación número siete. El abuelo era supersticioso a más no poder. El problema era que papá había heredado unas cuantas de esas manías y les tenía pánico a los gatos negros, entre otras muchas

cosas. Daba igual las veces que le explicara que no tenía sentido alguno. Era ver un gato negro y santiguarse, y eso que ni siquiera era creyente.

Me fijé en la pared que había entre las habitaciones cinco y nueve. Donde debería estar la número siete, había un enorme cuadro colgado. Uno que me daba pánico cuando era pequeño. Un paisaje con un acantilado, un mar embravecido y a lo lejos, en el cielo, difuminado entre las nubes, lo que yo siempre creí que era un dragón, aunque Clara siempre había insistido en que era un cuervo mal pintado. El cuadro favorito del abuelo, y que llevaba ahí desde que podía recordar. Eso sí, una vez estuve a punto de tirarlo jugando con Clara y la bronca que nos echó fue monumental.

—¿Qué haces? —quiso saber Perseo, saliendo de la habitación y cerrando la puerta con llave.

—Nada, nada. Buenos días. ¿Has-has dormido bien? —le pregunté a la vez que me alejaba de la pared, echando un último vistazo de reojo al cuadro. Perseo llevaba unos pantalones negros de corte recto, unos mocasines con hebillas doradas y una sudadera morada preciosa que se ajustaba perfectamente a su cuerpo, a diferencia de la ropa holgada que solía llevar su hermano.

—Sí —afirmó. Nos quedamos un rato en silencio hasta que entendió que, en las costumbres sociales, debía devolver la pregunta que le había hecho yo—. ¿Qué tal has dormido tú?

—Estupendo. Mejor que nunca —mentí.

—Cualquiera lo diría —espetó, dándome un evidente repaso de arriba abajo.

—¿Qué quieres decir con…?

Pero ya no me estaba escuchando, sino que estaba centrado en

el cuadro que me había pillado mirando cuando salió de su habitación.

—¿De quién es este cuadro? —preguntó, curioso, mientras se acercaba a la pintura, buscando la firma que identificara al autor.

—Uy, pues ni idea. Mi padre…

—¿Tu padre lo ha pintado? —Enarcó una ceja, curioso.

—No, no. Al menos que yo sepa. No. Quería decir que mi padre sabrá quien…

—Es curioso.

—Me daba miedo de pequeño. Ese dragón de ahí —dije, señalando el motivo de mis pesadillas.

—Eso es un cuervo.

—¡Es un dragón! — protesté—. Estoy seguro de que…

—¿Está el desayuno listo? —me interrumpió.

—Eh, pues no creo. Aún es pronto. Pero sí hay café, si quieres. Y, si lo necesitas, te puedo preparar yo algo rápido. Aunque tengo que cambiarme primero. —Le mostré con mucha teatralidad que llevaba puesta la misma ropa que el día anterior.

—Claramente —respondió, cortante, y me tendió las llaves.

—Gracias.

Perseo asintió y siguió su camino mientras iba colocándose las mangas del jersey y desaparecía al comienzo de las escaleras, que bajó con su habitual elegancia.

Por fin podría volver a entrar en mi habitación, darme una ducha y cambiarme de ropa. Abrí la puerta dando un par de giros a la llave y me encontré con todo perfectamente ordenado, como si nadie hubiera pasado por ahí. Las dos camas estaban hechas, la ventana abierta y había un agradable olor a ambientador de jazmín. Su ropa

estaba doblada sobre mi cama, y no había ni rastro de sus maletas. Abrí el armario y ahí estaban colgadas sus camisas, separadas cuidadosamente de las mías.

Sobre el escritorio, su ordenador portátil, un par de carpetas negras, unos auriculares enormes, guardados en su funda, y un libro. Me acerqué para ver el título: *El principito.* Era una edición… especial de tapa dura y con el lomo rojizo, como si fuera de cuero. Además, el canto de las hojas era dorado. Lo cogí y le eché un vistazo. Lo había leído un par de veces, la primera de pequeño y luego siendo adolescente, pero nunca le había visto ese «algo» que decía la gente.

Lo volví a dejar sobre la mesa, en la misma posición, para que Perseo no se diera cuenta de que lo había tocado.

Me fijé en su cama. Sobre la almohada, su pijama perfectamente doblado. Entré en el baño. Salvo por el espejo, que aún seguía un poco empañado por las esquinas, y su neceser, nadie diría que alguien lo había usado ya esa mañana. Abrí el agua caliente, cogí una de las toallas que había sobre la banqueta de madera junto a la puerta y me desnudé.

La ducha me sirvió para terminar de espabilarme y tener energía suficiente para soportar un día más al estirado de Perseo. Mientras me secaba el pelo, fui hacia el armario para elegir la ropa que me iba a poner, cuando algo llamó mi atención. En el suelo, junto a la puerta, había un sobre blanco. ¿Se le habría caído a Perseo? No me sonaba haberlo visto cuando había entrado en la habitación. Parecía como si alguien lo hubiera deslizado por debajo de la puerta mientras yo estaba en la ducha…

Lo recogí del suelo. Estaba en blanco. No tenía nada escrito por

ninguno de los lados. Además, estaba cerrado. Me podía la curiosidad, así que, en vez de dejarlo sobre la mesa, lo fui abriendo poco a poco mientras me sentaba en la cama. Dentro había una hoja en la que se podía leer:

> En todas las cosas está oculto siempre un significado;
> de lo contrario, poco valdrían.
> Busca la marca.
> Salva el hostal.

Lo releí un par de veces, algo descuadrado. ¿Quién había escrito ese mensaje? Le di un par de vueltas a la hoja, pero solo estaba escrita por delante, con una caligrafía exquisita.

En ese momento escuché a alguien metiendo la llave en la cerradura y no me dio tiempo a volver al baño antes de que Perseo abriera la puerta y entrara en la habitación. Me levanté de golpe y, por supuesto, pasó lo que más temía en el mundo en ese momento: se me cayó la toalla al suelo. Los dos nos miramos durante unos segundos, sin saber muy bien qué decir o qué hacer.

Él fue el primero en hablar.

—¿Es este tu último recurso para convencerme? —bromeó, con una sonrisa dibujada en la cara.

—¡Podrías llamar antes de entrar! —protesté mientras recogía la toalla y me la anudaba a la cintura. Cogí la ropa del armario y me encerré en el baño para vestirme.

—Es mi habitación. ¿Por qué iba a llamar? —dijo, sorprendido.

—Porque también es la mía —contesté mientras me vestía a toda prisa—. Aunque te empeñes en pensar lo contrario. —Eso último lo dije en un murmullo casi inaudible. Me puse los calzoncillos, unos

pantalones de pana y una camiseta blanca, empapándola entera porque seguía con el pelo mojado.

Abrí la puerta y salí de nuevo. Perseo estaba junto a su cama con algo entre las manos: el sobre.

—¿Y esto? «Busca la marca. Salva el hostal» —leyó en voz alta—. ¿Qué es esto? ¿Una página de tu diario? ¿Un mensaje de autoayuda?

—No lo he escrito yo. —Le arrebaté la carta de las manos—. Encontré el sobre en el suelo de la habitación. Pensaba que era tuyo…

—Y, aun así, lo abriste —recalcó.

—Bueno, a ver, no había ni remitente ni nada. Podía… Podía ser una carta bomba —improvisé.

—Una carta bomba… —repitió, dejando un silencio lo suficientemente largo como para que quedara constancia de la absurdez que acababa de decir.

—Yo qué sé. No conozco la lista de tus enemigos. —Iba a replicar, pero no le di tiempo—. Sí, ya lo sé. Un Montecarlo no tiene enemigos.

—Es imposible no tener enemigos —señaló, despacio, sonriendo con suficiencia.

—Pues no tengo ni idea de quién me lo ha escrito —continué la conversación que habíamos interrumpido hacía unos minutos—. Es una chorrada. Seguramente habrá sido la tonta de mi hermana Clara —dije mientras buscaba unos calcetines, tratando de quitarle un poco de hierro al asunto—. Estoy seguro de que tú también haces cosas raras con tu hermano.

—Gabriel es el raro de la familia, y está muy orgulloso de ello. —

Eso era algo que ya me había quedado claro, a pesar de lo poco que lo había tratado. Perseo parecía el serio, el que se pensaba las cosas dos veces, el introvertido, el estirado. No había otra forma de definirlo mejor. Como si se hubiera tragado el palo de una escoba. Gabriel, sin embargo, parecía todo lo contrario: impulsivo, extrovertido, embaucador.

—¿A qué has venido a la habitación?

—Necesitaba mi ordenador. Como no bajabas, pensé en aprovechar un poco el tiempo, porque no me gusta que me lo hagan perder.

—Si me das un par de minutos, bajo contigo.

—Puedo esperarte en el comedor, y así te… arreglas un poco.

Me miré de arriba abajo. ¿Qué le pasaba a mi ropa, que me había dado ese repaso tan poco disimulado?

—Si ya estoy arreglado —dije—. ¿Tampoco te gusta esta ropa?

Perseo esbozó un mueca de desagrado y se encogió de hombros. Dios, me dieron ganas de gritarle.

—Bajo contigo. —No pensaba darle la satisfacción de cambiarme de nuevo. Simplemente cogí el primer jersey que encontré para terminar de vestirme y me calcé unas botas negras mientras él guardaba su portátil en una cartera de cuero marrón oscuro y se la colgaba al hombro. Revisando la habitación una última vez, mis ojos fueron a parar de nuevo sobre la misteriosa carta, que había dejado sobre mi cama, boca abajo.

—¿Estás listo ya? —insistió.

—Sí, sí —contesté en automático, y ambos salimos al pasillo.

—¿Qué sorpresa me tienes preparada hoy? —preguntó Perseo.

Cualquiera pensaría que era curiosidad genuina, pero yo sabía

que lo decía por decir, y que realmente tenía cero interés en saberlo. Pero eso cambiaría en los próximos días, o al menos eso esperaba yo.

—¿Hoy? Pues quería llevarte a ver los árboles. No unos árboles cualesquiera, que ya te veo la cara. —Ese comentario le ofendió muchísimo—. Son unos árboles especiales, porque llevamos plantándolos desde que somos pequeños.

—¿Quieres llevarme a ver… unos árboles especiales? —se burló.

—Que no son simplemente árboles. Es algo importante. Es nuestra tradición —me defendí.

Perseo pareció sopesarlo detenidamente mientras bajábamos las escaleras. Como si necesitara un tiempo para pensar si le parecía buena idea… o la peor que le habían propuesto en su vida.

—Pero, si no quieres, puedo proponerte otra…

—Vale —me interrumpió.

—¿Vale? —repetí.

—¿Qué no has entendido? —dijo, frunciendo el ceño.

—Sí, sí. Lo entendí. Vale, vale.

Cuando entramos en el comedor, ya había varios huéspedes sentados en las mesas, esperando su desayuno. Le indiqué a Perseo que me esperara eligiendo el sitio que más le gustara mientras yo entraba a la cocina para ayudar a prepararlo todo.

Dentro, solo estaba Clara, con el delantal lleno de manchas y sudando la gota gorda.

—¿Qué haces aquí sola?

—¿A ti qué te parece? —me espetó, gruñona como ella sola.

—¿Y papá y mamá?

—Papá sigue tratando de arreglar no sé qué de la calefacción. Tu

madre está recogiendo la colada de la zona de lavadoras, y Lucas debería estar fuera sirviendo las mesas. ¿Es que no está?

—No lo he visto, no…

Clara me respondió con un rugido animal.

—Pero, tranquila, que yo te ayudo, yo te ayudo… ¿Qué hago?

—Echa la masa en la máquina de gofres, por favor, y vigílala —me ordenó.

—Perfecto. Eso puedo hacerlo.

Saqué el tarro de masa de la nevera, lo removí un poco y lo dejé atemperar mientras conectaba la máquina.

—Oye, ¿a ti no te parece extraño que, de repente, hayan decidido darnos un ultimátum con el hostal? Así, de la nada.

—No lo sé. Quizá papá lo sabía desde hacía tiempo y nos lo ha dicho ahora. A mí qué me cuentas. Ya sabes lo dejado que es para algunas cosas.

—Vale, vale. —Cuando estaba estresada, era difícil hablar con ella —. Pero, a ver, mamá se habría enterado. Nos lo habría contado, ¿no?

—¿Qué más te da? —espetó—. Nos lo ha dicho ahora, que es lo importante, así que ya está. ¡Maldito zumo de naranja de mierda! —protestó cuando se le salió la mitad del zumo de la jarra por echarlo demasiado rápido.

—¿Te ayudo?

—Tú sigue con los gofres. ¿Dónde narices está Lucas?

—Si quieres, salgo a ver si…

—Oliver, mejor céntrate en lo que estás haciendo, por favor —insistió mientras limpiaba todo el estropicio que había creado.

—En ello estoy, en ello estoy —me defendí, echando un poco de

la masa dentro de la plancha y provocando que esta crepitara. La cerré y puse el seguro mientras se calentaba lentamente—. Y ya que estamos… Tú no me habrás escrito una carta, ¿no?

—¿Qué?

—Una carta.

—¿Qué te voy a escribir yo una carta, Oliver, por favor? ¿Qué tenemos? ¿Diez años ahora? En serio, ¿te has dado un golpe esta mañana o algo? ¡Madre mía!

Cualquiera que no la conociera se ofendería por lo borde que estaba siendo. Yo era su hermano, así que a veces me tocaba aguantar el chaparrón cuando estaba agobiaba y, en ese momento, lo estaba.

—Yo qué sé. Es que alguien ha metido un sobre por debajo de la puerta de mi habitación con una nota dentro…

—Ayúdame con esto, anda —me pidió, mientras colocaba varias jarras de zumo y vasos sobre un par de bandejas con motivos navideños—. ¿Cómo les gusta tanto el zumo de naranja? Papá es un exagerado.

—El caso… —continué con mi historia mientras cogía lo que me indicaba Clara con la mirada—. Yo pensaba que era de Perseo, pero me ha dicho que no y, bueno, pensé: a lo mejor ha sido Clara, que ha querido gastarme una broma.

—Estoy yo ahora como para gastar bromas —refunfuñó, y los dos salimos al comedor y colocamos las bandejas sobre la enorme mesa donde mi padre ponía todo lo del desayuno—. ¿Y qué decía esa carta tan misteriosa?

—No sé qué de secretos ocultos para salvar el hostal y blablablá.

—¿Para salvar el hostal? —repitió, interesada de repente—. Yo no

te la he escrito, ya te lo digo. Pero estaría bien descubrir quién ha sido.

—¿Tú crees que alguien más quiere salvar el hostal? ¿Que alguien quiere ayudarnos?

—Ni idea. Yo no he leído la carta. ¿Tú lo crees?

—No lo sé. «Encuentra la marca. Salva el hostal».

—¿Cómo?

—Lo ponía al final. «Encuentra la marca. Salva el hostal».

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —respondió mientras hacía malabares con varias bandejas.

—¿El qué?

—Joder, Oli. ¡Encontrar la marca! ¡Salvar el hostal! A veces eres de un obtuso que no hay quien te aguante.

Capítulo 14

Perseo

Fuera hacía frío. Hacía mucho frío. Pero al menos no nevaba y el cielo estaba completamente despejado. Oliver había preparado dos termos de chocolate caliente para el camino, y me había dejado unas raquetas de nieve para poder andar cómodamente por las laderas que serpenteaban entre los árboles del bosque. Me había puesto mi abrigo largo de color crema y unas gafas de sol polarizadas para protegerme los ojos del brillo que irradiaba la nieve.

Él llevaba un abrigo rojo, que claramente tenía ya demasiados años, y un gorro del mismo color con un pompón algo despeluchado. Parecía muy emocionado de acompañarme al lugar donde los De Luca llevaban a cabo cada año una de las tradiciones más importantes del hostal. No había duda de que se sabía el camino de memoria. Me contó que cuando era pequeño iba toda la familia en procesión a elegir el árbol de Navidad para decorar el hostal. Y, a cambio, plantaban uno.

—Así lo hemos hecho desde la época de mi abuelo. Aunque, como cuando murió yo…, bueno, tenía solo unos trece años o así, no lo recuerdo muy bien. Pero tengo este colgante de él —dijo, sacándoselo por encima de la ropa y mostrándome una cadena dorada con un aro que parecía un anillo—. Ya llegamos, queda muy

poco.

Me lo dijo porque debió de notar la impaciencia en mi mirada.

Había algo en él que me producía curiosidad. Por la noche, cuando dormí en su habitación, traté de encontrar alguna cosa que pudiera servirme en nuestra cruzada contra su hostal. Algún documento, algún diario. Pero no di con nada. Solo estaba su ordenador, pero, claro, no sabía la contraseña y no pude abrirlo. No parecía sospechar de mí, aunque, la verdad, tampoco le había dado motivos para hacerlo.

—¿Me estás llevando a algún lugar alejado para poder matarme?

—Demasiado trabajo. ¿Qué iba a hacer con tu cadáver después? —replicó, y me arrancó una sonrisa.

—Podrías decir que me caí y me di un golpe en la cabeza.

—Qué va. Si tuviera pensado matarte, lo haría de alguna forma un poco más creativa, no de un simple golpe en la cabeza. —Me lo dijo tan serio que por un segundo hasta me asustó—. No hablo en serio. No quiero matarte.

—No lo tengo claro.

—Aún no, al menos —concluyó, guiñándome un ojo.

¿Por qué no me tenía miedo? Se permitía el lujo de bromear conmigo más de la cuenta. Padre siempre decía que, si querías ganarte el respeto de los demás, primero tenías que mostrarle que tenías el poder. «El miedo es la mejor forma de conseguir tus objetivos, Perseo». Una de tantas frases que se me quedaron clavadas de pequeño.

Le vi abrir su termo y bebió un poco de lo que suponía que era chocolate caliente. Me miró, con los labios manchados, y se relamió para limpiárselos.

—¿No pruebas el tuyo? Está rico. Receta de mi abuelo. Te calentará al instante.

Miré mi termo con reticencia. Era negro y de plástico. En un lateral tenía una pegatina publicitaria medio borrada. No confiaba mucho en un termo así. Solía llevar agua con jengibre y limón en mi Stanley.

Lo abrí y olía a canela y cacao.

—¿Lo has hecho con leche de avena?

—Leche desnatada.

—No bebo leche de vaca. —Le devolví el termo. No quería decirle que la razón era porque me sentaba mal. No quería tener problemas de tripa en medio del bosque. Y mucho menos que Oliver fuera testigo de ello.

—Al menos llévalo en las manos. Te calentará.

—Para eso tengo guantes —dije, mostrándoselos. Su respuesta fue quitarme el termo de malas maneras y guardarlo en el bolsillo de su abrigo.

—Ya está. Solucionado —replicó, molesto.

Seguimos caminando durante varios minutos, internándonos más en el bosque. Le había molestado. Iba a tener que empezar a ser un poco más simpático con él si quería sacarle información relevante. Hasta ese momento no había conseguido nada.

—Así que venías aquí con tu familia.

Se sorprendió al verme interesado en su historia familiar.

—Con mi abuelo, sí.

—Él construyó el hostal, ¿verdad? —pregunté.

—Sí. Hace cincuenta años… ¿Y tu abuelo? ¿Qué recuerdas de él? —Mi intento de sacar información se volvió en mi contra. No iba a

darle el gusto de contarle cosas sobre mi familia. No era asunto suyo.

—Era un Montecarlo, con todo lo que ello conlleva —me limité a decir, pero Oliver no aflojó.

—¿Teníais buena relación? ¿Os llevabais bien?

—¿Por qué tanto interés? —pregunté, tratando de hacerle entender que no quería seguir hablando del tema.

—No voy a filtrar nada a la prensa o en las redes, tranquilo. Solo te pregunto por tu familia. Nada más —se defendió—. Adamant se llamaba, ¿no? Si es que sois ricos hasta para los nombres.

Debió de ver mi expresión porque, al momento, se disculpó con la mirada.

—¿Tienes algún problema con el nombre de mi abuelo? —espeté, molesto.

—No, no. Solo es que no lo había oído nunca. Mi abuelo se llamaba Oliver. Ya ves tú qué original —musitó, encogiéndose de hombros. Pero ya había dejado de hablarme a mí, y estaba más centrado en seguir el camino correcto.

Yo aproveché para comprobar las notificaciones de mi móvil, pero no me llegaba nada. No había cobertura. ¿De qué me sorprendía? Por supuesto que no había cobertura en ese páramo alejado de todo y de todos. ¿Por qué teníamos que ir hasta allí? ¿No entendía que yo tenía obligaciones, que tenía que trabajar?

—Maldita sea —protesté.

—¿Qué ocurre? —preguntó, alarmado.

—Aquí no hay cobertura —constaté, y agité un poco la muñeca, tratando en vano que el móvil funcionara de alguna forma.

—Por mucho que lo muevas, no va a solucionarse. Siento decirte

que aquí la cobertura es una mierda. Es lo que tiene estar en las montañas y en un bosque como este —explicó, abriendo los brazos todo lo posible para abarcar el paisaje que nos rodeaba.

—Tenemos que volver. No puedo estar incomunicado.

—Solo unos minutos más y llegamos. Te gustará, ya verás.

—Lo dudo —murmuré.

Se agachó en la nieve y comenzó a mirar unas huellas junto a uno de los árboles que marcaban el camino. Me acerqué y traté de mirar por encima de su hombro.

—Lobos —me dijo con toda la calma del mundo, como si no fuera importante. ¿Cómo que lobos? ¿En esa zona? ¿Se lo estaba inventando para darme miedo?

—¿Cómo que lobos?

—Hay veces que bajan de las montañas, pero no suelen acercarse a las personas, así que puedes relajarte. —Borró las huellas con un movimiento del pie.

Después de avanzar varios metros, llegamos a una zona menos frondosa del bosque donde había árboles de distintos tamaños. Estábamos en medio de la nada. Totalmente expuestos. Aunque Oliver parecía disfrutar.

No solo lo parecía.

Disfrutaba de verdad.

Era hasta tierno verlo así.

Inspiró profundamente y exhaló todo el aire.

—Dios, pues sí que echaba de menos esto, sí —admitió entonces en un alarde de sinceridad que yo tampoco le había pedido—. ¿Te das cuenta de que no se escucha nada? ¿Y de que aquí el aire incluso huele diferente?

—El aire no huele a nada. No veo qué tiene este sitio de especial. Nada que no haya alrededor de nuestro hotel. —Pero Oliver no parecía estar haciéndome caso. Estaba más pendiente de esos árboles que se había empeñado en mostrarme que de lo que yo pudiera decirle. Lo vi acercándose a uno de ellos con un lazo azul atado alrededor del tronco, lo cogió entre sus dedos y estuvo un rato ahí, en silencio, reflexionando—. ¿Qué se supone que estoy viendo?

—Eres duro, ¿eh? —replicó, entornando los ojos, mirándome fijamente —. ¿No hay nada que ablande a Perseo Montecarlo?

—Unos árboles no, desde luego —espeté. ¿Qué esperaba? La gente como él se emocionaba con cosas tan absurdas…

—Como curiosidad, viene mucha gente del pueblo aquí a buscar sus árboles de Navidad —comenzó a decir—. Es un negocio sostenible, digámoslo así. Los árboles tardan unos seis años en crecer lo suficiente, por lo que hay que ir replantando —continuó explicándome—. ¿El que tenéis en el hotel es natural o artificial?

—¿Y yo cómo voy a saberlo? —repliqué.

—¿No te interesan las cosas de tu hotel? Es decir, es vuestro negocio, ¿no? ¿No deberías, precisamente, saberlo?

Ese tono de sabelotodismo me recordaba a mi hermano. Me sacaba de quicio, y ese Oliver parecía saber muy bien cómo hacerlo.

—Claro que sé lo que pasa en mi negocio. Pero no me detengo en estupideces como los árboles de Navidad del hotel.

Oliver puso los ojos en blanco, soltó el lazo azul de entre sus manos y se dio por vencido. Hasta que, después de estar demasiado tiempo en silencio, volvió a tratar de iniciar una conversación.

—¿Querrás plantar tú uno este año? ¿O enterrar algo?

—¿Ahora? —¿Y yo para qué iba a querer plantar un árbol? ¿Y

enterrar el qué?

—No, no, ahora no. La tarde del veinticuatro de diciembre, antes de ir a la cena de Nochebuena —dijo, negando con la cabeza—. Es…, bueno, es un momento muy especial. Lo guay es que…, bueno, cuando lo plantas, entierras algo importante para ti junto al árbol. Por eso te decía que…

—¿Cómo que algo importante?

—Pues… no sé, cualquier cosa que sea especial para ti. Yo qué sé: desde un libro hasta una joya, por ejemplo.

—¿Tú has enterrado cosas ahí? —En nuestra familia no teníamos tradiciones como esa. Realmente ni siquiera teníamos tradiciones.

—Sí, claro. Pero no recuerdo todas las cosas que he enterrado. Es decir, habré plantado tres o cuatro de estos árboles… —No me interesaba demasiado esa conversación, así que me di la vuelta y paseé entre los árboles. Quizá encontraba lo que hacía a ese lugar tan importante—. Sé que un año enterré un juguete que me encantaba. Un Pokémon, ya ves tú.

—¿Un Pokémon?

—¿Sabes lo que es? —preguntó, claramente tratando de pincharme un poco.

—Claro que sé lo que es un Pokémon —repliqué, molesto—. Los ricos no vivimos ajenos al resto del mundo.

—Tu hermano me dijo algo similar —señaló.

Llegué hasta donde estaba el árbol con la cinta azul y la observé más de cerca. Vi que estaba escrito el nombre de Oliver en ella.

—Ese es el último que planté —dijo.

—Bueno…, tampoco le veo mucho misterio a plantar unos árboles. —Traté de imaginarme a padre llevándonos a plantar un

árbol. Abigail seguramente lo habría hecho perfecto. Gabriel ni siquiera lo hubiera intentado, y yo…

—Eso es porque nunca has plantado uno —interrumpió mis pensamientos.

—No necesito plantar árboles —espeté, cortante—. ¿Nos vamos ya?

Tenía que estar pendiente de Hiroshi y de unas CEO que llegaban de Buenos Aires. No podía estar tanto tiempo sin cobertura.

—Tu padre quiere echar al mío el día quince. Si no consigo que cambiéis de opinión, al menos déjale unos días más a mi padre para poder hacer esto… Hasta Nochebuena —me propuso, ablandándose de repente—. Solo te pido eso. Al menos unos días más.

—¿Ya tiras la toalla conmigo? —Pero yo iba a jugar un poco más con él. No era capaz de estar relajado a su alrededor.

—No es que tire la toalla, pero…

—Pero quieres asegurarte alguna victoria, por lo que veo. De todos modos, las cosas no cambiarían mucho. Es decir, aunque os dejemos conservar el hostal hasta Nochebuena, después ya no volveríais a ver estos árboles. —Traté de dejarle claro lo que iba a pasar. Él pensaba que yo iba a cambiar de opinión, pero no se estaba dando cuenta de que este asunto no dependía de mí.

—Lo sé. Pero sería una bonita forma de cerrar el círculo, ¿no te parece?

Volví a mirar alrededor, conté los árboles que nos rodeaban. Llegué a contar unos veinte. No estaba seguro de si los estaba contando todos, pero solo había uno con una cinta azul.

—¿Por qué solo hay uno con una cinta? —pregunté, curioso.

—Se la puse yo. El resto tienen marcada la fecha de cuándo se

plantaron o alguna marca especial. Lo que pasa es que, al crecer, algunos la pierden. El tronco se ensancha…

—Dos mil diecinueve… —susurré al ver la fecha que había marcada en el tronco—. Todo esto es realmente importante para ti, ¿verdad?

Quizá era el momento de destensar un poco la situación y darle una pequeña victoria. Aunque había algo que me producía mucha curiosidad. Yo hablaba de nuestro hotel siempre en plural. Pero él lo hacía la gran mayoría de veces defendiendo algo que había creado su padre. No él.

—Sí —confesó con un hilo de voz.

—¿Por qué nunca hablas del hostal como si fuera tuyo?

—Claro que lo hago —se defendió, entendiendo mi pregunta como un ataque.

—Ahora acabas de hacer lo contrario. Has dicho «al menos déjale unos días más a mi padre…», no «déjanos». Las palabras son importantes.

—Bueno, es que el hostal es suyo —dijo, rehuyendo mi mirada—. Y ya sé que las palabras son importantes. Pero más importantes son los hechos —concluyó.

—¿Cuánto hace que no venías por aquí? —Quería saber por qué había dejado de venir, si había tenido problemas con su familia… Quizá me decía algo que pudiera usar contra ellos.

—Eh, pues…

—¿Tanto hace?

—Eso no viene al caso —protestó—. Que yo dejara de venir no significa que quiera ver cómo lo destruyen, ¿no crees?

—Solo trato de entender por qué es tan importante para ti —me

expliqué, y en parte eso era verdad. Seguía sin verle el encanto a ese hostal. ¿Por qué no querían el dinero que les ofrecía padre? Seguramente podrían dejar de trabajar. Cualquiera mataría por ganar todo ese dinero. Pero ellos se empeñaban en poner trabas a nuestro plan de expansión. Cada día que pasaba, padre estaba más y más furioso por culpa de esta situación.

—Porque es nuestro. ¿Tan difícil es de entender? Imagina que yo fuera a tu casa y te dijera que tienes quince días para irte. Te defenderías, ¿no?

—Esa comparación no tiene sentido. No tienes el poder para hacer eso.

—Por eso he dicho lo de «imagina» —recalcó con un tono que me volvió a sacar de quicio de nuevo.

Pero tenía la sensación de que no me lo estaba contando todo.

—Hay algo más…, ¿verdad?

—Mira, solo te he pedido un favor. Que nos dejéis estar en el hostal hasta el día veinticuatro. Hasta Nochebuena. ¡Joder, no me parece tan complicado! ¡Coño! Eres bastante inaguantable —refunfuñó. Poca gente se atrevía a hablarme así; no sabía si empezaba a respetarlo un poco… o lo odiaba más. Quizá las dos cosas.

—Hablaré con padre —dije al fin—. Pero deberías cuidar un poco tu forma de hablar.

—¿En serio? ¿Hablarás con tu padre? ¿De verdad…? ¿Puedo fiarme de ti?

—Un Montecarlo siempre cumple su palabra —bramé, y le tendí la mano, dispuesto a dejarle claro que teníamos un trato. Me quité el guante y me apretó la mano.

—*Alakazam orem pulvere compleatur* —siseó, cerrando los ojos y apretando mi mano con fuerza. ¿Qué demonios…?

—¿Qué haces? —Aparté la mano.

—Nada. Solo aseguraba nuestro trato. Si lo rompes, la maldición de El Muérdago caerá sobre ti —dijo entre risas.

Fui a replicar, pero no valía la pena. Negué con la cabeza, me di la vuelta y busqué el camino de regreso al hostal, aunque no lo tenía muy claro. Oliver se acercó, puso la mano sobre mi hombro unos segundos, y me adelantó, indicándome por dónde teníamos que volver.

—El primero que llegue se queda el hostal —sonrió, y aceleró el paso.

Cuando quise darme cuenta, me llevaba unos metros de ventaja… y yo estaba sonriendo.

Capítulo 15

Oliver

Regresamos casi en absoluto silencio. Perseo caminaba unos cuantos metros por delante de mí, obsesionado con encontrar cobertura para su móvil y refunfuñando de cuando en cuando. Daba igual que yo le dijera que no tenía nada que hacer. Para un Montecarlo, no había nada imposible. No conseguir algo cuando lo quería debía de ser algo insoportable para él.

Cuando llegamos al hostal, Gabriel Montecarlo estaba tumbado en el capó de su coche, vapeando y tomando el sol con unas gafas de montura violeta. Parecía el protagonista de una película o el modelo de una revista de moda.

Como si hubiera notado nuestra presencia, se incorporó y se giró para mirarnos.

—¿Mañana de excursión? —gritó y, al tratar de bajarse del capó, se resbaló y estuvo a punto de caerse de cabeza—. ¡Todo controlado!

—¿A qué debemos la visita de Gabriel Montecarlo a nuestro humilde hostal? —le vacilé cuando llegué junto a él.

—He venido a buscar a mi hermanito; esto ya se está convirtiendo en una rutina. —Sonrió, y luego añadió—: Nunca se le ha dado bien andar por la nieve, y veo que nada ha cambiado —dijo,

señalándome con la mirada a Perseo, que se esforzaba por mantener el equilibrio y no resbalar—. ¿De paseo romántico por el bosque?

—¿Qué? ¡No! —Me puse rojo de vergüenza—. Quería enseñarle… una de nuestras tradiciones.

—Ah, ya veo. Usando la artillería pesada, ¿eh? —Sonrió de nuevo y se bajó las gafas para guiñarme un ojo.

—Exacto.

—Pues siento decirte que vengo a buscarlo. Problemas ineludibles de la familia que necesitan de su presencia. —Lo dijo de carrerilla, como si se lo hubiera aprendido de memoria.

—Al menos esta mañana no está tan cascarrabias… —dejé caer y Gabriel no pudo reprimir una risotada.

—Gracias por cuidármelo. ¡Eh, Percy! ¡Acelera, que Toshiro nos espera!

—¡No me llames así! —chilló Perseo, que llevaba un rato luchando para quitarse las raquetas de nieve—. Y se llama Hiroshi.

—Gabriel…

—Uy, llamándome por mi nombre. ¿Me he metido en algún lío, hoyuelos? —bromeó.

—¿Me has escrito tú una carta? —quise saber.

—Soy más de mensajes, pero si quieres podemos empezar por ahí, si te va ese rollo. —Me sonrió, cautivador como siempre, y me ruboricé de nuevo. Tenía un algo magnético, al igual que su hermano. Cada uno jugaba sus cartas de manera diferente. Gabriel, desde luego, iba siempre con todo.

—Da-da igual.

—¿Cómo va lo de convencer a mi hermanito?

Suspiré y se echó a reír.

—¿Tan mal?

—Tu hermano es un cabezota.

—No digas que no te lo avisé. Pero te recuerdo que tienes mi teléfono. Te di mi tarjeta, ¿no? Escríbeme cuando quieras. Por el día, por la noche…

—¿Y para qué iba a querer escribirte por la noche? —repliqué, y él se limitó a encogerse de hombros.

—Suerte. —Me guiñó un ojo y se subió las gafas. Me dio una palmadita en el hombro y fue a por su hermano. Cuando lo tuvo enfrente, trató de abrazarlo, pero Perseo se resistió todo lo que pudo. Me despedí de ellos con un gesto de la mano, que Gabriel me devolvió muy efusivamente mientras guiaba a su hermano hasta el coche.

Cuando entré en el hostal, me encontré a mi padre tras el mostrador de recepción.

—Buenos días, hijo. ¿Todo bien? —me preguntó, despistado, mientras no dejaba de buscar algo.

—Sí, sí. Llevé a Perseo a ver los árboles —le expliqué, pero no parecía prestarme mucha atención.

—Ah, genial, genial… Muy bien, muy bien… ¿Dónde narices habré metido el llavero con…?

Me acerqué hasta él y lo saqué de debajo de una carpeta, agitándolo para que tintinearan las llaves. Estuve así un rato hasta que mi padre se dio cuenta.

—¿Dónde estaban?

—Justo delante de ti.

—No sé ni dónde tengo la cabeza. Gracias, hijo. —Cogió el

llavero, sonriente—. ¿Le gustó?

—¿El qué?

—Los árboles. ¿Le gustó la excursión?

—No lo tengo muy claro, la verdad.

—Bueno, estamos haciendo lo que podemos… Tranquilo —dijo—. ¿Me ayudas con las habitaciones? —añadió, mientras salía con energía de detrás del mostrador.

Pasamos toda la mañana de habitación en habitación, pasando el aspirador, limpiando los baños, cambiando sábanas, recogiendo cualquier cosa que estuviera fuera de lugar, repasando las ventanas, colocando toallas limpias y esparciendo un poco de ambientador. La última en la que entramos fue en la mía. Pero mi padre escuchó el timbre de recepción y tuvo que irse, dejándome solo. Lo primero que hice fue coger el sobre y leer la carta una vez más.

> En todas las cosas está oculto siempre un significado;
> de lo contrario, poco valdrían.
> Busca la marca.
> Salva el hostal.

Podría habérsela enseñado, pero, como aún no tenía claro quién me la había escrito, pensé que era mejor averiguarlo primero. Aunque quizá eso no me llevaría a ningún sitio. Gabriel me había dicho que él no había sido, y le creía; no le pegaba para nada esa forma de actuar; Clara ni sabía de lo que le estaba hablando, y a Perseo lo había visto tan sorprendido como yo.

¿Habría sido alguno de los huéspedes del hostal? Pero ¿por qué? Es decir, estaban los noruegos, que claramente habría que descartar, pero también los chicos que celebraban su aniversario, la escritora, la madre con su hijo…

Me senté en la cama de Perseo, dándole vueltas a quién podía ser el autor de esa carta, y me llegó el aroma de su perfume. Inconfundible.

Aún no había cambiado las sábanas y podía olerlo; su olor se había quedado impregnado en la cama. Disimuladamente, como si alguien me estuviera observando, me incliné un poco y olí su almohada. Ni idea de por qué lo hice, pero sentí la necesidad de…

—¿Qué haces?

Clara estaba en el umbral de la puerta. Ni me había enterado de que había entrado. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—¿Yo? ¿Qué haces tú entrando así? —contraataqué, poniéndome de pie de un salto y dejando la carta sobre la mesa sin que se diera cuenta.

—Me ha mandado papá a ayudarte. ¿Has terminado?

—Iba a hacer la cama de Perseo y ya.

—La cama de tu novio —remarcó.

—¡¿Qué dices de novio?! —protesté.

—Estabas oliendo su almohada. —Sonrió con sorna, cruzando los brazos y apoyándose en el armario, tratando de vacilarme lo máximo posible.

—No es verdad.

—Oh, pero sí que lo es.

—¡Que no, te he dicho! —seguí protestando mientras estiraba las sábanas todo lo posible.

—¿Tienes por ahí la carta esa de la que me hablaste antes? —preguntó mientras colocaba un par de toallas limpias en ambas camas.

—¿La carta? Yo creo que es una tontería, pero ¿quién sabe? —No

quería parecer muy entusiasmado por su interés, para evitar que se riera de mí o se burlara de alguna forma.

—A verla. —Extendió la mano, esperando a que se la diera.

Me di la vuelta y la cogí de la mesa.

—Estaba dentro de este sobre —expliqué, entregándole las dos cosas.

Clara las cogió como si fueran a romperse al tocarlas. Examinó el sobre primero, pero, al no ver nada interesante, lo dejó caer sobre la cama. Acto seguido miró la carta y la leyó en silencio.

—¿Por qué creías que yo te había escrito esta cursilada? —dijo, agitando el papel, acusadora.

—¡Yo qué sé! No es que tenga una larga lista de sospechosos, ¿sabes? ¿Quién más va a querer salvar el hostal, aparte de nuestra familia?

—Bueno, quien ha escrito esta carta te pasa a ti el marrón. ¿Habrá sido papá? No. Menuda tontería. ¿Para qué te iba a escribir una carta? No tiene sentido.

—¿Ves? Pues así llevo yo todo el día. —Se la quité de las manos.

—No sé, Oliver. Raro es. Pero tampoco creo que sirva de mucho darle más vueltas. Puede que haya sido un chalado que le tiene cariño al hostal. O el fantasma del abuelo. Era muy cursi a veces cuando hablaba. Muy… literario. Ya sabes lo mucho que le gustaban los libros.

—No me acuerdo demasiado de él… —Era algo que me daba mucha rabia. Murió cuando yo tenía casi trece años. Me venían a la mente muchos momentos con él, desde luego, pero no tan vívidos como me habría gustado.

—Ya sabes que papá no se hablaba con él los últimos años. Así

que era raro verlo por aquí.

—Lo sé. Pero me habría gustado…, no sé…, conocerlo más, ¿sabes? —me lamenté.

—Pero lo conociste. Y llevas su colgante. —Lo señaló con un gesto de su cabeza—. Eso vale más que cualquier recuerdo, ¿no?

Lo cogí entre mis dedos y lo observé unos segundos. Quizá tenía razón.

—Al final sí que eres una cursi —bromeé.

—Cuando me pongo, me pongo. ¡Además, a mí no me dio nada! No te quejes tanto.

—¡Si yo no me he quejado! Solo he dicho que me gustaría haberlo conocido mejor —me defendí.

Ahuequé un poco la almohada, evitando olerla de nuevo delante de Clara, y la dejé con suavidad, alisándola con las manos.

—Ale. Cama lista. Y esta era la última habitación.

—¿En serio? Pues sí que hemos sido rápidos.

—Rápido he sido yo, que tú no has hecho nada —le eché en cara.

—Permíteme discrepar. —Señaló con el dedo las toallas que había traído.

Puse los ojos en blanco y salimos de la habitación, empujando el carro con todas las sábanas y toallas usadas que había que llevar a lavar.

Capítulo 16

Oliver

Durante la comida, y por primera vez desde que había llegado al hostal, estuvimos solos mi padre, mi madre, mi hermana, Lucas y yo. Ningún huésped se quedó a comer con nosotros, así que, por fin, tuvimos un poco de tranquilidad y de momento familiar. Era reconfortante ver a mis padres juntos sin discutir cada minuto y echarse en cara cosas que habían pasado hacía años.

—¿Qué tal va tu plan con Perseo? —preguntó mi madre—. Parece majo, y es muy educado.

—Hoy lo llevé a ver los árboles del abuelo.

—¿Los árboles de…, de quién? —intervino Lucas, algo perdido en la conversación. Pero nadie se ofreció para aclarárselo.

—¿Y qué tal fue? ¿Le gustó? —dijo mi madre.

—Supongo. Es un chico… difícil de leer. Peeero lo he convencido para que hable con su padre y nos dé unos días más. Hasta el veinticuatro. Hasta Nochebuena.

—Algo es algo —murmuró mi padre mientras miraba su plato, pero con esa mirada desenfocada, casi perdida.

—¿Algo es algo? ¡Solo llevo dos días con él! —me indigné. ¿Qué más querían?—. Ya veréis cómo consigo que se ablande un poquito más.

—Yo lo he pillado oliendo su almohada —intervino Clara, siempre ayudando.

—¡Eso no es así! No mientas.

—¿La almohada de quién? —dijo mi madre.

—La de Perseo —aclaró mi hermana, lanzando besos al aire.

—¿Tu plan es ligártelo? —pregunto mi madre—. Qué astuto.

—Hombre, pues no —me defendí.

—No es mal plan, también te digo —añadió, convirtiéndose de pronto en la persona más graciosa de la mesa. Ella y Clara chocaron las manos en el aire. Cuando se trataba de chincharme, siempre se unían las dos.

—Si lo llego a saber, no os cuento nada. —Estuve tentado de coger una de las albóndigas de mi plato y tirársela a la cara a Clara —. Y no he olido la almohada de nadie.

—Tráelo mañana a hacer los mazapanes. Ya se han apuntado tres —sugirió mi padre.

—Dudo que quiera, pero se lo diré.

De todos los talleres que mis padres organizaban para entretener a los huéspedes y hacerles vivir la Navidad, el de los mazapanes y el de los adornos navideños eran los que tenían más éxito.

—No hay nada que una tanto como hacer mazapanes.

—Totalmente, papá. Totalmente —ironicé, sarcástico a más no poder.

—¿Y cómo es eso de que te ha echado de tu habitación? —quiso saber mi madre.

—Pues al parecer le gusta echar a la gente de los sitios, como puedes comprobar —bromeé, con un punto de rencor en la voz—. Pero estas cosas no pasarían si Clara no fuera una egoísta. O se

inventara cosas. ¿Dónde está Coral, si puede saberse?

—¡Ah! ¡Que ahora es culpa mía! Chico, ¿qué más te da dormir unos días en el sofá? —espetó, ofendida.

—Te lo cambio, si quieres —la reté—. Pero respóndeme. ¿Dónde está tu excusa?

—Pues ha tenido un problema, pero vendrá, ¿vale? —refunfuñó.

—Y yo que echaba de menos esto… —susurró mi madre.

Lucas la cogió de las manos y dejó que apoyara su cabeza sobre su hombro.

—Síndrome de Estocolmo se llama —bromeó él.

—¿Sabemos dónde está ahora? ¿Por qué no lo has invitado a comer?

—¿A quién? —pregunté—. ¿A Coral?

—¡No! A Perseo, a Perseo —aclaró Lucas.

—¡Oye, que no soy su niñera!

—Vale, vale, que solo preguntaba —se defendió, asustado por mi reacción.

Mi padre no quería hablar mucho del tema. Seguía dolido por toda la situación y, obviamente, bloqueado por lo que podía suponer para todos el dejar de tener el hostal.

De repente sonó el timbre de recepción y fue él el primero en levantarse, como un rayo. Casi parecía que tuviera un sexto sentido y fuera capaz de predecir si alguien iba a llegar al hostal antes de que pasara. Me levanté y me asomé; vi de refilón que era la escritora. Los vi a los dos charlar un rato. Al final mi padre le dijo que se uniera a nosotros en el comedor, pero ella negó con la cabeza y se despidió de él, yéndose a su habitación. Al rato volvió mi padre.

—Al final sí que tenemos a alguien comiendo aquí.

—¿Quién? —preguntó Clara, siempre queriendo saberlo todo.

—Estela. La escritora —aclaró mi padre—. Oliver, ¿podrías subirle la comida a su habitación? La he invitado a comer con nosotros, pero me ha dicho que tiene que avanzar con su nueva novela —nos explicó encogiéndose de hombros.

—Claro, claro.

Mientras yo terminaba de comer, mi padre preparó el pedido: un cuenco de sopa de pollo, un plato de albóndigas en salsa con patatas y una Coca-Cola Light, además de pan y mantequilla de hierbas. Cogí la bandeja y fui a su habitación, concentrado al máximo para no tener un tropiezo tonto y tirarlo todo al suelo. No sería la primera vez que me pasaba.

Cuando llegué, llamé con delicadeza en la puerta. Al cabo de unos segundos, la mujer abrió. No era mucho más alta que yo, llevaba las gafas de sol puestas, un pañuelo que le cubría la cabeza y parte de la cara, y una bata de colores oscuros.

—Consejo del día: no te bebas una botella de vino entera antes de dormir. Porque el día siguiente va a ser el peor de tu vida —murmuró con voz rasgada. Miró la bandeja que yo sostenía y se apartó a un lado para dejarme pasar.

—No me gusta mucho el vino. Me sienta mal —expliqué mientras entraba y colocaba la cena encima de su mesa. Abrí la cubierta de metal que tapaba la bandeja y un aroma a albóndigas recién hechas inundó la habitación.

—Qué buena pinta. —Arrastraba las palabras como si le costara hablar.

—Receta de mi abuela. De chuparse los dedos —añadí, orgulloso.

—No me sorprende. Todo está riquísimo aquí.

—Muchas gracias —dije con una pequeña inclinación de la cabeza.

—Eres el hijo del dueño, ¿verdad? Oliver. —Se sentó frente a la mesa, cogió la servilleta y se la colocó sobre el regazo con un movimiento de la muñeca.

—Sí, sí. Santiago es mi padre. Yo soy Oliver.

—Encantada. Yo me llamo Estela —se presentó—. Aunque ahora mismo me quiera morir. De la resaca. Ya sabes.

—La sopa de pollo de mi padre podría resucitar a un muerto. Seguro que le sienta genial —dije mientras daba pequeños pasos hacia atrás, acercándome a la puerta para salir. No quería molestar más de la cuenta.

—¿Siempre lo ayudas? ¿Trabajas aquí o…?

—Este año sí. Pero vivo en Madrid… Bueno, vivía… —Quizá tendría que empezar a aceptar mi nueva situación.

—Yo cada vez prefiero más vivir en sitios como este, apartados, lejos del estrés de las ciudades —confesó mientras cogía la cuchara y la hundía en el cuenco de sopa—. Hace un año decidí que prefería este tipo de vida.

—Su trabajo se lo permite, ¿no? Es decir, puede escribir donde quiera.

—Sí, es cierto. —Probó una cucharada de la sopa—. Tenías razón. Está muy buena.

—Se lo dije. —Sonreí.

—Siempre había querido hospedarme en vuestro hostal. Conozco el hotel, pero nunca había tenido tiempo de venir aquí. Me está encantando. —Sorbió otra cucharada más.

—Me alegra saber que está cómoda en nuestro hostal.

—A ver si vuelvo el año que viene.

Y ese futurible me apretó un poco el corazón. Pensar en que quizá el año que viene ya no hubiera hostal al que volver me producía daño físico.

—¿Estás bien? Te has puesto pálido… —me preguntó Estela, mirándome preocupada.

—Sí, sí. Estoy bien, estoy bien. Si ya no necesita nada más…

—Gracias. Todo está perfecto. Felicita a tu padre por esta sopa. Es igual a la que… Me recuerda a la que tomaba de pequeña cuando estaba resfriada.

—Se lo diré —dije, y salí de la habitación, cerrando la puerta con suavidad.

Suspiré, aún dándole vueltas al futuro del hostal, cuando noté que alguien me tocaba el hombro y me giré de golpe. Me dio tal susto que el corazón se me paralizó durante un par de segundos.

Era Perseo.

¿Qué hacía ahí? ¿Cuándo había vuelto?

—¿Visitando a otro de los huéspedes? —preguntó. Tenía la llave en la mano. Debía de estar a punto de entrar en la habitación.

—¡Jesús, qué susto! Qué-qué silencioso eres cuando quieres, madre mía. —Me llevé la mano al pecho, tratando de recobrar la respiración—. Servicio de habitaciones. Estaba llevándole la comida a una clienta.

—¿Qué le has llevado? —quiso saber. Pensé que se movería, que tendríamos una conversación mientras andábamos. Pero no. Se quedó en el mismo lugar, a pocos centímetros de mí, como tratando de que no pudiera escapar hacia ningún lado.

—Sopa de pollo y albóndigas en salsa. ¿Has comido ya?

—No, aún no.

—¿Quieres bajar a comer? —le propuse—. Mi padre cocina muy bien. Ya lo comprobaste anoche.

—Sí —asintió, pero no sabía si respondía a mi pregunta o a lo que le había dicho de mi padre—. Primero tengo que ir un momento a la habitación.

—Claro, vale. Te espero abajo.

—Puedes entrar si quieres. No te voy a comer. Solo quiero cambiarme —me explicó.

—Como decías que necesitabas mucho espacio para ti y que era tu habitación… —recordé.

—No soy un monstruo. —Por fin se movió. Giró sobre sus talones y se acercó a la puerta de nuestra habitación. Metió la llave en la cerradura y entró, pero sin esperar a que yo hiciera lo mismo. Simplemente dejó la puerta abierta y fue directo al armario para elegir la ropa que iba a ponerse.

—Uh, vale… Pues voy.

Una vez que había seleccionado la ropa, se quitó la sudadera, la colgó en una de las perchas y escogió una camisa gris con ribetes plateados. Volví a fijarme en sus brazos, mucho más musculosos que los míos.

—Tardo un segundo.

—Sí, sí, tranqui. Tómate tu tiempo.

Lo que no esperaba era que fuese a quitarse los pantalones delante de mí, sin darme tiempo siquiera a girarme para dejarle intimidad. Lo hice, tarde, pero lo hice, poniéndome rojo al momento.

—¿Qué haces?

—Darme la vuelta, no sé…

—¿Te crees que me importa que me veas en ropa interior? —refunfuñó.

—Vale, vale, yo qué sé.

Y me volví a girar, pero Perseo me estaba dando la espalda, buscando qué pantalones ponerse entre los varios que tenía colgados en el armario. No pude evitar mirarle el culo que asomaba bajo la camisa. Llevaba unos bóxers grises apretados y pude ver sus muslos bien trabajados y tonificados.

Empecé a notar un cosquilleo en mi entrepierna.

Cuanto más lo miraba, más me excitaba.

Perseo tenía un culo perfecto. Lástima que fuera tan gilipollas.

—¿Tú has comido ya? —me preguntó, y se dio la vuelta al tiempo que metía una pierna por una de las perneras del pantalón. Y ahí también pude ver parte de su paquete, e incluso la forma de su polla silueteada. Pero fue una visión fugaz porque, en un abrir y cerrar de ojos, ya se había subido los pantalones.

—¿Yo? Eh…, sí, sí.

—Entonces ¿no me acompañas?

—No, no. Es decir, sí, sí. Te acompaño, te acompaño.

—Yo ya estoy.

Cerró el armario, pasó por mi lado, casi rozándome, y salió al pasillo. Tardé un poco en recuperarme de lo que acababa de pasar en la habitación. Sí, Perseo era guapo. Pero hasta ese momento no había pensado realmente en ello.

«No, Oliver. No empieces a pensar en esas cosas. Lo primero es el hostal».

—¿Qué tal la reunión? —quise saber.

—¿Qué reunión?

—O lo que sea que hicieras con tu hermano.

—No era una reunión —espetó con mala cara.

—Vale, vale, yo qué sé.

—Era una de sus tonterías. —Con esa frase dio por cerrada la conversación.

Lo acompañé al comedor y, por suerte, solo quedaba mi padre. No me apetecía que tuviera que comer con toda la familia al completo. Le servimos un poco de sopa de pollo y un buen plato de albóndigas, y bebió agua en vez de vino. Ni siquiera se lo ofrecí, visto lo visto la noche anterior.

Mientras comía, aproveché para contarle un poco de la historia del hostal, pero, como había muchas fechas que me bailaban, mi padre se sentó con nosotros para explicarlo todo mejor.

—Así que este hostal abrió sus puertas en mil novecientos setenta y seis, ¿verdad?

—Sí, hace cincuenta años —dijo mi padre con orgullo.

—El hotel de mi familia se abrió mucho más tarde —comentó Perseo.

—La estación de esquí también es bastante reciente. Hasta hace muy poco, no tenían claro si había suficiente espacio para construirla. Creo que fue Orión… Creo que fue tu padre —se corrigió — el que supervisó toda la construcción. ¿Me equivoco?

—No, no. Está en lo cierto. Y también fue quien promovió el concurso internacional de saltos de esquí.

Mi padre asintió, como si ya lo supiera, pero para mí era información totalmente nueva. Así que los Montecarlo tenían todo lo que querían. Siempre conseguían lo que deseaban. Quizá por eso se

les había puesto entre ceja y ceja El Muérdago. Era lo único de la zona de las montañas que aún no era suyo.

—Su hijo me ha llevado esta mañana a ver los árboles que ha plantado su familia.

—Sí, algo me ha comentado… —Podía notar en el tono de voz de mi padre lo mucho que le costaba ser amable con alguien que iba a quitárselo todo—. Pero deja de hablarme de usted.

—Hablar de usted es señal de respeto —respondió Perseo.

—Prefiero que me respeten de otras formas. Como, por ejemplo, sin amenazas y tiempos imposibles de cumplir.

Con la respuesta de papá, se hizo el silencio. Perseo no parecía querer entrar al trapo, y mi padre estaba dispuesto a morder si hacía falta.

—Me ha parecido una tradición interesante. Su hijo me ha explicado todo el proceso —dijo Perseo, tratando de reconducir la conversación.

—Interesante pero importante. Hay que devolver a la tierra lo que le quitas. ¿No crees?

Perseo prefirió no contestar.

—Lástima que vaya a perderse —refunfuñó.

—Papá… —traté de calmarlo un poco.

—Tampoco habrá gente que tale más árboles entonces, ¿no? —contraatacó Perseo.

—Quizá porque tu padre, para construir más, lo arrasará todo y no quedarán árboles que talar.

El silencio volvió a la mesa. Eran dos titanes luchando entre ellos. A ver quién era más fuerte.

—¿Qué tal está la comida? —intervine yo, tratando de rebajar la

tensión.

—Conoces a padre, ¿verdad? A… mi padre —dijo Perseo, ignorando mi pregunta por completo.

—Sí. Lo conocí hace mucho tiempo. Éramos muy jóvenes. Tu padre y yo tenemos la misma edad —le contestó, mirándolo fijamente.

—Entonces sabrá que, cuando se le mete algo en la cabeza, es imposible quitarle la idea.

—Sí, lo sé —admitió mi padre.

—Es algo que hemos heredado todos los Montecarlo.

—Nunca es tarde para cambiar, ¿no? —comenté, tratando de ser gracioso.

—Para un Montecarlo…, las cosas son más difíciles. —Se levantó —. La comida estaba deliciosa, pero tengo que volver al hotel a supervisar un trabajo. Muchas gracias por la compañía.

Mi padre y yo nos quedamos algo descolocados, sin saber muy bien cómo reaccionar. De golpe, Perseo había decidido terminar la conversación, como si algo le hubiera molestado. Sí, mi padre había sido incisivo como solo él sabía hacerlo. Pero ¿qué esperaba? ¿Que todo fuera amor y educación? Estábamos a punto de perder nuestro negocio familiar. Nuestra historia.

Perseo alargó la mano hacia mi padre, que acabó por estrechársela con firmeza. Yo entonces le tendí mi mano también, pero prefirió no estrecharla; se limitó a dedicarme una media sonrisa. No merecía más su tiempo al parecer. Y, girando sobre sus talones, se fue. Mi padre me miró y no hizo falta que me dijera nada; sabía exactamente lo que quería.

—Captado.

Me levanté para llevar todos los platos a la cocina, y él se fue. Seguramente a su habitación, para reflexionar sobre la conversación que acababa de tener con Perseo, en la que yo había sido un mero espectador.

Capítulo 17

Oliver

Esa noche la cena fue bastante más tranquila; no hubo incidentes y yo no tiré la sopa a nadie. Menos la escritora y los amigos, estaban todos los huéspedes en el comedor. Bueno, Perseo tampoco estaba.

Eso sí, Clara y yo trabajamos sin parar.

Cuando acabaron las cenas y terminamos de recogerlo todo, como Perseo seguía sin aparecer, fui a la habitación y me dejé caer en la cama, totalmente rendido. Porque no pensaba volver al sofá.

No sabría decir en qué momento cerré los ojos y me quedé dormido. Quizá en algún punto entre las diez y media y las once y media de la noche. Pero sentí que, justo cuando lo había conseguido, escuché un ruido al otro lado de la puerta. Al principio pensé que me lo había imaginado, pero no. Alguien estaba intentando meter la llave en la cerradura. Iba a levantarme cuando la puerta se abrió y Perseo entró en la habitación, tambaleándose.

Ni siquiera encendió la luz.

Se chocó contra su cama y, sin quitarse la ropa, se dejó caer sobre ella, boca abajo.

—¿Qué haces…, ¡hip!, tú aquí? —preguntó, arrastrando las palabras.

Estaba borracho.

—Noche dura, ¿eh? —susurré, ignorando su pregunta.

—Ni te lo…, ¡hip!, imaginas…

Poco a poco, la luz de la luna que entraba por la ventana fue iluminando su cuerpo. El pelo le caía sobre la frente y la mitad de la cara e iba con la camisa desabrochada. Tenía los ojos entrecerrados.

—¿Estás bien?

Ahora fue él el que me ignoró. En lo que pareció un esfuerzo titánico, consiguió acercar su mano a su cara y, tras hipar un par de veces, se metió en la boca el dedo donde llevaba el anillo. Lo chupó durante un rato hasta que consiguió sacarlo y lo dejó torpemente sobre la mesita.

—… nas noches…

Sin añadir nada más, a los pocos segundos ya estaba roncando. No tenía ni idea de qué tipo de reunión había tenido, pero claramente había habido mucho alcohol de por medio.

Me sorprendió un golpe sordo al final de la habitación, pero me di cuenta de que habían sido los zapatos de Perseo cayendo de sus pies al suelo. No estaba muy claro hasta qué punto era consciente de que yo estaba también en el cuarto. Probablemente se sorprendiera por la mañana.

Miré su contorno y volví a fijarme en su culo, marcado por unos pantalones demasiado ajustados.

No solo estaba borracho. Estaba destruido.

Con cada respiración de Perseo, el olor a vino inundaba más y más la habitación que compartíamos. Creía que los ricos como él controlaban mejor el alcohol.

—Dios… ¿Te-te-te vas a callar en algún… momento? —gruñó, molesto.

—¿Yo? Si no estoy hablando —protesté.

—¿Qué te…, ¡hip!…? ¿Qué te crees…? ¿Que estoy loco? ¿Es-es-es eso? —Arrastraba las palabras, como si tuviera la lengua dormida.

—No, no. Si yo no he dicho nada. —Me incorporé en la cama y me quedé mirándolo a través de la penumbra que reinaba en el cuarto. Podía ver que seguía con los ojos cerrados, y también que le costaba respirar.

—Ne-necesito agua…

Trató de levantarse, pero volvió a caer sobre el colchón, como si hubiera hecho el mayor esfuerzo de su vida.

—Espera, que te la traigo yo.

Me levanté de la cama. Menos mal que estábamos a oscuras, porque yo iba en calzoncillos. Mientras Perseo no dejaba de hipar, me puse los pantalones del pijama y unas zapatillas para poder andar por el suelo del hostal sin helarme los pies. Él no dejaba de suspirar con cada exhalación.

—Tengo… Uf… Todo-todo me da vueltas —se lamentó.

—Lo que tiene beber —bromeé—. ¿Qué tal fue tu reunión?

—Ca-trastrófica… Ca… Catastrófica —balbuceó—. Pero nada que no pu-pueda arreglar. Soy un Montecarlo.

—Sí, eres un Montecarlo —repetí—. Para lo bueno y para lo malo —añadí entre dientes.

—Tengo hambre… Quiero-quiero pizza.

—¿Pizza? Creo que no tenemos pizza en la cocina —dije mientras me acercaba a la puerta y cogía un jersey del perchero, por si hacía frío en la planta de abajo.

—¿Qué clase… de servicio tenéis? ¿Cómo no tenéis pizza? En nuestro ho-hotel de… Roma… hay pizza las veinticuatro horas.

—¿Y quién se dedica a hacer la pizza durante veinticuatro horas?

—¿Có-cómo?

—Da igual. Voy a ver qué encuentro.

—Espera-espera. Te-te acompaño.

Trató de levantarse una vez más, pero volvió a fracasar estrepitosamente y acabó reprimiendo una arcada.

—Quédate aquí. Ahora vuelvo. —Abrí la puerta—. Toca el suelo con la mano. Ayuda a que las cosas dejen de dar vueltas. Prueba y verás —le recomendé, y salí de la habitación.

Cerré con cuidado para no despertar a nadie y me alejé por el pasillo, camino de la cocina. A esas horas, el hostal parecía desierto. Solo se oía el hilo musical de fondo. Mi padre solía dejarlo puesto, por si alguien se levantaba en mitad de la noche y no quería sentirse solo. Eso sí, dentro de las habitaciones reinaba el silencio.

No hacía nada de frío, pero el jersey tampoco era algo que me sobrara. Mejor prevenir, porque en la cocina el sistema de calefacción no llegaba muy bien. Bajé las escaleras y, cuando estaba llegando al final, vi a alguien apoyado en el mostrador, dormido sobre sus brazos cruzados. Pronto me di cuenta de que era Lucas. Seguramente se habría ofrecido para cubrir el turno de noche.

Cualquier cosa para caerle bien a mi padre.

—¿Lucas? —susurré.

—Bueeeeeenos díasss… —siseó, hasta que se dio cuenta de que era yo el que lo había despertado y cambió su expresión al instante —. ¡Estoy despierto, estoy despierto!

—Tranquilo, que no pasa nada. Una cabezadita es normal a estas horas —lo calmé—. El turno de noche es duro. Te recomiendo ponerte alguna peli o algo si quieres aguantar hasta las seis.

—No tenía que haberme ofrecido —se lamentó, volviendo a apoyar la cara en los brazos, compungido—. Tengo demasiado sueño.

—¿Quieres un café? Voy a la cocina.

—No sé si debería, pero quizá me venga bien. Gracias, Oliver —dijo, sonriente, y pareció tener energías renovadas de pronto.

—Nada. Ahora te lo traigo.

—¿Y tú qué haces despierto? —me preguntó antes de que me marchara.

Pensé en contarle toda la historia, pero tampoco hacía falta que lo supiera todo.

—Me desperté con hambre —mentí, encogiéndome de hombros.

Lucas asintió y se puso a ordenar todos los papeles que había bajo el mostrador, supuse que para mantenerse un poco ocupado y no volver a quedarse dormido.

Entré en la cocina, oscura como en una película de terror a esas horas de la noche, y puse el café a calentar. Mientras, aproveché para coger dos botellas de agua y preparar un buen sándwich para Perseo, con jamón ahumado del que hacía mi padre, un par de lonchas de queso y un poco de mayonesa.

Cogí una de las bandejas que había en la isla de la cocina, coloqué el sándwich, el café y las botellas, y salí, de regreso al cuarto, dispuesto a ser un buen anfitrión. Pero salí por la zona del comedor y, al atravesar el salón, me encontré a alguien sentado con su ordenador, junto al árbol iluminado. No pareció verme al principio, así que me acerqué un poco y distinguí a uno de los chicos que estaban en el hostal de aniversario. Creo que se llamaba Simón.

—Buenas noches —le dije en un tono de voz lo suficientemente

bajo para no molestar, pero lo suficientemente alto como para que me oyera.

—Ah, hola, eh…, buenas noches —me saludó, apartando sus ojos de la pantalla unos segundos.

—¿Todo bien?

—Sí, sí. Estoy trabajando un poco —me explicó.

—¿A estas horas? —comenté, sorprendido.

—Reunión con Corea.

Tenía el pelo ondulado y despeinado. Llevaba unas gafas graduadas de montura fina que no dejaban de resbalarle por la nariz, una camiseta de BTS y unos pantalones grises de chándal. A su lado tenía una de las tazas de las habitaciones, con una bolsita de té sobresaliendo.

—Vale, entonces no te molesto. Si necesitas cualquier cosa, hay alguien en recepción, ¿vale?

—Gracias. —Sonrió.

Le hice un gesto de despedida con la cabeza y me di la vuelta para ir hacia mi habitación, pero entonces el chico me dijo:

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro. ¿Ocurre algo?

—Tú eres el hijo del dueño, ¿no?

—Sí, soy yo, soy yo.

—Es una lástima que vayáis a perder este sitio. Jae-young y… Mi novio y yo lo conocimos el año pasado. Mira que yo no sé esquiar ni nada de eso, pero a él se le da bastante bien. Y como estudiábamos bastante cerca de aquí, a solo unas horas en coche…

—Ah, ¿qué estudias?

—Ya terminé. Matemáticas. —Al ver mi expresión de sorpresa, se

encogió de hombros, como queriendo decirme: «Ya, lo sé, difícil»—. Ahora trabajo para su tío, que me hizo una oferta que… Bueno, perdona, que te estoy aquí contando mi vida y no te interesará una mierda.

—No, no, tranqui. Si es solo porque se enfría esto. —Señalé el café que le había preparado a Lucas—. Pero ¿cómo sabes que vamos a perder el hostal? ¿Quién te ha dicho…?

Al notar que, quizá era información que él no debía saber, se puso rojo de vergüenza al instante.

—Tu-tu padre nos lo contó cuando llegamos el otro día y nos registramos en recepción —me explicó—. No quería meter la pata. Tú… Tú lo sabías, ¿verdad?

—Sí, sí.

¿Me habría escrito él la carta?

¿Se lo habría ido contando mi padre a todos los huéspedes? Si era así, cualquiera de los clientes que estaban hospedados en el hostal podría habérmela escrito.

—Pero sí, una pena. Una auténtica pena —repetí—. Te dejo trabajar. Gracias por venir a El Muérdago. —Sonreí con educación—. ¿Os veremos mañana en el taller para hacer mazapanes?

—Seguramente. Siéndote sincero, a mí me da un poco de pereza…, pero a mi novio le encanta todo lo que sea aprender cultura española. Es coreano.

—Lo supuse, por el nombre que dijiste antes y eso.

—Ah, claro —rio—. Así que seguramente sí iremos, sí —asintió con vehemencia.

—Genial. Que vaya bien la noche de trabajo. —Y, sin darle tiempo a seguir la conversación, me di la vuelta y abandoné el salón.

Mientras le daba su café a Lucas, no dejaba de pensar en ese chico, y en si le tendría que haber preguntado por la carta. Aunque, si hubiera sido él, ¿no habría sido la excusa perfecta nuestra conversación para sacar el tema?

Volví a entrar en la habitación. El olor a alcohol era mucho más fuerte que cuando me había ido. Perseo seguía en la misma posición, tumbado boca abajo, pero me había hecho caso y estaba tocando el suelo con la mano izquierda, aunque no llegaba del todo y solo lo rozaba con la yema de los dedos. Al escucharme llegar, se removió un poco en la cama y trató de darse la vuelta para mirarme, pero no lo consiguió.

—Te traigo agua y un sándwich —anuncié.

Estuve tentado de encender la luz, pero sabía que le iba a hacer polvo, así que me apañé con la poca luz que entraba por la ventana.

—No-no tengo hambre —musitó.

—Bueno, yo te lo dejo aquí sobre la mesita, y, si luego quieres comer, lo tienes a mano —le expliqué, y puse la bandeja en su mesita—. Aunque agua sí que deberías tomar.

Perseo se esforzó de nuevo para levantar un poco su brazo y alcanzar la botella, pero le dio una arcada.

—No… No volveré a beber nunca más —dijo elevando un poco la cabeza.

Le abrí la botella y se la di. Él intentó beber, pero la mitad del agua se le cayó por los lados de la cara. La verdad es que la situación era bastante cómica.

—¿Necesitas ayuda?

—No-no-no… —tartamudeó mientras seguía llenándose de agua y mojando tanto la cama como el suelo. Le cogí la botella cuando la

hubo terminado y la puse de nuevo en la mesita de noche. Perseo volvió a dejarse caer sobre el colchón, como si tratar de beber agua le hubiera supuesto un esfuerzo titánico.

—Y el mundo… ¡Hip! El mundo mismo no sería más que una cifra vacía… —susurró.

—¿Cómo dices?

—La-la carta. Era… «En todas las cosas está oculto siempre un significado; de lo contrario, poco…, ¡hip!, valdrían» —recitó de carrerilla—. Y luego sigue: «Y el mundo mismo no sería más que una cifra vacía». No… No caí… cuando la leí por primera vez. Me sonaba, pero no estaba seguro. Ahora lo estoy.

—¿De dónde lo has sacado? —quise saber, sentándome en el borde de mi cama y mirándolo fijamente. Seguía siendo incapaz de abrir los ojos. Como si le doliera el tenerlos abiertos.

—Herman… —se interrumpió a sí mismo por culpa de un eructo —. Herman Melville. *Moby Dick.*

—¿En serio? ¿Quién me escribiría una nota con una cita de *Moby Dick*? No entiendo nada —comenté, sorprendido—. ¿Cómo es que te la sabes? Yo no me sé la frase de ningún libro. Bueno, quizá la típica de «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme…».

—«No ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero». Yo-yo también me la sé. Mi-mi abuelo nos hacía juegos… para aprendernos citas de…, citas de…

—¿De libros?

No consiguió terminar la frase. Hizo fuerza con los brazos para levantarse un poco de la cama y entonces le llegó una arcada más. Intentó reprimirla, pero fue incapaz, vomitando sobre el suelo y,

literalmente, sobre mis pies, ya que no me dio tiempo a apartarme.

—¡Eh! —grité.

—Pe-perdona… —dijo, y vomitó un par de veces más.

Iba a volver a tumbarse, pero se lo impedí a toda velocidad, porque también había manchado parte de la cama, y no quería que se revolcara en su propio vómito. Lo cogí de la cara y le ayudé a levantarse.

—Me duele… la cabeza.

—Lógico —mascullé y, dejándole que se apoyara en mi brazo, lo llevé hasta el baño. Se sentó junto a la taza del váter y se agarró a ella con ganas, con la tapa levantada.

—Joder —murmuré al ver el estropicio que había junto a las camas.

Me acerqué a la ventana del cuarto y la abrí del todo para ventilar, aunque entrara un frío helador. Tenía los calcetines totalmente cubiertos de restos de vómito, así que me los quité con cuidado, tratando de mancharme lo mínimo al hacerlo. Entré en el baño y los lavé como pude en el lavabo mientras escuchaba a Perseo intentando vomitar sin éxito.

Iba a necesitar una fregona para limpiar la habitación, así que le dije que bajaba a la cocina a buscarla. Él se limitó a agitar la mano, sin mirarme, como dándome a entender que me había escuchado.

Lo que me faltaba.

Tener que limpiar el vómito de Perseo Montecarlo.

Al final sí que iba a ser su niñera después de todo.

Después de un buen rato buscando la fregona y el cubo, por fin los encontré en un armario lateral, junto a la nevera. Cogí también friegasuelos y un par de botellas de agua para Perseo; las iba a

necesitar. Pero, antes de subir a la habitación, pasé por la zona de la biblioteca para buscar el libro de *Moby Dick.* Quizá la persona que me había escrito la carta me había dejado un mensaje oculto entre sus páginas. Quién sabe.

El chico con el que había hablado antes, Simón, ya no estaba, aunque sí su ordenador. Seguramente habría ido a su habitación a por algo. Miré alrededor, y observé durante un rato las dos enormes estanterías que rodeaban la chimenea, donde estaban todos los libros que había ido recopilando mi padre durante los años que llevaba al frente del hostal. Me acerqué y cogí uno aleatorio. Era *Dune*, de Frank Herbert. Había leído ese libro varias veces cuando era pequeño.

Lo abrí por la mitad y acerqué la nariz a sus páginas.

Olía a esa mezcla de humedad y tinta que tanto me gustaba. Había descubierto hacía tiempo que, al parecer, el nombre que se usaba para ese olor específico era *biblichor*. Era uno de mis aromas favoritos, además del de la leña quemándose en una chimenea, el petricor y el de la crema de sol.

Cada libro olía de una manera diferente, como contando su propia historia. Yo solía leer todo lo que caía en mis manos cuando era pequeño. Luego fui perdiendo el hábito. Clara, por el contrario, había tenido una evolución opuesta. De pequeña no leía nada, y se metía mucho conmigo cuando me veía con un libro entre las manos, y ahora los devoraba. Uno a la semana, y no dejaba de insistir a mi padre en que debería hacer un club de lectura en el hostal. Aunque eso era antes de saber que los días de El Muérdago estaban contados gracias a los Montecarlo.

Fui acariciando los lomos de cada uno de los libros, sacando de

vez en cuando alguno que me recordara a mi infancia leyendo frente a la chimenea. Pero, pese a que revisé todos, no encontré ninguna copia de *Moby Dick*. Por ningún lado. Le preguntaría por la mañana a mi padre, a ver si recordaba dónde lo había puesto.

Cuando entré en la habitación, vi que Perseo no estaba en la cama, así que debía de seguir agarrado a la taza del váter. Me asomé y sí, allí estaba. Se había quedado dormido sobre ella. Podría hacerle una foto con el móvil y chantajearlo luego. Me imaginaba los titulares: «Perseo Montecarlo, borracho como una cuba».

Su padre lo desheredaría como poco.

Iba a tener suerte de que yo era una buena persona. Cualquier otro en mi lugar no se habría preocupado tanto por él.

Al haber dejado la ventana abierta, al menos el olor a vómito casi había desaparecido. Pero hacía demasiado frío. En cuanto terminara de limpiar, la volvería a cerrar.

—Vale, pues vamos a ello… —me animé a mí mismo.

Conteniendo la respiración, me arrodillé junto al vómito y lo retiré todo con papel de cocina. Gasté un rollo entero que fui metiendo en la papelera bajo el escritorio. Luego me acerqué a la bañera y abrí el grifo para llenar el cubo.

—¿Ya… has vuelto? —musitó Perseo.

—Sí. Ven, vamos a dormir, anda.

—No he conseguido… vomitar más.

—Normal, después de todo lo que has echado.

Dejé el cubo en el suelo, lo cogí del brazo y lo ayudé a levantarse. Lo llevé hasta mi cama y le dije que se tumbara. No era capaz ni de quitarse la camisa, así que le tuve que ayudar. Primero le saqué camisa, luego los pantalones y, por último, los calcetines.

—Yo que tú no dormiría boca arriba. Al menos trata de ponerte de lado —le sugerí.

No me contestó, pero me hizo caso.

Regresé al baño para coger el cubo y continué con la limpieza. Fregué el suelo a conciencia (menos mal que el friegasuelos era aromático), quité las sábanas de la cama de Perseo y las dejé en en la puerta hechas una bola para bajarlas después. Traté de quitar la mancha que había traspasado al colchón para que al menos, por la mañana, pudiera limpiarla mejor. Lo levanté como pude y lo apoyé en la pared, para alejarlo de Perseo y que no le llegara el olor en mitad de la noche.

Otra vez me tocaba dormir en el sofá.

Abrí el armario, cogí una de las mantas que guardaba siempre mi madre en las habitaciones por si hacía frío, me la eché a la espalda y fui hacia la puerta, con el móvil en la mano.

—Oliver… —murmuró en ese momento Perseo.

—¿Sí? ¿Estás bien?

—Antes… me preguntaste si recordaba algo de mi abuelo…

—¿Sí? Sí, sí, claro —recordé.

—Era cariñoso. Mucho más que papá. —Papá. Ni Orión ni padre. Papá—. Aunque su favorita… siempre fue Abi.

Abigail. Su hermana.

—¿Tu abuelo era cariñoso contigo? —me preguntó en un hilo de voz.

—Sí, aunque no le recuerdo tanto como me gustaría —me lamenté—. Le gustaba ponerme música viejuna, eso sí.

—¿Qué música… te ponía? —quiso saber.

—Recuerdo… que le encantaba *«Maybe I'm Amazed»*. De Paul

McCartney. —Sonreí en la oscuridad—. Una tontería. No sabrás cuál es.

—Sé quién es Paul McCartney —bostezó —. A… mi abuelo… también le gustaba.

—Pues por fin tenemos algo en común.

—Le echo de menos… —murmuró.

—Y yo al mío —añadí, melancólico.

De nuevo empezó a roncar. Se había vuelto a quedar dormido.

Capítulo 18

Oliver

5 de diciembre

Esa mañana Perseo no fue capaz de bajar a desayunar.

Me desperté pronto y estuve ayudando a mi padre, desde primera hora, como siempre desde que había llegado al hostal.

Fuera seguía brillando el sol. Llevábamos varios días con buen tiempo, y estábamos todos encantados, ya que no solía ser lo habitual por esas fechas. Las tormentas de nieve eran muy fuertes en esa época del año, y lo paralizaban todo. Así que estábamos teniendo suerte. Ojalá siguiera así.

Mientras mi padre preparaba las tortitas, yo me ocupé de seleccionar la fruta e ir separándola en diferentes cuencos.

—Lucas me ha dicho que anoche bajaste a la cocina varias veces. ¿No podías dormir?

—Una mezcla de eso y de que nuestro ilustre invitado, Perseo Montecarlo, vomitó en la habitación —le expliqué, torciendo el gesto.

—¿Qué le hiciste?

—¿Yo? ¡Nada! Vino borrachísimo de una reunión que había tenido en su hotel. Pensaba que los ricos tenían más aguante —bromeé mientras me comía un par de trozos de piña.

—Al revés. Los que aguantamos más somos los pobres —bromeó

—. ¿Qué tal con él?

—Bien, bien. La cosa va mejorando. Tengo la sensación de que ya lleva aquí una semana, y realmente solo lo conozco desde hace tres días.

—El tiempo en El Muérdago pasa de forma diferente. Ya lo sabes.

—No es tan estúpido como parece.

—Tú ten cuidado —me avisó, con ese tono de padre que tanto le gustaba usar, como si no fuera capaz de cuidarme yo solo.

—Tengo veinticuatro años, papá —contesté, ofendido.

—Lo sé…, pero es un Montecarlo. Cogen lo que quieren, cuando quieren. No quiero que te haga daño.

—Tranqui, papá. Soy duro, aunque no lo parezca. —Le guiñé un ojo.

—Hoy se van los noruegos, así que ya tendrá su propia habitación. Mejor, ¿no? —dijo mi padre, sacando de la nevera un par de *packs* de yogures sin azúcar—. Así no tenéis que compartir.

—Genial. Claro. Lo va a agradecer mucho.

Aunque no hubiéramos llegado a dormir juntos ningún día de los que había estado en el hostal.

—Papá, oye, quería darte las gracias por dejar que me quede aquí, y todo eso… —murmuré, aunque con un toque de vergüenza en el tono de voz.

—Eres mi hijo. No me tienes que dar las gracias por eso —sentenció, acercándose y acariciándome la cabeza con cariño—. Ya sabes que cualquier cosa que necesites.

—Ya, bueno. Pero… gracias por insistir. Solo quería decírtelo.

Pese a que mis padres siempre se habían empeñado en enseñarnos a hablar abiertamente sobre nuestros sentimientos, yo

aún no era capaz de hacerlo. Al menos no con la naturalidad que ellos esperaban. Siempre estaba ahí ese punto de vergüenza del que era incapaz de desprenderme.

—¿Me ayudas tú con el servicio esta mañana?

—¡Claro! Oye, ¿a ti te suena que en la biblioteca estuviera el libro de *Moby Dick*?

—¿Y eso?

—No sé, me apetece releerlo —mentí. No quería hablarle de la carta aún.

—Pues es curioso, porque el otro día, haciendo cajas para llevar a las tiendas de segunda mano del pueblo, lo encontré entre los recuerdos de tu abuelo.

—¿En serio?

—Ya sabes que le encantaba leer.

No. Realmente no lo sabía. Pero todo el mundo se empeñaba en pensar que yo sabía mucho sobre él.

—La mitad de los libros que hay en la biblioteca del hostal eran suyos.

—¿Y lo dejaste en el trastero?

—Debe estar por ahí en alguna de las cajas, sí —me dijo.

—Genial. Luego miraré a ver. Gracias.

Mi padre se encogió de hombros mientras llenaba dos tarros de cristal de su granola casera.

—Recuerda que hoy es el taller de mazapanes, a las cinco de la tarde.

—Sí, sí, me acuerdo. Se lo diré a Perseo, si te parece bien —sugerí.

—Claro, lo que creas que es mejor para tu plan.

Bonita forma de dejarme a mí la responsabilidad, aunque no me pasó desapercibido su tono de recochineo.

—Vamos, ayúdame con esto, que tenemos que ir preparando las cosas ya —me pidió. Había intentado llevarlo todo él, pero se dio cuenta de que no iba a poder.

—¿Te puedo preguntar algo, papá?

—¿Qué ocurre? —Dejó las bandejas sobre la encimera.

—¿Por qué no aceptas la indemnización y ya está?

Su expresión cambió. Me miró con una ternura que solo le había visto cuando yo era pequeño.

—Oliver, hijo. No podemos dejar que alguien llegue y borre toda nuestra vida de un plumazo. Es el problema de la sociedad de hoy, que todo está en venta. Los poderosos creen que pueden comprar lo que quieran y a los que quieran solo poniendo un cheque por delante —masculló—. Me niego a vivir en ese mundo.

—Pero… cuando se cumplan los quince días… te quedarás sin nada de nada, ¿no? ¿Qué pasará entonces?

—Orión avisó de que empezaría la parte… fea del asunto. Recalificación de terreno y todo eso. Pero si está tan nervioso es porque hay algo que no nos cuenta. Y qué quieres que te diga, yo también tengo a mis abogados trabajando en ello.

—¿Contra el imperio de los Montecarlo?

—Escúchame, hijo. Aquí he crecido yo. Has crecido tú. Tu hermana. Tu abuelo levantó este lugar. Me pidió que lo cuidara. Es nuestro legado familiar. Y, aunque a veces me veas derrotado, no pienso dejarlo ir sin luchar.

Lo ayudé a preparar las mesas para el desayuno. Por desgracia, esa

mañana los noruegos estuvieron más ruidosos y demandantes que nunca. No paraban de pedir cosas a cocina y de gritar y celebrar que era su último día. Incluso pidieron al resto de los clientes que firmaran la escayola de uno de ellos que se había roto la muñeca. Me estaban agobiando, y estuve a punto de llamarles la atención, pero mi padre me lo impidió, mostrándome que los demás huéspedes no solo no estaban molestos, sino que estaban cantando con ellos y pasándoselo bien. Es lo que conseguía mi padre con el hostal: que todos se volvieran amigos.

Lástima que no estuviera Perseo para verlo.

Tras el turno de desayunos, pasé por la habitación para ver cómo seguía. Me lo encontré roncando. Decidí no despertarlo; seguramente aún tuviera bastante resaca, así que cogí un par de cosas sin hacer ruido y volví a salir.

Mi padre me había dejado las llaves del trastero para que pudiera buscar el libro de *Moby Dick*, así que, mientras Clara y mi madre repasaban las habitaciones, yo aproveché para escabullirme y salir al jardín por la puerta trasera de la cocina. Hacía años que no entraba en el trastero. Me daba pánico cuando era pequeño. Mi hermana siempre me vacilaba, contándome historias de fantasmas, y, cuando por la noche escuchaba ruidos, insistía en que vendrían a por mí si no tenía cuidado. Más tarde descubrí que la que ululaba de noche era una lechuza que había creado su nido en el tejado.

Atravesé la nieve hasta llegar a la puerta del trastero y, tras encontrar la llave necesaria para abrir el candado, conseguí entrar. Presioné el interruptor junto a la puerta y, después de un par de intentos, se encendió una luz titilante. Ahí dentro hacía más frío que fuera, y eso ya era decir. Olía a humedad y a madera. Era el sitio

donde se guardaba todo lo necesario para las chimeneas y siempre estaba lleno de arañas, el bicho que me daba más asco en la vida. Esperaba no tener que cruzarme con ninguna.

Había estufas de las que usábamos para poner en el jardín si hacíamos alguna cena en el exterior, pero estaban repletas de polvo. Parecía que llevaban años sin usarse. Le tenía que haber preguntado a mi padre dónde estaban las cajas. Habría ido mucho más rápido.

Tardé, pero al final encontré dos de cartón, medio abiertas, y con marcos de fotos asomando entre las solapas. Cogí una banqueta y me senté junto a ellas. Abrí una y lo primero que vi fue un álbum de fotos. Me puse a mirarlo y recordé que lo había visto de pequeño. Eran fotos de un viaje que hizo mi abuelo a Estados Unidos. Bajo el álbum había algunos jarrones decorativos, una máquina de escribir rota y varios libros. Los fui revisando uno por uno, pero el que buscaba no estaba por ninguna parte.

En ninguna de las dos cajas.

Qué raro.

Era curioso que la carta anónima que me habían escrito tuviera una cita de uno de los libros que guardaba mi abuelo. Pero el misterio había acabado casi antes de empezar.

Decepcionado, volví a colocarlo todo dentro de la caja y, cuando fui a dejar el álbum, cayó una foto de su interior sobre mi regazo. La observé con curiosidad. Era de un chico joven en un sofá de color verde apagado que miraba fijamente el objetivo de la cámara.

Era mi abuelo.

Sonreía a cámara y estaba sentado en una especie de sofá, pero la foto estaba bastante vieja y rota por uno de los lados. Le di la vuelta y vi que había un número apuntado justo en el extremo:

«060». Pero, al estar rota, ahí terminaba el número abruptamente, con el cero a medio escribir. Volví a girarla y me quedé un rato observando la expresión de aquel chico que me miraba a los ojos.

Nunca había visto a mi abuelo tan feliz. Lo recordaba bastante huraño.

Lo dejé todo como estaba, salí del trastero (después de un encontronazo muy desagradable con una araña que recorría el interruptor) y cerré el candado con llave.

Cuando volví al hostal, mis padres estaban hablando junto al mostrador. Mi madre aún llevaba puestos los guantes que usaba para limpiar y un limpiacristales en la mano. Al verme entrar, los dos se giraron al instante hacia mí.

—Oliver, hijo, ¿podrías llevar a los noruegos a la estación para que vaya todo bien? —me pidió mi padre, con tono de súplica.

—¿Yo? Pero…

—Solo es llevarlos y acompañarlos para que no se pierdan. Yo tengo que preparar la comida de hoy y tu madre…

—A mí me toca la limpieza de las habitaciones. Pero ¿de dónde vienes, cariño? Estás lleno de polvo. —Se acercó para sacudirme la ropa.

—He estado en el trastero.

—¿Qué hacías ahí? —preguntó mientras seguía sacudiéndome el jersey.

—Nada, buscaba un libro del abuelo, pero no lo he encontrado.

—¿No estaba? ¿Miraste bien? —inquirió mi padre.

—¿Qué libro? —quiso saber mi madre, que, por fin, terminó su tarea de quitarme todo el polvo que se me había pegado a la ropa.

—*Moby Dick.*

Se encogió de hombros mientras se quitaba uno de los guantes.

—Yo llevé el otro día un par de cajas a la librería de segunda mano del pueblo —dijo ante la mirada atónita de mi padre.

—¿Cuándo? ¿Y por qué no me avisaste antes? ¡¿Y si quería alguno de esos libros?! —explotó, dolido.

—Ay, Santiago, por favor. Que estaban ahí muertos del asco. ¿No fuiste tú el que dijo que había que ir deshaciéndose de cosas? Había dos cajas repletas de libros. Mejor darlos que tirarlos, ¿no crees?

Mi padre refunfuñó, derrotado, y decidió tragarse su enfado y no continuar con la discusión.

—Bueno, Oliver —cambió de conversación—. ¿Puedes llevarlos o no?

—Sí, pero ¿y Clara?

—Me fío más de ti que de tu hermana.

—Puedo entenderlo —dije con sorna.

—Gracias, hijo.

Los noruegos eran ruidosos y extravagantes. Pensaba que, al ser del norte de Europa, serían más tranquilos y menos alborotadores. Pero no. Cuando salimos del hostal, el día seguía despejado, aunque se empezaban a formar nubes en el horizonte. Había consultado el tiempo y anunciaban tormenta a última hora de la tarde, pero para entonces yo ya estaría de vuelta en el hostal, así que no me preocupaba demasiado.

Después de cargar todas sus maletas en la parte trasera de la furgoneta, se subieron los cuatro y enfilamos hacia el pueblo.

Me preguntaron un montón de cosas, pero como hablaban una mezcla de inglés, noruego y español difícil de entender y yo iba muy

concentrado en la carretera, porque odiaba conducir coches tan grandes, la conversación fue de todo menos fluida.

Al llegar a la estación les ayudé con el equipaje y les indiqué en qué panel aparecería su tren. Pero, como no me entendieron, decidí que lo mejor sería esperar con ellos hasta que, como mínimo, anunciaran el andén al que tenían que ir.

La librería de segunda mano no estaba muy lejos de la estación, así que pensé que cuando los noruegos ya tuvieran claro cuál era su andén, me acercaría, por mera curiosidad, claro, para ver si encontraba allí el libro de *Moby Dick* de mi abuelo. Y me sobraría tiempo para llegar al taller de mazapanes del hostal.

Anunciaron por megafonía que su tren saldría del andén número dos. Se lo indiqué por señas y, cuando estuve seguro de que me habían entendido, me despedí de ellos. Cada uno me dio un sentido abrazo, como si fuéramos amigos de toda la vida, e insistieron en que fuera a visitarlos a Bergen, la ciudad en la que vivían. Incluso me dieron una propina de cincuenta euros.

—*Tusen takk for hjelpen* —me decían una y otra vez. Al menos ya sabía cómo se decía «muchas gracias» en noruego.

—*Bare hyggelig* —respondí cuando me explicaron que así se pronunciaba «de nada».

Esperé a que pasaran el control con sus maletas y sus esquís, y salí de la estación. El cielo se había nublado, y se había levantado bastante viento, pero parecía que la tormenta aún tardaría en llegar. Tenía tiempo de sobra para ir a la librería de segunda mano antes de volver al hostal.

—¡Hoyuelos! —gritó alguien desde el aparcamiento de la estación.

Levanté la mirada y vi a Gabriel junto a dos chicas. Me saludó con la mano, haciéndome señas para que me acercara. Yo le dije que no podía, dándole a entender, también mediante gestos, que iba con prisas. Pero insistió tanto que al final cedí.

Llevaba unos pantalones azul oscuro anchos y un jersey beige por el que sobresalía el cuello de una camisa blanca, y una bufanda que colgaba de su cuello con estudiada dejadez. Su pelo ondulado se movía con el viento, pero el flequillo se lo sujetaban las gafas de sol. Las dos chicas que había con él eran asiáticas; creo que japonesas.

—¿Qué tal, hoyuelos? ¿Cómo tú por aquí? —me preguntó con su sonrisa eterna dibujada en la cara.

—Vine a traer a unos huéspedes a la estación. —Señalé la furgoneta, que estaba en el otro extremo del aparcamiento.

—Ah, genial, genial. ¿Haces algo ahora?

—Pues la verdad es que…

—Perfecto. —Ni me dejó terminar—. *Arigato gozaimasu. Ja ne!* —les dijo a sus acompañantes, que hicieron un par de reverencias muy educadamente. Gabriel se acercó y les dio un beso a cada una en los labios—. Ya estoy. ¿Damos una vuelta?

Me cogió del brazo y nos alejamos de las chicas y del aparcamiento de la estación.

—¿Tus novias?

—¿Novias? Qué va —dijo despreocupadamente—. ¿Te han gustado?

—Eh, ah, yo qué sé. Supongo. Eran monas, sí —respondí para salir del paso.

—¿Volvemos? Si quieres, te las presento…

—No, no, no. Para nada. Creo que te estás equivocando. —Me miró, como no entendiendo lo que quería decirle. Así que se lo tuve que explicar—. Soy gay.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Bueno, da igual. Nada, nada…

—No son mis novias. Si lo dices por lo del beso de despedida, es que me gusta ponerlas nerviosas —me explicó, juguetón.

—Genial —musité sin mucho interés—. Oye, yo iba a ir a una librería que hay aquí en el pueblo.

—Te acompaño. Tengo ganas de conocerte más, Oliver De Luca.

No acababa de pillar muy bien a Gabriel, sobre todo porque era todo lo opuesto a su hermano. Pero era majo conmigo, quizá demasiado.

Mientras paseamos hasta llegar a la librería, no dejó de hablarme sobre las dos chicas con las que lo había encontrado. Y no me soltó el brazo ni un solo segundo. Le gustaba mucho escucharse, así que no tuve muchas oportunidades de intervenir en la conversación.

Cuando llegamos a la librería de segunda mano, Gabriel se quedó mirando el escaparate un rato, como si estuviera en un zoo de criaturas exóticas. Había poca gente rebuscando en las diferentes pilas y cajas desperdigadas por las esquinas de libros usados. La dependienta nos saludó amablemente y, por supuesto, Gabriel tuvo que acercarse. Es que no podía evitarlo.

—¿Qué libro buscas? —quiso saber cuando volvió de hablar con la dependienta.

—*Moby Dick* —respondí mientras miraba en la sección de «Clásicos literarios».

—Ajá. —Se sorprendió, pero no comentó nada, y empezó a mirar

en diferentes partes de la librería para ver si lo encontraba antes que yo, aunque de vez en cuando venía donde estaba yo con algún libro con portada curiosa o título divertido. Era como un niño; buscaba que yo le prestara atención.

—Nada, no lo encuentro por ningún lado.

—Pues pregunta. Es la mejor forma de solucionar estas cosas.

—No hace falta. Si es una tontería que…

—¡Eh! —chilló, levantando la mano en el aire, y haciendo gestos a la dependienta para que viniera hacia nosotros. Yo no sabía dónde meterme de la vergüenza. La mujer, que estaba sacando libros de una caja tras el mostrador, asintió y se acercó—. Aquí mi chico —¿cómo que «mi chico»?— está buscando un libro, pero no lo encuentra.

La mujer me miró, curiosa.

—Tú eres Oliver, ¿no? El hijo de Santiago.

Gabriel me miró, con la boca abierta, sonriente, sorprendido de que me hubieran reconocido.

—Es que es tan famoso que no se le puede sacar de casa —bromeó.

—¿Qué tal está tu padre? ¿Qué tal todo por el hostal? Hace tiempo que no lo veo.

—Todo bien. A tope ahora. Temporada navideña, ya sabes —le expliqué.

—Hace un par de días vi a tu madre. Nos trajo un par de cajas repletas de libros.

Nada más decírmelo, sentí una punzada de nervios. Al final encontrar el libro iba a ser más fácil de lo que esperaba.

—Aunque aquí no tenemos un directorio de todos los libros que

hay, pero si me dices cuál buscas…

—Pues precisamente buscaba uno que estaba en las cajas que trajo mi madre.

—¿Qué libro era? Porque ya los coloqué todos —se lamentó.

—*Moby Dick*, ¿no? —intervino Gabriel, que necesitaba que recordáramos que seguía ahí con nosotros. Si no tenía un mínimo de atención, se marchitaba.

—*Moby Dick* —repetí.

—Mmm…, me suena haberlo colocado… —Se dirigió a otra zona de la librería y trató de mirar en una estantería donde había dos chicos que no se apartaban.

—¿Ves? —me dijo Gabriel.

—A ver si no se lo ha llevado nadie ya…

—Así que ese libro era de tu hostal. ¿Y por qué lo quieres ahora? —quiso saber, curioso como el que más.

—Era de mi abuelo —respondí, escueto.

—¿Te llevabas bien con él?

—Murió cuando yo tenía unos trece años. No me acuerdo mucho de él, pero me gusta conservar sus cosas.

—Eres como Percy. Va a todos lados con un libro que le regaló nuestro abuelo. Es su pequeño tesoro. Una vez se lo quité y casi me mata —recordó mientras se reía.

—No os lleváis muy bien…

—¿Por qué dices eso? —respondió, y su seriedad era real—. Yo quiero muchísimo a mi hermano.

—Ah, vale, creía que…

—Pero es un grano en el culo, eso es cierto —añadió—. ¿Cómo vas con él y con tu plan suicida? Si soy sincero, a mí me hace gracia

vuestro hostal. No entiendo el empeño de papá en demolerlo. ¿Le habéis hecho algo que yo no sepa?

—Si yo acabo de llegar… No tengo ni idea. —Me encogí de hombros. Y entonces llegó la dependienta con un libro en la mano que reconocí al instante.

—Has tenido suerte. Aún no se lo ha llevado nadie.

Cuando lo cogí y lo vi de cerca, recordé las noches en el hostal leyéndolo frente a la chimenea. Era de tapa dura y de color granate y tenía el lomo bastante desgastado. Le faltaba la sobrecubierta con la ilustración de la ballena. En la esquina inferior derecha se leía *Moby Dick* en letras en relieve.

—Muchísimas gracias. ¿Cuánto es?

—Nada, Oliver. Es tuyo.

—Gracias, gracias —repetí un par de veces.

—Saluda a tus padres de mi parte… Y yo tendría más cuidado con las compañías. —Esto último lo dijo dedicándole una mirada de soslayo a Gabriel que me dolió hasta a mí. Acto seguido, se dio la vuelta para regresar al mostrador a seguir sacando los libros de las cajas que tenía acumuladas y ordenándolos.

Por lo visto no todo el mundo caía rendido ante los encantos de Gabriel Montecarlo…

—Bueno, pues ya podemos irnos —le dije.

—Vale. —Era evidente que el comentario de la librera le había dolido, por mucho que tratara de ocultarlo con una sonrisa.

Cuando salimos, estaba empezando a nevar copiosamente. La tormenta había llegado antes de tiempo. Iba a tener que darme prisa para que no me pillara en medio de la carretera de vuelta al hostal. Guardé el libro dentro de mi abrigo y emprendimos el camino

de regreso a la estación. Yo creía que Gabriel tendría allí un chófer esperando, pero cuando llegamos me explicó que había bajado al pueblo en el coche de las dos chicas de antes, y que estaba sin transporte para volver.

—Yo… te acercaría, pero tengo que volver al hostal. He de ayudar a mi padre con el taller de hacer mazapanes.

—¿Taller de hacer mazapanes? —repitió, curioso—. Si que os gusta la Navidad, sí.

—¿A ti no?

—No me molesta —replicó con indiferencia.

—¿No tienes chófer? ¿No puede venir a buscarte?

—¿Yo chófer? Qué va. Me encanta conducir. Eso es más cosa de Percy. Pero puedo hacer un par de cosas antes de volver al hotel, y así espero a que pase la tormenta.

—Vale —dije mientras abría la furgoneta—. A ver, a lo mejor quieres venirte al hostal para el taller. Es una tradición de la familia. Será divertido. —Sentía la necesidad de consolarlo de alguna manera tras el comentario de la librera, de hacer aparecer de nuevo al Gabriel divertido de siempre. Aunque fuera solo con una invitación a hacer mazapanes.

—Podría ir, claro. ¿Aceptarán a un Montecarlo? Porque visto lo visto… —respondió, sopesando mi oferta con cautela.

—No lo sé, ¿vas a hacer algo para que no te acepten?

—Probablemente. Pero será divertido —dijo, y, sin esperar a que yo respondiera, abrió la puerta del asiento del copiloto y se sentó.

El camino de regreso al hostal fue bastante tortuoso porque la tormenta de nieve se estaba intensificando a medida que nos acercábamos, y a mí nunca se me había dado bien conducir en esas

condiciones. Iba muy lento, con cuidado de no derrapar, y con los limpiaparabrisas funcionando a toda potencia. Estaba tan en tensión que me dolían las muñecas de apretar el volante. Gabriel se encargaba de la música. Iba bastante en silencio, algo de lo más sorprendente siendo él, y tenía puesta de fondo una canción de Michael Jackson.

—Si quieres cambio a Olivia Rodrigo, que te pega más —me dijo con un brillo inusitado en los ojos mientras pulsaba un botón en la pantalla táctil del centro del coche y la música cambiaba de golpe—. ¿O prefieres un buen villancico?

—Me da igual. Lo que más te guste a ti.

—Complaciente —sonrió. Cogió el libro de *Moby Dick*, que yo había dejado sobre el salpicadero, y lo empezó a hojear. Pensé por un momento en contarle lo de la carta, pero deseché la idea rápidamente. Tampoco iba a hacer partícipe del misterio a otro Montecarlo. Bastante tenía con uno—. ¿Quieres que conduzca yo?

—¿Eh? ¿Por qué? No hace falta.

—Te veo tenso. Tranquilo, que no va a pasar nada. Vas muy bien.

—Estoy tranquilo. Ya sé que no va a pasar nada… —Pero fue decirlo y la furgoneta patinó en la carretera y perdí el control de las ruedas durante unos segundos en los que el corazón me latió desbocado—. Vale, creo que hay que parar un rato.

—¿Tienes cadenas?

—Sí, pero no las he puesto nunca.

Gabriel sonrió y me indicó con la mano una zona del arcén donde podíamos parar. Giré levemente el volante y la furgoneta fue deslizándose hasta llegar al lateral de la carretera. Cada vez caía más y más nieve. El volver al hostal se estaba convirtiendo en una

tarea de riesgo. Saqué la llave del contacto, pero, cuando iba a bajar, Gabriel me lo impidió.

—Esperemos unos minutos. Con la que está cayendo va a ser imposible poner las cadenas bien.

—Vale, sí. —Volví a meter la llave para poder encender la calefacción de nuevo.

—¿No tienes calor?

—Estoy bien. —Mentira. Estaba sudando como en mi vida por culpa de la calefacción y los nervios.

—¿Seguro? Te estás poniendo rojo… —señaló—. Quítate el jersey, anda.

—Qué va. Estoy bien, en serio.

—Como quieras —dijo, sacándose él el suyo. Tiró hacia arriba de la zona del cuello y se quedó solo en camisa. Se desabrochó los botones del cuello, dejando ver una camiseta gris que llevaba debajo —. Mucho mejor.

Entorné los ojos y decidí quitarme el mío también, porque era verdad que hacía mucho calor. Pero, cuando me lo subí hacia arriba, se me quedó atascado y se me subió también la camiseta, así que dejé mi tripa al descubierto.

—Mierda.

—Espera, que te ayudo. —Me cogió del borde de la camiseta y me la bajó con cuidado, rozándome la piel con los nudillos. Supernervioso, al final me quité el jersey a toda velocidad, despeinándome y poniéndome aún más rojo por el esfuerzo.

—Dios, lo que me ha costado.

—¿Mejor? —Me sonrió Gabriel, y su sonrisa, como siempre, era encantadora.

—Sí —admití. Sin darme cuenta, se había ido acercando cada vez más, y estábamos a pocos centímetros de distancia.

—¿Sigues teniendo calor? —preguntó con una voz sensual.

—Un poco sí —asentí.

¿Estaba Gabriel Montecarlo ligando conmigo? Sus ojos eran igual que los de su hermano, magnéticos y atrayentes. Me miraba como si estuviera desnudándome. Se mojó un poco los labios, como cuando lo haces previamente a un beso y puso su mano sobre uno de mis muslos.

—Gracias por dejar que te acompañe y por invitarme a vuestro taller. No quiero ser una molestia —susurró, agradecido.

—Na-nada. Yo encantado de que más gente conozca nuestras tradiciones…

¿Por qué demonios estábamos tan cerca? ¿Por qué estaba tocándome la pierna? ¿Por qué… la estaba acariciando?

—Tengo ganas de conocerla, sí… —No tenía muy claro si estaba diciéndolo con doble sentido. Estaba confundido porque creía que Gabriel era hetero. Esa era, al menos, la impresión que me había dado.

—Genial. Te gustará. Yo también tengo ganas de… que la conozcas. —Dios, Oliver, cállate.

Pero no hizo falta porque mi móvil empezó a sonar en el altavoz de la furgoneta. Era mi padre. Seguramente quería saber dónde estaba; ya eran más de las cuatro de la tarde. Ni siquiera me había dado cuenta de la hora. Gabriel se separó al instante y quitó la mano de mi pierna. Yo respondí a la llamada.

—¿Qué pasa, papá?

—¿Dónde estás, hijo? ¿Te ha pillado la tormenta?

—Sí, estoy parado en el arcén. Vamos a poner las cadenas —le expliqué.

—¿Vamos? ¿Con quién estás?

—Con Gabriel Montecarlo. Lo he invitado a venir al taller.

—¿Otro Montecarlo? Por favor, Oliver. No me fío de ellos. ¿Por qué tienes que…?

—Papá —lo interrumpí—. Estás en altavoz.

Gabriel se echó a reír mientras escuchamos a mi padre balbucear un rato, nervioso.

—Tú ten cuidado, ¿vale? —dijo, y cortó la llamada.

—Otro más al que no le caigo bien —comentó Gabriel—. Hoy estoy que me salgo.

—¿Y te sorprendes? —espeté.

—No, la verdad. Mi familia suele provocar esa reacción en la gente —comentó entristecido—. Vamos a poner las cadenas.

Capítulo 19

Perseo

Me dolía la cabeza horrores.

Olía raro en la habitación.

No tenía el pijama puesto. Solo los calzoncillos y la camiseta de tirantes.

¿Y por qué hacía tanto frío? Ah, claro, estaba sin tapar.

Tenía sudores fríos y me temblaba todo el cuerpo.

Pero no estaba en la cama en la que había dormido los otros días. ¿Por qué?

Entraba algo de luz por la ventana, atravesando las cortinas y dándome directamente en la cara. Quizá por eso me dolía tanto la cabeza.

Traté de levantarme y la habitación se puso del revés. No era culpa de la luz. Era culpa del alcohol.

Era resaca. Simple y llanamente.

Volví a tumbarme, deseando que se pasara rápido. Esa era una de las razones por las que no bebía alcohol. No entendía cómo Gabriel lo toleraba tan bien.

No recordaba mucho de la noche anterior, salvo que habíamos cerrado un acuerdo importante con Japón, después de mucho lucharlo por culpa de aquel incidente que tuvo Gabriel en Tokio.

Padre casi no me había dirigido la palabra. Uno de los pocos momentos en los que lo hizo fue para preguntarme por el hostal, y si ya había descubierto algo que pudiéramos usar en contra de la familia De Luca. Cuando le dije que todavía no, vi la decepción reflejada en sus ojos. Pero ya estaba acostumbrado a verla.

Tendría que empezar a emplearme a fondo.

Después de varios intentos fallidos, logré levantarme por fin y fui al baño para vomitar, pero no me quedaba nada dentro. En ese momento recordé algo más de la noche anterior.

Recordé a alguien.

Oliver De Luca.

Cuando llegué a la habitación, él estaba durmiendo.

Me lavé la cara con fuerza y me miré al espejo. Tenía un aspecto horrible. Unas ojeras enormes y el pelo revuelto y pegado a la frente.

Sentía la boca seca y pastosa.

Recordé a Oliver ayudándome a levantarme después de haber vomitado en el suelo. Me asomé de nuevo al interior del cuarto, alarmado, pensando que seguirían ahí los restos de mi borrachera. Pero no había nada.

¿Lo habría limpiado él?

Sobre la mesita de noche había un plato con un sándwich y dos botellas de agua, una de ellas vacía y la otra medio llena.

¿Me lo habría traído él?

Me acerqué y cogí mi anillo. Me lo puse en el dedo anular. No entendía por qué me trataba tan bien la última persona del mundo que debería tratarme bien.

Tras conseguir adecentarme lo suficiente como para salir de la

habitación, lo dejé todo ordenado y me asomé al pasillo. No vi a nadie cerca, así que cerré la puerta con llave y, cuando bajaba por las escaleras para ir al comedor a ver si encontraba a Oliver, me crucé con una mujer que estaba subiendo. Creí reconocerla de algún desayuno o cena en el hostal. Iba con un sombrero de ala ancha, parte de la cara cubierta con un velo, y llevaba unos vaqueros negros y un jersey del mismo color. Mientras ella subía, yo bajaba, y olí su perfume, ya que iba dejando un rastro como si fuera su marca personal.

—Buenas tardes —saludé educadamente.

Ella se limitó a hacer un pequeño gesto con el borde de su sombrero, a modo de saludo, y siguió subiendo sin tan siquiera mirarme. Era el precio que pagábamos los Montecarlo. No le caíamos bien a mucha gente. Si esa mujer también sabía lo que queríamos hacer con el hostal, obviamente yo no podía ser una de sus personas favoritas. Bien, podía vivir con ello. Ella tampoco me interesaba a mí.

Llegué a la planta principal. En la recepción, estaba la hermana de Oliver. Me recordaba demasiado a Gabriel, y eso no me gustaba. Siempre se me había dado mal tratar con personas como ellos. No acababa de entender su actitud ante la vida y ante todos. Al verme se sorprendió y salió a toda prisa de detrás del mostrador sonriéndome y viniendo directa a por mí, con las manos hacia delante.

—Perseo Montecarlo—dijo acercándose a mí—, ¿cómo está yendo tu estancia en nuestro pequeño hostal? —No sabía si era una pregunta genuina o si estaba jugando conmigo de alguna forma retorcida. Quizá era una pregunta trampa.

—Sorprendente —me salió decir.

—¿Buscas a mi hermano?

Yo asentí.

—Ahora mismo no está por aquí, y, si te soy sincera, no tengo muy claro dónde está. Pero, si quieres, vamos a comenzar nuestro famoso taller para aprender a hacer mazapán. ¿Te apuntas?

—No me gusta el mazapán.

—Por supuesto que no te gusta el mazapán. —Rio de forma estridente—. Pero puedes aprender a hacerlo de todas formas. Es divertido. Se han apuntado la mayoría de los clientes.

—Prefiero esperar a tu hermano por aquí, si a ti no te importa —bufé.

No iba a darse por vencida tan fácilmente. Sin respetar mi espacio vital, pasó su mano por encima de mis hombros y tiró de mí hacia ella, como si fuéramos amigos.

—Mira, yo voy a tener que estar también en el taller, y tampoco me apetece nada. Pero, a veces en la vida, hacemos cosas que no nos apetecen, porque…, bueno, porque simplemente toca. Porque tenemos que hacerlas.

—Yo no tengo por qué ir a vuestro taller. —Me aparté como pude de ella.

—Puedes perdértelo si quieres. No obligamos a nadie. Pero, como no has bajado a comer, quizá tengas bastante hambre, y tienes que saber que la cocina ahora está cerrada. Solo vamos a hacer mazapanes y una merienda especial.

Arqueó las cejas tratando de hacerse la interesante y convencerme con sus argumentos.

Pero yo no quería hacer ese taller absurdo con gente que no

conocía. Esperaría a Oliver. Al fin y al cabo era mi anfitrión, y una parte de mí quería agradecerle que me hubiera ayudado por la noche. Además, si la recepción se quedaba sola, podía aprovechar para ver si encontraba algo que pudiéramos usar padre y yo.

—Gracias, pero no —dije.

—Disfruta de la tarde entonces —contestó la hermana de Oliver y volvió al mostrador. Tecleó un par de cosas en el ordenador, me sonrió de nuevo y luego fue hacia el comedor.

Estaba solo. En cualquier momento podía aparecer alguien, así que tendría que ser rápido. Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie se acercaba y luego me metí en la recepción, donde estaba el ordenador, un par de cajones cerrados y varios papeles ordenados justo debajo del mostrador. Empecé a revisarlos, pero solo eran datos de los distintos clientes que había hospedados en el hostal. Traté de abrir los cajones, pero ambos estaban cerrados con llave. Tendría que recurrir al ordenador.

Volví a asomarme una vez más para constatar que no venía nadie y cogí el ratón, moviéndolo un poco para desbloquear la pantalla. Pero, al hacerlo, me vi reflejado en la pantalla y me di cuenta de lo que estaba haciendo. ¿Realmente yo era así? Lo que estaba haciendo, tratar de obtener información confidencial de los De Luca de forma ilegal, ¿no era de lo más ruin?

No, no lo era.

No estaba haciendo nada malo.

Solo estaba ayudando a mi familia a recuperar algo que era nuestro.

¿Cómo iba a ser eso algo malo?

Escuché que alguien se acercaba, así que salí del mostrador y

fingí estar mirando mi móvil. Era la madre de Oliver.

Al verme, se sorprendió. Pensaba que me ignoraría, que pasaría de largo, pero vino directa hacia mí.

—Al fin has bajado. Te hemos echado de menos en la comida —me dijo con tono maternal.

—Tenía mucho trabajo que hacer. —No sabría decir por qué mentí, pero sentía que, si decía la verdad, me juzgaría. No sabía por qué, ya que apenas la conocía, pero no quería que la madre de Oliver me juzgara.

—¿Y has podido terminarlo? Todavía estás a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—De hacer nuestro taller de mazapanes. ¿No te lo contó Oliver?

—La verdad es que…

No me dejó terminar. Me cogió del brazo (en esa familia no sabían lo que era el espacio personal, eso desde luego) e insistió en que la acompañara. Aunque fuera para sentarme en uno de los sillones del comedor para poder verlo todo bien. No pude negarme y fui con ella. Todos los clientes del hostal estaban esperando a que el padre de Oliver y su hermana acabaran de preparar las cosas para empezar el taller. Al entrar, todos se giraron para mirarme, pero nadie me dijo nada. Nadie se acercó a saludarme.

Yo me limité a hacer una breve inclinación de cabeza, y fui directo a uno de los sillones junto a la chimenea. Desde ahí podía observarlo todo. Vi que la hermana de Oliver discutía algo con su padre y regresaba a recepción.

Al cabo de poco rato, regresó con otras dos personas a su lado: Oliver y Gabriel.

¿Qué demonios hacía mi hermano ahí?

Me saludó agitando la mano y haciendo el idiota, como siempre. Y Oliver vino directo hacia mí.

—¿Ya estás mejor? —me preguntó, sonriente. ¿Era ironía o realmente se alegraba de verme entero tras la horrible noche que había pasado por culpa de la borrachera?

—Claro —repliqué, y girándome hacia mi hermano, que también se había acercado, añadí—. ¿Qué haces tú aquí?

—Nos encontramos en el pueblo, y Oliver insistió tanto en que viniera a hacer este taller que no pude decirle que no —contestó, obviamente mintiendo. O exagerando. O las dos cosas. Lo conocía demasiado bien.

—No fue del todo así… No insistí tanto —aclaró Oliver—. De hecho, no insistí nada —me dijo como en confidencia.

En ese momento su padre comenzó a hablar sobre lo que iban a hacer esa tarde en el taller.

—Buenas tardes a todos y todas. Bienvenidos al taller de mazapanes. Esta tradición la empezó mi padre, Oliver De Luca, hace ya bastantes años. Recuerdo que de pequeño me pasaba horas con él en la cocina aprendiéndolo todo sobre sus platos favoritos. Los mazapanes eran su dulce preferido, y a mis hermanas y a mí nos encantaba ayudarlo a hacer las formas. Para la familia De Luca siempre han sido muy importantes las tradiciones porque nos ayudan a estar conectados con el pasado, a no olvidar de dónde venimos. Y cada año queremos haceros a todos partícipes de nuestra historia… —dijo, evidentemente muy emocionado. Podía sentirlo. Y logró emocionarme a mí también. Aunque fuera un poco.

La madre de Oliver empezó a aplaudir y, aunque tímidamente al principio, los clientes acabaron haciendo lo mismo con entusiasmo.

Sobre una enorme mesa que habían colocado en el centro había una bandeja repleta de mazapanes caseros de distintas formas y tamaños, además de varios rectángulos de masa. Me quedé un buen rato mirándolo. Oliver se dio cuenta y se me acercó.

—Ahora repartimos varios trozos diferentes por las mesas —empezó a explicarme bajando la voz—, y cada uno puede darles forma y…

—Primero vamos a darles forma —dijo su padre, y Oliver se interrumpió y se volvió para escucharlo—, así que coged la masa de mazapán que está por aquí, los moldes que más os gusten y sed creativos.

—Pues más o menos lo que te iba a explicar yo —comentó Oliver, y se acercó para coger varios trozos de mazapán y colocarlos sobre una mesa que estaba cerca del sillón donde yo estaba sentado.

Cada grupo de personas fue haciendo lo mismo y vi cómo, animados, empezaban a charlar y a hacer formas, cortando la masa. Sonaba música navideña de fondo y todos parecían pasárselo bien. Pero no había ningún tipo de orden. Todo funcionaba de una manera diferente a la que yo estaba acostumbrado. No había camareros repartiendo copas de cava a los invitados —la única bebida que teníamos era vino caliente y té—, ni vestidos de lujo o música en directo.

Gabriel se había unido a una pareja de mediana edad que, por lo que había escuchado, eran de Granada. Por supuesto, no dejaba de hacerles bromas. Porque siempre tenía que ser el centro de atención. No estaba en su ADN lo de pasar desapercibido. Oliver, por su parte, no dejaba de ir de una mesa a otra, asegurándose de que todo el mundo estuviera disfrutando. Incluido yo. Y es que tardó

muy poco en volver conmigo con un par de vasos de vino caliente en las manos. El olor a vino me provocó ganas de vomitar. Aún me duraba algo de la resaca.

—Toma, para que lo pruebes —me dijo, acercándose.

—No me gusta el vino caliente —repliqué. Y menos después de lo de anoche. Pero eso último no se lo dije.

—Es una receta secreta de la familia. Es diferente. Yo creo que te gustará —insistió, y acabé aceptando el vaso. Le di un pequeño sorbo. Aunque odiara reconocerlo, tenía razón. Estaba bueno. Pero no me entraba una gota más de alcohol en el cuerpo.

—¿Ya estás contento? —rugí, dejando el vaso sobre la mesa.

—Mucho. ¿Y tú?

—¿Qué hacías con mi hermano? —inquirí. Me interesaba más eso que la receta secreta de su familia.

—Ya te lo dije. Me lo encontré en la estación y lo invité a venir.

—Siempre mete las narices en donde no le llaman —remarqué, alzando un poco el tono de voz para que Gabriel pudiera oírme. Su respuesta fue una risotada estridente, seguramente exagerada de más para intentar caer mejor al matrimonio con el que compartía mesa.

—A mí me parece majo —rebatió.

Claro, eso era porque no le conocía. Mi hermano solo se preocupaba por una cosa en el mundo, y no era ni por los demás, ni por su familia, ni por el dinero. Su única preocupación en la vida era él mismo.

—Oye…, ¿por qué no te relajas un poco y nos ayudas a preparar la siguiente tanda de mazapanes?

—No me gusta el mazapán —mascullé.

—¿Hay algo que le guste a Perseo Montecarlo?

—Hay muchas cosas que me gustan —respondí mientras sacaba un trozo de naranja de mi vaso de vino—. Pero no veo ninguna por aquí.

—¿Quieres más vino? —preguntó.

—No.

—Te lo puedo traer sin naranja.

—No hace falta.

—¿Seguro? —insistió, y eso ya volvió a sacarme de quicio.

—Pero ¿se puede saber por qué me tratas tan bien? —exclamé, harto de su insistencia—. Soy el hijo del que os va a quitar todo… Todo esto. No lo entiendo.

—¿Por qué iba a tratarte mal? Tú no eres el responsable. Es tu padre, ¿no? Además, ¿qué ganaría tratándote mal? Prefiero que te des cuenta de lo que se perdería si demoléis El Muérdago —dijo, y se volvió para mirar lo que ocurría en el comedor, donde no dejaba de sonar la música y la gente estaba riendo y disfrutando. De hecho, Gabriel estaba bailando *«All I Want For Christmas Is You!»* con la hermana de Oliver junto a la chimenea.

Quizá debía de tratar de divertirme, de entender por qué la gente se lo estaba pasando tan bien.

—Bueno, ¿y qué hay qué hacer entonces? —siseé entre dientes.

—¿Con qué? —preguntó.

Le señalé con la mirada una de las bandejas de mazapanes, resistiéndome a decirle que había cambiado de idea y quería participar en el taller. Empezaba a tener curiosidad… Sobre todo tras comprobar que realmente a todo el mundo parecía gustarle. Pero él se mantuvo en silencio, esperando a que yo siguiera explicándome,

así que terminé por ceder.

—¿Podría… probar a hacer uno?

—¡Ese es el espíritu navideño que buscaba! —gritó, dándome un pequeño empujón, y, tras cogerme de la mano, añadió—: Vamos.

¿Qué hacía? ¿Por qué me cogía de la mano delante de todo el mundo? Me solté de inmediato y me arreglé la ropa, en un intento de disimular mi nerviosismo. Me imaginé a padre mirándonos desde el fondo del comedor, juzgándome, negando con la cabeza. Y me vino a la mente aquella fiesta en la que estuve con Alex. Su reacción. Nunca se me olvidaría.

Lo importante es la familia.

Lo importante es el legado.

Lo demás es desechable.

Al día siguiente apareció Sabrina.

—Venga, vamos a elegir el molde.

Cuando nos acercamos a la mesa donde estaban los moldes, ni siquiera lo pensé más de dos segundos. Tuve claro que quería el que tenía forma de estrella.

Quizá porque era la forma favorita de mamá.

Oliver ya no volvió a cogerme de la mano, pero estuvo pendiente de mí todo el rato, intentando hacerme sentir parte de lo que fuera que estaba pasando a nuestro alrededor. Fue guiándome para aprender a hacerlo. Al principio no había que hacer mucha presión, pero luego se tenía que apretar con firmeza. Había unos pequeños palillos para repasar el borde del molde y sacar el mazapán sin que la figura se rompiera. Los primeros me salieron bastante mal.

—Menuda estupidez. Esto es imposible —rezongué, tirando contra la bandeja una de las formas que había hecho.

—Prueba con este molde —me dijo con calma. Me señaló el de forma de corazón.

—Me va a pasar lo mismo.

—No. Prueba. Era mi favorito de pequeño. Ya verás. Venga, que yo te ayudo.

Reticente, cogí el molde de corazón y un trozo de masa de mazapán. La estiré con cuidado con el rodillo de madera, pero hubo un momento en que Oliver me detuvo porque lo estaba haciendo con demasiada fuerza. De nuevo nuestras manos se rozaron. Me puse en tensión, pero esa vez no me aparté, aunque notaba cómo el calor me subía por todo el cuerpo hasta llegar a mis mejillas.

—Si estiras tanto la masa, te quedará demasiado fina y se te romperá… ¿Ves? Así está perfecto. Ahora cogemos el molde… —Tomó entre sus manos el de forma de corazón, lo colocó sobre la masa estirada y me indicó con la mirada que tratara de hacer yo el siguiente paso. Puse los dedos sobre los laterales y empecé a presionar, y al instante sentí las yemas de sus dedos sobre mi mano —. ¿Ves? Mucho mejor.

¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo dejaba que alguien como Oliver De Luca me tocara de esa forma?

¿Por qué no lo detenía?

¿Por qué sentía que hacía mucho tiempo que nadie me tocaba así?

Menuda tontería.

«Eres Perseo Montecarlo. Haz el favor de centrarte y olvidar las distracciones. Piensa en padre».

Pero lo único que me venía a la mente era su mirada de decepción continua.

Quizá no me estaba esforzando lo suficiente.

Quizá era normal que estuviera decepcionado si no ayudaba en nada a nuestra familia.

—Oye, qué bonitos vuestros mazapanes. Los de mi mesa han quedado mucho peor. —Gabriel estaba delante de nosotros y, por supuesto, iba con un vaso de vino caliente en la mano a medio beber.

—¿Tú has hecho alguno? —le preguntó Oliver.

—Yo he supervisado, que es más importante. —Dio un sorbo a su vaso—. Tu hermana… ¿Clara? Es muy divertida.

—Sabía que os llevaríais bien —dijo Oliver.

—¿Y estos corazones? —comentó Gabriel, cogiendo el último que habíamos hecho.

—No los toques —lo amenacé, y apartó la mano.

—Ah, ¿los has hecho tú? No sabía que fueras tan romántico… Eh, ¿qué te pasa, Percy? ¿Estás llorando?

—¿Qué? ¿Qué tonterías dices? Yo no estoy llorando… —Pero, al llevarme la mano a la cara, noté la humedad en mis mejillas. ¿Cuándo había… comenzado a llorar? ¿Estaba tan distraído que ni siquiera me había dado cuenta?

—¿Estás bien? —me preguntó Oliver, poniéndome una mano sobre el hombro.

Me aparté de golpe.

Que-no-me-volviera-a-tocar.

—Ay, Percy, Percy. ¿Quién me iba a decir que te iba a ver llorar?

—¡¡Gabriel Heraldo Montecarlo!! —grité demasiado alto.

Varios huéspedes se giraron hacia nuestra mesa. Gruñí, me limpié los ojos con el dorso de la mano y, tras colocarme bien el cuello de

la camisa, aparté a Gabriel de malas maneras y salí del comedor.

No sabía por qué, pero necesitaba irme de allí.

Necesitaba un poco de aire.

Solo llevaba… ¿Cuánto? ¿Dos? ¿Tres noches en ese estúpido hostal? Era poco tiempo, pero cada vez me sentía más cómodo.

¿Por qué?

¿Por eso estaba reaccionando así?

Aquel día ni siquiera había sentido la necesidad de ir al hotel. Pese a mis reticencias iniciales, incluso debía reconocer que me había gustado hacer el taller de los mazapanes.

No lo entendía.

¿Cómo podía haberme sentido cómodo estando con gente que no conocía de nada, gente que ni siquiera podría permitirse una mísera habitación individual en alguno de nuestros hoteles, gente que no me importaba?

Cuando quise darme cuenta, estaba en el exterior. Había salido por la entrada principal del hostal. Hacía frío y caían algunos copos de nieve, pero no me importaba. El frío siempre me calmaba. Cuando mi hermano y yo éramos pequeños y padre se enfadaba, salíamos de casa cogidos de la mano, nos dejábamos caer de espaldas sobre la nieve y hacíamos ángeles. Era la única forma de conseguir que Gabriel dejara de llorar.

Encontré una zona en el jardín trasero con unas tumbonas de madera y un brasero entre ambas, con madera dispuesta para ser quemada. Me apoyé en el pasamanos que rodeaba toda esa pequeña terraza, y me quedé ahí, mirando al horizonte, mirando hacia el bosque donde había ido la otra mañana con Oliver, a ver los árboles plantados por su familia.

¿Qué enterraría yo si plantara un árbol?

Me miré el anillo de la mano. El anillo del abuelo…

—¿No tienes frío aquí fuera? —No tuve que darme la vuelta para saber que era Oliver, que había salido a buscarme. ¿Qué especie de táctica estaba siguiendo? ¿Qué pretendía?

—No —gruñí.

—Puedo encender el brasero si quieres. No me cuesta nada.

—Haz lo que quieras —sentencié—. No lo hagas por mí.

—Lo haré por mí entonces, que me estoy congelando.

Me giré un poco y lo miré de soslayo. Abrió la caja de madera que había entre dos de las tumbonas y sacó una bolsa de pélets. Vertió unos cuantos en el centro del brasero, pese a que ya estaba repleto, y lanzó un par de pastillas de encendido y una cerilla. Prendió con rapidez y empezó a notarse algo de calor. Se sentó en una tumbona y se colocó una manta por encima. La verdad es que empezaba a tener bastante frío, pero necesitaba un poco más. Quizá lo suficiente para que se congelaran mis lágrimas.

—¿No quieres sentarte aquí? Se está mucho mejor, en serio —sugirió.

Inspiré profundamente y pensé en ignorarlo, pero al final decidí sentarme en la otra tumbona libre y taparme con la manta que había sobre el respaldo; el olor a madera quemándose y su chisporroteo eran demasiado tentadores.

—¿Ves? ¿A que se está mejor aquí?

—Supongo —respondí.

—¿Estás bien?

—¿Qué te hace pensar que no? —Lo reté con la mirada a que dijera en voz alta lo que estaba pensando, a que se atreviera a decir

que me había visto llorando.

—A mí las resacas me duraban todo el día. Por eso intento no beber —respondió al fin, llevando la conversación por otro lugar.

—Estoy bien —me limité a decir. Recordé cómo me había cuidado cuando había llegado a la habitación la noche anterior. Ni siquiera le había dado las gracias.

—Gracias… por lo de anoche —musité. Me avergonzaba decirlo en alto. Esperaba que aceptara mi agradecimiento y no hiciera ningún comentario más.

—¿Por qué?

Claramente tenía que seguir con el tema.

—Por… ayudarme —conseguí decir—. No suelo beber tanto y tampoco me dio tiempo a cenar —me excusé, como si le debiera algún tipo de explicación—. Así que gracias.

—De nada. Tú habrías hecho lo mismo por mí —dijo, pero, al ver mi expresión, entendió que quizá no.

Nos quedamos un rato en silencio, escuchando la madera consumiéndose por las llamas, con un par de luces iluminándonos, además de la luz de la luna, que se reflejaba sobre la nieve con una intensidad espectral. Los copos de nieve habían dejado de caer, y el cielo estaba casi despejado por completo.

—Tengo una idea —dijo.

Oliver se levantó de la tumbona.

—Creo que sé algo que te puede animar.

—No tienes que animarme con nada —espeté. Tarde. Ya se había ido. ¿Qué plan absurdo se le habría ocurrido? No necesitaba que nadie me animara. Y mucho menos él.

El reloj de mi muñeca me empezó a vibrar.

Padre.

Me estaba llamando.

Por un segundo pensé en ignorar la llamada.

Pero fue un pensamiento que me duró solo eso. Un segundo.

Saqué el teléfono de mi bolsillo y respondí.

—Hola, padre.

—¿Dónde estás? —masculló. Estaba enfadado. Me bastaba con escucharle decir esas dos palabras para saberlo.

—En El Muérdago —respondí con calma.

—¿Por qué no has venido hoy al hotel? He tenido que despedir yo a Hiroshi.

¿Era hoy cuando se iban los empresarios japoneses? Se me había olvidado por completo.

—Tenía… cosas que hacer aquí.

—¿Cómo dices?

Lo que esperaba era una disculpa.

—Lo siento, padre. Debería haber estado allí. No volverá a ocurrir.

—Eso espero. —Silencio—. Recuerda quién es el enemigo.

Y colgó. No me había llamado para preguntar cómo estaba o para interesarse por mí. Solo necesitaba mostrarme lo decepcionado que estaba conmigo… una vez más.

Lo entendía.

No estaba cumpliendo con mis obligaciones.

Un error imperdonable.

—¿Problemas con el trabajo?

Oliver había vuelto. Bajo su brazo llevaba lo que parecía un telescopio.

—¿Me estabas espiando? —rugí, pero Oliver no se acobardó.

—No puede interesarme menos una conversación tuya sobre trabajo. Prefiero escuchar a Clara hablar sobre su último ligue.

No le respondí y me limité a mirar al telescopio que traía. Se dio cuenta y sonrió.

—Vamos a mirar las estrellas.

Pasó entre las dos tumbonas, abrió las patas del telescopio y lo colocó justo en el borde de la terraza.

—Hoy no es el mejor día para mirar con telescopio. Hay demasiadas nubes —dije mientras él le quitaba la tapa al objetivo.

—Solo hay que saber dónde mirar —afirmó, y me indicó con la mano que me acercara—. Ven.

Dudé, pero finalmente me levanté movido por la curiosidad. Me recordó a cuando miraba las estrellas con mi abuelo.

Oliver lo estaba colocando mal. Bufé y lo aparté. Cogí el telescopio y empecé a ajustar la lente para poder ver algo, pero había muchas nubes, como ya le había dicho. Pese a ello, conseguí enfocarlo.

—¿Sabes cómo funciona? —me preguntó.

—Mi padre se llama Orión y mi abuelo también. Créeme que no es la primera vez que miro las estrellas a través de uno de estos —le expliqué.

—¿Tu abuelo no se llamaba Adamant?

—Adamant Orión Montecarlo. El único que tiene solo un nombre es mi padre.

—¿Tú también tienes dos nombres? —preguntó.

—No es de tu incumbencia —mascullé. Odiaba mi segundo nombre.

—Oh, pero sí que lo es —sonrió, juguetón—. Sé cuál es el

segundo nombre de tu hermano, Heraldo. Se llama Gabriel Heraldo Montecarlo. ¿El tuyo…, mmm…, es Perseo Estirado Montecarlo? ¿Perseo Borde Montecarlo? ¿Perseo…?

—Deja de decir estupideces —bramé.

—Perseo No-Sé-Aceptar-Una-Broma Montecarlo. Seguro que es ese. —Suspiró—. ¿Sabes dónde está la constelación de Orión?

—Claro que sé dónde está Orión —repliqué, molesto, y seguí ajustando el telescopio hasta que encontré la constelación. Victorioso, sonreí y, sin apartarme, le indiqué con la mano que se acercara. Como no lo hizo, me incorporé, le cogí del brazo y tiré de él, ayudándole a agacharse y colocando su cabeza en el objetivo.

Espera. ¿Lo había cogido del brazo?

—Creo que la veo.

—Claro que la ves —remarqué.

Oliver empezó a tocar el telescopio, pero se lo impedí.

—Déjalo quieto —lo abronqué, y, cuando quise darme cuenta, estaba con mi mano en su cintura y mi barbilla casi tocando su hombro.

No sabía muy bien qué era lo que me atraía de Oliver. Era como si tuviera un imán escondido en alguna parte que tiraba de mí.

—Si lo movemos un poco hacia aquí…, está Canis Mayor… —le indiqué, inclinándome más aún junto a él. Fui yo el que moví el telescopio ligeramente para que pudiera ver la constelación con mayor claridad.

—Sí, la veo.

Estuvimos así cerca de un minuto. Podía escuchar su respiración cada vez más pesada. ¿O era la mía, que se mezclaba con la suya?

Un copo de nieve se posó sobre mi nariz. Luego otro, y luego

otro más.

Había empezado a nevar de nuevo.

—¿Te puedo preguntar algo? —me dijo de repente.

Al escuchar su voz fue como si despertara de un sueño y tomara consciencia de lo que estaba pasando. Me aparté de él y regresé a la tumbona.

—¿Por qué llorabas antes?

—No puedes preguntarme eso —contesté entre dientes.

—Yo puedo preguntar lo que quiera —replicó—. Claramente algo ha pasado antes, ahí dentro, que te ha afectado más de la cuenta. Si quieres, puedes contármelo, pero tampoco te voy a obligar. Pero… en serio, si quieres, hablemos.

—¿A ti qué más te da? —espeté. ¿Pretendía hacerse mi amigo mostrándose empático conmigo?

—Pues sorprendentemente me interesa.

¿Qué esperaba que le dijera? Si ni siquiera yo sabía por qué me había puesto a llorar. Primero tendría que descubrirlo. Y, aunque lo hiciera, no iba a compartirlo con una persona como Oliver.

«Recuerda quién es el enemigo», acababa de decirme mi padre.

La nieve caía copiosamente. Cada vez con más intensidad. Se acercaba una nueva tormenta. Y yo había perdido las ganas de seguir ahí fuera.

—Deberíamos volver dentro —me limité a decir.

Me levanté de la tumbona y, tras doblar la manta con sumo cuidado, me di la vuelta y volví al hostal.

Capítulo 20

Oliver

6 de diciembre

Por supuesto que esa noche me tocó volver a dormir en el sofá. Como la tormenta dejó las carreteras impracticables por la nieve, Gabriel tuvo que quedarse a pasar la noche, así que ocupó mi lugar en la habitación. Literalmente mi cama. Mi madre había limpiado el colchón manchado por el vómito de Perseo, y cambiado las sábanas, por lo que todo estaba en orden.

Para ellos.

Para mí no.

Pero ya que iba a volver a dormir en el salón, me ofrecí para ser el responsable del turno de noche. Mi padre estaba agotado después de hacer el taller de mazapán. Yo también estaba cansado, pero no por el taller. Por Perseo. Nunca pensé que una persona pudiera agotarme tanto.

Todavía seguía pensando en ese momento en el que se había echado a llorar, y en su mano en mi cintura cuando estábamos mirando las estrellas. Había algo roto en él. Podía notarlo. Podía sentirlo. Y estaba seguro de que tenía que ver con el imbécil de su padre.

Cuando solo había pasado media hora desde que todos se habían

ido a dormir, me di cuenta de que no debería haber pedido hacer el turno de noche. Estaba demasiado cansado. Llevaba días sin dormir bien. Literalmente no tenía fuerzas.

Podía cerrar la puerta y echar una cabezadita. ¿Quién iba a darse cuenta?

Aunque también podía aprovechar para echarle un vistazo al libro de *Moby Dick* y salir por fin de dudas sobre si escondía en su interior algún secreto o no.

No obstante, primero decidí salir para asegurarme de que el brasero de la terraza estaba bien apagado y luego volví a entrar. Como estaba tiritando de frío, encendí la chimenea del salón, pero abrí una ventana para que hubiera buena ventilación (por si las moscas, que Perseo ya me había metido el miedo en el cuerpo). Luego cogí el libro del cajón del mostrador (aunque, como siempre, me equivoqué y traté de abrir primero el cajón del abuelo, que llevaba cerrado con llave desde hacía años), me preparé un té caliente y me senté junto al fuego. Si me habían dejado una nota con una cita de ese libro, tenía que haber algo oculto en sus páginas. No había otra explicación. Quizá ahí estuviera la marca a la que se refería la carta.

Lo traté con cuidado. No quería arrugar ninguna de sus páginas ni quería mancharlo. Ese libro tenía más años que yo, y claramente había sido importante para mi abuelo. Lo abrí y paseé mis manos por su primera página. El papel estaba rugoso debido al paso del tiempo. Busqué en mi móvil en qué capítulo estaba la cita en cuestión y, cuando la encontré, leí la página entera para ver si había algo más que me diera algún tipo de pista. Pero nada. Claro. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Un mensaje que pusiera: «Hola, Oliver. Aquí

tienes el secreto para derrotar a los malvados Montecarlo. Ah, y por cierto, eres un chico estupendo»?

Obviamente no había nada de eso.

Revisé una página tras otra, tratando de encontrar mensajes ocultos.

¿En serio me había hecho referencia a ese libro… y no iba a haber nada escondido ahí? Quizá me había venido demasiado arriba. Quizá no tenía nada que ver el libro de mi abuelo, y simplemente había sido una cita aleatoria que le había venido bien al autor de la carta misteriosa.

Hasta que lo vi.

Solo una letra subrayada con lápiz.

Espera.

Había más letras subrayadas. Una «M». Una «A». Una «Y»… Necesitaba un papel para ir apuntándolas. Dejé el libro sobre el reposabrazos del sofá, abierto por la página que estaba mirando, y fui casi corriendo al mostrador a por papel y un bolígrafo. Pero, cuando volví, el libro se había caído y estaba en el suelo, junto a la chimenea. ¡Y SE ESTABA QUEMANDO!

Corrí hacia él y lo cogí a toda velocidad. Mierda, había estado a punto de destruir el libro con mi torpeza. Se habían empezado a quemar las esquinas de la cubierta y salía una fina columna de humo de las primeras páginas. Empecé a soplar y al ver que eso provocaba que se quemara más, apreté mis dedos contra las esquinas quemadas, apagándolas.

—Mierda, joder —protesté entre dientes.

Lo abrí para revistar que todo estaba bien, e iba a buscar la página donde estaban las letras subrayadas, pero vi que en la

primera de las hojas habían aparecido unas letras. Estaba seguro de que antes no estaban ahí. O yo estaba loco… o el calor había revelado un mensaje oculto.

¿Era ese mensaje la marca a la que se refería la nota anónima?

Mi corazón empezó a latir desbocado. Me puse tan nervioso que, durante unos segundos, no fui capaz de reaccionar. ¿Estaba descubriendo un misterio? ¿Yo solo? ¿O estaba teniendo alucinaciones por culpa del monóxido de carbono de la chimenea?

Bien, fuera lo que fuese, pensaba descubrir qué significaba todo eso.

Por el momento, solo podía leerse «Para mi». Parecía una dedicatoria que alguien se había tomado la molestia de ocultar. La pregunta era: ¿por qué?

Acerqué el libro con cuidado a la lumbre de la chimenea, colocando la página por encima del fuego. Poco a poco, como si fuera por arte de magia, fue desvelándose el resto del mensaje secreto sobre el papel. Las letras se tornaron oscuras, parduzcas, casi negras, como si estuvieran quemándose y, tras un rato, se reveló toda la dedicatoria.

PARA MI PRINCIPITO

Coloqué el libro una vez más cerca del calor, abriéndolo por diferentes páginas, pero no había más mensajes escondidos entre sus letras.

«Para mi principito…». ¿Y esto era del abuelo?, me pregunté. ¿Se lo habría regalado la abuela? Volví a sentarme en el sofá y, cogiendo el trozo de papel, volví a la página en la que me había quedado antes, y fui apuntando cada letra subrayada. Así encontré el

segundo mensaje oculto:

MAYBE I'M AMAZED

Esa era una de las canciones favoritas del abuelo. De Paul McCartney.

—Para mi principito… —repetí en un susurro—. *Maybe I'm amazed*…

Una auténtica declaración de amor.

Su canción favorita.

Una dedicatoria cariñosa.

O quizá se lo regalara su padre. Mi bisabuelo. O a lo mejor mi abuelo se lo había regalado a mi padre…

Había muchas combinaciones posibles.

Pero, claro…, ¿cómo iba papá a regalar un libro así?

Estuve un rato tratando de unir las pistas hasta que llegué a una conclusión extraña y arriesgada, y sobre todo totalmente descabellada. Guardé el trozo de papel dentro del libro, lo cerré y me levanté del sofá. Lo dejé dentro de uno de los cajones del mostrador y subí las escaleras para ir a mi habitación. Podría entrar con las llaves de papá, pero no me parecía bien hacerlo estando Perseo y Gabriel dentro.

Así que llamé a la puerta.

Un par de golpecitos suaves. Esperé pacientemente a ver si alguno de los dos me abría y podía pasar a la que, hasta hacía unos días, había sido mi habitación. Pero no se oía nada dentro.

Me metí la mano en el bolsillo. Seguía teniendo el llavero del hostal. Solo tenía que usar la llave y entrar. Estaba acariciándola, decidiendo si hacerlo o no, cuando escuché pasos al otro lado y la

puerta se abrió con lentitud. Dentro estaba a oscuras y, en el umbral, apareció Perseo en calzoncillos.

Solo llevaba unos slips de color negro.

Nada más.

Y me costó levantar la mirada para centrarme en su cara.

—¿Sí? —musitó frotándose los ojos.

—Hola, soy yo —susurré, tratando de no despertar a los huéspedes de las otras habitaciones, o a Gabriel, que debía de estar durmiendo.

—¿Oliver? Joder, ¿qué quieres? ¿Por qué me despiertas? —Bostezó de mala gana.

—Perdón. Solo quería entrar a coger una cosa de mi armario. Como me habéis echado de la habitación…

—¿Y no podías esperar a mañana?

La mirada se me iba todo el rato sus calzoncillos. No podía evitarlo.

Por suerte, Perseo no se daba cuenta. Había descubierto que llevaba lentillas. La noche anterior había visto en el baño el estuche donde las guardaba. Seguramente, me estuviera viendo borroso, así que ni se habría dado cuenta de lo mucho que estaba mirando su paquete.

—Será solo un segundo.

Perseo bufó y se hizo a un lado para dejarme pasar. Anduve de puntillas y vislumbré de reojo a Gabriel, que dormía tapado hasta la cabeza. Mientras yo me acercaba al armario, Perseo cerró la puerta y aprovechó para ir al baño.

Perfecto. Así no me vería.

Disimulé abriendo el armario y, en cuanto pude, miré el escritorio

y fui tanteando hasta que di con lo que había ido a buscar: el libro de *El principito* de Perseo. Me lo metí en la cinturilla del pantalón y me acerqué a la puerta del baño.

—Ya está. Me voy —susurré.

No estaba seguro de si me había oído o no, pero me dio igual. Volví sobre mis pasos y salí de la habitación, con la respiración entrecortada por los nervios. El problema era que tendría que volver a dejar el libro donde estaba antes de que se despertaran. Ahí sí que tendría que usar la llave de mi padre. No me iba a quedar otra.

Pero eso era un problema del Oliver del futuro.

Bajé por las escaleras hasta llegar al piso de abajo y fui al salón. Me senté en el sofá junto a la chimenea y examiné el libro de *El principito* de Perseo. No parecía tener nada escrito a simple vista, pero, si estaba en lo cierto, el calor también revelaría un mensaje oculto. Aunque quizá me estaba viniendo demasiado arriba. Habría que comprobarlo.

Acaricié con suavidad la primera página y, con sumo cuidado, la coloqué cerca del fuego de la chimenea, esperando que ocurriera la misma magia que había tenido lugar con el *Moby Dick* de mi abuelo.

Entonces empezó a formarse una mancha de color marrón oscuro en la esquina superior derecha de la página. Esperaba que ocurriera lo mismo que había pasado en el otro libro, y que no se estuviera quemando el papel…

—¿Qué haces? —dijo alguien desde el otro lado del salón.

Entré en pánico y se me cayó *El principito* al suelo. A punto estuvo de acabar dentro de la chimenea. Me giré de golpe, y ahí estaba Perseo. Llevaba un pijama de pantalones cortos de cuadros escoceses y su pelo ya no estaba tan revuelto como antes.

—¿Yo? Nada, nada… ¿Qué haces tú? ¿No estabas durmiendo? —Me coloqué delante del libro y lo moví disimuladamente con el pie para que Perseo no pudiera verlo desde donde estaba.

—Me has despertado.

—Perdona. No quería entrar en la habitación sin avisar —me expliqué.

—¿Qué necesitabas que no podía esperar a mañana? —Dio un par de pasos hacia mí. Me puse en tensión. Si se acercaba más, era bastante probable que descubriera el libro. Su libro.

—Necesitaba cambiarme la camiseta. Es que estuve tomando un chocolate caliente y se me cayó encima, y, claro…, pues un desastre —mentí a toda velocidad.

—¿No llevabas esa camiseta antes?

—¿Yo? Qué va. Je, je, je. Esta camiseta es la primera vez que me la pongo desde que vine al hostal.

Perseo me miraba con suspicacia. No acababa de creerse lo que le estaba diciendo.

—¿Puedo ir a la cocina a por agua? —inquirió, acercándose a mí un poco más.

—Sí, claro, claro. Puedes entrar cuando quieras. Coge agua, y, si tienes hambre, hay comida en la nevera. Estás en tu casa —dije sonriendo, señalándole el camino con una mano.

Perseo enarcó una ceja, aún suspicaz.

—¿No me acompañas?

—No, no. Tengo mi té aquí. —Señalé mi taza, que seguía en la mesita, donde la había dejado antes.

Asintió entornando los ojos y se fue a la cocina. En cuanto me aseguré de que no me veía, me agaché a toda velocidad y recogí el

libro del suelo. Lo limpié con el borde de mi camiseta. El corazón me latía desbocado, estaba a punto de salírseme por la…

—¿Por qué me lo has robado?

Capítulo 21

Perseo

En cuanto Oliver salió de la habitación, regresé del baño, donde había ido a ponerme las lentillas.

Que apareciese en medio de la noche, tan de improviso, me había hecho sospechar. Y mi intuición no me falló. Enseguida noté que mi libro de *El principito* no estaba encima del escritorio.

¿Por qué se lo había llevado?

¿Por qué con tanta prisa, en medio de la noche?

—Colin, no. No es así como me gusta —murmuró Gabriel.

Solía hablar en sueños y, curiosamente, siempre soñaba con alguno de sus ex. Colin había sido uno de los más extravagantes de todos; le sacó demasiado dinero, y al final tuve que intervenir. No era el primero que trataba de timar a Gabriel y lo conseguía.

Lo moví un poco con la mano. Suspiró, se giró hacia el otro lado y siguió durmiendo. Me puse el pijama y, tras coger la llave del cuarto que tenía sobre la mesita de noche, salí de la habitación.

Oliver no sabía disimular muy bien. Pensaba que confesaría desde el primer momento, pero trató de ocultarme lo del libro, así que tuve que ser más directo con él de lo que pretendía al principio.

—¿Por qué me lo has robado? —mascullé, conteniendo mi furia.

—No, no, no, no… Esto es un malentendido. «Robar» es una

palabra muy fuerte. Robar. Robaaar. Eso lo hacen los la-ladrones. Yo solo lo he tomado prestado unos minutos. Pensaba devolvértelo, así que técnicamente no te lo he robado. No, no, no. No señor.

No podía estar más nervioso. Notaba que mi presencia le resultaba inquietante, casi amenazadora. De alguna forma extraña y retorcida, mi vi reflejado en él. Me vi junto al árbol de Navidad en casa, cuando era pequeño, y había abierto un regalo antes de tiempo. Mi padre me miraba, furioso. Una bofetada y no más regalos esa Navidad. Esa fue la consecuencia de mi transgresión.

—Dámelo. —Extendí la mano para que me lo devolviera.

—Sí, sí, enseguida. Solo tengo… que comprobar una cosa —trató de explicarse, dando un paso hacia atrás.

—No vas a comprobar nada. Es mío. Dámelo.

—Sí, sí, que te lo voy a dar. Pero déjame que te explique primero.

No esperé más. Me acerqué a él y, en un movimiento rápido, le quité el libro de las manos. Apenas opuso resistencia. Pero, al cogerlo, noté que estaba demasiado caliente. ¿Había tratado de quemarlo? Abrí la primera página y vi unas marcas negras en ella. ¿Qué coño…?

—¡¿Qué has hecho?! —bramé con fiereza.

—¡Eso es precisamente…! —Pero bajó el tono al darse cuenta de que estaba gritando demasiado—. Eso es precisamente lo que quiero explicarte. Solo me tienes que dar unos segundos.

—Has mancillado el libro de mi abuelo —rugí, cerrándolo de golpe y amenazándolo con él.

—¿Mancillado? ¿Quién dice hoy en día «mancillado»?

—Si querías hacer que me ablandara para no acabar con este hostal, acabas de estropearlo todo. Voy a ser yo el que tire hasta la

última piedra de…

—Eso ya me lo has dicho. Y te recuerdo que el hostal está hecho de madera —me corrigió.

—¡Me da igual!

Con ese último grito, me di la vuelta para ir hacia las escaleras, dando por terminada la conversación. ¿Qué pretendía destrozando el mejor recuerdo que tenía de mi abuelo? La única persona que me había tratado bien cuando era pequeño. Abigail tenía sus propios problemas. Gabriel estaba todo el rato llorando. Mi madre estaba cada vez más ausente. Pero el abuelo era diferente. Él me entendía, a un nivel más profundo que…

—¡Nuestros abuelos se conocían! —gritó Oliver, y frené en seco.

—¿Qué dices?

—La prueba está en ese libro. Y en otro que… Espera un segundo. Solo un segundo —me pidió levantando el dedo índice. Pasó por mi lado y fue hacia el mostrador. Se puso a buscar algo y, tras unos segundos, regresó con un libro en la mano. Me lo mostró. *Moby Dick.*

Lo abrió a mi lado y me mostró la primera página. ¿Qué estaba viendo? Las mismas quemaduras.

—¿Has quemado otro libro?

—¡No! Este… Este libro era de mi abuelo. Lo encontré en la tienda de segunda mano del pueblo, porque mi madre lo había llevado a… Da igual. Todo eso no importa. El caso es que lo tengo. ¿Recuerdas que me dijiste que lo que ponía en la carta misteriosa que encontré era una cita de este libro? —Le dio un par de golpes a la página con su dedo índice—. Encontré la frase, y en esa página había varias letras subrayadas. ¿Sabes qué formaban cuando las

unías todas?

Negué con la cabeza, un tanto exasperado por la situación.

—*Maybe I'm amazed*. El título de la canción que tanto le gustaba a mi abuelo. Y, por lo que me dijiste, también al tuyo.

—¿Y? ¿Esa es la razón por la que crees que se conocían? Estás desvariando, Oliver.

—No. Porque no solo había ese mensaje oculto. Al dejar el libro al lado de la chimenea, el calor reveló otro curioso mensaje en el libro de mi abuelo. Toma. Puedes verlo tú mismo.

Me dio el ejemplar de *Moby Dick* para que lo examinara. Aunque receloso, acabé cogiéndolo y vi a qué se refería.

—«Para mi principito».

¿Para mi principito? ¿Qué tipo de broma era esa?

—Esto puedes haberlo escrito tú ahora. No prueba nada —repliqué, devolviéndole el libro.

—Cuando leí «principito», tuve la corazonada de que nuestros abuelos se conocían, ¿vale? Sabía que el tuyo te había regalado *El principito*. Me lo contaste tú, y además yo había visto el ejemplar en la habitación. Solo quería comprobar si en tu libro también había algún tipo de mensaje, solo eso… Si no era así, me olvidaría de mi loca teoría, y ya está. Pero es que, antes de que me interrumpieras, acerqué el libro al calor y…

—¿Has estado a punto de quemarlo? —vociferé.

—¡Calma y escucha, joder! No lo he quemado. El calor ha empezado a revelar letras, igual que ha ocurrido con el *Moby Dick* de mi abuelo. Y, si no me crees, compruébalo tú mismo.

Miré de nuevo el libro que tenía entre mis manos. Por muy absurdo que pareciera, Oliver estaba plenamente convencido de lo

que me decía. Podía notarlo en su voz. En su mirada.

—Solo tienes que colocarlo cerca de la chimenea. Nada más. Abres el libro por la primera página y verás cómo aparece un mensaje —insistió.

—Espero que no sea uno de tus juegos…

—No lo es. ¿Y cómo que uno de mis juegos?

Aún sin creérmelo del todo, me acerqué a la chimenea con el libro y lo abrí por la primera página. La coloqué sobre las llamas a una distancia prudencial y…

—No ocurre nada —bufé.

—Acércalo más.

—Si lo acerco más, se quemará —advertí.

—Ya verás como no. Solo acércalo un poco más, Perseo. Hazme caso, que tengo cero interés en quemar tu libro, joder —contestó, claramente molesto.

Al final me rendí e hice lo que me pedía, acercando un poco más el libro al fuego. Y, como había predicho Oliver, empezaron a aparecer letras.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó, curioso.

—Creo… que tienes razón —conseguí decir.

Se acercó tanto que casi colocó su barbilla sobre mi hombro, y se quedó mirando junto a mí cómo iban apareciendo letras poco a poco en la página en blanco.

—«Para… mi… capitán…» —leí con un hilo de voz. Volteé el libro para ver si había pasado algo más, pero solo estaba ese mensaje—. ¿Qué es esto?

—Así mismo me quedé yo.

—¿Cómo…, cómo…, cómo lo sabías?

—Ya te lo he dicho. Tuve una corazonada. Abre el libro. Mira a ver si hay alguna página subrayada.

—Es un libro muy antiguo. Claro que hay páginas subrayadas. Yo mismo he subrayado cosas.

—Pero letras sueltas… Como en el de mi abuelo. Mira a ver… —insistió.

Me alejé del fuego y me senté en el sofá. Fui pasando hoja a hoja. Me las sabía de memoria. Pero nunca lo había mirado buscando algo en particular. Hasta que encontré una letra subrayada al comienzo de un capítulo. Tal como me había dicho Oliver. Al ver mi expresión, me tendió un trozo de papel y un bolígrafo. Así que me dediqué a apuntar las letras que iba encontrando subrayadas.

—«*At the… way… you love me all the time*» —leí, casi sin creerme lo que estaba viendo—. Es… Es la canción que me dijiste. Es *«Maybe I'm Amazed»* —susurré.

—Nuestros abuelos no solo se conocían, Perseo. Creo que estaban enamorados.

Capítulo 22

Oliver

—¿Enamorados? No-no puede ser —murmuró Perseo, sin dejar de mirar la dedicatoria que había en su libro de *El principito.*

—Todo parece indicar que sí. Es decir, los dos libros están conectados. Uno era de mi abuelo. Otro del tuyo. Y ambos los tienen dedicados. O es eso, o la misma mujer se los dedicó a los dos. Pero ¿por qué usar la tinta invisible si no quieres ocultar algo? «Para mi capitán». Hace referencia al capitán Ahab, de *Moby Dick.* «Para mi principito». Es decir…, ¿no te parece evidente?

—No sé… Todo esto… No lo sé. ¿Has hecho tú esto? ¿Es una estrategia para salvar el hostal?

—¿Una estrategia? ¿Para…? ¡Qué dices! ¿Cómo iba a escribir esos mensajes en tu libro en tan poco tiempo?

—A lo mejor me lo robaste la otra noche cuando llegué borracho… —dijo, retador.

—Mira, piensa lo que quieras, pero aquí hay algo más que tus sospechas contra mí. Nada va a impedir que destruyáis el hostal. Lo sabes tú y lo sé yo. —Era la primera vez que lo admitía en voz alta —. Pero también sé que alguien me hizo llegar aquella nota anónima para que llegara hasta aquí. Quizá porque esa persona tenía una pista y no sabía cómo seguir. No tengo ni idea. Pero yo lo he

descubierto. Lo-lo hemos descubierto —me corregí para tratar de hacerle sentir partícipe—. ¿No tienes ganas de saber más? ¿No quieres saber más sobre la historia de tu abuelo?

Su mirada siempre era enigmática. Perseo era una persona muy difícil de leer. Nunca podía adivinar qué estaba pensando, qué estaba pasando por su cabeza. Pero había percibido intriga en sus ojos cuando había visto aparecer misteriosamente ese mensaje en el libro de su abuelo. Claro que tenía ganas de saber más, porque el reto absurdo de quedarse una semana en nuestro hostal se había convertido en algo más, en algo que podía enseñarle cosas sobre su pasado, sobre su abuelo, al que tanto quería y veneraba.

—¿Y qué propones? —dijo al fin.

—No lo sé. Pero creo que tenemos suficientes elementos como para indagar un poco más, ¿no te parece? Tú tuviste la suerte de conocer mucho más a tu abuelo que yo al mío, pero cada uno tenemos nuestros motivos para querer saber más sobre nuestro pasado. Y, si se conocieron, ¿por qué ninguno de los dos lo sabíamos?

—No es raro pensar que se conocieran, Oliver —dijo con un tono ya mucho más calmado—. Tu abuelo construyó este hostal, y mi familia lleva años con el hotel a pocos kilómetros de aquí. Seguro que tuvieron sus discusiones.

—Pero lo que hemos visto en estos libros parece indicar un poco lo contrario, ¿no? —señalé la obviedad.

—Estás conjeturando —respondió con ese tono de sabelotodo que le salía de vez en cuando.

—También podría preguntarle a Gabriel. Seguro que se lanza más rápido que…

—A Gabriel no lo metas —espetó, interrumpiéndome. Sabía que eso lo incitaría un poco más.

—Entonces ¿quieres ayudarme? —sugerí.

Nunca pensé que, cuando me enfrenté a él durante aquella rueda de prensa, las cosas acabarían así. Pese a que su familia quisiera acabar con el negocio de la mía, había algo en Perseo que me hacía confiar en él; intuía que era el único que podía detenerlo todo.

—Solo tenemos dos dedicatorias; nada más. Es difícil empezar por ahí —concluyó.

—En el trastero del hostal hay una caja con cosas de mi abuelo. Quizá encontremos algo que nos sirva para…

—Vamos.

—¿Vamos? Es decir, ¿ahora?

—Sí, claro. ¿Tienes algo que hacer?

—No, no. Realmente no, pero fuera está nevando. Tenemos una tormenta encima —le recordé—. Y quizá deberías cambiarte.

—No quiero despertar a mi hermano —dijo—. ¿No puedo coger uno de los abrigos de la entrada?

—Sí, pero…

—Pues vamos —dijo, y fue a coger uno de los abrigos del perchero del vestíbulo y se puso unas botas que creo que eran de mi padre.

Para nada esperaba esa reacción, pero tenía que aprovechar ese arranque de curiosidad de Perseo antes de que cambiara de opinión.

Cuando salimos, la nevada que estaba cayendo era increíble. Era difícil ver más allá de nuestras propias narices, y el viento lo hacía todo más complicado. Por suerte, el trastero estaba a unos pocos metros del hostal. Yo me había calzado unas botas que había en la

entrada y, al igual que Perseo, también había cogido un abrigo del perchero. Iba delante, alumbrando el camino con la linterna del móvil.

—¡Es justo ahí delante! —grité para que pudiera oírme por encima del ruido de la tormenta.

Me giré para ver a Perseo, pero casi no lo distinguía por culpa de la cortina de nieve. De repente noté que me tocaba la espalda y, automáticamente, estiré el brazo hacia atrás, ofreciéndole mi mano. Tras unos segundos, sentí que me la cogía y la apretaba para no perderse.

Andar era difícil, porque la nieve era tan virgen que ibas hundiéndote continuamente. El frío se te metía por todos los pliegues de la ropa. Seguro que por la mañana tendría un buen resfriado. Pero tenía que aprovechar que Perseo quisiera ayudarme con esto. No entraba en mis planes decirle que mejor lo dejábamos para otro día.

El momento era ese.

Cuando llegamos a la puerta del trastero, saqué el llavero de mi padre del bolsillo del abrigo. Tardé un rato en encontrar la llave, pero, en cuanto lo conseguí, abrí el cerrojo sin problemas. Como había bastante nieve acumulada delante de la puerta, nos costó un poco abrirla para poder entrar, pero al final lo conseguimos y pudimos ponernos manos a la obra. Tendríamos que darnos prisa. Al nivel que estaba cayendo la nieve, cuanto más tardáramos, más nos costaría salir después.

No es que hiciera calor dentro, pero al menos la temperatura era mejor que la que había fuera. Me quité la capucha y encendí la luz mientras me sacudía el abrigo para quitarme los restos de nieve

justo en la entrada, donde fue formándose un pequeño charco de agua a mi alrededor. Perseo se sacudió el pelo tras quitarse la capucha y esperó a que yo le indicara qué hacer.

—Bienvenido al trastero de El Muérdago —anuncié como si estuviera presentándole algo muy importante—. Por aquí estaba la caja con los recuerdos de mi abuelo.

Me adelanté un poco y pasé junto a él, casi rozándonos. Cogí un par de banquetas y las coloqué al lado de la caja de cartón que había estado revisando por la mañana. Parecía mentira, pero mi padre tenía razón: el tiempo en El Muérdago pasaba de forma diferente. Sentía como si hubiera estado en el trastero hacía varios días.

Los dos nos sentamos, abrí las solapas de la caja de cartón y fui sacando las cosas que ya había estado viendo esa mañana y dejándolas en el suelo para poder verlas mejor, como si quisiera tener una imagen completa del pasado. Había menos de las que pensaba. Quizá había más objetos del abuelo en algún otro lado del hostal, o tal vez mi padre se deshizo de ellos cuando el abuelo murió. No lo sabía con seguridad.

Ante nosotros estaba la máquina de escribir, un jersey de color verde oscuro que olía a humedad y tenía un par de agujeros, el álbum de fotos, dos jarrones de cristal (uno de ellos con el borde un poco agrietado), varios libros de ciencia ficción y tres marcos de fotos plateados.

—¿Algo que reconozcas? ¿Algo que te suene o te recuerde alguna cosa? —pregunté a Perseo, aunque en realidad yo me estaba haciendo las mismas preguntas.

—En un principio no. ¿Debería?

—Ni idea. Tampoco sé lo que estamos buscando. Pero el jersey me encanta. —Lo doblé y me lo puse en mi regazo—. Me lo quedo.

—¿Esto es un álbum de fotos? —preguntó, y lo cogió para echarle un vistazo.

—Sí. Lo miré esta mañana. Son las fotos de uno de los viajes de mi abuelo a Estados Unidos. Hay algunas fotos sueltas.

Perseo lo abrió sobre sus piernas y yo me acerqué tanto para verlo junto a él que nuestras piernas se rozaron. Pero él no se movió ni un centímetro. No parecía importarle que estuviéramos tan cerca.

Fue pasando una a una las hojas, todas cubiertas por una cubierta de film transparente que, por el paso del tiempo, había adquirido un tono anaranjado. Vi fotos de mi abuelo junto a sus amigos. También estaba mi abuela. Había fotos de su viaje a San Sebastián cuando era mucho más joven. E incluso una de mi padre y mis tías junto al árbol de Navidad del hostal. Y, entre medias, una imagen suelta.

La fotografía que había visto por la mañana.

—Creo que nunca he visto sonreír tanto a mi abuelo como en esta foto —le expliqué a Perseo.

Él la cogió y se la acercó un poco más a los ojos para verla mejor.

—Parece muy joven.

—No sé cuántos años tendría aquí. ¿Veintitantos? ¿Treinta y pocos?

—Tu abuelo era muy guapo —señaló—. Se parece mucho a ti en esta foto.

¿Me acababa de llamar guapo Perseo Montecarlo? Disimuladamente, sí, pero lo había hecho.

—Pero está rota… —Y paseó su dedo por uno de los lados,

rugoso, como si alguien hubiera arrancado un trozo.

—Y por detrás hay apuntado un número. —Perseo la giró para verlo—. Cero seis cero. Ni idea de qué significa.

Pero Perseo no me estaba escuchando. O eso parecía. Porque estaba centrado en un detalle de la foto.

—¿Tienes por ahí el móvil? —me preguntó.

—Sí, sí. —Lo saqué del bolsillo del abrigo y se lo di.

—Desbloquéalo y pon la cámara —me pidió.

Obedecí y abrí la aplicación de la cámara.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

—No estoy seguro aún… —Colocó la fotografía sobre el álbum para verla mejor y empezó a hacer zoom.

—¿Hay algo?

—Espera. —Hizo un par de fotos y luego amplió la imagen todo lo posible. La miró durante un buen rato, y al final me devolvió el móvil —. ¿Qué ves ahí?

Estaba tan ampliada que todo se veía borroso. Había hecho zoom en la parte inferior de la fotografía, cerca de la mano de mi abuelo, apoyada sobre el sofá. Pero ahí había más dedos…

—¿Hay… otra mano? —dije, y Perseo asintió.

—Fíjate bien —insistió—. ¿No hay algo que te suene?

Agudicé la mirada y, tras un rato buscándolo, di con ello. Pasé de mirar la foto a mirar a Perseo, que me mostraba su mano, sonriente, orgulloso de haber encontrado una pista.

—Es el anillo de mi abuelo —concluyó, convencido.

Capítulo 23

Oliver

Por supuesto que tenía razón.

El anillo de la foto y el que Perseo llevaba en su dedo eran el mismo. La misma «M» dorada. Eso confirmaba mi hipótesis: nuestros abuelos no solo se conocían, sino que tenían una relación. Porque se estaban tocando la mano.

Suponiendo que esa mano fuera de Adamant Montecarlo, claro. Faltaba la mitad de la foto. Y a saber por qué mi abuelo la había roto.

—¿No está la otra mitad de la foto en el álbum? —pregunté.

Perseo lo revisó una vez más, pero no la encontró.

—¿Por qué la rompería?

—Quizá se enfadaron, o simplemente la foto se rompió porque era vieja… No sé. Puede haber sido cualquier cosa —elucubré.

—¿Este número no te dice nada? Cero seis cero.

—Justo el cero está en el borde de la foto —puntualicé—. Quizá falte algún número, no lo sé.

—Quizá…

Me dio la foto de mi abuelo, cerró el álbum y lo guardó en la caja de cartón. Luego se puso en pie, dispuesto a volver al hostal.

Entendiendo su indirecta, metí todo en la caja, la cerré con

cuidado y me abroché el abrigo de nuevo. Pero, cuando intenté abrir la puerta, esta no se movía.

—¿Qué ocurre? —preguntó Perseo, alarmado.

—Creo que… Uf… No consigo abrirla.

Empujé con todas mis fuerzas, pero solo conseguí moverla unos centímetros.

—¿Por qué no se abre?

Se puso a mi lado y, cargando con su hombro, me ayudó a empujar. Logramos abrirla un poco más, pero después de un esfuerzo enorme. Estaba atascada. Fuera seguía nevando con intensidad, y seguramente se habría acumulado mucha nieve al otro lado de la puerta.

—¡Joder, me cago en todo! —bramé.

Cogí carrerilla y me lancé contra la puerta, pero lo único que conseguí fue hacerme daño. Luego pasé a darle patadas, aunque solo sirvió para dejar mi huella en el blanco de la puerta.

¿En serio nos habíamos quedado encerrados?

Eso no podía estar pasando.

—¿No hay otra forma de salir? —me preguntó Perseo, mucho más calmado que yo.

—Qué va. Es la única puerta, y las ventanas son demasiado pequeñas. No cabemos ninguno de los dos.

—¿No puedes llamar a alguien?

—Son casi las tres de la mañana. Además, con la tormenta que está cayendo, sería muy difícil apartar toda la nieve acumulada —me lamenté. No quería decirlo en voz alta, pero no quedaba otra—. Creo que vamos a tener que pasar la noche aquí.

—¿Pasar la noche aquí? —repitió él, como si no creyera lo que le

acababa de decir—. ¿Dormir aquí?

—A ver, no podemos salir. Y, hasta las seis que se levante mi padre, nadie puede venir a rescatarnos. Así que sí, tendremos que dormir aquí.

Perseo miró en derredor, no entendiendo nada. No estaba desesperado, pero sí muy confuso. Yo, mientras, no dejaba de pensar en cómo construir una cama para que pudiéramos descansar los dos.

—¿Seguro que no se puede abrir? —insistió, y volvió hacia la puerta, tratando de hacer más fuerza que antes.

Yo negué con la cabeza y le dejé intentarlo mientras buscaba en las estanterías y cajas algún colchón hinchable o algo que se le pareciera. Tardé más de la cuenta en encontrarlo, pero, finalmente, lo hice. Había uno dentro de su caja, repleta de polvo y rota por las esquinas. Cuando lo saqué, parecía estar en buenas condiciones, y además venía con su propio inflador. Todo perfecto. Aunque fuera incómodo, al menos tendríamos dónde tumbarnos, que siempre era mejor que hacerlo en el suelo.

—Ya tenemos cama —anuncié dejando caer el colchón en el suelo para poder empezar a hincharlo.

Perseo se giró para mirarme. Le caían gotas de sudor por la frente. Se había quitado el abrigo y lo había dejado en una silla. Observó la escena, con el colchón a medio inflar, y arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Eso? —dijo con una mueca de asco.

—No he encontrado nada mejor. Solo falta inflarlo y buscar unas mantas —expliqué, aunque íbamos a tener que dormir con los abrigos puestos. Ahí dentro hacía cada vez más frío. Y encender una

de las estufas era un suicidio, ya que en ese lugar no había ningún tipo de ventilación.

—Yo voy a seguir intentando… —Volvió a apoyar el hombro contra la puerta y siguió tratando de abrirla a empujones. El problema era que por el resquicio que había conseguido abrir se colaba nieve… y frío.

Después de inflar todo el colchón, saqué un par de mantas viejas de otra caja, las sacudí bien y las coloqué para ver si el tamaño nos cubriría a los dos. Y, por suerte, sí. También encontré un calefactor que enchufé a unos metros de distancia. Era pequeño, pero bien dirigido nos daría algo de calor. Perseo seguía a lo suyo, y tuve que pedirle que parara.

—Oye, a ver, no vas a conseguir abrirla más, y solo entra frío por ahí. Esta cama no es perfecta, pero nos servirá para las próximas horas —dije.

Prefirió ignorarme unos segundos más, aunque al final se dio cuenta de que iba a ser incapaz de abrir la puerta, y decidió desistir. La cerró de nuevo, suspirando.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó mirándome directamente a los ojos.

—¿No ves la suite que acabo de montar? —Abrí los brazos lo más ampliamente posible, bromeando.

Perseo frunció el ceño y, cauteloso, se acercó al colchón, dándole un golpecito con el pie.

—Esto no parece muy estable.

—Es lo único que tenemos —insistí dejando el abrigo en el suelo.

—¿Y vamos a dormir ahí los dos? —señaló.

—Sí.

—¿Juntos? —remarcó.

—No voy a hacerte nada, Perseo Montecarlo. No tengo fuerzas para matarte mientras duermes, si es lo que estás sugiriendo —me burlé, pero no pareció tomárselo bien. Dudaba entre acercarse o no. Podía ver en su mirada que estaba cansado, y sopesaba sus opciones. ¿Descansar aunque fuera a mi lado? ¿O pasar toda la noche en vela?

—No me fío de dormir con ese calefactor encendido… —comentó, y fue decirlo y este se apagó después de un par de chispazos que provocaron que se fuera la luz del trastero.

—Joder. —Fue lo único que me salió decir.

Perseo presionó varias veces el interruptor, pero nada, la luz no se volvió a encender. Habían saltado los plomos. Desenchufé el calefactor y lo alejé todo lo posible de materiales inflamables. Por si las moscas.

Nos habíamos quedado completamente a oscuras.

Encendí la linterna de mi móvil y enfoqué a Perseo, que se cubrió los ojos con el dorso de la mano. Así que dirigí la luz hacia arriba, para ayudarnos a ver algo. Él fue tanteando con cuidado hasta llegar al colchón y se sentó en el borde.

—¿Te puedo preguntar algo? —dije con un poco de miedo a su respuesta antes siquiera de plantearle mi duda. No esperé a que respondiera—. ¿Dijiste en serio lo de que tirarías tú mismo el hostal? Antes, cuando estábamos en el salón —le recordé. Porque era algo que me había dolido, sobre todo después de lo bien que lo estábamos tratando.

—No. No lo dije en serio —contestó pausadamente—. Estaba enfadado.

—Siento haberte cogido el libro sin decirte nada —me disculpé—. Estaba nervioso y necesitaba respuestas.

—Siento haber dicho que tiraría tu hostal —dijo él. Como me quedé en silencio, decidió seguir hablando. A veces, para obtener una respuesta, tienes que callar y esperar—. Estoy entendiendo por qué significa tanto para vosotros…, para ti. Tenías razón. Solo tenía que pasar unos días aquí para verlo.

—¿Lo dices en serio?

Se puso serio de repente y se llevó la mano al pecho de una manera muy teatral.

—Un Montecarlo nunca miente —contestó con una seriedad pasmosa.

—Gracias.

—Tampoco tienes que montar un numerito ahora —rebuznó.

Como siempre, no le duraba ni un segundo lo de parecerse a un ser humano con sentimientos. Mientras se quitaba las botas, yo escribí a Clara contándole lo que nos había pasado. Esperaba que, en cuanto se despertara, viniera a ayudarnos. Perseo se tumbó en uno de los extremos del colchón inflable y se colocó la manta por encima. Yo lo imité y me tumbé en el otro lado, pero, al hacerlo, el colchón se hundió y él rodó y acabó encima de mí.

—¡Ay, perdón! —me disculpé, y al hablar noté que su cara estaba más cerca de la mía de lo que había pensado.

—Este colchón es una mierda —protestó, e hizo fuerza con los brazos para alejarse de mí y colocarse de nuevo en su lado.

Pero no había manera: el problema era que, cuando uno se movía, el otro acababa rodando y terminábamos los dos pegados.

—Mmm…, es un poco imposible. Bueno, así no pasaremos frío. —

Reí.

Perseo bufó y me dio la espalda. Traté de taparnos a los dos con las mantas y al final conseguimos dormirnos por fin, pero… pegados, dándonos calor mutuamente, y yo respirando en su cuello. Pensé que acabaría apartándose, pero no solo no lo hizo, sino que, en medio de la noche, tiró de mi mano y pasó mi brazo por encima de su costado, con lo que me despertó.

¿Estaba durmiendo abrazado a Perseo Montecarlo?

Era raro, ¿no? Si hasta hacía unas horas había estado perdonándome la vida. Literalmente.

Pero estaba muy cómodo. Y hacía tanto que no dormía abrazado a alguien, y Perseo era tan guapo…

Me sorprendía que aún no se hubiera apartado de mí. Quizá tenía tanto frío que necesitaba sentir calor de cualquier forma. Y esa «forma» era yo.

Podía ser eso, ¿no?

O podía ser algo más…

Tentando a la suerte, busqué su mano y, cuando la encontré, la entrelacé con la mía. No solo no me lo impidió, sino que me la apretó. Movió las caderas en el colchón inflable y tiró de mí un poco más, asegurándose de que no hubiera espacio entre nosotros. Poco a poco, fui moviendo mi dedo meñique para acariciar su palma. Sabía que estaba yendo demasiado lejos, pero quería saber si realmente me lo estaba imaginando o realmente Perseo estaba buscando algo más que calor en una noche de frío.

Y lo supe rápido, porque fue guiando mi mano hacia abajo, de su pecho hacia su ombligo, y de su ombligo hasta su cintura, en el límite de sus pantalones. Ese movimiento fue lo que empezó a

excitarme de verdad. Mi respiración se volvió más pesada, más intensa. Perseo debió de notarlo porque se estremeció y, aprovechando ese momento, suspirando, se dio la vuelta y se colocó boca arriba, con los ojos aún cerrados.

Mientras se giraba yo le solté la mano y me aparté. Pero, tras un rato en esa nueva posición, se movió de nuevo y se colocó frente a mí. Cara a cara.

—¿No puedes dormir? —le pregunté en un susurro.

—Si me hablas, no —musitó.

—Me callo entonces.

—Tengo una idea mejor. —Y pude entrever en la tenue luz que se colaba por la ventana ese hueco entre sus dientes delanteros que, por alguna extraña razón, me excitaba de una forma casi animal.

Juraría que le vi abrir los ojos y mirarme antes de acercar su cara a la mía, abrir los labios y juntarlos con los míos. Sus manos empezaron a recorrer mi cuerpo, subiendo hasta mi cuello para acariciar con suavidad mi cara mientras me besaba. Primero solo con los labios, como si estuviera probando. Hasta que abrió la boca por completo y su lengua me acarició las mejillas por dentro. Perseo besaba bien. Besaba muy bien. Sabía qué hacer y cómo hacerlo.

Me apretó contra él, como si tuviera miedo de que fuera a escaparme, y nuestras caderas se unieron. Pese a que los dos llevábamos los pantalones, porque estábamos aún completamente vestidos —y digo «aún» porque, si seguía así, la ropa iba a durarnos poco—, podía notar que su polla estaba dura. La mía también lo estaba, y las dos se rozaban, excitándome más todavía.

Hasta ese momento me había dado vergüenza, pero empecé a usar las manos. Busqué dónde acababa su jersey y su camiseta, y

las metí por debajo para acariciarlo. Recorrí sus abdominales y sus pectorales con las yemas de los dedos. Podría estar horas tocándolo.

Nuestras bocas no se habían separado en ningún momento, y nuestros movimientos cada vez eran más caóticos, más agresivos incluso, queriéndonos beber el uno al otro. Perseo respiraba en mi boca para poder recuperar algo de aire, y notaba una pasión casi incontrolable en sus movimientos.

Hacía mucho que no me liaba con nadie. Y hacerlo con Perseo Montecarlo me metía una presión extra. Seguramente tendría mucha más experiencia que yo. En todo. Aunque, visto de otro modo, eso sería mucho mejor.

De un manotazo apartó la manta que nos cubría y tiró de su jersey. Se lo quitó con un solo movimiento y lo lanzó hacia atrás, por encima de su cabeza. Como si le hubiera embargado una pasión desenfrenada momentánea. ¿De dónde había salido ese Perseo? La noche lo convertía en otra persona. Más abierta, sí, pero también más directa, más pasional. Como si las convenciones que le atenazaban a lo largo del día desaparecieran de golpe.

Me obligó a quitarme también el jersey y juntó su pecho contra el mío. Nuestras lenguas chocaban. Nuestras pollas se rozaban. Nuestras manos nos acariciaban. No tenía muy claro hasta dónde estaría dispuesto a llegar él. Ni siquiera sabía hasta dónde estaba dispuesto a llegar yo. Pero en esos momentos no pensaba más que en besarlo de nuevo, en quitarle los pantalones, en meterme su polla en la boca. Y por lo visto él estaba pensando justo lo mismo, porque me bajó los pantalones, pese a la dificultad de hacerlo tumbados en ese colchón inflable que se movía hacia todos lados, y me quedé en calzoncillos. Salió del colchón y tiró de mis piernas

para acercarme al borde, haciendo que me sentara. Acto seguido se colocó de rodillas, me abrió las piernas y paseó su lengua por encima de mis calzoncillos, haciéndome gemir de placer. En un breve momento, me miró. A los ojos. Nunca me había mirado así. Creo que nadie lo había hecho.

Me quitó los calzoncillos y, tras pasear la lengua por la forma de mi polla, se la metió en la boca entera mientras que, con ayuda de su mano izquierda, no dejaba de masturbarme, sacándola y metiéndosela continuamente. Mis manos fueron a su cabeza. Enredé mis dedos entre los mechones revueltos y fui guiando su ritmo, acelerando cada vez más. Miré hacia el techo, increíblemente excitado, y me dejé caer en el colchón mientras Perseo seguía lamiéndomela.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Me estaba liando con un Montecarlo? ¿Realmente lo había pensado bien? ¿Debía dejar que sucediera? ¿Acaso no iba a complicar aún más las cosas entre ambos?

Noté su mano recorriendo mi cuerpo, llegando a mi pecho y agarrándome con fuerza el pezón derecho. Solo podía escuchar la tormenta de fuera, mezclada con mi respiración acelerada, y sentir la boca de Perseo. Lo hacía tan bien y con tantas ganas que, después de un rato, lo cogí de la barbilla, indicándole que parara y que volviera a besarme, o acabaría terminando casi antes de empezar.

Nuestras lenguas volvieron a juntarse mientras él se quitaba los pantalones y los calzoncillos con la mano libre. Luego se tumbó sobre mí y pude sentir su cuerpo desnudo sobre el mío. Le agarré del culo y lo pegué contra mí todo lo posible. Por primera vez desde que lo conocía, lo veía totalmente relajado, y era increíble.

—¿Tienes…? —me preguntó en un susurro y supe

inmediatamente a lo que se refería.

—Aquí no.

Se encogió de hombros y volvió a besarme. Si hubiera llegado a tener un condón a mano, Perseo y yo habríamos follado hasta el final. Pero, aunque me apetecía muchísimo en ese momento, conseguimos solventarlo con casi una hora sin parar, totalmente entregados.

Cuando tuve su polla cerca, me di cuenta de lo grande que era. Larga y delgada, pero con una cabeza grande y rosada. Chupé la punta y, al momento, me eché saliva en uno de los dedos y, sin dejar de mirarlo, se lo fui metiendo poco a poco por detrás. Perseo arqueó la espalda y, por fin, conseguí arrancarle un gemido.

—Sigue, sigue —me suplicó mientras se la lamía entera a la vez que seguía metiéndole el dedo, dentro y fuera, cada vez más rápido.

Sus piernas temblaban, su respiración estaba totalmente desacompasada, y escuchaba mi corazón latiendo a toda velocidad. Perseo me acariciaba la cara, metiendo sus dedos entre mi boca y su polla. Sus movimientos ya no eran tan precisos, pero me ayudaba moviendo la cadera continuamente hacia abajo y hacia arriba. Lo miré y vi que tenía los ojos cerrados y la boca abierta, y gemía de puro placer. Quería que terminara, que le gustara tanto que no pudiera evitarlo, así que seguí esforzándome al máximo, mientras con mi mano libre me masturbaba. Cada gemido de Perseo me animaba a seguir, hacía que se me pusiera más y más dura. Necesitaba terminar yo también, y no había nada que deseara más que hacerlo encima de él.

—Dios… —exhaló de puro placer, y me agarró la cara, sacándomela de la boca. Nada más hacerlo, se corrió, echándolo

todo sobre mi cara. Me excitó tanto que provocó que yo también terminara en ese momento. Una explosión descontrolada por parte de ambos, que nos había dejado sudorosos y exhaustos.

Durante unos momentos, nos quedamos en silencio, respirando agitadamente, tratando de recuperar el aliento. Ya no hacía frío en el trastero. Lo habíamos sustituido por un calor intenso que aún envolvía nuestros cuerpos. Hasta que Perseo se levantó y, tras encontrar un par de camisetas viejas, me lanzó una para poder limpiarme. Acto seguido volvió a tumbarse a mi lado y el colchón hizo de las suyas de nuevo, haciendo que rodara hasta estar pegado a mí una vez más.

—¿Quieres venir a la cena que hacemos en el hostal mañana?

—¿No ceno todos los días en el hostal? —remarcó Perseo, tumbándose boca arriba.

—Sí, pero me refiero a una especial. Es decir, el siete de diciembre, como empieza la competición oficialmente, hacemos una pequeña fiesta en El Muérdago y viene mucha gente del pueblo y tal…

—No suelo caerle bien a la gente de este pueblo —señaló con amargor.

—Pero a mí sí. —Y le coloqué la mano sobre su pecho, girándome hacia él. Me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—Vale.

—¿Sí? Es decir, será divertido. Ya verás.

Pero no contestó más. Se había quedado dormido. Fuera ya empezaba a salir el sol.

Capítulo 24

Oliver

Cuando abrí los ojos por la mañana, tardé unos segundos en ubicarme y en saber dónde estaba. Hacía frío, hacía mucho frío, aunque tenía las dos mantas encima, cubriéndome por completo. Por las ventanas del trastero entraba la luz del sol, iluminando el interior como si fuera una especie de mosaico. No llevaba nada de ropa puesta. Ni siquiera mis calzoncillos.

Me froté los ojos y me di cuenta de que Perseo no estaba tumbado a mi lado. ¿Dónde se había metido?

—¿Perse…?

Antes de terminar de decir su nombre, lo vi junto a la puerta, expectante.

—Alguien está intentando entrar —me explicó con suavidad.

—¡Clara! —grité, y traté de levantarme del colchón, pero era tan complicado hacerlo que acabé rodando por el suelo. Literalmente. Perseo no se acercó a ayudarme. Se limitó a quedarse quieto, mirándome, con una expresión neutra—. No me ayudes, no —protesté.

Al final conseguí apoyarme en el suelo y ponerme en pie. Al darme cuenta de que estaba completamente desnudo delante de él me entró la vergüenza de golpe y corrí a coger toda la ropa que

había desperdigada por allí. Perseo ya estaba vestido, y como siempre tenía un aspecto impecable, como si no hubiera pasado toda la noche durmiendo en un trastero.

Encontré el móvil en mi abrigo y vi que tenía varios mensajes y llamadas tanto de mi hermana como de mi padre. Mientras luchaba por ponerme bien el jersey, me acerqué a la puerta junto a Perseo y escuché golpes al otro lado.

—¿Clara? ¡Clara! ¿Eres tú? —grité.

—¡Oliver! ¿Estás bien?

—¡Sí, sí! Pero sácanos de aquí, anda —la apremié.

—A ver con las prisas —refunfuñó—. Que quitar la nieve no es tan fácil como parece.

Después de un rato de golpeteos al otro lado de la puerta, al final se abrió y la luz reflejada en la nieve me cegó durante unos segundos. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, vi que Clara estaba en el umbral de la puerta con una pala, con sus botas de nieve, un chubasquero amarillo y todo el pelo pegado a la frente por culpa del esfuerzo.

Pero no estaba sola.

A su lado estaba Gabriel.

Cuando abrieron la puerta, los dos se nos quedaron mirando y al instante se fijaron en nuestra cama improvisada. Ambos sonrieron, cómplices. Lo que me faltaba es que se hicieran amigos.

—Chicos, si queríais dormir juntos, os habría dejado la habitación —se burló Gabriel. Perseo lo mató con la mirada y, de un pequeño empujón, lo apartó para poder pasar y salir al exterior—. ¡Que solo era una broma, Percy!

—¡Que no me llames Percy! —le escuché gritar.

—Ay, hoyuelos, eres de lo que no hay —dijo, y se fue corriendo tras su hermano.

Yo iba a salir también, pero Clara me lo impidió, empujándome dentro y cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué haces? ¡Que quiero salir! —exclamé, pero no me hizo ni caso, interponiéndose entre la salida y yo.

—Antes, me vas a explicar qué coño está pasando aquí —me ordenó, poniendo los brazos en jarra—. ¿Estáis saliendo? ¿Sois novios? ¿Estáis follando?

—No seas ordinaria, por favor te lo pido —repliqué—. No estamos follando ni somos novios ni nada.

Es verdad que había un poco de mentira en mi respuesta. No éramos novios, desde luego que no. A decir verdad, tampoco estábamos follando. Había sido cosa de una noche. O no. Eso no lo sabía todavía. Con Perseo todo podía pasar.

—¿Y se puede saber entonces qué hacíais los dos en el trastero? Porque muy normal no es. ¡Encima en noche de tormenta! ¡Como si no supieras lo que podía ocurriros! Aquí cuando nieva, nieva con ganas. Tú lo sabes —me abroncó, haciendo honor a su condición de hermana mayor.

—A ver, espera, espera, que te estás precipitando. No pensé que nos fuéramos a quedar atrapados ni mucho menos. Solo que…

—¿Qué, Oliver? Cuéntame. ¿Qué hacías aquí con Perseo en medio de la noche?

—¿Recuerdas la carta que te enseñé el otro día?

—¿La cursi? Sí, ¿por qué? ¿Qué pasa con eso? —dijo, tratando de entender algo de lo que estaba ocurriendo.

Me armé de paciencia y decidí explicárselo todo desde el

principio.

—Resulta que la carta era una cita de *Moby Dick.* Le pregunté a papá si estaba el libro por algún lado del hostal. Bueno, pues resultó que lo habían llevado a la librería de segunda mano del pueblo. Y me dije: pues voy a ver si lo encuentro, por si había alguna pista o algo entre sus páginas.

—¿Una pista de qué?

—Yo qué sé. Pero ya me habían dejado una carta anónima. Y ponía que podíamos salvar el hostal. Acuérdate que decía lo de buscar la marca. ¿Y si el libro era, precisamente, esa marca? El caso es que lo encontré, ¿vale? Y, leyéndolo al lado de la chimenea, descubrí por casualidad que tenía una dedicatoria escrita con tinta invisible que…, a ver, parece de una película de espías, pero solo podía verse con el calor.

—¿Cómo, cómo? —Estaba totalmente desubicada.

—Luego te lo enseño. Pero sígueme el hilo un poco, no te me despistes. —Clara asintió—. En la dedicatoria ponía «Para mi principito». Podría no ser nada, pero ojo… Perseo lleva siempre encima un libro que le regaló su abuelo. Un libro que es superespecial para él. ¿Y adivinas qué libro era?

—*El señor de los anillos.*

—¿Qué?

—¡Era broma! *El principito*, ¿no?

—¡Exacto! Así que fui a la habitación de Perseo…, bueno, a la mía, y cogí el libro sin que se diera cuenta…

—Porque eres un maestro ladrón —se burló.

—¡No! No se lo robé. Se lo iba a devolver. Solo quería probar… Ponerlo junto al fuego de la chimenea, para ver si tenía también

algún mensaje oculto, y resultó que sí. La dedicatoria estaba escrita en tinta invisible y decía: «Para mi capitán». Es decir…, ¿hola?

—No entiendo. Me acabas de perder —comentó Clara, llevándose la mano a la cabeza, como si estuviera mareada.

—¡Para mi principito! ¡Para mi capitán! ¡Se conocían! ¡Estaban enamorados! O, al menos, tenían una amistad muy especial, Clara.

—¡Qué dices! ¿El abuelo… y Adamant Montecarlo? Eso es imposible. —Sacudió la cabeza, como tratando de desprenderse de toda la información que acababa de recibir.

—Perseo me pilló con el libro. También dudó. Pero decidimos venir al trastero a revisar las cosas antiguas del abuelo. ¡Pum! —Di una fuerte palmada y Clara se sobresaltó—. Encontramos esta foto.

La saqué de mi bolsillo y se la enseñé.

—El abuelo está sujetando la mano de alguien, y esa mano lleva el anillo de los Montecarlo. El anillo de Perseo.

—¿Tú crees en serio que esto es… algo?

—Sí. Estoy convencido. Porque, además, los dos libros tienen letras subrayadas y, cuando las unes…, tienes más mensajes ocultos. La letra de la canción *«Maybe I'm Amazed»,* de Paul McCartney. Casualmente la favorita del abuelo… y del abuelo de Perseo.

—No me pega que el abuelo sea tan cursi, la verdad. Si estaba todo el día de morros… —dijo—. Pero te veo puñeteramente convencido. ¿Qué más? ¿De qué nos sirve esto para salvar el hostal?

—No-no tengo ni idea. Lo único que sé es lo que te he contado. Bueno, y que la foto está rota. Tiene un número por detrás. Pero parece incompleto —señalé. Clara le dio la vuelta y comprobó que lo que le decía era verdad.

—Es decir, que no tenemos nada, salvo pruebas…

circunstanciales.

—Tanto como circunstanciales… —apunté.

—¿Y Perseo parere interesado?

—Parece interesado, sí —confirmé—. No creo que quiera acabar con el hostal. Nuestro enemigo es su padre. Orión Montecarlo.

—Ese enemigo es mucho más peligroso —reflexionó—. Venga, vámonos, que necesito un segundo café.

—¿Cómo que un segundo café? ¿Es que no viniste nada más despertarte? —dije, indignado.

—¡Sabes que necesito mi café por las mañanas! Me lo estaba tomando tranquilamente cuando Gabriel apareció. Así que le hice uno a él también y luego vinimos a por vosotros.

Qué morro tenía, desde luego.

Clara me cogió del brazo y nos acercamos a la puerta. Fue a abrirla, y entonces me miró con una expresión de terror absoluta.

—No puedo… No se abre, Oli. No puedo abrirla —dijo, alarmada.

—¿Qué? ¿Está atascada? ¿Qué pasa? ¡Llama a papá ahora mismo! —grité.

Clara se echó a reír como una loca. Bajó la manilla, empujó y la puerta se abrió de nuevo.

—Tenías que haberte visto la cara.

—Te odio. Aún no entiendo cómo podemos ser familia.

Capítulo 25

Perseo

La tormenta había parado, pero los alrededores del hostal estaban repletos de nieve. Una máquina quitanieves y dos operarios con palas estaban despejando la entrada.

Oliver se había quedado en el trastero con su hermana, y una extraña sensación me atenazó el estómago. ¿Y si le estaba contando lo que había pasado por la noche? ¿Y si… llegaba a oídos de padre?

No tenía muy claro cómo había pasado.

No lo había planeado. Para nada. Pero había algo en Oliver que me atraía de una forma que no sabía explicar. Y, cuando más lo había sentido, había sido esa noche dentro del trastero. Necesité tenerlo muy cerca. Tocándome. Acariciándome.

Y se lo hice saber acercándolo hacia mí.

Temí que se apartara, pero no lo hizo. Menos mal que no lo hizo.

Pero ¿por qué no lo hizo?

Ahora todo se había complicado. Las cosas habían cambiado. Ya nada podía ser igual. ¿O sí?

No había significado nada.

¿Verdad?

—Dios, Percy, te va a estallar la cabeza. Casi puedo oírte pensar —me dijo Gabriel.

—No me llames Percy. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—¿Tienes que hacer algo aquí o te vienes conmigo de paseo de hermanos?

Y me agarré a ese plan como a un clavo ardiendo. No podía mirar a Oliver a la cara. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Y… Y no me salía ser borde con él. No.

Ni siquiera subimos a la habitación. No quería tentar a la suerte y cruzarme con Oliver cuando él volviera del trastero.

Pasamos junto a la entrada del hostal sin detenernos.

Leo estaba esperándonos en mi coche. Gabriel lo había llamado.

—Sé que odias cómo conduzco. Y, como no tengo mi coche aquí, pensé que llamar a tu chófer era la mejor opción.

Nos subimos al vehículo y, disimuladamente, miré por la ventanilla. Oliver y Clara llegaban a la entrada del hostal.

Pero yo no iba a estar allí.

—Leo, cariño, ¿puedes subir la mampara?

—Claro, señor Montecarlo.

—Llámame Gabs, anda.

Leo asintió y subió el panel de separación. Mientras yo abría la pequeña nevera que teníamos enfrente para coger una botella de agua con gas, me di cuenta de que Gabriel no dejaba de mirarme, sonriente. Hasta que se volvió incómodo.

—¿Qué? —espeté.

—¿Piensas contarme lo que está pasando?

—¿Qué está pasando? —repetí. ¿Lo sabía? ¿Se había dado cuenta de algo?

—Tú sabrás. Tu padre y tú os traéis secretitos. Sigues estando en el hostal cuando yo pensaba que durarías un día. Luego esa extraña

relación que tienes con Oliver… Cuéntame la verdad.

—No sé qué verdad quieres que te cuente, ni qué te estás imaginando.

—Estás trabajando para papá, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres.

—Vamos a ver, ya sé que de mí no te fías como te fiabas de Abi…

—Por favor, Gabriel, sabes que no quiero que digas el nombre de… —Me dolía siempre que lo oía.

—Me da igual, Perseo. —Cuando me llamaba así, era porque estaba hablando en serio, y pocas veces lo hacía—. Creo que papá se equivoca. Ya sabes que él y yo no nos llevamos precisamente bien, y también sabes de quién es la culpa.

—No es que tú lo hayas puesto muy fácil nunca —le recordé.

—Tampoco es que él haya sido el padre del año alguna vez. ¿O te recuerdo que tengo problemas en el oído izquierdo por su culpa?

No hacía falta que me lo recordara. Ese fue el día que nuestra madre decidió dejar a padre para siempre.

—Solo quiero que entiendas que la familia De Luca… es buena gente. No tenemos derecho a quitarles su hostal. El trabajo de su vida. ¿Eso lo entiendes?

—Pero padre…

—Padre se puede ir a la mierda, por favor —bramó—. ¿Y ese chico? ¿Oliver? No se merece que lo trates mal. Te he visto mirarlo. Y sé que eres especialista en salir corriendo.

—Mira quién habla —contraataqué—. ¿Y a qué te refieres con cómo lo miro?

—Tú ya sabes a lo que me refiero. —Enarcó las cejas—. Solo digo que no se merece que se la juegues. Eso lo entiendes, ¿verdad?

Me mantuve en silencio, y recordé cuando, la tarde anterior, antes de que Oliver volviera al hostal, había estado a punto de entrar en el ordenador de recepción para buscar información que pudiera servirle a padre.

No lo hice.

Pero estuve a punto de hacerlo.

Y ahora no sabía qué camino debía tomar.

—Soy mayor que tú, Gabriel, y no sé si eres la persona más indicada para decirme todas estas cosas.

—Claro que lo soy. ¿Quién te las va a decir si no es tu hermano pequeño, que tanto te quiere y tanto te saca de quicio? —Me apretó la pierna con la mano. Con fuerza, pero con cariño—. Solo me preocupo por ti.

—No hace falta.

—Oh, claro que hace falta. No quiero que acabes como papá… Como padre, perdón —se burló.

—¿No quieres que acabe siendo un hombre de negocios con éxito y una herencia millonaria?

—No quiero que acabes siendo un hijo de puta.

—No hables así de él —le dije, frunciendo el ceño.

—Ni todos los insultos del mundo me bastarían para expresar lo que pienso de él. Ya lo sabes.

Bufé y me giré para mirar por la ventanilla.

No estábamos yendo al hotel.

Estábamos yendo a casa.

Llevaba sin pisarla casi un mes.

Padre se iba a enfadar si no me veía en el hotel.

Dentro de poco, seguramente me llamaría para preguntarme por

cómo iba lo de El Muérdago. ¿Qué le iba a decir?

—También necesito hablarte de algo… —me dijo, y supuse por dónde iba a ir la conversación. Gabriel cogió su móvil y me enseñó la pantalla.

Una imagen borrosa.

Parecía París.

O Barcelona.

No lo tenía muy claro.

—¿Qué estoy mirando?

—¿No la reconoces?

—Gabriel, por favor… —Ya empezábamos de nuevo.

—Está viva. Estoy seguro. Llevo siguiendo pistas todo este tiempo. Estoy convencido de que…

—¿Por qué sigues con esto? —lo interrumpí, pero me ignoró.

—Ya sabes que nunca se encontró el cadáver. Lo investigué. Hizo falta pedir algunos favores, pero logré confirmarlo. ¿Y la historia de la cocaína? Por favor, llevaba casi dos años sin consumir.

—Gabriel, para.

—Esta foto es de hace tres meses. Pero luego le he vuelto a perder la pista. Estoy seguro de que, si fingió su muerte, es porque debía de tener una buena razón. Aunque yo creo que…

—¡Gabriel, para! —bramé, y él me miró, atemorizado. Tuve que controlarme para bajar el tono. Era un tema prohibido en casa, y entendía que quisiera hablarlo conmigo… ¿Con quién iba a hacerlo si no? Pero a mí me dolía en el alma—. Tienes que parar. Tienes que dejarla ir. Lo entiendes, ¿no?

—¿Dejarla ir? —replicó, molesto—. Tu hermana está viva. Abi está viva. Estoy seguro.

—No puedes seguir haciéndote esto. Ni a ti… ni a mí. Ni a padre.

—A «padre» le dio igual la muerte de Abi —dijo, al borde del llanto.

—Eso no es cierto, y lo sabes. Padre la quería.

—Entonces ¿por qué se rindió tan pronto y dejó de buscarla? ¿De qué nos sirve tener todo el dinero del mundo si no lo usamos cuando debemos hacerlo? Percy… Perseo… ¿Crees que no sé cómo suena todo esto? Es Abi de la que estamos hablando. Y nunca voy a dejar de buscarla hasta saber la verdad. Lo que no entiendo es por qué tú no eres capaz de hacerlo.

No supe qué responderle.

Capítulo 26

Oliver

Perseo había desaparecido por completo desde que habíamos conseguido salir del trastero. No podía dejar de darle vueltas. ¿Se habría rayado con lo que había pasado? ¿Había hecho algo mal, o es que no había hecho lo suficiente? Quizá debería haber intentado que habláramos después de habernos liado. Hubiera sido lo mejor, en lugar de quedarnos dormidos, ¿verdad? ¿O para él solo había sido algo de una noche y ahora no se atrevía a mirarme a la cara?

Necesitaba distraerme con otra cosa. Y esa otra cosa era el secreto del abuelo. De nuestros abuelos.

—Papá, ¿tú sabías si Adamant Montecarlo y el abuelo se conocían?

Estaba ayudándolo a lavar los platos tras el desayuno. Mientras él iba llenando el lavavajillas, yo limpiaba en el fregadero los cubiertos con el mango de madera. «Si no los lavamos así, se despega el mango», me decía él siempre.

—¿Y esa pregunta de repente?

—Simple curiosidad… —Aún no quería contarle nada de mis investigaciones. No porque fueran «pruebas circunstanciales», como decía Clara, sino porque quería esperar a tenerlo todo bien atado y a conocer la historia completa.

—Nunca me habló de él, si es eso lo que me preguntas —añadió mi padre, y volvió de nuevo a sus quehaceres—. Los Montecarlo construyeron su hotel años después de nuestro hostal, así que supongo que, en algún momento, hubo que negociar.

—¿Y tú? ¿Lo conociste?

—La verdad es que sí. —Dejó caer un trapo sobre la encimera—. Recuerdo que un día, hace ya…, uf…, ¿ocho?, ¿nueve años? Justo después de que tu abuelo muriera… vino al hostal.

—¿Quién? ¿Adamant? ¿En serio? ¿Y qué quería?

La historia se ponía interesante de pronto.

—Quería ver a tu abuelo. Pero… claro. No pudo ser. Le di la mala noticia y me preguntó qué había ocurrido…

—¿Así, sin más? —Recuerdo esa época. Recuerdo ver a mi padre siempre triste y no saber cómo ayudarlo—. ¿No dijo nada?

—¿Qué más me iba a decir? —inquirió, curioso.

—No sé, ni idea. Pero hablar con Adamant Montecarlo…, no sé, debió de ser intenso.

—¡Qué va! Para nada. Fue muy amable. Mucho más que su hijo. Vino solo. Le enseñé el hostal porque me dijo que hacía décadas que no lo pisaba y lo invité a comer, pero no se quedó.

—¿Y por qué crees que vino a ver al abuelo?

—Todo el pueblo sabía que tu abuelo luchaba contra el cáncer —recordó con amargura—. Pero Adamant parecía no saber nada. Se sorprendió cuando se lo conté… Me pregunto cómo habían sido esos últimos años para el abuelo… Es decir, cómo había vivido su enfermedad… Fue hace más de diez años, hijo. No me acuerdo de todo.

—Vale, vale.

—Luego se marchó.

—Estaría afectado.

—¿Por? —Me miró suspicaz.

—Yo qué sé. Quizá se conocían de antes o algo. No tengo ni idea.

—¡Qué tarde es! —dijo mirando el reloj que llevaba en la muñeca. Un reloj que nunca daba bien la hora—. ¿Terminas tú la cocina?

Sin decir nada más, se fue y me dejó solo, con más preguntas que respuestas. Mi padre a veces era especialista en eso.

Así que Adamant había venido al hostal para ver a mi abuelo… y ni siquiera sabía que había muerto. ¿Cuánto tiempo habría durado su relación, si es que había existido? ¿Y por qué se rompió?

Pero qué horrible enterarte así de que alguien que había sido importante para ti… ha muerto.

—¡Oliver, cuidado! —chilló Clara de repente.

Había estado a punto de tirar el árbol de Navidad al suelo.

—¡Ay! ¡Perdón! Estaba… en mi mundo —me disculpé.

Tras haber ayudado a mi padre, había pasado todo el día sin dejar de darle vueltas a lo que había ocurrido con Perseo, y para intentar distraerme no había parado de trabajar ni un solo minuto. En ese momento de la tarde me tocaba ayudar a Clara a limpiar el salón y renovar adornos, porque al día siguiente era la cena especial que hacía mi padre todos los años con motivo del inicio de la competición de saltos. No solo estaban los huéspedes, sino que venía mucha gente del pueblo a cenar al hostal. Era una de las tradiciones más importantes de El Muérdago. No sabíamos cuándo había empezado, pero recordaba que ya de pequeño esa cena era importante para todos.

Sin embargo, mi padre nos hacía limpiar y ordenar todo el día antes. «Por si las moscas», decía siempre. Y nunca tenía en cuenta que limpiar algo con mi hermana siempre había sido muy difícil. Primero porque era muy vaga y no dejaba de intentar escurrir el bulto continuamente. Sobre todo porque Coral, su nueva novia —aunque ella se resistiera a llamarla «novia»—, ya había llegado al hostal. Estaba duchándose en la habitación y Clara lo único que quería era subir para estar con ella.

Además, no callaba ni un solo segundo, siempre tratando de chismear todo lo posible.

—Oliver, ¿me ayudas? Porque hay que terminar esto ya.

—Sí, sí, voy.

—Es que no entiendo a tu padre. No podríamos hacer todo esto mañana, no. Tiene que ser cuando él diga. ¡Si la cena no es hoy! —refunfuñó.

Clara estaba agachada, levantando la enorme alfombra que cubría el suelo del salón. Habíamos movido todos los muebles para poder aspirar debajo de ella. Todo tenía que estar perfecto para la cena. La ayudé a enrollar la alfombra y, cuando acabamos, mi hermana empezó a pasar el aspirador.

—¿Tú crees que el abuelo estaba enamorado de Adamant Montecarlo? —pregunté, pero con el ruido del aspirador Clara no me oía bien.

—¿Qué?

—¿Que si crees que el abuelo estaba enamorado de Adamant Montecarlo?

—¡No te oigo!

Me acerqué al aspirador y pisé el botón de apagado.

—¡Eh! —protestó.

—Te preguntaba que si crees que el abuelo estaba enamorado de Adamant Montecarlo —repetí una vez más.

—Yo qué sé. Podría ser… Podría no ser. Ni idea. Pero en esos años lo veo difícil, ¿eh?

—Quizá por eso ocultaron sus dedicatorias, ¿no crees? Para evitar que la gente descubriera su relación —reflexioné mientras jugueteaba con mi colgante—. ¿Quién me habrá escrito la nota?

—Ni idea, Oliver. Solo sé que tenemos que limpiar esto antes de la cena. ¿No podemos hablar de todo eso luego? —me suplicó, con una mirada que me decía claramente «Venga, que quiero terminar ya».

—Vale, vale. Sí, sí, ya paro.

Pero, al darse cuenta de que yo seguía dándole vueltas en silencio, Clara dejó caer el aspirador.

—Qué te ronda por esa cabecita tuya, vamos a ver. Porque hasta que no me lo digas, no vamos a terminar, que nos conocemos —dijo.

Clara siempre había sabido leerme la mente, desde que éramos pequeños. Muchas veces sabía lo que yo estaba pensando antes casi de que lo pensara.

—No sé, creo que hay algo que se me escapa, ¿sabes? Algo que nos ayudaría a salvar el hostal.

—Que el abuelo estuviera enamorado de otra persona que no fuera la abuela tampoco sé si va a ayudarnos mucho, la verdad.

—«En todas las cosas está oculto siempre un significado; de lo contrario, poco valdrían. Busca la marca. Salva el hostal» —susurré —. Las cosas que guardamos son importantes, y siempre tienen algún significado. Si no… podría… Podría haberla tirado —medité

mientras sacaba la fotografía del abuelo de mi bolsillo y la miraba con detenimiento.

—Esto ya está. Vamos a volver a poner la alfombra en su sitio, anda. Ayúdame, que yo no puedo sola.

—¿Y si hay algo en esta foto que aún no hemos visto? —dije, agitándola en el aire.

—¿Qué foto? Oliver, por favor.

—Hay unos números. Está rota… y claramente esta es la mano de un Montecarlo. Tenemos que encontrar la otra mitad de la foto —concluí.

—¿Para qué? El abuelo o alguien la rompió por algo. Y dudo que guardara la otra mitad. Si la rompió, es porque no le gustaba lo que salía en ella —reflexionó Clara, exasperada.

—¿Y por qué guardar esta mitad? Si le importaba esta imagen —volví a agitarla—, le importaba el resto.

—Pero tú mismo has revisado los recuerdos del abuelo, y no has encontrado nada más.

—Ya, eso es verdad… ¿Dónde…? ¿Dónde podría estar…?

En ese momento apareció Lucas, con dos bolsas repletas de comida, y mi madre. Habían ido al pueblo a comprar.

—¿Qué tal va esa limpieza? —preguntó mi madre.

—Pues más lenta de lo que pensaba. Porque aquí tu hijo no deja de interrumpir y de hacer el vago —protestó Clara, y se llevó un codazo de mi parte.

—¿No hay nadie en recepción? —quiso saber Lucas.

—Sí, ahora voy yo, que me toca hoy —respondí rápidamente.

—Ah, así que me toca limpiar a mí entonces, ¿no? —protestó Clara amargamente.

Me encogí de hombros, sonriendo con malicia, y me fui a recepción, dejando a mi hermana con el aspirador en la mano para que acabara de limpiar.

Estuve toda la tarde al frente de la recepción, esperando que Perseo, en algún momento, apareciera por la puerta del hostal. Pero pasaba el tiempo y no había ni rastro de él. Empezaba a temer que ya no volvería. Seguramente mandaría a alguien a por sus cosas y no sabría más de él.

Eso sí; si hacía eso, quedaría fatal ante la prensa por no cumplir su palabra de pasar una semana en el hostal.

Y quedaría demostrado que los Montecarlo no siempre respetaban los acuerdos a los que llegaban.

Ni sabría decir la de veces que miré la foto de mi abuelo, buscando alguna pista que se me hubiera pasado por alto. Algo que no hubiese visto.

Pero no había nada más.

Quizá el único secreto era que mi abuelo había tenido un amor de juventud del que ninguno sabíamos nada. Quienquiera que me hubiera escrito la misteriosa nota estaba equivocado. No había nada que pudiéramos utilizar para salvar el hostal. Ninguna prueba que pudiésemos presentar contra alguien como Orión Montecarlo.

—¿Cómo va la noche?

Levanté la mirada de la fotografía y me encontré cara a cara con Estela Melvar, la escritora, que seguía hospedada en el hostal.

—Aburrida. ¿Y la suya? —pregunté sin mucho interés.

—Tu padre cada vez cocina mejor. Es un gusto cenar aquí —dijo sonriente—. Pero no te he visto por la cena.

—No tenía hambre, la verdad. Ahora tomaré algo de lo que haya

quedado.

—Bonita fotografía —comentó al verla entre mis manos.

—Es mi abuelo. Era mi abuelo, vaya. De joven —le expliqué, pero no tenía muchas ganas de hablar sobre él.

—Se le ve muy contento. Te pareces a él.

—Eso me han dicho. —Recordé las palabras de Perseo.

La escritora hizo ademán de alejarse, pero antes empezó a palparse los bolsillos; parecía que no encontraba lo que estaba buscando.

—Oh, seré torpe. ¿Me podrías dejar otra llave de mi habitación? He debido de dejarme la mía dentro. ¡Menudo despiste! —se lamentó.

—Claro. Tengo una aquí… —Fui a abrir el cajón, pero, como siempre, primero lo intenté con el que estaba cerrado, el del abuelo. Bajé la cabeza un poco bajo el mostrador y di con el cajón correcto. Saqué el llavero de mi padre y lo agité delante de Estela—. La acompaño a su habitación y le abro la…

Espera.

El cajón del abuelo.

El que siempre estaba cerrado.

¿Y si…? ¿Y si ahí dentro estaba la otra mitad de la fotografía?

¿Podría ser?

Con los nervios comiéndome por dentro, literalmente, acompañé a toda velocidad a la escritora hasta su habitación, le abrí la puerta y le deseé buenas noches, y luego bajé los escalones de tres en tres para volver a recepción, con el corazón en un puño y casi sin aire.

Busqué entre todas las llaves la de la cerradura del misterioso cajón. Fui una por una. Aunque ni coincidiera la forma, yo trataba de

meter la llave igualmente, por si había suerte.

¿Y si ninguna de esas llaves abría el cajón? ¿Y si se quedaban ahí los recuerdos del abuelo encerrados para siempre? ¿Y si…?

Clic.

Una llave entró. Giré la muñeca y la llave también giró. Di una vuelta entera y luego tiré del cajón para abrirlo. Pero no se movió. Ni un centímetro.

—Pero ¿qué…? Si la llave ha entrado y he podido girarla. No entiendo…

Volví a probar; giré hacia un lado, luego hacia el otro, y nada. Había algo que impedía que el cajón se abriera. Tiré con todas mis fuerzas, una y otra vez, pero no había forma. No se movía. ¿Cómo podía ser tan complicado?

Alumbrando con la linterna del móvil, observé todo el revestimiento del cajón, buscando alguna otra cerradura. Quizá era con doble llave o algo parecido. O a lo mejor había algo haciendo tope.

Entonces me di cuenta de que había una especie de hendidura justo debajo de la cerradura que no había visto hasta entonces. Traté de meter una moneda, pero no entraba bien. Probé con alguna llave, y nada. ¿Cómo podía abrir el maldito cajón y ver lo que mi abuelo guardaba en él?

—Me cago en la puta. Joder, abuelo, ¿qué escondías aquí dentro? —me pregunté en voz alta, jugueteando con mi colgante entre los dedos.

El colgante que me había dado… mi abuelo.

¿Y si…?

Me lo saqué del cuello y cogí el círculo de oro con cautela. Lo

acerqué a la hendidura y entró a la perfección. Giré hacia la derecha y el cajón se abrió de golpe, como si un resorte invisible lo hubiera empujado hacia fuera.

Durante unos segundos no supe qué hacer. Como si fuese a encontrarme ahí dentro algo peligroso. Me incorporé, mirando por encima del mostrador, a ver si había alguien alrededor. Pero estaba totalmente solo.

Vale.

Me volví a poner en cuclillas y abrí el cajón por completo. Dentro había un cuaderno, varios folletos de diferentes hoteles (bastante desgastados), un llavero con la cara de un lobo y una fotografía.

La mitad de una fotografía…

La cogí, tembloroso, y sujeté a su lado la mitad que yo tenía. Las fui uniendo lentamente y… casaban a la perfección. El otro hombre debía de ser Adamant Montecarlo. Él y mi abuelo estaban cogidos de la mano. Mi abuelo miraba a cámara. Adamant lo miraba a él. Ambos sonreían. Ambos parecían muy felices. Ahí estaba la prueba de que los dos habían tenido algo. ¿Amistad? ¿Amor? No lo sabía bien. Le di la vuelta y vi varios números escritos.

06-01-1977

Las dejé sobre el mostrador y abrí el cuaderno. Parecía un diario de clientes, como una especie de inventario escrito por mi abuelo. En la primera página se podía leer «El Muérdago». Y la primera fecha que aparecía era el 20 de diciembre de 1976. Se habían hecho la foto poco después de abrir el hostal.

No pude dormir en toda la noche.

Porque no paré de darle vueltas a lo que había descubierto.

Y… porque aguanté todo lo que pude despierto esperando a que Perseo entrara en la habitación. Pero no apareció en toda la noche.

El que sí apareció fue Orión Montecarlo a la mañana siguiente.

Bajé a recepción y ahí estaba él. Su magnetismo y su presencia eran increíbles. Intimidantes. Era de esas personas que alteran la energía de una habitación con solo aparecer. Me superaba en estatura por mucho. Tenía el pelo negro salpicado de canas, una mirada fiera y un rostro de facciones duras, muy marcadas. Ni siquiera me atrevía a mirarlo de frente. Junto a él estaba mi padre y, al verme, Orión se giró hacia mí con agresividad.

—¡Tú! ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está Perseo? —rugió.

—¿Yo qué? ¿Eh…? ¿Buenos días?

—Santiago, no sé qué estaréis haciendo, pero llevo sin saber de él casi dos días. Ni siquiera me coge el teléfono. —Volvió a mirarme, desafiante.

¿Perseo había desaparecido? ¿Y encima estaba contrariando a su padre? Eso sí que no lo esperaba.

—Sé que estaba aquí por tu culpa —dijo, señalándome con el dedo índice.

—No está aquí por culpa de nadie. No está secuestrado. Puede irse cuando quiera. De hecho, ya lo ha hecho; se fue ayer por la mañana —contesté.

Pero esa explicación no le pareció suficiente y dio varios pasos hacia mí, retador. Mi padre salió a toda prisa de detrás del mostrador y corrió para colocarse entre ambos.

—Creo que está claro que Perseo no está en el hostal —intervino

mi padre, tratando de protegerme. Pero no hacía falta. Yo le tenía ganas a Orión. Que me diera una sola razón para enfrentarme a él.

—No os hagáis ideas raras sobre lo que va a pasar. Perseo puede ser un blando, pero yo no —bramó. Se arregló la chaqueta y me lanzó una última mirada acusatoria. Acto seguido, al que miró fue a mi padre antes de volverse hacia la puerta de salida—. Tictac, Santiago. Tictac.

Capítulo 27

Oliver

7 de diciembre

Si había un día especial en el hostal era sin duda el siete de diciembre. No solo por la cantidad de gente del pueblo que venía para celebrar la Navidad con nosotros —la mañana anterior había comenzado la competición de saltos, así que el pueblo estaba repleto de turistas—, sino porque era el día más importante para mi padre. Era el día en el que se podía lucir, con la decoración, con la cena, con sus ganas de ser el mejor anfitrión. Así que, mientras Lucas y mi madre organizaban el bufé repartiendo la comida por diversas mesas del salón y Clara y yo supervisábamos los adornos, él era el demiurgo que lo veía todo, que lo sabía todo.

Y ese año era más especial si cabe, porque, si todo iba según lo previsto por Orión Montecarlo, sería la última vez que hiciéramos esa cena. Así que había una sensación extraña en el ambiente. Ninguno queríamos decirlo en voz alta, pero la tensión con la que todos estábamos viviendo esos momentos era evidente. Lo extraño era que justo el que parecía más tranquilo era mi padre, consciente ya del destino que esperaba detrás de la puerta. E incluso nos contó algunos chistes entre orden y orden. Si al final se cumplía la amenaza, iba a echar de menos esos días.

—¡Oliver!

—¡Qué! —grité mientras colocaba los cubiertos en varios tarros de cristal.

—Espabila, que ya está llegando la gente —dijo Clara, con tres bandejas en las manos.

—¡Ya estoy espabilado, cállate! —repliqué. No obstante, por su tono intuí que su día con su nueva novia había ido mal; estaba más cascarrabias de lo normal. Además, Coral se había ido esa misma mañana—. ¿Tan mal ha ido?

—Te diré una cosa: odio a las mujeres. Y también odio a los hombres. Así que me dirás tú qué hago —masculló mientras se comía una galleta de mantequilla de un bocado.

—A lo mejor no estás hecha para estar en pareja…

Respondió a mi ataque de sinceridad lanzándome una galleta a la cara.

—¡Que me das en el ojo!

—Pues la próxima vez, piensa antes de hablar. Claro, como tú estás contento con los dos Montecarlo luchando por tu amor…

—¿Qué tonterías dices?

—Tú espera y verás. Ojo de loca no se equivoca —dijo, llevándose el dedo a la sien y dándose golpecitos—. ¿Has averiguado algo más del romance más erótico de la tercera edad?

—¿Qué dices? ¿De qué hablas?

—De tu abuelo siendo un pionero y esas cosas —bromeó—. ¿Se lo has contado a papá?

—¡Qué va! No sabe nada. Aún estoy… investigando. Prefiero no decirle nada de momento. Si ni siquiera sé quién me escribió la nota, con lo del mensaje de salvar el hostal y todo eso.

—Fuera quien fuese, te puso en el camino para descubrir un secreto familiar. Eso hay que concedérselo. Pero venga, deja ya de vaguear y ayúdame con las dos poncheras. ¿Para qué querrá tanta movida tu padre? Se me escapa, la verdad.

Chasqueó los dedos, como dándome una orden, y me indicó que la siguiera.

Cuando volvimos al salón, había mucha más gente. Dejamos las poncheras de cristal con vino caliente en una de las mesas junto al árbol de Navidad y justo entonces apareció mi padre, más elegante que nunca. Varios de los huéspedes del hostal estaban ya picoteando la comida del bufé mientras charlaban entre ellos. Simón y su novio (el chico coreano del que no recordaba el nombre) iban cada uno con un vaso de vino en la mano. También estaba la madre con su hijo, que se iban al día siguiente del hostal, y acababa de llegar Mikel, el dueño del Eguneko, un bar del pueblo, y Carmen, la dueña de Mont Blanc, la pastelería donde encargábamos todos nuestros bollos, con su marido.

De fondo sonaba música navideña. Vi a Lucas conectando una pequeña fuente de chocolate y colocando luego diferentes tipos de frutas alrededor. Cuando estaba sirviéndome un poco de Coca-Cola, escuché una conversación entre tres mujeres y pude oír claramente el nombre de Perseo.

—… y estaba paseando por el pueblo, como si fuera suyo —comentó una, que sujetaba una copa de vino medio vacía.

—Se cree que puede comprarnos a todos —añadió otra, y le dio un mordisco a un trozo de quiche.

—Y podría hacerlo si quisiera —intervino la tercera con una sonrisa irónica.

Claramente el pueblo seguía del lado de mi familia, y no podían soportar que los Montecarlo metieran las narices donde no les incumbía. No obstante, solo se atrevían a criticarlos cuando no había ninguno de ellos cerca.

¿Dónde se había metido Perseo? Desde lo que pasó en el trastero no había vuelto a saber nada de él. Y ya habían pasado casi dos días.

Trataba de no pensar en él. Pero no podía evitarlo. Cada vez que me acordaba de él, veía su cara en la penumbra de la noche, besándome como si nunca hubiera besado a nadie más.

Por un instante pensé en intervenir en la conversación de esas mujeres y decirles que todavía no estaba todo perdido, que no conocían bien a Perseo. Pero justo en ese momento mi padre se colocó en el centro del salón, dispuesto a dar un discurso. Los invitados comenzaron a hacer un semicírculo a su alrededor, y la música cesó de pronto. Todos guardaron silencio.

—Bienvenidos una noche más a El Muérdago. Teníamos muchas ganas de estar con todos vosotros de nuevo. Este año cumplimos cincuenta años, que se dice pronto. —Lucas lanzó un grito de apoyo y todos aplaudimos, pero mi padre empezó a pedir silencio con las manos para poder seguir hablando—. Os agradecemos que nos hayáis acompañado durante todos estos años… y, bueno, cualquier otro año os diría ahora que esperamos veros aquí las próximas Navidades para seguir celebrando juntos estas fiestas, pero tenemos que daros una mala noticia… —La gente comenzó a susurrar, nerviosa—. Sé que es un secreto a voces, pero este año será el último de El Muérdago. Cerraremos el próximo quince de diciembre. No habrá cena de Nochebuena ni de Navidad, y mucho menos de

Fin de Año. Ha llegado el momento de despedirse después de tantas historias, de tantas Navidades, de tantas alegrías. Pero no quiero que hoy sea un día triste. ¡Por favor! Sé que tenía que daros la noticia tarde o temprano. ¡Y qué mejor manera de hacerlo así, rodeado de la gente que quiero y que me importa! Comamos tarta, bebamos vino y feliz Navidad a todos.

Vale.

Había tirado la toalla por completo.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Clara, que apareció tras de mí con un gin-tonic en la mano.

—¡Joder, Clara! ¿De dónde sales? ¡Qué susto!

—Estaba en el jardín, enseñándole un poco el sitio a Lena. ¿Os conocéis? Supongo que no. Lena, Oliver. Mi hermano.

A su lado había una mujer de pelo rizado oscuro, con mirada penetrante y facciones marcadas. Llevaba un vestido negro y, en uno de los brazos, un tatuaje con el símbolo del infinito. Tenía un magnetismo innegable. Me pareció de ese tipo de personas que te odian desde el primer momento en que te ven.

—Hola, Lena. Encantado. —Le di dos besos.

¿Se había ido Coral por la mañana y ya estaba con otra por la noche? Qué velocidad.

—Entonces ¿qué me he perdido? —repitió Clara.

—Papá acaba de soltar la bomba.

—Ya iba siendo hora. ¿Qué tal se lo ha tomado la gente? —quiso saber.

—Según él era un secreto a voces. Yo pillé a esas mujeres de allí —las señalé con la mirada— criticando a Perseo. Si ya odian a su familia, ahora mucho más.

—Cada uno recoge lo que siembra, ¿no? —señaló Clara, y se alejó con su nueva conquista.

La noche fue avanzando, y yo trataba de ser simpático con todo el mundo, pero me costaba cada vez más que el único tema de conversación fuera el cierre del hostal y lo malos que eran los Montecarlo.

Me dolía que criticaran a Perseo.

¿Por qué? Ni idea. Solo había sido una noche. ¿Por qué había significado tanto para mí? ¿Qué había cambiado tan de repente?

No era capaz de estar allí. Necesitaba salir. Necesitaba algo de aire. Al menos unos minutos. Así que fui andando disimuladamente hacia la salida. Eso sí, me crucé con unas cuantas personas que solo me decían lo mucho que había crecido, y que qué bien verme un año más, y que si tenía novia ya… Señora, soy gay, suélteme el brazo.

Cogí mi abrigo del perchero que había junto a la puerta y salí al porche. Hacía frío, pero al menos no nevaba. Me senté en las escaleras y me quedé allí un rato, mirando al infinito.

Todo estaba cambiando.

Mi casa. Mi trabajo. El hostal… Las cosas importantes que formaban parte de vida habían desaparecido en los últimos días.

También lo había hecho Perseo, que había irrumpido en mi mundo de una forma un tanto…, digamos, compleja… y se había convertido en alguien importante. Y ni siquiera había cumplido su palabra de venir a la cena. Esa noche en el trastero me había dicho que vendría… Quizá se le habría olvidado. Quizá me dijo que sí por culpa del momento que acabábamos de vivir. Ni idea. Pero la única realidad era que no había venido.

Suspiré enterrando las manos en la nieve, a ver qué sentía al hacerlo. Después de un rato jugando con ella entre mis dedos, las saqué de nuevo y me las sequé en los pantalones; estaban casi entumecidas por culpa del frío. No me apetecía mucho volver dentro otra vez. Rebusqué en el interior de mis bolsillos y saqué la fotografía del abuelo. Desde que la había descubierto el día anterior había estado obsesionado con ella. Había juntado las dos partes con un poco de celo, sobre todo para ver la imagen completa. Y mi abuelo seguía devolviéndome la mirada, más sonriente que nunca. Como si estuviera viviendo el mejor momento de su vida.

¿Junto al hombre que le hacía feliz?

No reconocía la habitación en la que estaban. Ese sofá, desde luego, no estaba en el hostal. Y el cuadro que tenían detrás… Espera. Ese cuadro me sonaba. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Me había centrado tanto en ellos que no había prestado atención a las pistas realmente importantes.

Era el cuadro del dragón. El que me daba miedo de pequeño y que estaba colocado en el pasillo de la planta de arriba. O, al menos, se parecía mucho. ¿Por eso sería el favorito del abuelo?

Me levanté, con ánimos renovados, dispuesto a volver dentro para ver si ese cuadro escondía alguna pista, cuando lo vi. Estaba entre los coches aparcados en la entrada del hostal. Llevaba un abrigo largo desabrochado que le llegaba casi hasta el suelo y el pelo revuelto, cayéndole sobre la frente. Caminaba con las manos metidas en los bolsillos del pantalón del traje.

Iluminado por la luz de la luna y los focos del hostal, parecía una aparición.

Perseo Montecarlo.

Al final había venido.

Pero no se acercaba.

Simplemente me miraba, como si fuera un vampiro esperando una invitación para acercarse.

Para entrar de nuevo al hostal.

Durante unos segundos, nos limitamos a mirarnos en silencio. Pensé que la gente se lanzaría contra él si entraba y se unía a la fiesta. También pensé en su padre. ¿Sabría que Perseo había vuelto al hostal después de casi dos días desaparecido? ¿Dónde había estado metido?

Finalmente, fui yo el que decidió acercarse, rompiendo la distancia entre nosotros. Parecía preocupado y, aunque lo disimulaba, lo notaba cansado, como si hubiera estado varias horas sin poder descansar.

—¿Qué haces fuera? —dijo con voz grave cuando me acerqué lo suficiente.

—Necesitaba salir a tomar el aire un poco —le expliqué—. Y tú has vuelto…

—Dije que vendría, ¿verdad? Un Montecarlo nunca miente. —Y me mostró una botella de vino que llevaba en la mano. El cuello de la botella estaba decorado con un lazo dorado. Sin decirme nada, me lo tendió para que lo cogiera.

—No hacía falta traer nada…

—Pero quería traerlo. Un Montecarlo nunca llega a una fiesta con las manos vacías.

—¿Cuántos dichos tenéis con vuestro apellido? —bromeé, pero no pareció pillarlo, así que me limité a coger la botella de sus manos e indicarle con la mirada que fuéramos dentro del hostal. Podría

preguntarle por qué se había ido sin despedirse el otro día, o por qué había estado desaparecido. Seguramente no me diera respuestas a ninguna de las dos preguntas.

Así que preferí dejarlo estar.

Porque lo importante era que había cumplido su palabra. Había venido a la cena. Había aceptado mi invitación. Eso debía de significar algo aunque fuera, ¿no? Anduvimos hacia la puerta principal mientras él revisaba su teléfono móvil con el ceño fruncido, chistando la lengua, molesto.

—¿Ocurre algo?

—Problemas familiares. Como siempre —se limitó a decir.

—¿Algo en lo que pueda ayudar?

—¿Y cómo ibas a ayudar tú en un problema con mi familia? —Me miró, confuso por mi ofrecimiento. Yo me limité a encogerme de hombros.

—Yo qué sé. Quizá necesitabas hablar o algo.

—Pareces mi hermano —dijo. Abrí la puerta y le dejé pasar a él primero—. Le encanta tener charlas.

—Bueno, de vez en cuando no viene mal poder hablar con alguien de nuestros problemas. A mí siempre me soluciona muchos quebraderos de cabeza.

—Eso es porque no conoces bien a Gabriel —sentenció.

Podíamos escuchar la música proveniente del salón, aderezada con las conversaciones de los huéspedes. Olía a carne asada y a caramelo. Seguramente mi padre estuviera sirviendo los platos principales y preguntándose que dónde estaba yo. Iba a ser curioso cuando menos aparecer con Perseo Montecarlo a mi lado. No para mi familia, pero sí para el resto de los invitados. Nos quitamos los

abrigos, dejándolos colgados en el perchero de la entrada, y ahí pude ver lo elegante que había venido él a la cena.

—Antes de entrar, quiero enseñarte algo… —dije, y Perseo se puso en alerta—. No te asustes, hombre, que no es nada malo.

—Qué quieres enseñarme —se limitó a decir.

Me aseguré de que no venía nadie mirando a nuestro alrededor y, cuando constaté que no había peligro de que nadie nos sorprendiera, saqué de nuevo la fotografía de mi bolsillo, mostrándosela con cuidado.

—Encontré la otra mitad de la foto —señalé. Perseo tardó un par de segundos en entender lo que le estaba mostrando. La cogió y la examinó de cerca, totalmente ensimismado. Su expresión cambió por completo cuando reconoció a su abuelo en la imagen. Un atisbo de sonrisa asomó en su rostro.

—¿Dónde estaba?

Me giré y señalé el mostrador de recepción con la mirada.

—En uno de los cajones. El de mi abuelo. Siempre estaba cerrado. Lo conseguí abrir. Con esto. —Me saqué el colgante, mostrándolo a la luz de la lámpara de techo del recibidor.

—¿Con tu colgante?

—Al parecer, mi abuelo debió de leer mucho Agatha Christie porque le encantan los acertijos y los secretos —bromeé. Perseo seguía examinando la fotografía minuciosamente.

—¿La ha visto alguien más? —preguntó.

—Solo tú y yo. —Perseo asintió, complacido. Me acerqué a él y volví a observar la fotografía una vez más, con nuestros abuelos dándose las manos—. Y me he fijado en que el cuadro que tienen detrás es el que está en el pasillo de la planta de arriba. El del

dragón…

—¿Dragón?

—El del cuervo —rezongué y eso pareció ayudarlo a recordar—. Iba a subir a verlo justo cuando tú has aparecido.

—¿Crees que puede haber algo escondido ahí?

—No tengo ni idea, pero, visto lo visto, me espero cualquier cosa —recalqué. Perseo observó la fotografía unos segundos más y, finalmente, me la devolvió.

—Vamos. —Y fue hacia las escaleras. Pero, justo antes de que comenzáramos a subir, apareció mi madre, proveniente de la cena que estaba teniendo lugar en el comedor.

—Oliver, hijo, tu padre te está buscando por todas partes. ¿Qué haces…? Ah, hola, Perseo —lo saludó al darse cuenta de que no estaba solo. Perseo se limitó a saludar con un leve movimiento de la cabeza.

—Íbamos arriba a ver una cosa que…

—Luego tendrás tiempo. Ahora tienes que venir a ayudar. Vamos. —Me cogió del brazo, tirando de mí—. Tú también puedes venir. Te gustará la comida, ya verás.

Perseo se ruborizó un poco y asintió, bajando del primer escalón y yendo detrás de nosotros a una distancia prudencial, como temeroso de lo que iba a poder encontrarse en la cena de la que tanto le había hablado. Perseo Montecarlo asustado. Lo que me faltaba por ver.

—¿Y esa botella que llevas ahí? —preguntó mi madre.

—La ha traído Perseo. Es un regalo. —Mi madre sonrió y la cogió de mis manos para poder examinarla mejor.

Entramos en el comedor y todo el mundo estaba sentado en las

dos largas mesas que habíamos dispuesto por la tarde. Charlaban animadamente, algunos reían chocando sus copas y casi todos los platos estaban vacíos. Al verme mi padre, se levantó de la silla con un «por fin apareces» que provocó que todos se giraran a mirarme.

A mirarnos.

Porque, al ver a Perseo Montecarlo a nuestro lado, se hizo el silencio. Solo se podía escuchar la voz de Kelly Clarkson cantando de fondo uno de sus villancicos. Durante unos segundos nadie se atrevió a decir ni una sola palabra. Parecían estatuas. Como si Perseo fuera de repente Medusa, dándole la vuelta al mito, y los hubiera convertido a todos en piedra.

—Buenas noches —saludó, rompiendo el momento incómodo. La gente comenzó a cuchichear y volvió a sus platos, a sus conversaciones, a sus bebidas. Pero las miradas de soslayo no dejaban de repetirse mientras Perseo y yo buscábamos un sitio donde poder sentarnos. Finalmente fue Clara la que decidió levantarse y coger dos sillas libres, colocándolas justo frente a ella y su nueva conquista. Perseo se desabrochó la chaqueta y se sentó con una elegancia innata, y yo fui a hacer lo mismo a su lado, pero mi padre llegó a mí antes, indicándome que fuera con él a la cocina para ayudarlo a sacar el postre. Ni me dio tiempo a avisar a Perseo de que se iba a quedar solo ante los lobos del pueblo.

—¿Dónde has estado toda la noche? —me abroncó mientras abría la nevera y empezaba a sacar fuentes repletas de fruta y tartaletas de lima.

—Tampoco toda la noche, no seas exagerado. Solo salí un rato a que me diera el aire.

—Justo cuando llegaba el plato principal, Oliver.

—Ya, bueno, yo qué sé. Pero ahora ya estoy aquí. Dime en qué te ayudo —pregunté mientras le cogía las fuentes de las manos para que pudiera seguir sacando cosas de la nevera.

—No sé si es la mejor idea que él esté aquí esta noche…

—¿Perseo? Ha aparecido de repente. A ver, es verdad que yo lo invité hace un par de días. Al fin y al cabo, es un huésped más del hostal.

—Sí y no. Hay mucha gente del pueblo esta noche. Y no cae precisamente bien.

—¿Y qué hago? ¿Me lo llevo? Que la gente se aguante —repliqué.

Mi padre suspiró y cerró la nevera. Dispuso lo que había sacado sobre la isla de la cocina, como para asegurarse de que estaba todo lo que necesitaba.

—Nuestro enemigo es Orión, no Perseo —recalqué.

—La gente solo ve el apellido, Oliver. No ve más allá —dijo, preocupado, y cogió varias de las fuentes, saliendo al comedor. Yo hice lo mismo con las que quedaban y lo seguí.

—Hay que tener morro para aparecer por aquí en una noche así… —oí que decía Mikel, el dueño del bar Eguneko, mientras masticaba ruidosamente un trozo de carne de su plato, mirando directamente a Perseo, que se había servido algo de comida en el suyo.

—No he venido buscando problemas —respondió él con calma y educación. Dejé rápidamente las fuentes en el centro de la mesa y me senté a su lado, esperando que, al verme, eso calmara las aguas.

—¿Tu familia no ha hecho ya suficiente en este pueblo? —añadió otra mujer, una de las que había pillado criticando a Perseo antes de salir a que me diera el aire.

—Mi familia ha hecho lo que tenía que hacer —replicó Perseo mientras comía con parsimonia.

—No sé cómo te permiten estar aquí. Si por mí fuera… —dijo Mikel, cada vez más encendido.

—Yo le permito estar aquí —interrumpió mi padre la discusión a la vez que se sentaba en su silla, presidiendo la mesa—. Perseo Montecarlo es nuestro invitado. Y en El Muérdago todos somos iguales, Mikel.

—*Bere aita artaburu horrek hostala bota nahi du!* —gruñó, poniéndose en pie. No sabía mucho euskera, pero, si no me equivocaba, acababa de llamar «idiota» a Orión Montecarlo.

—*Zer esan duzu nire aitari buruz?* —replicó Perseo, y se hizo el silencio de nuevo. Levantó la mirada, retando directamente a Mikel. Este bufó, dejó caer la servilleta con fuerza sobre el plato, apartó su silla y se fue.

—No pienso compartir mesa con el enemigo. —Esas fueron sus últimas palabras antes de salir del comedor. Pero no fue el único que se marchó. Varios de los invitados a la cena también se levantaron de la mesa y lo siguieron, quedándonos solos los huéspedes del hostal y mi familia.

Mi padre se levantó también y se dirigió corriendo a recepción, dispuesto a hablar con la gente del pueblo, y seguramente intentar que no se fueran de aquella manera. La situación había sido incómoda cuando menos. Perseo estaba en tensión. Podía notarlo al ver la forma en que arqueaba su siempre perfectamente recta espalda. Simón le susurraba a su novio algo al oído, supongo que explicándole lo que acababa de pasar. Mientras, Clara sonreía de forma exagerada mientras trataba de rebajar la tensión

preguntándole a otro de los huéspedes hasta cuándo se quedaba en el hostal. Yo… Yo no sabía muy bien qué hacer.

Hasta que Perseo terminó de cenar.

Se limpió la boca con la servilleta. La dobló con cuidado, dejándola en la mesa junto a su plato, y se levantó.

—La cena estaba deliciosa. Muchas gracias.

Inclinó levemente la cabeza en señal de despedida y, acto seguido, se fue también del comedor. Casi al momento me levanté yo también y le seguí a recepción, donde lo encontré cogiendo su abrigo del perchero, dispuesto a irse.

—Oye, siento el espectáculo de la cena…

—Tranquilo. Estoy acostumbrado —dijo con pesar mientras se colocaba el abrigo.

—Espera, ¿te vas? —Pero no respondió—. No tienes que irte, Perseo. Ya lo ha dicho mi padre. Eres nuestro invitado.

—Y, por mi culpa, mira lo que ha pasado.

—¿Por tu culpa? Tú no has hecho nada.

—No puedo culparlos. Padre siempre ha tomado lo que ha querido cuando ha querido. Simplemente tienen miedo. —Fue recitando mientras se abrochaba el abrigo.

—Pero espera, no puedes irte.

—Mandaré a alguien a por mis cosas.

Sin girarse para mirarme una vez más, fue directo hacia la puerta. Pero me acerqué y lo cogí del brazo, impidiendo que se marchara.

—¿Y qué hacemos con esto? —dije, enseñándole de nuevo la foto de nuestros abuelos—. ¿No quieres seguir investigando?

—Oliver, ¿por qué te empeñas en seguir tratándome bien? ¿No

acabas de ver lo que ha pasado en la cena? Soy un Montecarlo. Eso no lo va a cambiar nada.

—A mí me da igual que seas un Montecarlo —repliqué casi sin pensar—. A mi abuelo también le daba igual.

Perseo pasó de mirarme a mí a la fotografía. Parecía tener una lucha interna, tratando de decidir qué hacer. No sabía si íbamos a encontrar algo más o las pistas para salvar el hostal acababan en esa imagen, pero cada vez estaba más seguro de querer descubrirlo junto a él. ¿No lo habíamos empezado juntos? Habría que terminarlo juntos.

—Está bien.

—¿Está bien? ¿Qué está bien? —respondí.

—Llévame al cuadro. Quizá encontremos algo más.

Estuve tentado de abrazarlo. Incluso de besarlo. Pero me limité a sonreír, feliz de haber conseguido mi propósito, y los dos fuimos hacia las escaleras, subiendo al piso de arriba. No estaba nada claro que fuéramos a descubrir algo en el cuadro de mi abuelo, pero era la única pista que nos quedaba. ¿Y si la marca para salvar el hostal había estado siempre ahí?

—En la fotografía, el cuadro estaba en una habitación —señaló Perseo, acercándose a la pintura y paseando su dedo por el marco.

—Ya. Pero, desde que recuerdo, siempre ha estado aquí. Mi abuelo nunca dejaba que nadie lo tocara. Era especial para él. Entiendo que… ¿quizá le recordaba a tu abuelo? —elucubré.

Me acerqué un poco más a la pintura y observé de cerca el dragón. Vale, sí, quizá era un cuervo.

Entonces Perseo cogió el cuadro y empezó a maniobrar para descolgarlo de la pared.

—i¿Qué haces?!

—Ayúdame —me pidió—. Puedes que haya algo por detrás.

—¿Tú crees?

—¿Me ayudas o no? —espetó.

—Sí, sí. Voy, voy.

Me acerqué para ayudarlo, cogiendo la otra esquina. Esa pintura pesaba mucho. Era enorme. Entre los dos conseguimos descolgarla y apoyarla en el suelo. Con sumo cuidado lo dejamos boca abajo, y Perseo se acuclilló para examinar la parte trasera del cuadro. Pero no había nada. Ni una inscripción, ni un falso fondo. Nada.

—Si no está en el cuadro… —susurró y empezó a mirar alrededor. Parecía estar buscando algo que solo él sabía. Giró sobre sus talones un par de veces y, pese a que yo no dejaba de preguntarle qué estaba haciendo o buscando, no me contestó. Se mantuvo concentrado en lo que sea que tuviera en mente. Al final, se acercó de nuevo a la pared donde había estado el cuadro y dio un par de golpes con los nudillos.

—¿Qué haces?

—Esto suena a hueco —constató después de dar un par de golpes más con más fuerza.

—¿Cómo que suena…?

Hice la prueba. Tenía razón.

—Cinco y nueve —dijo mirando de nuevo a derecha e izquierda —. Aquí debería de estar la habitación número siete. ¿Por qué no está? —preguntó.

—Era el número de la mala suerte de mi abuelo —le expliqué—. Por eso no hay habitación número siete.

—Claro que la hay —me rebatió—. Solo que está tapiada.

—¿Tapiada? ¿Qué dices?

Volvió a golpear la pared y luego paseó su mano derecha por la madera, buscando cualquier tipo de desigualdad.

—¿Piensas encontrar una puerta secreta como en las películas de misterio? Porque eso solo pasa en las pelis.

Pero él seguía a lo suyo.

—Nuestros abuelos han demostrado que no. Tú mismo lo dijiste antes —sonrió y siguió palmeando la pared—. ¿Puedes iluminarme aquí?

—¿Iluminarte?

Perseo se apartó de la pared y me miró fijamente de una forma algo agresiva. Me asustó y me excitó a partes iguales, si eso podía ser posible.

—Oliver, al otro lado de esta pared hay una habitación. Creo que he encontrado algo aquí. Una especie de marca. Pero necesito que me ilumines con la linterna de tu teléfono. Puedes ayudarme o puedes volver a la fiesta del piso de abajo —lo dijo todo de carrerilla, pero con calma, y con un tono de reproche que no entendí muy bien—. ¿No querías seguir investigando la historia de tu abuelo?

—Sí, sí, claro. Si no he dicho lo contrario…

—Pues todo parece indicar que esto es una nueva pista. Así que deja de ser tan lento para todo y ayúdame, por favor.

—¿Perseo Montecarlo diciendo «por favor»? ¿Qué será lo siguiente? ¿Gracias? ¿Tienes razón? —Me mató con la mirada. Vale. Captado. No era el momento.

Agaché la cabeza y me acerqué, obediente, con el móvil y activé la linterna.

—Aquí —señaló él con su dedo índice.

Había una especie de muesca en la pared. Perseo rascó con un dedo para ver qué era. Parecía un defecto de la madera.

—Acerca un poco más la luz.

Obedecí, pero, como por lo visto no era capaz de hacerlo como me pedía, me arrebató el móvil de las manos y lo hizo él.

—Hay algo… ¿Sabes cuándo se construyó esta pared? —preguntó, elaborando teorías en su cabeza.

—Ni idea. Siempre ha estado así.

Volvió a palmear la pared y fue andando hacia su derecha, hasta que frenó en seco.

—Mmm… Aquí la pared se mete un poco hacia dentro. Parece que quien colocó toda esta madera lo hizo para tapar algo que había al otro lado. Justo en esta zona. —Señaló donde antes había estado colgado el cuadro.

—¿Y? Es decir, ¿crees que taparon una habitación ahí? Le puedo preguntar a mi padre —sugerí, pero él seguía revisando la pared, buscando grietas o juntas invisibles para poder demostrar su teoría.

Hasta que encontró lo que buscaba.

Y tiró.

Y arrancó un trozo de pared.

—¡¿Qué haces, bruto?! —exclamé, corriendo hacia él.

Había quitado una de las láminas de madera y la había dejado caer al suelo sin importarle hacer ruido. Sonreía, orgulloso de su obra, y es que en la zona de la pared que había desencajado estaba la forma de lo que parecía una especie de puerta.

—Te lo dije —comentó con suficiencia.

—No-no sabía que eso estaba ahí.

—Seguramente tu padre tampoco lo sepa.

Una vez más, volvió a acercarse para examinar mejor su descubrimiento. Yo tardé un poco en reaccionar, pero al final acabé mirando también, aunque nervioso por si alguien nos pillaba, alguien que subiera de la fiesta, así que no dejaba de mirar por encima del hombro.

—Aquí está la cerradura. ¿La ves?

Giré la cabeza y vi que, en efecto, había una cerradura en la puerta que acababa de descubrir. Pero no era igual a las de las otras habitaciones. Tenía una forma diferente.

¿Qué era eso?

—¿Por qué crees que ocultaron esta puerta?

—No lo sé. Es el hostal de tu familia, no de la mía —dijo.

—Tu padre está intentando que eso deje de ser así —le recordé.

—Ya lo sé —gruñó, torciendo el gesto, incómodo. Ya no reaccionaba igual cuando hablábamos de que su familia trataba de borrar del mapa nuestro hostal. Ya no estaba tan chulito como al principio de conocerlo. Parecía importarle de verdad—. Tiene una forma muy extraña. No parece una cerradura corriente.

Me acerqué un poco más y, al ir a tocar la cerradura, nuestras manos se rozaron accidentalmente. Se me erizó la piel al momento y me tensé de la cabeza a los pies. Pensé que se apartaría o que haría alguno de sus comentarios hirientes. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Solo me miraba, fijamente como él hacía siempre. Así que, en un momento casi automático, moví levemente mi dedo meñique para acariciarle la piel. No sabía si era el efecto del vino caliente que había bebido antes de que llegara él, o que estaba más guapo que nunca… Pero me vino de nuevo a la cabeza el recuerdo

de la noche en el trastero. Con sus ojos mirándome en la oscuridad, y su boca abriéndose lentamente para alcanzar la mía.

En ese momento sus ojos azules brillaban con las mismas ganas. Sus labios húmedos se abrieron muy despacio con cada respiración. Y… Y yo tenía ganas de besarlo de nuevo. Lo necesitaba.

Me acerqué. Mientras seguía rozándolo con mi meñique.

Y lo besé.

—¡Oli! ¡Menuda se ha montado antes! Pero que sepas que el Mikel ese nunca me cayó bien… —gritó, sin ser consciente del volumen de su voz. Perseo, con una expresión de terror dibujada en su rostro, se apartó de golpe, quitándome con sus manos y dejándome a cuadros—. Ay, amor, creo que interrumpimos algo —le dijo Clara a su nueva pareja. Al menos por esa noche.

Pero a mí no me salía decir nada. Tenía el corazón latiendo desbocado. ¿Por qué Perseo me había apartado así? Respiraba con fuerza, nervioso, y no dejaba de mirarme, como si fuera un animal acorralado.

—¿Por-por qué habéis descolgado el cuadro del abuelo? —balbuceó al darse cuenta de que el cuadro estaba en el suelo—. ¿Sabes que a Oli le daba… un miedo terrible?

—¿Por qué no te vas a tu habitación a dormir la mona? —le dije entre dientes.

—No vamos a dormir precisamente —sonrió, cogiendo de la mano a la chica que iba a su lado y atrayéndola hacia ella, pero lo hizo tan torpemente que estuvo a punto de hacerla caer—. Ups, perdona, monada.

—No quiero saberlo, Clara, por Dios. —Me tapé los oídos.

—Soy tu hermana. El sexo es algo na-natural y precioso.

Lena tampoco sabía dónde meterse, pero por suerte parecía haber bebido también un poco de más, así que seguramente lo olvidaría todo a la mañana siguiente.

—Oye, Perseo, querido… —Y se acercó, cogiéndolo de la barbilla y a punto de caerse contra él al tropezar con el cuadro—. Si no fuera porque tu familia nos-nos quiere echar, yo te bendeciría como marido de mi hermano. A quién pretendo engañar. Te bendigo igual. Pero puedes aspirar a algo mejor, ¿eh?

Pero entonces se apartó, incómodo.

—Yo no soy gay —espetó, irguiéndose y elevando el mentón.

—Oh, espera… Pensaba que… ¿No os estabais liando hace un segundo? —sonrió Clara, mirándome a mí, que no sabía dónde meterme.

—Tú hermano se me ha lanzado.

—¿Cómo dices? —intervine.

—Oli, si es que hay que tener un poquito más de…

—¡Clara! ¡Haz el favor de callarte! —rugí con fiereza, retando a Perseo con la mirada, esperando a que se explicara.

—No sé qué idea te has hecho de mí.

—No me he hecho ninguna idea —repliqué.

Los dos nos quedamos en silencio. No tenía muy claro lo que acababa de pasar. Supuse que Perseo no quería que nadie supiera que le gustaban los chicos. Pero su reacción había sido desorbitada. Esa forma de apartarme. Esa forma de decir «no soy gay» como si le diera asco…

—Oye, no quería… —empezó a decir Clara, y esa fue la señal para que Perseo se fuera. Ni siquiera se despidió. Y yo no fui capaz de seguirlo esa vez—. ¿Qué coño ha sido eso? Oliver, lo siento, yo

no…

—Déjalo, Clara. Ayúdame con esto, anda. —Señalé el trozo de madera que habíamos quitado de la pared, dispuesto a volver a colocarlo en su sitio.

Capítulo 28

Perseo

8 de diciembre

Esta fiesta es todo lo que necesito. Por fin puedo demostrar a padre que valgo para el negocio. Todo lo he organizado yo, y no hay ningún cabo suelto. La música, la comida, los invitados… Llevo casi un mes planeando meticulosamente la lista de las personas que podían y debían venir. Fuera enemigos de padre, salvo un par sueltos, para que puedan ver cómo prosperan nuestros acuerdos. Porque esta fiesta es una trampa de oro. Se van a firmar muchas cosas, y padre solo podrá agradecérmelo a mí.

—Hola, Percy. ¿Nervioso? —me dice Abi, con una copa de cava ya en la mano. Al menos con ella cerca tendré a Gabriel más controlado. Es la única pieza discordante en todo un mecanismo bien engrasado.

—No. Todo está controlado —dijo.

No le miento. Realmente no estoy nervioso porque lo tengo todo bien planeado.

—La verdad es que has montado una fiesta increíble. —Me coge de la mano para darme ánimos—. Y tranquilo, que tengo a Gabs bien vigilado.

Me señala con la mirada a nuestro hermano, rodeado de un

grupo de chicas que no dejan de reírle todas las gracias.

—Tu hermano nunca deja de sorprenderme —sonríe. Me da un pequeño codazo amistoso y se aleja, tras guiñarme un ojo y desearme buena suerte.

Entonces lo veo. Pelo ondulado y casi rubio platino. Perilla y bigote bastante mal afeitado, lo que le da un aire rudo. Camisa semidesabrochada y pantalones negros apretados. Su vello sobresale por encima de una camiseta de rejilla de color plata. Tiene un colgante en el cuello en forma de infinito.

Me mira.

Lleva una copa en la mano. Parece whisky solo.

Me sonríe. Y me descubro a mí mismo sonriéndole también.

Alex Corman.

El actor australiano.

Pero está solo. No veo a su padre por ningún lado.

Precisamente por eso está en la fiesta. Porque su padre va a firmar un contrato relacionado con nuestros hoteles en Australia y una academia deportiva que vamos a abrir en Melbourne.

Oh, está viniendo hacia mí. Me pone nervioso. No sé qué hacer.

Tendré que actuar como padre me ha enseñado.

Firme y distante.

Aunque quiero ser simpático con él.

—Hey, good party! *—me dice con un acento australiano muy marcado.*

—Thanks. I'm Perse…

—Perseo Montecarlo. I know you. *—Tengo la sensación de que en esas últimas palabras hay un doble sentido que no acabo de captar —.* You've got amazing eyes. You know that, right?

—Thanks again *—digo, ruborizado. Es mucho más guapo de cerca—.* Did you come here with your father?

Sé la respuesta, porque los he invitado yo, pero es una excusa perfecta para sacar el tema.

—My dad's off mingling with people, but I'm a bit bored, to be honest. Fancy heading somewhere a bit quieter and telling me a bit about yourself?

Sé que está ligando conmigo. Puedo notarlo en su expresión corporal, en sus gestos, en su forma de hablarme. Asiento levemente con la cabeza y le digo que me acompañe.

Salimos del salón principal y, tras atravesar el vestíbulo, entramos en la biblioteca del abuelo.

No ha podido estar en la fiesta.

Más bien, no ha querido.

Padre y él ya no se hablan. Pero me llamó por la mañana para desearme suerte e invitarme a ir a su casa en Cannes.

Me encantaría. Pero padre nunca lo aprobaría.

Me apoyo en el escritorio que tengo justo detrás mientras Alex mira con asombro las enormes estanterías que nos rodean.

—So… this is your place, right?

—Yes. I mean… it's my family's house.

—Do you still live with your parents? That's kind of cute. *—Da un sorbo a su copa y la deja sobre una de las baldas de la estantería que tiene a su derecha. Se acerca.*

—No. Actually, I only live with my father and my brothers. My mother does not live with us anymore.

Cuando quiero darme cuenta, lo tengo mucho más cerca. A poca distancia. Me mira los ojos. Me mira la boca.

—Can I say something?

—Yes. Of course —*respondo.*

—I just can't get over your lips. They're incredible.

Eleva la mano hacia mi cara y pasea su dedo meñique por mi labio inferior, acariciándolo con suavidad. Abro un poco la boca y dejo que lo meta dentro. Lo recorro con la lengua.

Esboza media sonrisa, saca el dedo de mi boca y lo chupa. Luego saca su lengua y se moja los labios. Estamos a pocos centímetros ya.

Pone sus manos a ambos lados de mi cadera, apoyándolas junto a las mías en el escritorio de madera. Nuestras narices se rozan.

Abro la boca y lo beso. Con ganas.

Sabe a whisky y cacao de labios de vainilla.

—¿Perseo?

Alex se aparta al instante.

Ambos hemos reconocido esa voz.

Padre.

Alex se gira hacia él y luego hacia mí.

—What the fuck are you doing? I'm not some ~~poofter~~…

Su mirada me atraviesa por completo. Su desagradado contrasta con lo que acaba de pasar. Solo le falta escupirme. Se gira, mira a padre y le susurra algo al oído.

Padre cambia su expresión y se me acerca cuando Alex sale de la biblioteca.

—Padre, lo siento, yo…

No me da tiempo a terminar. Me propina una bofetada con tanta fuerza que se me saltan las lágrimas.

—Acabamos de perder un acuerdo millonario —gruñe—. ¿Eres

consciente de lo que nos ha costado tu tontería?

—Pero no puede ser. Voy a hablar con él. Déjame arreglarlo.

—Bastante has hecho ya. ¡Y espera que no hable con la prensa! —La decepción en su mirada—. No eres gay, ¿me oyes? Ahora haz el favor de volver a la fiesta y comportarte como un Montecarlo de verdad.

Se gira y se va. Me deja solo en la biblioteca, con la vergüenza por las nubes y la autoestima por el suelo.

Empiezo a hiperventilar.

Se me escapan las lágrimas de los ojos. El corazón me va a mil por hora. Me llevo la mano al pecho, asustado. Me desabrocho la camisa. No puedo respirar. Me falta el aire. Me falta el oxígeno. Empiezo a marearme.

Corro hacia el baño de la planta baja. El que está junto a la chimenea. Pero me cuesta ver lo que tengo delante.

Me cruzo con un camarero que vuelve a la cocina y estoy a punto de tirarle la bandeja.

Consigo llegar al baño. Cierro la puerta y abro el grifo. Me echo agua en la cara. Sin parar. Hasta que estoy completamente empapado.

Me agarro al lavabo con tanta fuerza que mis nudillos se tornan blancos.

Me miro al espejo.

—No soy gay. No soy gay. No soy gay.

Capítulo 29

Oliver

No sabía si el mareo era culpa de lo que había bebido por la noche después de irse Perseo… o de la tensión que había experimentado estando con él. Pero lo cierto era que la cabeza me iba a explotar, y la luz que entraba por la ventana no me ayudaba nada.

¿Por qué se empeñaba en comportarse así? ¿Qué problema tenía conmigo? Cuando se acercaba un poco, luego se alejaba el doble. Asustado. Pero no era consciente de que sus acciones tenían consecuencias. Y, sorprendentemente, dolían. «No soy gay». Esas habían sido sus palabras, después de apartarme de malas maneras tras besarlo, y encima decirle a Clara que había sido yo el que se había lanzado. Que tenía razón, que me había lanzado yo. Lo sé. Pero lo dijo de tal forma que…

—Buenos días, hoyuelos.

¿Cómo?

¿Acababa de soñar o Gabriel Montecarlo me había dado los buenos días?

Me giré y ahí estaba él, sin camiseta, estirando los brazos y bostezando. Me miró, sonrió y se revolvió el pelo, que estaba más encrespado que nunca. Aun así, pese a ser pronto por la mañana, seguía siendo guapísimo. Me guiñó un ojo y se acercó para darme

un beso corto en los labios.

—Se duerme bien aquí, la verdad. Se lo diré a mi padre. A ver si así se ablanda un poco.

Acto seguido, se dio la vuelta y se sentó en la cama, dándome la espalda, repleta de pecas y con unos dorsales muy marcados.

—Hoy hace un buen día, ¿no crees? —preguntó, pero yo seguía un poco desconcertado.

¿Qué había pasado después de que Perseo me rechazara y se fuera del hostal? Recordaba haber colocado de nuevo el cuadro, pese a las continuas preguntas de Clara. Luego había bajado de nuevo a la cena de mi padre, furioso. Perseo ya se había ido. Esperaba que estuviera aún en recepción, arrepentido. Pero no. Se había largado. De la peor forma posible. Recordaba haber entrado en el comedor y ver que aún había gente. Incluso mi padre había conseguido convencer a algunos invitados del pueblo para que se quedaran. La música navideña había sido sustituida por clásicos de los noventa, y, como el vino caliente se había terminado, la gente ya estaba bebiendo copas bastante más fuertes.

Recordaba sentirme como una mierda.

Recordaba que me había servido un vaso de vodka con limón. Con nada de limón y todo de vodka.

Luego otro.

Y luego otro más.

Recordaba una de esas baladas roqueras que le encantaban a mi padre.

Recordaba a Madonna, a Michael Jackson, a los Backstreet Boys y algún grupo de esos españoles que tanto le gustaban cuando era universitario.

Y también recordaba subir a duras penas a mi habitación, buscar en todas partes la tarjeta de Gabriel y llamarlo en medio de la noche, llorando y borracho.

Claro.

Es que lo llamé.

Yo.

Me rechazó Perseo y busqué consuelo en su hermano.

Y él apareció. Por supuesto que apareció.

Joder.

No podía haberla cagado más.

—¿Cómo? —Se me había olvidado por completo lo que me había dicho.

—Dije que hoy hace un buen día.

—Ah, sí, eh… Sí, supongo, sí.

—Anoche estabas más hablador —bromeó, girando un poco el cuello y mirándome por encima del hombro con su sonrisa de actor de Hollywood—. ¿Te importa que me duche?

Se levantó y vi que estaba totalmente desnudo. La luz, que perfilaba su culo perfecto, también hacía que el vello que lo recubría, al ser claro, se volviera casi invisible. Ni siquiera hizo amago de vestirse o de ponerse unos calzoncillos. Se acercó a la ventana, la abrió e inspiró un poco el aire de las montañas. Solo esperaba que mis padres no estuvieran paseando por fuera, porque se habrían llevado una buena sorpresa.

—Hacía mucho tiempo que no me levantaba tan tarde. Ah, no, miento. La otra noche en París. Se me había olvidado. —Rio—. ¿Tú has estado en París, hoyuelos?

Se dio la vuelta y apoyó el culo en el borde de la ventana,

dejándome verlo completamente desnudo por delante. No tenía el cuerpo de su hermano ni falta que le hacía, porque era tremendamente atractivo. Sus pectorales estaban cubiertos de vello anaranjado casi rubio al igual que sus piernas. Tenía varios tatuajes: uno justo sobre el pezón derecho, otros dos en los antebrazos y otro más en el costado.

Tampoco tenía los abdominales marcados. Era un cuerpo bastante normal, muy parecido al mío. Su polla era grande y gruesa, aun sin estar empalmada.

—¿No piensas levantarte nunca?

Yo también estaba desnudo. Podía notarlo bajo las sábanas. Nuestra ropa estaba tirada por el suelo y sobre las sillas de la habitación. Pese a que a él no le diera vergüenza que lo viera así, yo no era igual.

—Sí, ahora me levanto. ¿No-no ibas a ducharte? —recordé.

—¡Es verdad! ¿Quieres ducharte conmigo? —sugirió, y me puse en tensión, a la vez que me excitaba de golpe. Pero una cosa era liarme borracho con Gabriel y otra muy distinta sería hacerlo a plena luz del día. Iba a responder, pero él se adelantó—. Me abruma tu entusiasmo, Oliver.

—Yo es que…

—Estás rayado, ¿verdad?

—Un poco sí —admití, bajando levemente la cabeza.

—Perseo es Perseo. Siempre intentando hacer cualquier cosa para cumplir las expectativas de papaíto —me explicó a la vez que se rascaba un poco la cabeza—. No te estreses demasiado.

—¿Qué te he contado de Perseo? —No recordaba mucho de lo que le había dicho.

—Nada que no supiera ya. Yo lo quiero un montón, pero es una persona… complicada.

Se separó de la ventana y se dirigió al baño.

—Aunque nunca lo he visto mirar a nadie como te mira a ti. Las cosas como son.

—Me dijo que no era gay. —De eso sí que me acordaba.

—Hay más cosas aparte de ser gay, te recuerdo. No seas simplista —me dijo, entornando los ojos—. Percy tiene una relación complicada con entenderse a sí mismo. Regalito de nuestro papá. Yo, como ves, he salido mejor. —Me hizo una reverencia, pero le falló el equilibrio y estuvo a punto de caerse de morros. Acabó con la cabeza en la cama entre risas incontrolables—. Puede que siga un poco borracho.

—¿Tú también bebiste?

—Hombre, no te iba a dejar toda la fiesta a ti —bromeó.

—¿Te conté algo más sobre…?

—¿Que os liasteis en el trastero? ¿Y que después desapareció? Sí, sí. Me lo contaste. Con muchos detalles, la verdad. Y me puso muy cachondo. Lo cual, ahora que lo pienso, es bastante problemático. Pero… —Se encogió de hombros, juguetón—. He de decir que aquella mañana se fue porque yo me lo llevé. Charla de hermanos. *Sorry.*

—Perseo no hace nada que no quiera. Eso lo sé. Si se fue es porque quería irse —refunfuñé.

—Mira, Oliver. Mi hermano tiene un poco de miedo al compromiso y a hacer cosas que se salgan de la norma. ¿Me sigues?

—Creo que sí.

—Todo eso de «no soy gay» y blablablá… son mentiras que se

repite una y otra vez. Esto viene de lejos.

—Pensaba que un Montecarlo nunca miente —recordé.

—¡Ja! Un Montecarlo lo único que hace es mentir para salirse con la suya —dijo, y se puso de pie.

Rodeó la cama y se colocó a mi lado. Su polla estaba a la altura de mi cara, por lo que me aparté un poco. Era eso o metérmela en la boca. No había término medio.

Acto seguido se inclinó un poco, me miró fijamente y me dio un beso corto en los labios.

—Uy, mira quién se ha despertado también —sonrió, y señaló a su entrepierna. Su polla se había empalmado solo con el beso. Me guiñó un ojo y abrió la puerta del baño—. No cierro… por si quieres divertirte un rato.

Entró y dejó la puerta entreabierta y, al rato, escuché el agua de la ducha cayendo. Me levanté de la cama a toda prisa y me puse los primeros calzoncillos que encontré en el suelo, pero entonces me di cuenta de que eran los suyos. Me los quité, avergonzado, y, después de un rato buscando los míos, acabé desistiendo y saqué unos del armario.

Aún no me podía creer que hubiera recurrido a Gabriel tras ser rechazado por Perseo. Le iba a dar un infarto como lo descubriera. Pero antes mataría a su hermano. Ya me lo había dicho, que le encantaba meter las narices en todos lados. Aunque en esa ocasión había sido yo el que lo había invitado a que lo hiciera.

Me puse unos pantalones y miré mi móvil. Eran las once de la mañana. ¿Nadie me había despertado? ¿Cómo podían haberme dejado dormir tanto? Aunque ese día varios de los huéspedes se iban del hostal, y los nuevos no llegarían hasta la hora de comer.

¿Alguien habría visto a Gabriel llegar por la noche? Ni recordaba a quién le tocaba el turno de recepción.

Aunque sabía que a Clara no, porque la había visto subir borracha a su habitación con su nueva novia. ¿Cómo se llamaba? ¿Coral? No. Esa era la anterior…

Espera, tenía un mensaje de un número que no conocía. Cuando fui a leerlo, alguien llamó a la puerta. Y en la ducha estaba Gabriel. Tendría que disimular, fuera quien fuese. Me puse a todo correr una camiseta arrugada que encontré sobre una de las sillas y abrí.

Casi se me paró el corazón.

Seguramente se me paró una milésima de segundo.

—Buenos días, Oliver —me saludó Perseo. Llevaba unos pantalones de color caqui y un polo verde con el que marcaba los bíceps.

—¿Qué haces aquí? —conseguí decir, bloqueando la entrada.

—Te he escrito un mensaje —dijo, como si eso fuera suficiente para explicarlo todo.

—¿Ah, sí? No-no lo he visto.

—Me sale que lo has abierto —contestó, y yo empecé a ponerme más y más nervioso.

—Ah, bueno, eso es porque lo acabo de mirar. Hace nada. ¿Qué-qué decías? —improvisé, pero sin moverme del sitio.

Perseo sospechaba. Lo notaba inquieto.

—Tenemos que hablar —dijo, misterioso como él solo.

—¿De qué quieres hablar?

—¿Vas a dejarme pasar? —preguntó, señalando con la mano el interior de la habitación.

—Es que iba a ducharme ahora. Me pillas un poco mal porque me

he despertado muy tarde, ¿sabes? Y tengo que prepararme. Así que, si puedes esperar abajo, hablamos dentro de un rato…

—Me gustaría hablar ahora. No eres el único que tiene cosas que hacer —replicó, molesto.

—Vale, venga, hablemos. —No le pensaba dejar pasar, eso sí. Demasiado riesgo.

—¿Aquí en el pasillo?

—Sí, claro.

—¿Vas a dejar el agua abierta?

—¿Cómo?

—La ducha. Oigo el agua —señaló, suspicaz.

—No pasa nada. Solo va a ser un momento, ¿no?

Perseo me miraba con una cara de no entender nada y cualquier explicación que le diera iba a ser demasiado extravagante. Nunca se me había dado bien improvisar. No me quedaba otra que entrar en el baño y avisar a Gabriel.

—Vale, sí, sí. Espera.

Le cerré la puerta en las narices. Literalmente. Con el corazón desbocado, como casi siempre desde que había llegado al hostal hacía unos días, fui al baño, pero me detuve…

Cambio de planes. Le diría a Perseo que había cerrado el grifo y que fuéramos abajo a hablar, a ser posible fuera del hostal, lejos de su hermano.

Ese era el mejor plan.

Conté hasta cinco, cogí una de mis sudaderas y recé para que todo me saliera bien. Lo último que quería era que por mi culpa los dos hermanos discutieran. Abrí la puerta y vi a Perseo alejado en el pasillo, mirando concentrado su reloj. Menos mal. Cerré y me

acerqué a él.

—Ya estoy. ¿Bajamos? Necesito un café. —Como él solía hacerme, no le di ni tiempo a contestar. Le adelanté y se vio obligado a seguirme. Quería alejarle todo lo posible de la habitación. Y quizá el mejor lugar era la cocina o el patio trasero.

—Claro —le escuché decir, y me siguió. No tardó mucho en ponerse a mi altura, porque era más alto que yo, y cada paso que daba era casi como dos míos.

—¿Llegaste bien anoche a tu hotel? —Perseo se vio sorprendido por la pregunta, pero, pese a ello, respondió.

—Sí. Muy bien. Pero estuve dándole vueltas a lo que pasó.

Así que de eso quería hablar.

—Ajá —asentí, impaciente por saber lo que tenía que decirme.

Llegamos a la recepción, y ahí estaba Lucas. Fue a saludarme, pero me vio con Perseo y se limitó a hacer un gesto con la cabeza. Estaba haciendo el *check-out* a Simón y Jae-young, su novio.

Estos, al verme, no se limitaron a sonreír, sino que quisieron hablar conmigo, algo que molestó a Perseo enormemente.

—Ya nos vamos —me dijo Simón—. Ha sido un placer. Nos lo hemos pasado genial.

—Muchas gracias —añadió su novio, Jae-young, acompañando sus palabras con una reverencia.

—El placer ha sido nuestro. —Le devolví su reverencia.

—Es una pena que vayáis a cerrar. Los Montecarlo son los responsables de que os quedéis sin el hostal, ¿verdad? —Traté de hacerle señas para terminar la conversación, pero, en cuanto escuchó su apellido, Perseo se interesó por lo que estábamos diciendo.

—Buenos días. Soy Perseo Montecarlo. ¿Hay algún problema?— dijo, tendiéndoles la mano.

Simón se puso rojo de la vergüenza, abriendo los ojos como platos, sin saber muy bien cómo salir de la situación que acababa de crear de la nada. Empezó a tartamudear, pero fue su novio el que salvó la situación.

—Un placer, Perseo. Mi primo entrena en una de vuestras academias. Bueno, entrenaba —se corrigió.

—¿En cuál? —El interés de Perseo se renovó al momento.

—En Arcadia. Aunque ahora está en Estados Unidos.

—¿Y le va bien?

—Sí. Ha podido jugar el US Open de tenis —contestó Jae-young, visiblemente orgulloso.

—Ajá.

Los cuatro nos quedamos en silencio. Jae-young y Simón sonriendo, nerviosos. Yo pendiente de si escuchaba a Gabriel bajar las escaleras. Y Perseo más tieso que nunca.

—Pues ya estaría el *check-out* hecho —nos interrumpió Lucas, y respiré, tranquilo al fin.

—Nosotros nos vamos a desayunar, Lucas. ¿Necesitas algo? —Él negó.

Me despedí de Simón y su novio, y Perseo y yo continuamos nuestro camino hasta la cocina.

Cuando entramos, ya estaba todo recogido, y no había ni rastro de mis padres o de Clara. Tendríamos unos minutos de tranquilidad para poder hablar.

Noté que Perseo se iba impacientando conforme pasaba el tiempo. Si había venido con buenas intenciones, seguramente las

cosas habían cambiado.

—¿Te hago un café?

—No —sentenció.

—Como quieras. —Fui directo a la máquina para hacerme uno a mí.

—Estás molesto por lo que ocurrió anoche, ¿verdad? Puedo notarlo —empezó a decir.

Parecía que estaba interpretando mi extraña forma de actuar (nervioso por culpa de su hermano) como un enfado por su estupidez de la noche anterior…

—No estoy molesto —contesté mientras la máquina empezaba a borbotear—. Estoy confundido.

—Quería disculparme.

Perseo Montecarlo disculpándose. Ya lo había visto todo en esta vida. Vertí un poco de café recién hecho en mi taza y le hice un gesto con la mano para que continuara.

—Sobre todo por cómo me fui anoche. Un Montecarlo nunca se comporta así —comenzó diciendo—. Además, creo que deberíamos seguir con la investigación que…

—¿Solo has venido por eso? —lo interrumpí.

—¿Por qué más iba a venir? —replicó, algo confundido.

—No sé, esperaba una explicación de por qué te fuiste como te fuiste después de haber estado desaparecido durante dos días o por qué vino tu padre a amenazarme. Debía de pensar que te había asesinado o algo parecido.

—¿Padre estuvo aquí? —Su expresión era de pánico absoluto.

—Sí, hijo, sí. —Se sorprendió de que le hablara así—. Pero olvidemos a tu padre por un momento. Porque lo que quiero saber

es por qué desapareciste, luego volviste y, en cuanto te besé, me…

—¡Buenos días, hermanito! —exclamó Gabriel, entrando en la cocina con una sonrisa y pasando su brazo por encima de mi hombro—. ¿Qué haces por aquí tan temprano?

—Son casi las doce del mediodía —dijo Perseo—. Y no tengo por qué darte explicaciones de nada. ¿Qué haces tú aquí?

—Si tú no me das explicaciones, tampoco tengo que dártelas yo, ¿no? —Le guiñó un ojo, y luego se volvió hacia mí—. ¿Me has preparado café también? —me preguntó, y me dio un escueto beso en los labios.

Perseo se quedó a cuadros, al igual que yo. Al traste todo mi trabajo para que Perseo no se enterara de que había pasado la noche con su hermano.

—Ya veo. —Fue lo único que dijo. Asintió con una seriedad al borde de la explosión y, pasando por nuestro lado, salió de la cocina, como si estuviera dolido.

—¿Qué le pasa? ¿No le has contado nada? —preguntó Gabriel con tono de preocupación.

—No, Gabriel. No le he contado nada —repliqué, molesto.

—Ups, hoyuelos. No pretendía…

Pero no escuché el final de la frase. Le quité el brazo de mi hombro y salí. Quería hablar con Perseo antes de que se fuera del hostal. Cuando lo encontré, acababa de salir por la puerta delantera. ¿Por qué no dejaba de estar persiguiéndolo?

—¡Perseo! —le grité, pero no se detuvo. Mierda. Que iba en calcetines y chándal. ¿En serio me iba a hacer perseguirlo por la nieve?—. ¡Perseo!

Nada. Siguió caminando en dirección a su coche, así que me

lancé a la nieve, maldiciendo todo lo maldecible y notando cómo se empapaban mis calcetines al momento. Una sensación de lo más desagradable. Aceleré el paso y, por suerte, conseguí alcanzarlo antes de que se subiera al coche.

—¿No me has oído llamarte?

—Sí —respondió, con una mueca de asco dibujada en el rostro.

—¿Y por qué no te has parado?

—Porque no he querido. ¿Alguna pregunta más?

Sí que estaba dolido, sí.

—¿Me dejas explicarme?

—¿Explicarte? ¿El qué? ¿Que te has follado a mi hermano? —espetó, y cerró la puerta con fuerza—. Gabriel siempre metiéndose en todo. No puede evitarlo.

—Para empezar, a mí no me hables así —bramé, para que entendiera que no iba a amedrentarme—. Y para seguir…, lo siento, ¿vale? No lo planeé. Pero… surgió así. Todo era muy confuso. Todo es muy confuso contigo. Después de lo que pasó en el trastero, has desaparecido. Pero es que por mucho que intentes borrarlo de tu mente, lo que pasó… pasó de verdad. Que no pasa nada si fue una noche de calentón o simplemente no te intereso. Puedo vivir con ello.

Perseo me miraba, de brazos cruzados, esperando a que terminara mi discurso improvisado.

—Nunca imaginé que pudieras llegar a gustarme, ¿sabes? Yo-yo solo quería mostrarte nuestro día a día en El Muérdago… Pero, bueno, pasó lo que pasó. Punto. Y fíjate, yo creía que, oye, a lo mejor yo te gustaba a ti. Te he dejado tu tiempo. Porque yo tampoco lo tenía claro. Pero, visto lo visto, está claro que estaba

totalmente equivocado. Sobre todo después de anoche. ¿Tenías que hacerlo así delante de mi hermana?

—Yo… no he dicho que no me gustes —dijo, sin amilanarse, como orgulloso de una respuesta que me pilló algo desprevenido.

—No. Dijiste que no eres gay justo después de que yo intentara besarte —repliqué, recordándole lo que había pasado—. Creo que se parece bastante.

Se mantuvo en silencio, consciente de cómo lo había estropeado todo con esa frase.

—¿Tenía que ser con Gabriel?

—Ya me he disculpado por eso. Y lo vuelvo a hacer. Lo siento. No ha sido mi mejor decisión. Pero al menos él me escucha y es majo conmigo, y sé lo que puedo esperar de él. Además, tú no eres gay, ¿no? He sido yo el que se ha hecho ideas extrañas —lo ataqué con la misma frase que me había dicho antes de largarse por la noche—. Así que técnicamente tú y yo no tenemos nada. Solo estamos investigando. Una relación estrictamente profesional.

—Estrictamente profesional. Por supuesto.

Y, poniendo la misma expresión que cuando Gabriel me dio el beso delante de él, asintió con vehemencia, abrió la puerta del coche, entró y, sin despedirse, se marchó.

Capítulo 30

Oliver

Joder.

Me arrepentí al momento de toda la conversación.

Perseo había venido al hostal a disculparse. Me había dicho que le gustaba. Bueno, a su manera. Y yo, como siempre, había reaccionado de más.

Cuando volví a entrar en el hostal, Gabriel me esperaba en recepción. Estaba charlando con Lucas, que lo miraba embelesado. ¿Había alguien en el mundo al que no pudiera seducir con sus encantos? Al verme aparecer con los calcetines empapados, Lucas salió preocupado de detrás del mostrador.

—¿Cómo es que has salido así fuera? ¡Te vas a poner malo! Corre, quítate esos calcetines —dijo, haciendo de padre de repente.

—¿Has conseguido pillar a Percy? —me preguntó Gabriel, que seguía apoyado en el mostrador, sorbiendo de su taza de café.

—Se ha marchado —le expliqué mientras obedecía a Lucas y me quitaba los calcetines. Tenía los pies helados, de un color rojo casi morado.

—Bueno, era de esperar —puntualizó—. Es cabezota, pero entrará en razón.

—Te voy a traer unos calcetines limpios de la lavandería. Espera

aquí —dijo Lucas, y salió corriendo hacia el comedor.

—¿Por qué me has besado delante de él? ¿Qué pretendías? —lo reprendí. La sempiterna expresión divertida de Gabriel se esfumó.

—Es la única forma que tiene mi hermano de espabilar —me explicó con cautela—. Pero ya he visto que, cuando él está cerca, solo tienes ojos para él. Así que te agradecería que no volvieras a utilizarme así. ¿Estamos?

Se terminó el café, me dio un par de palmadas en el hombro y dejó su taza en mis manos. Cogió su abrigo del perchero y se encaminó hacia la puerta. Pero, antes de salir, se dio la vuelta una última vez. Volvía a sonreír.

—Tranquilo, hoyuelos. Era broma. Me ha gustado mucho pasar esta noche contigo. Hacía tiempo que nadie me la chupaba así. Úsame siempre que quieras. —Me lanzó un beso al tiempo que abría la puerta y salía del hostal, dejándome a cuadros y totalmente rojo de la vergüenza.

Entonces escuché a alguien carraspeando justo detrás de mí. Lucas con un par de calcetines en sus manos. Si ya estaba rojo de vergüenza, cuando lo vi a él deseé que me tragara la tierra en ese mismo momento.

—Tú no has oído nada —bramé, le arrebaté los calcetines y me fui a mi habitación.

No volví a saber nada de ninguno de los dos hermanos durante casi todo el día. Ni mensajes, ni visitas inesperadas… Nada. El hostal, además, estaba más tranquilo que de costumbre. Había alguna habitación libre, y eso se notaba en el servicio de comidas. La parte positiva era que iba a tener tiempo para poder investigar en la

habitación secreta. Podría decírselo a Clara y que ella me ayudara. Porque recurrir a Perseo, después de nuestra última conversación, no me parecía buena idea. Pero, cuando iba decidido a hablar con mi hermana, apareció mi padre, dispuesto a trastocarme los planes.

—Oliver, ¿estás ocupado?

—Iba a ayudar a Clara a…

—¿Me acompañas donde los árboles? —me interrumpió.

—¿Por?

—He pensado que podríamos plantar uno tú y yo.

—¿Y eso? ¿No esperamos a Nochebuena? —pregunté con curiosidad.

—Prefiero hacerlo antes. Por si acaso.

Ese «por si acaso» había sonado a una rendición total. Como si ya diera por seguro que no íbamos a poder conservar el hostal más allá del día quince, pese a que Perseo me hubiera dicho que iba a intentar que su padre nos diera más tiempo.

Salimos por la puerta trasera y lo seguí hasta donde tenía aparcada su furgoneta. Sobre el techo había un pequeño arbolito guardado en un saco de arpillera. Lo ayudé a bajarlo y nos dirigimos hacia el interior del bosque, yo cargando con el árbol y mi padre a mi lado, con las manos tras la espalda, mirando hacia el cielo.

—¿Lo estás pasando bien estos días? —me preguntó, tratando de rellenar el silencio que había entre los dos.

—Sí, sí. Aunque un poco locura. Hay demasiado trabajo, papá. Tenías que haber pedido ayuda mucho antes.

—¿Quién lo va a hacer mejor que nuestra familia? No necesitaba a nadie más —se explicó.

—Literalmente, cualquiera. Claro que necesitabas a alguien.

—No digas tonterías. Este hostal es nuestro y, si va a desaparecer, quiero que estemos todos unidos hasta el último día —sentenció, tan orgulloso como siempre.

—¿Tú crees que ya han ganado?

—No lo tengas todo tan claro todavía, Oliver.

De repente, se agachó para examinar algo que había en la nieve. Me indicó con la mano que me acercara y, tras dejar el árbol en el suelo, me acuclillé a su lado.

—Huellas de lobo. ¿Lo ves? —me señaló. Parecían recientes y se internaban en lo más profundo del bosque.

—Sí, las vi el otro día…

—Habrá que darse prisa. En cuanto empiece a anochecer, este camino puede ser peligroso.

—Dios, papá. Lo que nos faltaba —refunfuñé, y recogí el saco con el árbol, aunque costaba bastante llevarlo.

—Déjame a mí, anda, que veo que te pesa mucho.

—¡Qué dices, papá! No pesa nada —mentí—. Lo llevo yo.

Seguimos andando un rato en silencio hasta llegar al claro del bosque, donde estaban los árboles que mi familia había plantado durante años. La última vez había estado con Perseo, hacía tan solo unos días. Curioso que hubiera estado en el mismo lugar con el dueño del hostal y con el hijo del que se lo quería arrebatar.

Al llegar, mi padre dejó caer la bolsa que llevaba al hombro y sacó un par de palas. Empezó a observar todos los árboles, para ver si alguno estaba en malas condiciones, y seleccionó uno muy pequeño que no había conseguido sobrevivir.

—Este lo plantó una mujer de Ámsterdam el año pasado. Es una pena…

Y lo era, porque el árbol estaba completamente seco. Bueno, árbol… No me llegaba ni a la cintura. Así que nos pusimos unos guantes y, entre los dos, lo sacamos con cuidado de la tierra y lo apartamos a un lado. Mi padre haría algo de serrín con él o lo usaría como leña para el fuego, o incluso para decoración. Siempre les encontraba un uso, fuera el que fuese.

—¿Aquí te parece bien? —pregunté.

—Aquí me parece bien.

Dentro del hueco que habíamos dejado en la nieve había una pequeña cajita. Mi padre se agachó y la cogió, limpiándole los restos de tierra de encima.

—Guárdalo, anda.

—Veo que sigues haciendo lo de dejar algo importante junto al árbol —señalé.

—Claro que sí. Hay que enviársela a su casa. Solo ella tiene la combinación.

Cogí la caja de sus manos. Era de color plateado y estaba oxidada por las esquinas, pero, por lo demás, parecía estar en perfecto estado. La guardé en el interior del saco donde habíamos traído las palas y lo puse sobre la nieve mientras mi padre sacaba algo de su abrigo.

—Ya que vamos a plantar un nuevo árbol, también tendremos que dejar algo.

Él también había traído una caja metálica.

—¿Tienes algo que quieras dejar? —me preguntó.

—No he traído nada…

—Lo dejaré yo entonces.

Abrió la caja y en su interior depositó una enorme llave de

bronce. La reconocí al instante. Era la llave del hostal. No abría ninguna puerta. Pero sabía que el abuelo la había mandado hacer como símbolo de El Muérdago. De hecho, tenía el nombre grabado en su superficie.

—¿Vas a enterrar la llave del abuelo?

—No quiero que se pierda. Al menos así siempre estará donde tiene que estar —dijo, melancólico. Cerró la caja y la dejó en el hueco que había quedado tras retirar el árbol seco—. Venga, ahora toca plantar.

Entre los dos agarramos el tronco del arbolito que yo había cargado y lo depositamos en el agujero, haciendo hueco con las palas para que cupiera a la perfección. Luego, mientras mi padre lo sujetaba, yo eché tierra encima. Cuando estaba un poco cubierto, le colocamos alrededor una malla metálica verde para ayudarlo a crecer recto y para evitar que algunos animales lo destrozaran.

—Hacía mucho que no hacíamos esto juntos, ¿eh? —dijo mi padre, que ya estaba sudando.

—Sí, es verdad.

—Este hostal es parte de ti y de tu hermana. Si las cosas hubieran sido diferentes, me habría gustado que fuera vuestro —me confesó.

—Papá…

—Entiendo que quisieras irte, Oliver. No creas que no lo entiendo. Pero también tienes que entender que no ha sido fácil. Para ninguno.

—Lo sé —admití.

—No te estoy recriminando nada. Tú tienes tu vida, y debes vivirla. Pero, cuando uno es padre…, ve las cosas de otra forma. Lo

entenderás cuando tengas hijos. Si es que los tienes —sonrió.

—No me veo siendo padre, la verdad.

—Yo sí te veo siendo padre. De hecho, estoy seguro de que serías un padre estupendo —dijo, orgulloso, con los brazos en jarra —. Vuestro abuelo quería que os quedarais el hostal. Lo sabes, ¿no? —comentó, mirando con ojos melancólicos el árbol más grande, el primero que plantaron.

Se acercó al tronco y lo acarició. Una forma de estar cerca del abuelo, aunque ya no estuviera con nosotros.

—¿Qué enterró el abuelo?

Sabía que, cuando murió, mi padre y sus hermanas desenterraron la caja bajo su árbol. Pero nunca me habían dicho qué había dentro.

—Un botón… y este reloj. —Se señaló la muñeca. Era el reloj dorado que nunca daba bien la hora—. Desde entonces lo llevo puesto.

Nunca me lo había contado. Pero sí recordaba el día que enterramos sus cenizas justo en las raíces de ese primer árbol que plantó, y que inició la historia del hostal, y de nuestra familia. Su herencia estaba en esas raíces. Pero ahora Orión Montecarlo había decidido borrarla del mapa.

—Supongo que… las cosas cambian —se lamentó—. Es parte de la vida, ¿verdad? Luchar por lo que uno quiere el tiempo que te permitan hacerlo. Vamos, regresemos al hostal, anda. —Tras darme unas palmadas en el hombro, echó a andar.

Eché un último vistazo al árbol del abuelo y, tras despedirme con la cabeza, me di la vuelta y seguí a mi padre.

Capítulo 31

Oliver

9 de diciembre

Las luces de la competición de saltos llegaban hasta el exterior del hostal. Incluso podía escucharse a lo lejos la música y el bullicio de los altavoces a través de los que anunciaban a los saltadores. Nuestro pequeño refugio contrastaba con la locura que debía de estar viviéndose a pocos kilómetros de allí. Además, esa tarde El Muérdago estaba bastante solitario. La gran mayoría de los huéspedes habían ido a ver la competición, por lo que todo tenía un aire de calma bastante inusitado para esa época del año. Tanto era así que Clara y yo casi no hicimos ni falta para preparar el turno de cenas.

Cuando volví a subir a mi habitación, dispuesto a darme una ducha, me quedé mirando el cuadro del dragón. El mismo que habíamos descolgado un par de noches atrás, donde Perseo había encontrado la falsa pared. ¿Sería ese cuadro la marca a la que se refería la nota? ¿La habíamos encontrado al fin? ¿O sería de nuevo una pista dentro de una pista dentro de una pista, como no dejaba de pasar?

Miré en derredor, para cerciorarme de que no hubiera nadie cerca, y traté de descolgar el cuadro. Pero, joder, pesaba muchísimo.

Iba a necesitar ayuda de alguien o no sería capaz. Conseguí levantar uno de los lados, pero me quedé bloqueado: no podía dejarlo caer, y tampoco podía volver a colgarlo.

Mierda.

Eso me pasaba por intentar hacerlo solo.

—¿Otra vez con el cuadro? —dijo Clara, apareciendo al final del pasillo con los brazos cruzados y mirándome de arriba abajo.

—¡Clara! Clara, necesito ayuda. Se me va a caer, y esto pesa mil toneladas —sollocé.

—Mmm, necesitas mi ayuda, ¿eh? Quizá… pueda aprovecharme de ello.

—¡No tengas morro y ayúdame!

—Vale, pero primero tengo unas cuantas preguntas.

—¿No ves que esto pesa? ¡Se me va a salir el hombro! —protesté.

—No seas llorica. A ver, primero de todo: ¿te gusta Perseo Montecarlo?

—¿Qué? ¡Clara!

—Dime, y te ayudo.

Joder, qué puñetera era cuando quería.

—Sí. Me gusta Perseo. —Decirlo en voz alta lo hacía más real.

—¡Lo sabía! Vale, ¿y qué pasó en el trastero? Os liasteis, ¿verdad?

—¡Clara! ¡Me has dicho que me ayudarías! —le recordé. El hombro me daba pinchazos de dolor. Intentaba levantarlo un poco pero era incapaz. Y, si lo dejaba caer, seguro que me caía en el pie.

—Que sí, que sí. Que ahora te ayudo. Solo respóndeme a eso, va.

—¿Y para qué quieres…, umpf…, saberlo? —suspiré. Clara se

encogió de hombros, sonriente—. Coño, me cago en todo… Sí, nos liamos.

—Mi liamiento o tu liamiento.

—¿Qué? ¿Qué diferencia hay?

—Pues que para mí liarse es darse unos besos y tal. Para ti, es mucho más —señaló.

—Mi liamiento, mi liamiento.

—¡Lo sabía! Si es que en cuanto os abrí el trastero, lo supe. Y su hermano también. Me cae bien Gabriel. Es un chico divertido, la verdad. No como…

—¡CLARA!

—¡VOY, VOY! —Y corrió hacia mí, cogiendo el cuadro desde donde lo estaba sujetando yo, tratando de repartir el peso.

—No, no. Ponte al otro lado. Tienes que ayudarme a…, a descolgarlo —exhalé, porque casi no podía ni hablar.

—¿Pero se puede saber para qué quieres descolgarlo otra vez?

—¿Me ayudas o no?

—Te ayudo, te ayudo.

Se colocó en la otra esquina, cogió el marco con ambas manos y, después de contar hasta tres, lo descolgamos y conseguimos sacarlo de la pared, apoyándolo en la pared de enfrente. Me llevé la mano al hombro y suspiré de dolor. Acto seguido, me acerqué a Clara y la pellizqué en el brazo.

—¡EH! ¡BRUTO!

—Eso por no ayudarme cuando te lo he pedido, joder. Seguro que me he lesionado.

—Seguro que sí —replicó Clara entornando los ojos. Después se puso a mirar la pared, curiosa, tratando de entender lo que estaba

pasando—. Vale, y ahora qué.

—Ahora hay que quitar un trozo de esa madera. Déjame. —Y, moviendo un par de veces el brazo para comprobar que mi hombro seguía en su sitio, la aparté para palpar la pared que teníamos enfrente, dando pequeños golpecitos para ver en qué lugar sonaba más hueco.

—Aquí tendría que estar la habitación…

—Oliver, cariño. Te quiero mucho. Pero reconozco cuando alguien ha perdido la chaveta. ¿Qué habitación?

—Clara, aquí hay una habitación que el abuelo quiso ocultar, ¿vale? Lo descubrimos Perseo y yo. Con unos tablones de madera sueltos que… —Y noté en la yema de los dedos la muesca que habíamos localizado la otra noche—. ¡Ja! ¡Lo encontré! —grité, triunfal.

—Como una cabra —comentó, sarcástica—. ¿Qué has encontrado si puede saberse?

—Ayúdame, anda.

—¿Que te ayudé a qué? —preguntó mientras se acercaba a la pared, tratando de entender a qué tenía que ayudarme.

—Mira, ¿ves esto? Hay que tratar de tirar hacia fuera. Te lo he dicho. Se pueden sacar los tablones de la pared —le expliqué.

—¿Cómo puede ser eso?

—Yo qué sé, Clara. Que todo quieres saberlo, ¡qué preguntona! —repliqué.

—Perdone usted. Me callo para no molestar al señor —dijo, haciéndose la ofendida.

Saqué el teléfono móvil de mi bolsillo, encendí la linterna y dirigí la luz directamente hacia la rendija. Paseé mi dedo índice por encima

de ella y, acto seguido, traté de hacer presión para sacar la madera hacia fuera.

¡Clac!

El tablón de la pared se desprendió y Clara dio un pequeño bote hacia atrás, sorprendida.

—¡Pero qué…!

—¡Venga, ayúdame! —grité. Tardó un poco, pero al final accedió a ayudarme, cogiendo el extremo de la madera, tirando de ella y dejándola apoyada en el suelo.

—No entiendo nada, Oli. ¿Por qué…? —Pero no pudo terminar la frase, porque se quedó mirando la puerta que había al otro lado. La puerta de la habitación número siete que habíamos descubierto Perseo y yo. Volví a iluminar con mi móvil y encontré la cerradura que me había mostrado Perseo. Un agujero circular. Nunca había visto una cerradura como esa.

Clara se acercó, curiosa, para ver lo que había encontrado.

Entonces se me ocurrió.

Un agujero circular para abrir una cerradura misteriosa.

Al igual que el cajón del abuelo.

Si ahí me había servido su colgante…, ¿quizá me sirviera también en la habitación número siete?

Me llevé las manos al cuello y jugueteé con la «O» dorada entre mis dedos. Tras pensarlo un momento, me lo desabroché y lo introduje en el agujero. Encajaba a la perfección.

—¿Cómo sabías que iba a entrar?

—Intuición —respondí justo cuando un pequeño mecanismo se activó gracias al colgante y después este desapareció en la pared—. ¡Eh! ¡Mi colgante!

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Qué?

—Se lo ha tragado —me lamenté. Iluminé de nuevo con la linterna del móvil y vi que aparecía la siguiente pieza del rompecabezas. Dentro de la cerradura ya no había un agujero circular, sino una especie de…

—Qué forma más rara. Eso no es una cerradura normal…

—Bien, Clara. Bravo por señalar lo obvio —rezongué.

—Tiene como unos picos muy extraños… Ilumina ahí. —Y, mientras acercaba la luz, Clara seguía señalando con el dedo la forma que teníamos delante—. ¿Ves? Eso es raro. Parece como si fuera una letra eme o algo así.

—¿Tú crees?

—O la marca de un vampiro. Puestos a decir cosas…

Sí que parecía una eme. La forma era muy similar… De hecho, me recordaba al anillo de Perseo. Si el colgante del abuelo había abierto la mitad de la cerradura…, ¿significaba eso que el anillo de Adamant Montecarlo abriría el resto?

—¿Me prestas tu coche? —le pregunté a Clara.

Capítulo 32

Oliver

Según iba acercándome al hotel, cada vez había más gente, más coches, más señalizaciones y más luces. La competición de saltos de esquí atraía a gente de todo el mundo, paralizaba el pueblo varios días, y el hotel de los Montecarlo era el centro neurálgico.

Cuando Clara y yo éramos pequeños, solíamos ir con nuestras tías por la noche a disfrutar de la competición. Porque mis padres siempre estaban trabajando en el hostal, y más aún en esas fechas. Nos invitaban a chocolate caliente y a *pretzels* de sabores y hacíamos apuestas entre los cuatro para tratar de adivinar cuál iba a ser el salto más largo de la noche.

Era un sueño estar allí, rodeado de gente hablando en tantos idiomas diferentes, con decoración navideña en cada esquina que miraras… Una concatenación de estímulos que, para un niño pequeño, era casi el paraíso.

Pero aquel día tenía un objetivo diferente. No había ido para disfrutar de una noche deportiva entre cerveza y salchichas alemanas. Mi plan era otro. Necesitaba entrar en el hotel y encontrar a Perseo. Tenía que contarle lo que había descubierto, y tenía que hacerlo en persona. Justo antes de salir del hostal, Clara y yo volvimos a colocar el cuadro y la pared falsa. Solo faltaba que lo

descubriera alguno de los huéspedes… o incluso mi padre.

Cuando llegué hasta un punto a partir del cual no me dejaban pasar con el coche, di la vuelta y aparqué en el único sitio que encontré en el enorme aparcamiento al aire libre que rodeaba las pistas de esquí.

Como tuve que aparcar lejos y todo estaba repleto de gente, tardé más de quince minutos en llegar a los alrededores del hotel. Sorteando *food trucks*, casetas de madera repletas de regalos navideños y familias unidas tratando de pasar una noche divertida, conseguí llegar hasta la puerta principal. Pero, cuando quise entrar, dos hombres trajeados se interpusieron en mi camino. No iba a ser tan fácil como creía.

—¿Nombre?

—Oliver…

—No hay ningún Oliver en la lista —gruñó uno de ellos, interrumpiéndome.

—¡Pero si ni siquiera os he dicho mi apellido!

—No estás en la lista —añadió el otro, e hizo señas a un chico que estaba tras de mí para que se acercara.

—¡Eh! Pero que soy amigo de los Montecarlo. De Perseo —protesté.

—Y yo de Bad Bunny —dijo riéndose el chico al que sí dejaron pasar.

—Puedo llamar a Perseo un segundo a ver si así…

No quería molestar a Perseo, pero era evidente que sin su ayuda no iba a poder entrar, así que saqué el móvil de mi abrigo y busqué el mensaje que él me había escrito la mañana anterior. Guardé su número y le di a llamar, pero no me dio tono. Debía de estar fuera

de cobertura o tenerlo apagado. O, conociéndolo, igual me había bloqueado. Mierda.

—Me ha dicho que espere, que ahora vendrá para que me dejéis pasar —mentí. Pero no se tragaron mi farol.

—Mira, chaval. Si no estás en la lista, no puedes entrar. Si no eres famoso, no puedes entrar. Si no estás durmiendo en el hotel, no puedes entrar. Si no eres un Montecarlo, no puedes entrar. ¿Te queda claro? Ahora, aparta, que estás en medio.

Pero yo no quise obedecer.

—Exijo hablar con tu supervisor.

Los dos hombres se miraron sonrientes.

—¿Qué supervisor?

—No sé, eh… ¿Orión Montecarlo?

—Al señor Montecarlo no se le molesta con estas estupideces. Aparta si no quieres que te echemos del recinto. —Vale, esa última frase la había dicho con demasiada autoridad como para no hacerle caso.

Había recurrido a Perseo y no había dado señales de vida. Mi último recurso iba a ser llamar a Gabriel. Uf… Después de lo que había pasado con él, era lo último que quería. Pero lo importante era llegar hasta el anillo, y, si la única forma era llamando a Gabriel Montecarlo, llamaría a Gabriel Montecarlo.

—¿Sí? —respondió al otro lado de la línea casi al instante.

—¿Gabriel? Soy yo, Oliver —dije casi gritando para que los dos guardias me escucharan, pero lo máximo que hicieron fue enarcar una ceja. Entre los dos.

—¿Oliver? No conozco a ningún Oliver.

—¿Cómo que no? —repliqué, molesto, mientras me salía de la

cola para hablar con más tranquilidad—. Soy Oliver, el del hostal.

—¿Qué hostal? ¿De qué me hablas? ¿Quién es Gabriel? —Lo escuchaba muy mal. Había mucho ruido de fondo. Incluso miré la pantalla de mi teléfono para asegurarme de que no me había equivocado de número.

—Que soy yo. Que estoy en la entrada de tu hotel y no me dejan pasar —le expliqué.

—¿Tú eres Gabriel? Pero ¿no me has dicho que te llamas Oliver?

—¡Y me llamo Oliver! —bramé, perdiendo la paciencia—. Oye, por favor, necesito que vengas. Tengo que entrar al hotel y no hay forma de que me dejen. Tu hermano no me ha cogido el teléfono.

—¿Y yo soy tu último recurso? —dijo alguien delante de mí.

Levanté la mirada y ahí estaba Gabriel, con un gorro de lana azul oscuro del que le sobresalían varios mechones de su rebelde pelo rojizo y un plumas enorme con capucha de un color blanco apagado. Tenía los labios brillantes, seguramente se acababa de aplicar cacao.

Se acercó a mí y me dio un abrazo. Olía a perfume de los caros, con toques de regaliz negro y jazmín. Una mezcla curiosa, pero que era perfecta para Gabriel. Yo pensaba que sería un abrazo corto, de bienvenida, pero se alargó más de la cuenta, y pude notar el calor de su cuerpo entrando en el mío. Sobre todo gracias a su respiración en mi cuello. Cuando al fin se separó, estaba sonriendo, como siempre.

—Dichosos los ojos, hoyuelos. ¿No te dejan pasar?

—Qué va —mascullé, echando una mirada asesina a los dos responsables.

—Vamos. Entras conmigo. —Me cogió del brazo, adelantando toda la cola para ponernos los primeros.

—¿Nombre? —dijo uno de ellos sin levantar la mirada de su iPad.

—Gabriel Montecarlo y acompañante.

—¿Otra vez con la bromita de…? —Pero al mirarlo, se dio cuenta de que realmente era Gabriel Montecarlo. Se puso blanco como la nieve y empezaron a temblarle los labios—. Mil perdones, señor Montecarlo. No le había…

—No hay problema. Oliver entra conmigo. Por lo que me ha contado, habéis sido muy desagradables con él.

—Yo no… —empecé a decir, pero tiró de mí para que me callara.

—No estaba en la lista y…

—Él no necesita estar en la lista.

Los dos se hicieron a un lado y Gabriel y yo entramos cogidos del brazo. Me sentí una auténtica estrella a su lado. Se iba parando de cuando en cuando, pero sin soltarme, y presentándome a todo el que se nos acercaba para saludarlo.

El vestíbulo del hotel había cambiado desde el día que llegué al pueblo. Ahora había tres árboles de Navidad en el centro, con velas eléctricas, luces de un color blanco cálido y adornos que simulaban copos de nieve. Todo estaba lleno de invitados para una fiesta especial, según me fue explicando Gabriel. Una fiesta en la que yo me acababa de colar. Nada más entrar, nos recibieron con una copa de un cava rosado a cada uno y fue ahí donde Gabriel me soltó.

—Te dejo libre, pajarillo. Creo que tu príncipe azul está en la 615. Puedes subir en ese ascensor de allí. Toma. —Me dio una tarjeta de color dorado—. Solo puedes subir si tienes una llave.

—¿Es la llave de tu habitación?

—Si quieres, puedes coger algo de ropa, porque no sé si vas vestido para la ocasión. —Me guiñó un ojo y se dio la vuelta para ir

hacia un grupo de mujeres que no dejaban de llamarlo.

Seguía sin dar crédito de mi relación con él. Era un cliché andante de niño rico. Todos los tópicos revoloteaban a su alrededor. Pero sentía que había algo más en él que no dejaba que se viera a simple vista.

Era verdad que mi ropa desentonaba bastante con la de los invitados a la fiesta, todos de traje y elegantes, como si estuvieran esperando a las uvas de las doce en Nochevieja. Me guardé la llave que me había dado en el bolsillo y anduve hasta el ascensor, cogiendo de camino un par de canapés y otra copa de cava. Coloqué la tarjeta en el lector y el ascensor de cristal se abrió ante mí. Desde el interior se podía ver el hall en todo su esplendor. Pulsé la planta número seis y subí. Mientras lo hacía, saqué fotos con el móvil a través de las paredes de cristal.

El pasillo, de moqueta fina y de color granate oscuro, era espectacular. Los pequeños cuadros que había en las paredes habían sido decorados con motivos navideños y, al fondo, había un enorme ventanal desde el que se veían las montañas.

—Seiscientos quince…, seiscientos quince… Aquí es.

Llamé un par de veces a la puerta de forma bastante tímida, pero nadie respondió, así que tuve que insistir. Golpeé un poco más fuerte. Escuché unos pasos al otro lado y la puerta se abrió.

—¿Sí?

No era Perseo; era una chica de pelo rubio ondulado, recogido con delicadeza sobre sus orejas, con un tocado plateado en un lateral y un vestido largo negro con motivos dorados en la parte inferior. Era increíblemente guapa y me sacaba media cabeza.

—Eh, ho-hola. A lo mejor me he equivocado, pero estaba

buscando a…

—¿A quién buscabas?

—Ah, esto… A Perseo.

Mostró una sonrisa bastante sibilina y gritó, pero sin dejar de mirarme.

—¡Perseo, amor! Aquí hay alguien que ha venido a verte. ¿Cómo te llamas?

—Oliver.

¿Quién era esa mujer?

—Encantada. Me llamo Sabrina. Soy la prometida de Perseo.

Vale. Pues ahí tenía mi respuesta.

Capítulo 33

Perseo

—¡Sabrina! Te he dicho cien veces que… ¿Oliver?

Me quedé de piedra.

No esperaba verlo aquí. ¿Cómo había llegado hasta mi habitación? ¿Y qué le habría dicho Sabrina para tener esa expresión dibujada en el rostro?

—Eh, bueno, yo-yo me voy ya. Te espero abajo —dijo en un susurro casi imperceptible—. Encantado. —Sonrió a Sabrina de la forma más forzada posible, se dio la vuelta y se fue.

No era capaz de reaccionar. Es decir, estuve unos segundos bloqueado, pensando si ir tras él o dejarlo estar. Al final opté por la primera opción.

—¿Qué le has dicho? —rugí.

Sabrina entornó los ojos y me dedicó esa sonrisa sarcástica que tanto odiaba.

—Nada. Solo le he dicho que me llamaba Sabrina y que era tu prometida.

—¡No eres mi prometida! —Salí de la habitación hecho una furia, mientras ella me gritaba algo en santinés—. ¡Oliver, espera!

Pero él me llevaba bastante ventaja. Estaba casi junto al ascensor. Tuve que acelerar el paso para alcanzarlo, y lo hice justo

cuando se estaban abriendo las puertas.

—¡Oliver!

Por suerte, se detuvo y no entró. Me vi reflejado en el interior. Llevaba la camisa desabrochada y el pelo revuelto.

—¿Qué haces aquí? —pregunté mientras trataba de peinarme como buenamente podía.

—No quiero molestar —replicó.

—¿Por eso has salido corriendo? —lo recriminé. Se quedó en silencio, así que procedí a explicarme. No quería que las cosas quedaran en primeras impresiones irreales—. Sabrina apareció de repente. No me apetecía verla, pero insistió.

—Si a mí no me tienes que dar ninguna explicación.

—No es mi prometida.

—En serio, no te he pedido explicaciones —insistió, pero yo, por algún motivo, necesitaba dárselas. Sobre todo después de cómo había reaccionado a ciertas cosas los pasados días.

—Dame unos minutos. Espérame abajo. Junto a la rama de muérdago.

—Perseo…

—Oliver. ¿Puedes dejar de rebatirme todo lo que digo y hacerme caso? —Soné más enfadado de lo que pretendía.

Él se limitó a asentir, volvió a pulsar el botón del ascensor y, cuando se abrieron las puertas, entró sin decirme nada más.

Solo esperaba que eso significara que me esperaba abajo. Inspiré hondo para tranquilizarme y así poder enfrentarme con calma a Sabrina cuando volviera a la habitación.

Llamé a la puerta y ella tardó más de lo normal en abrir la puerta. Cuando lo hizo, me miró con cara de sorpresa, como si no

supiera lo que había hecho mal. Entré sin dirigirle casi la mirada y fui directamente a la habitación de la suite a vestirme adecuadamente para la fiesta del salón principal.

—¿Qué pasa, amor? ¿Qué ocurre?

—Sabrina, por favor. Te lo he dicho ya. Esto —la señalé a ella y luego a mí— no tiene sentido. Te dije que no.

—Tu padre me ha insistido en que viniera. ¿Vamos a hablar con él a ver qué dice?

—Él sabe que ya lo habíamos hablado, y que el compromiso se anulaba.

Había conocido a Sabrina en uno de nuestros viajes a Santino. Concretamente, para el Coriali (coronación) del príncipe Luca Calliveri. Era una actriz y, la noche de la fiesta, insistió en que volviera con ella al hotel. Acabamos haciendo turismo por Santino Porto, y me enseñó varias de las localizaciones de sus películas, aparte de contarme la leyenda de los Siete Puntos del Amor, repartidos por la capital. Era guapa, electrizante, divertida… Pero, tras esa noche, me di cuenta de que no era lo que buscaba.

El problema fue que padre ya había arreglado las cosas para que viniera a pasar unos días a nuestro hotel, interesado en generar ciertos acuerdos con el propio país de Santino y con el padre de Sabrina.

Me miré en el espejo una vez más antes de salir del cuarto y, cuando lo hice, vi que ella estaba al teléfono, muy enfadada.

Al verme, cubrió el móvil con la mano y me miró, desafiante.

—Por mucho que te vayas, yo no voy a desaparecer. Nuestros padres quieren ese acuerdo.

—Sabrina, ahora no es el momento.

—*Mancio, Perseo!* —gritó, y lanzó el teléfono contra el sofá.

—Te quiero fuera de mi habitación para cuando vuelva. Yo hablaré con mi padre.

Tras decirle esto, abrí la puerta y salí, dispuesto a encontrar a Oliver.

Quería saber por qué había venido al hotel. A mi territorio.

El salón principal estaba abarrotado de gente. La fiesta oficial de la competición siempre era uno de los momentos álgidos de la temporada navideña del hotel. Era una de las fiestas que más le gustaban a padre. Nada más salir del ascensor, mucha gente intentó hablar conmigo.

Y yo no podía ignorarlos.

No podía dejar mal a la familia.

Pero tampoco quería entretenerme demasiado porque temía que Oliver se cansara de esperarme y se marchara.

Me había dolido de manera inexplicable que él y Gabriel hubieran pasado la noche juntos.

De entre todas las personas que podría haber elegido, tenía que ser mi hermano.

Quizá era su retorcida manera de castigarme después de mi comportamiento. Pero ¿qué esperaba que hiciera? «A él le dará igual su reputación porque es un don nadie, pero yo soy un Montecarlo —pensé—. No puedo permitirme…».

¿El qué no podía permitirme?

—*Konbanwa, Montecarlo-san* —me saludó una mujer en japonés, de pequeña estatura, pelo negro lacio, gafas ovaladas y vestido plateado.

—*Konbanwa* —saludé en respuesta, haciéndole una reverencia de protocolo. Parecía que quería seguir hablando, pero me disculpé con la mirada y seguí andando.

Hasta que vi a padre. Iba directo hacia la zona del muérdago, donde había pedido a Oliver que me esperara. No podía dejar que se encontraran.

No después de lo que me había contado Oliver sobre su visita el otro día al hostal.

Aún no me había visto llegar al hotel.

Tarde o temprano tendría que enfrentarme a él y decirle que todavía no tenía nada contra los De Luca. Mi única esperanza era que la habitación secreta ocultara algo que pudiera servirnos.

Lo que no sabía era si sería capaz de utilizarlo.

Oliver estaba apoyado en una de las columnas que rodeaban el salón, justo bajo el arco de mármol donde había una trenza enorme formada por muérdago. Miraba la pantalla de su móvil, ajeno a que padre estaba muy cerca. Tuve que sortear a varios grupos de invitados para ser yo quien llegara antes junto a él.

—Oliver.

—Hola… —respondió, pero no le di tiempo a seguir hablando.

—Vamos fuera. —Eché a andar, esperando que me siguiera. Pero no se movió del sitio. ¿Qué pasaba?—. ¿Me sigues?

—Tu padre nos está mirando.

Maldita sea.

—Actúa con normalidad. No montes ningún espectáculo —le aconsejé entre dientes.

—Tú no me das órdenes —replicó, bravucón.

Esa respuesta me arrancó una sonrisa justo cuando padre llegó

hasta nosotros. Mató a Oliver con la mirada y, después, giró la cabeza hacia mí. La mueca de desagrado de siempre.

—Padre —saludé, inclinando un poco la cabeza.

Ni siquiera respondió. Su atención pasó a centrarse en Oliver.

—¿Qué haces tú aquí?

—Ah, ¿me hablas a mí? —respondió él, sarcástico de más.

—Santiago debería haberte enseñado mejores modales —masculló padre—. Y tú, ponte a trabajar. Llevas dos días sin responder a mis llamadas.

Sabía lo que su mirada quería decir: «Ya hablaremos después».

—Claro, padre.

—Te espero en mi despacho en una hora. ¿Entendido?

—Por supuesto.

—Por supuesto qué —espetó, gruñendo con fiereza.

—Por supuesto, padre.

Se dio la vuelta, dispuesto a irse, pero pasó algo con lo que no contaba. Ni yo ni mucho menos padre. Oliver lo cogió del brazo, evitando que se fuera.

—¡Eh! —dijo Oliver.

Padre miró su mano, hirviendo por dentro, y luego lo miró a él, que lo soltó al momento.

—¿Acabas de tocarme?

—Su hijo me estaba enseñando el hotel. No sé por qué tiene que tratarlo así. Lo único que ha hecho desde que lo conozco es trabajar y…

—Oliver, por favor —le supliqué.

—Estoy harto de ti y de tu familia —masculló padre entre dientes —. Una palabra más y seré yo quien tire ese hostal con mis propias

manos.

—Padre, por favor, creo que… —Pero levantó la mano con firmeza, indicándome con ese gesto que guardara silencio.

En ese momento pareció darse cuenta de que había varias personas a nuestro alrededor, y si algo quería siempre evitar padre era cualquier tipo de espectáculo que no pudiera controlar o que le pudiese dejar en evidencia.

Sonriente, se arregló el cuello de la camisa y luego se acercó al oído de Oliver y le susurró algo que no pude escuchar.

A continuación, lo empujó deliberadamente para apartarlo de su camino y se fue a saludar a alguien que estaba detrás de nosotros.

Capítulo 34

Oliver

«Voy a disfrutar destrozando el hostal de tu familia».

Su voz era pérfida y de villano de película. Cuando se me acercó para susurrarme esa amenaza en el oído, se me pusieron los pelos de punta. ¿Por qué había pensado que era buena idea enfrentarme a él? Pero esa manera que tenía de tratar a Perseo…, ese miedo irracional que le tenía su hijo…, el desprecio y el asco con el que lo miraba… No fui capaz de quedarme callado. Perseo podría tener muchos defectos, pero no iba a dejar que lo humillaran así.

—Vamos —me dijo, cogiéndome del brazo y tirando de mí en la dirección opuesta a la que se había ido su padre.

Literalmente me arrastró para atravesar el bar y salir a la misma terraza donde hacía unos días yo había interrumpido su rueda de prensa. Donde todo había empezado.

—¿Me puedes soltar ya? ¡Qué bruto eres! —protesté, y Perseo obedeció.

Estaba nervioso. Estaba muy nervioso. No dejaba de dar vueltas y de hablar entre dientes. Nunca lo había visto así. Odiaba no tener el control y, tras el encuentro con su padre, parecía haberlo perdido por completo.

—¿Por qué has tenido que enfrentarte a padre? —me dijo al fin.

—¿Por qué no le plantas cara tú? —repuse, lo que le sorprendió sobremanera.

—No es un hombre fácil —sentenció.

—Me he dado cuenta. —No solo no era fácil, era un hijo de puta con todas las letras—. ¿Por qué tiene que ser tan desagradable? ¿Crees que va a cumplir su amenaza?

—Es que tenías que haberte quedado callado. —Estaba enfadado. Estaba muy enfadado.

—¿Y qué pretendías que hiciera viendo cómo te estaba tratando?

Sus ojos mostraron un algo diferente al mirarme tras decir esas palabras. Algo que no les había visto nunca.

—Sé defenderme solo.

—Salta a la vista que no. No puedes con tu padre. Y lo entiendo, ¿eh? El mío es un detector de mentiras andante. Siempre me saca todo lo que intento ocultarle, y eso nos ha traído bastantes… discusiones. Pero se preocupa por mí. Me trata bien. El tuyo… no merece llamarse padre…

—No puedes hablar así de él —me retó.

—¡Ja! Puedo y lo haré.

Nos quedamos los dos en silencio. En pocos días nuestra relación se había vuelto muy intensa. Habíamos follado, yo me había liado con su hermano, él resulta que estaba prometido, y, mientras todo eso pasaba, descubrimos que nuestros abuelos estaban enamorados en secreto… Y todo eso mientras yo intentaba salvar el hostal de mi familia… Me dolía la cabeza solo de pensarlo.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —le dije al fin.

—¿Para qué me lo preguntas si me la piensas hacer igualmente? —masculló entre dientes. Mira, ahí tenía que darle la razón.

—¿Por qué desapareciste la mañana siguiente a…, bueno, ya sabes…, a lo que pasó en el trastero? Tu hermano me dijo que fue su culpa, que quería hablar contigo. Pero creo que hay algo más.

Perseo me miró desafiante, como queriendo dejarme claro que no deseaba hablar del tema, pero, viendo que yo no iba a ceder, se rindió al fin.

—¿Damos una vuelta?

—Demos una vuelta.

Pasamos por el ropero y, a los pocos segundos, Perseo volvió con una abrigo de color negro, abrochado hasta la mitad del cuello. Volvimos a la terraza, bajamos por las escaleras laterales y anduvimos por un paseo iluminado con luces colgadas de los árboles, totalmente limpio de nieve para que los clientes e invitados pudieran caminar por ahí sin problemas. Al final había varios puestos de madera donde servían comida, un par de parrillas al aire libre y casetas de diferentes marcas deportivas. Nos cruzamos con alguno de los esquiadores que competirían esos días (Perseo me fue diciendo sus nombres) y, al fondo del todo, los grandes focos iluminaban la enorme pista de saltos.

—Hacía mucho tiempo que no venía por aquí. Aunque nunca había estado dentro de… De todo esto. Cuando veníamos Clara y yo con mis tías, nos quedábamos fuera, viendo la competición desde la otra parte.

—Es que esta zona es exclusiva para invitados del hotel.

—Lo sé. Nunca fui invitado, así que…

—La verdad es que es algo bastante exclusivo —admitió, orgulloso. Aunque estaba nervioso. Podía notarlo en la forma con la que jugaba con su anillo continuamente, y cómo comprobaba el reloj

cada pocos segundos, por si le había llegado alguna notificación. Seguramente estaba pensando en que debía volver dentro para ir al despacho de su padre. Le había dado una hora para volver. Y, conociéndolo, iba a cumplirlo a rajatabla.

—Ya, me doy cuenta, sí.

Para mostrar que tenía la situación controlada, entrelazó sus manos a la espalda y miraba a todo el mundo por encima del hombro, pero le costaba mantener esa actitud. Cada segundo que pasaba era un paso que daba en la dirección contraria hacia la que quería ir.

—La verdad es que todo lo que habéis montado aquí es precioso. Muy navideño.

—Sí. Lo es.

Pasamos junto a una carpa de la marca Swarovski, donde tenían un árbol de Navidad hecho de cristal y la gente hacía cola para colgar un adorno en forma de muérdago. Junto a ella había un telesilla que subía hasta la parte alta de la montaña, pero no podías bajarte arriba. Era solo para dar un paseo nocturno y poder observar todo el paisaje desde las alturas. Estaba iluminado durante todo el recorrido y decorado con ramas verdes y unos adornos de cristal que parecían pequeñas estalactitas de hielo.

—Podríamos subir ahí… —dije, señalando el telesilla.

Perseo me miró como si acabara de decir la mayor tontería del mundo.

—No creo que me dé tiempo. He de ir a ver a padre…

—No. Primero tienes que responder a mi pregunta. —Me miró con una mueca de asco, dispuesto a replicar, pero no le di oportunidad—. Venga. Me lo debes. Yo te he enseñado el hostal. Tú

tienes que enseñarme tu territorio, ¿no?

—No te debo nada.

—Vamos. Y así te contaré lo que he descubierto…

Sabía que dejarle ese anzuelo era lo que necesitaba para acceder a mi plan. Sus ojos me miraron con curiosidad, ladeó la cabeza y echó un último vistazo hacia el hotel antes de acabar asintiendo, resignado.

—Está bien.

Al verlo aparecer, uno de los responsables del telesilla pidió a la gente que estaba haciendo cola que se apartara, y los dos pasamos por delante de todos como si fuéramos auténticas estrellas. Esperamos a que llegara uno de los telesillas, nos colocamos delante y el hombre nos indicó que, en cuanto llegara, nos dejáramos caer, que no ofreciéramos resistencia.

—Ya lo sé. He subido cientos de veces —escupió Perseo, y el hombre agachó la cabeza, atemorizado.

El telesilla fue acercándose poco a poco y, cuando noté que tocaba mis piernas, me dejé caer con cuidado. Segundos después nuestras piernas ya estaban colgando por encima de la nieve. Perseo bajó la barra de seguridad y comenzó nuestra ascensión.

Según íbamos avanzando, todo se iba haciendo más pequeño, el frío era más intenso y el silencio nos rodeaba poco a poco. Perseo estaba en tensión. Podía notarlo. Se agarraba con fuerza a la barra de seguridad.

—¿Estás bien?

—¿Y por qué no iba a estarlo? —refunfuñó.

—¿No te darán miedo las alturas?

—Un Montecarlo no tiene miedo a nada —replicó, gruñón como

él solo.

—In Mintiquirli ni tini midi i nidi. Venga ya, Perseo, por favor. —Como siempre que le respondía de una forma a la que no estaba acostumbrado, me miró con una expresión de ofendido que me hizo reír a carcajadas.

—¿Qué demonios te pasa?

—Nada, nada. Pero hay veces que eres muy gracioso, Perseo Montecarlo.

Volvimos a quedarnos en silencio. Yo esperaba que él iniciara la conversación. Estaba esperando su respuesta a la pregunta que le había hecho en la terraza, pero no parecía tener ganas de hablar. Sin embargo, como tenía la extraña sensación de que solo podría sacarle información mientras durara nuestro paseo subiendo la montaña, o le volvía a preguntar o…

—No sabía qué hacer —suspiró. Fui a responder, pero preferí dejarle espacio—. Hacía mucho que no me dejaba llevar tanto.

—¿Te refieres a…? —Me mató con la mirada y yo apreté los labios con fuerza, tratando de mostrarle que me iba a quedar callado el tiempo que necesitara.

—Conocí a Sabrina en Santino hace dos años. Nuestros padres tenían negocios compartidos, así que ella y yo empezamos a salir por pura conveniencia. Es… simpática. A su manera. Pero demasiado fría.

Estuve a punto de decirle: «Mira quién fue a hablar», pero me callé. No era el momento.

—Demasiado calculadora. Padre, cuando supo que habíamos pasado una noche juntos, me insistió en que esa relación sería buena para la familia. Y tenía razón. Si prosperaba, nos ayudaría a

conseguir buenos acuerdos. A Ab…, a mi hermana, no le parecía bien. Y a mí no me gustaba Sabrina, pero sabía lo que tenía que hacer e iba a hacerlo.

Por lo que me contaba, su padre siempre actuaba igual: poniendo sus intereses por encima de todo y de todos. Sin importarle el daño que podía causar.

—Padre insistió en que debía pedirle matrimonio, pero yo no estaba tan seguro. Una cosa era vivir esa relación de… mentira. Y otra muy diferente casarnos. Me negué, pero él me hizo ver que estaba equivocado, así que le pedí a Sabrina que se casara conmigo y ella, por supuesto, dijo que sí. Pero al cabo de un mes descubrí a Sabrina con Fabio… Fabio es un amigo de la familia —me explicó—. «Tenemos una relación estrictamente profesional, ¿no?», me dijo cuando le pedí explicaciones.

Las mismas palabras que le había dicho yo por la mañana.

—Anulé el compromiso y me negué a volver a verla. Es la única vez que he desobedecido a padre.

Le había costado mucho decir esas últimas palabras. Podía notarlo en su tono de voz, rota y apagada.

—Él solo quiere lo mejor para mí.

—Permíteme dudarlo —intervine. Perseo calló, pensativo—. ¿Tiene algo que ver tu padre con lo de…, lo que me dijiste la otra noche en el hostal?

—No recuerdo qué te dije.

Claro que lo recordaba. Podía notarlo. Por lo que me contaba, su queridísimo padre lo había reprimido continuamente.

—Nadie puede decirte quién eres, Perseo. Ni siquiera tu padre. Solo tú eres el dueño de tu vida. Solo tú puedes saberlo.

No estaba muy seguro de cómo iba a reaccionar, pero acerqué mis manos a las suyas y se las cogí, haciendo que soltara la barra de seguridad poco a poco.

—Puedes soltarte. Aquí estás seguro —le dije con suavidad.

Me miró y vi que tenía los ojos llorosos. No sabía si la conversación que estábamos teniendo le estaba ayudando o le estaba haciendo más daño del necesario. Pero sentía que la necesitaba.

—Yo sé quién soy. Soy Perseo Montecarlo —dijo con orgullo, inspirando profundamente.

—No. Eres Perseo. Olvídate de tu apellido por un momento. —Lo miré a los ojos y él no me apartó la mirada—. Ahora piensa. ¿Quién es Perseo? ¿Qué quiere?

—No puedo olvidarme de mi apellido.

—Solo un momento. Piensa en ello. ¿Quién eres realmente? ¿Lo sabes?

Pasó de mirarme a mí a mirar nuestras manos, tratando de evitar la conversación a cualquier costa. No iba a presionarle más si no quería seguir.

—No sé quién soy.

—Eres Perseo —le repetí.

—No. No lo entiendes. No sé quién soy. No lo sé. Si no soy un Montecarlo, no sé quién soy… —Empezaron a caerle lágrimas de los ojos que recorrieron sus mejillas. Podía ver auténtico pánico en su mirada. Le apreté las manos con fuerza. Tenía el estómago encogido. Verlo así de desvalido me estaba rompiendo el corazón—. Por favor, no quiero seguir hablando de esto. No quiero seguir —insistió.

Asentí con la cabeza y Perseo volvió a mirar al frente. Me soltó las manos para poder limpiarse las lágrimas.

—Me dan miedo los rayos, no me gusta el marisco, una de mis canciones favoritas es «Love Story» y me encantaría viajar a Japón —dije casi sin pensar.

—¿Cómo dices?

—Te estoy hablando de mí. De Oliver De Luca. De pequeño siempre quise que me regalaran el juego del cocodrilo sacamuelas o como se llame, pero nunca me lo regalaron. Soy cabezota, lo sé, pero muy organizado. Mi última relación fue hace más de un año, si no me fallan las cuentas, y fue mi padre el que me dijo que yo era gay antes de saberlo yo mismo. —Sonreí.

—Sorprendente cantidad de información.

—Me da rabia no haber conocido más a mi abuelo, y la razón de no haber vuelto al hostal en todo este tiempo es porque el divorcio de mis padres me dolió demasiado —admití—. Te toca.

—Oliver, te he dicho…

—Prueba.

—¿No puedo comentar nada de lo que has dicho? —Yo negué con la cabeza, sonriente. Pero suspiró, exasperado. Entornó los ojos y empezó a murmurar algo, como si estuviera ensayando lo que quería decirme—. No me gustan las cosas amargas. Una de mis canciones favoritas es *«Here Comes The Sun»* de los Beatles. Y viajar… He viajado a todos los sitios a los que quería ir.

—Muy bien. ¿Algo más?

—Una vez tuve un gato. Se llamaba Winston.

—¡Winston! ¿Y qué pasó con él?

—Se lo llevó mi madre cuando se fue de casa.

—¿Tienes relación con ella? —pregunté.

—No mucha ya.

—Siento oír eso.

Perseo asintió, y entendí que quería evitar el tema.

—¿Qué…, qué más has descubierto en el hostal? —preguntó, cambiando de tema por completo.

—He vuelto a descolgar el cuadro. Me ayudó mi hermana. Aunque al principio no me creía mucho… Pero al final conseguimos quitar la pared falsa y, claro, cuando vio la puerta de la habitación secreta, ahí sí que se interesó —recordé—. La cerradura es extraña, pero…, bueno, creo haber descubierto que se necesitan dos llaves diferentes para poder abrirla.

—¿Dos llaves? —preguntó, sospechoso.

—Una es… Era mi colgante. Lo metí en la cerradura y desapareció. —Perseo abrió la boca, sorprendido, pero no le dejé responder—. Es como una especie de mecanismo. Y, cuando desapareció mi colgante, apareció otra parte de la cerradura… Creo que con la forma de tu anillo.

Señalé su anillo con la mirada y él elevó la mano y lo sacó de su dedo, observándolo con detenimiento.

—¿Mi anillo?

—El de tu abuelo, más bien. Parece que los dos tenían una habitación en la que solo podían entrar ellos. Porque solamente puede abrirse con el colgante de mi abuelo… y el anillo del tuyo —le expliqué, plenamente convencido de mi teoría.

Sin darme cuenta ya habíamos llegado a la cima de la montaña. El telesilla dio la vuelta e inició su descenso, de regreso al hotel.

—Así que, si quieres, podrías volver conmigo al hostal y

podríamos probar, a ver si realmente existe esa habitación secreta, ¿no crees? Es decir, según mis cálculos, hoy es tu último día para cumplir el acuerdo de pasar una semana con nosotros.

—Tengo que estar presente durante la competición. No puedo irme.

—Lo entiendo. Pues… veamos la competición, y luego me acompañas al hostal. ¿Te parece buen plan?

Perseo se limitó a asentir, pero no dijo nada más.

El resto del descenso lo hicimos en silencio.

Capítulo 35

Perseo

Hacía mucho tiempo que no paseaba entre las casetas durante la competición de saltos. Siempre estaba al lado de padre, aprendiendo de él, viendo cómo negociaba, escuchándolo hablar con sus socios, conociendo a políticos e importantes empresarios.

Ese año era diferente.

Solo quedaban veinte minutos para que pasara la hora que me había dicho padre. Si no estaba en su despacho cuando me lo había pedido…, temía las represalias que podría tomar contra mí. Pero Oliver había intercedido por mí.

Algo que nunca había hecho nadie de fuera de mi familia de forma desinteresada.

Se había enfrentado a su peor enemigo para que dejara de humillarme delante de gente a la que ni siquiera conocía. Así que se había ganado una noche de tranquilidad. Aunque solo fueran unos minutos.

En un lateral de las gradas había un pequeño escenario donde una cantante interpretaba canciones navideñas y unas chicas bailaban tras ella. En ese momento cantaba *«Snowman»*. Hacía frío, pero era bastante soportable y, por suerte, todavía no estaba nevando. Vi que Oliver se quedaba mirando uno de los puestos de

comida alemana y decidí invitarlo.

—¿Qué quieres? —le pregunté directamente.

—Pues no lo tengo muy claro. ¿Qué es?

—Es *haxe.* Codillo con puré de patatas o de guisantes. Pero también está la opción vegana, si lo prefieres —le sugerí—. Idea de Gabriel.

—Nunca he tomado codillo. ¿Está bueno?

—Este viene directamente de Múnich. Es increíble.

—Vale, pues lo probaré.

Oliver se puso en la cola, pero yo no iba a esperar para que nos atendieran. Era Perseo Montecarlo. Mi familia había pagado todo eso. Me salté la cola y me acerqué a la barra.

—Señor Montecarlo, ¿qué puedo servirle? —dijo el cocinero con un acento alemán muy marcado, inclinándose exageradamente a modo de saludo hasta casi tocar la barra de su propio puesto.

—*Zwei, bitte* —le dije en alemán—. *Und zwei Biere.*

—*Kommt sofort!* —gritó hacia el interior del puesto.

El olor a carne asada y leña abría el apetito. En menos de diez minutos teníamos cada uno nuestro plato con un buen trozo de codillo humeante, puré de patatas y un poco de ensalada de col, además de dos botellas de cerveza bávara. Oliver quería sentarse en una de las mesas de madera que rodeaban el lugar, pero hasta que no encontramos una vacía, no acepté.

Él devoró el plato.

Yo no tenía hambre. Seguía con el estómago cerrado.

Solo pude dar un par de sorbos a mi cerveza mientras él hablaba sobre las noches que venía hasta aquí de pequeño para ver la competición de saltos con su familia. Era curioso verlo desde otra

perspectiva.

La de la emoción.

Yo nunca la había sentido.

Para mí, lo importante del evento eran los negocios, los acuerdos, interpretar las dobles intenciones… Rara vez sabía quién ganaba al final del día.

Y era eso precisamente lo que me esperaba esa noche. No podía dejar de lado mis obligaciones. Por mucho que quisiera estar con Oliver y volver al hostal para descubrir lo que escondían sus paredes.

Porque quería estar con Oliver.

Era diferente. Me hacía sentir… de una forma que no había sentido nunca.

En la conversación que acabábamos de tener en el telesilla, me había hecho darme cuenta de lo mucho que me pesaba mi apellido.

—Vamos —lo encomié, levantándome de la mesa para volver al interior del hotel.

Esa vez no entramos por la terraza, lo hicimos por la entrada principal. Pese a que estuviera evitando el momento de ir al despacho de padre, seguía teniendo que cumplir con las responsabilidades que tenía en el hotel y en nuestra empresa. Y eso significaba hablar con los invitados.

—Dame unos minutos y vamos a la zona de palcos para ver la competición —dije.

Oliver asintió, algo abrumado por la cantidad de gente, y me indicó que me esperaría sentado junto al árbol de Navidad. El central. El más grande de todos.

Saludé a varios conocidos, entre ellos el que fuera rey de Santino,

Carlo Calliveri, y también al director de nuestra academia de tenis Arcadia, Sebastián, que había llegado con su nueva pareja, Olivia. Todo el mundo quería hablar conmigo, pero no quise entretenerme demasiado porque ya llegaba demasiado tarde a la reunión con padre.

Cuando conseguí atravesar el salón principal, subí en uno de los ascensores hasta la segunda planta. Me miré en el espejo del interior y repasé mentalmente lo que iba a decirle. Porque me preguntaría por El Muérdago. Pero no podía contarle lo del abuelo. Y no se me daba bien improvisar con él. Tendría que admitir que no había conseguido ninguna prueba, pero insistiría en que estaba cerca de conseguir alguna. Solo necesitaba más tiempo.

¿Me creería?

Salí del ascensor. El pasillo que llevaba hasta el despacho de padre, al fondo del todo, nunca me había parecido tan largo. Ni tampoco tan amenazador.

Cerré los ojos, traté de concentrarme en mi respiración y comencé a caminar. Pero me notaba más inseguro a cada paso que daba. Ese despacho solo me traía malos recuerdos.

—Vuestro abuelo ha muerto —dice padre sin ningún tipo de emoción en la voz.

El abuelo llevaba meses muy enfermo por culpa del alzhéimer. Y todo había empeorado desde la muerte de Abi. Ahora le ha tocado a él. Acabo de quedarme completamente solo.

—¿Cuándo? —consigo preguntar.

Gabriel sigue a mi lado, sentado en una silla, jugando con su teléfono móvil, incapaz de tomarse ninguna situación en serio.

—Esta madrugada.

No puedo evitarlo. Me pongo a llorar. Trato de reprimirme delante de padre. Sé que no le gusta verme así. Pero soy incapaz. No quiero ni mirarlo.

Gabriel deja su móvil, se levanta y se me acerca.

—No te preocupes, Percy. Yo sigo aquí.

Me aprieta las manos con fuerza. Yo no soy capaz de levantar la cabeza. Sabía que llegaría el día en que el abuelo moriría, pero no imaginaba que… dolería tanto. Primero se fue mi madre. Luego Abi. Ahora el abuelo.

—El funeral será esta noche. Gabriel, tú no hace falta que vengas.

—¿Cómo? —pregunta mi hermano, ofuscado—. Es el abuelo. Claro que iré a su funeral.

—No necesitamos tus excentricidades. Hoy no. Está decidido.

—Pero, papá… —Nuestro padre gruñe y Gabriel agacha la cabeza —. Padre. Yo quiero ir. No haré nada que…

—¿Me estás llevando la contraria? —pregunta, elevando el tono de voz.

Sé que es mejor no seguir provocándole, así que aprieto la mano de Gabriel para que se calle. Pero no me hace caso.

—Alguien te la tendrá que llevar alguna vez, ¿no? —dice en tono de burla.

Padre sale de detrás de su escritorio y, con el dorso de la mano, le cruza la cara. El golpe me duele a mí. Gabriel llora. Le ha dejado la cara marcada.

—Que no se te ocurra volver a faltarme al respeto.

—¿O si no qué? —replica mi hermano envalentonado de repente.

Nuestro padre levanta la mano de nuevo, pero yo aparto a Gabriel a tiempo y me coloco entre ambos.

—Ya está bien, padre. Yo hablaré con él.

—¿Tú también? —ruge.

—Acabamos de perder al abuelo. Necesitamos tiempo de hermanos.

Padre me mira con disgusto, pero acepta la tregua. Siempre ha sido autoritario, pero, desde la desaparición de Abi, su carácter se ha agriado aún más. Demasiado. Tiro de Gabriel hacia fuera del despacho y, cuando salimos y cierro la puerta, permito que se venga abajo. Empieza a gimotear y se deja caer en mis brazos, totalmente hundido. No es capaz de articular palabra.

—Se acabó, Perseo. Se acabó.

Sin darme cuenta, estaba ya a solo unos pasos de la puerta del despacho. Empecé a temblar y mi respiración, que había conseguido controlar mientras avanzaba por el pasillo, se volvió de nuevo irregular. No podía entrar ahí. No esa noche. Mis pies se negaban a moverse. No… No podía enfrentarme a él otra vez.

Noté un pinchazo en el corazón, e instintivamente me llevé la mano al pecho, alarmado. Era como si no me entrara aire en los pulmones. Por mucho que tratara de hacerlo, no podía. No podía respirar. Empecé a marearme. El pasillo me daba vueltas y la música que venía del salón principal cada vez era más fuerte, más estridente, se me metía en el cerebro y no me dejaba pensar… Solo quería cerrar los ojos y que todo pasara, pero no pasaba, no pasaba, solo sentía micorazónpalpitandosindescansoycomosiestuvieraapuntodeexplotary

noveíasalidadeningúntipometemblabanlasmanosyyanopodíacontrolar nadadeloquemestabapasandoporquemeibaamorirahímismo y…

—¿Percy? Hermanito, ¿estás bien?

—Gabriel…. Yo… —conseguí decir.

—Dios, tienes un aspecto horrible. ¿Necesitas algo?

—No puedo…, no puedo…

No me salían las palabras. Gabriel se asustó. Pude verlo en sus ojos. Me rodeó con su brazo, y sentir su cariño me relajó casi al momento.

—Necesitas descansar y alejarte de la puerta del inframundo —me susurró al oído con suavidad—. ¿Vamos a la habitación? ¿Te parece?

—Sabrina…

—Tranqui, vamos a la mía. No te preocupes por nada. Apóyate en mí. Venga. Primero un pie… Estupendo. Ahora el otro. Vamos, que sé que puedes. Genial. Así me gusta. Vale. Pues ahora así hasta el final.

Apoyándome en él, logré llegar al ascensor. No sabía qué habría sido de mí si mi hermano no hubiera aparecido. Porque estaba totalmente superado. Por todo. Completamente paralizado.

—¿Has hablado con papá?

—No… No he podido entrar —admití.

—No me extraña… Yo llevo un año sin entrar en ese despacho —dijo con pesadez—. ¿Dónde te has dejado al hostalero?

—¿Hostalero? ¿Oliver?

—Sí. Oliver. —Sonrió.

—No… No lo sé. Está… Está abajo. En… Junto a… Junto a…

—Ahora bajo yo a buscarlo. Primero vamos a mi habitación para

que descanses un poco y bebas mucha agua, que buena falta te hace. Hay que mantenerse hidratado, Percy, cariño —dijo mientras llamaba al ascensor.

—No me llames Percy —conseguí decir, lo que le arrancó una carcajada que resonó en todo el pasillo.

—Mira quién ha vuelto. Así me gusta.

Capítulo 36

Oliver

No tenía muy claro si Perseo iba a venir a buscarme o no, porque ya había pasado un buen rato y no aparecía por ningún lado. Solo esperaba que el encuentro con su padre hubiera ido bien, y que no se hubiese ganado una nueva bronca por mi culpa. Perseo le tenía auténtico pavor. Lo había moldeado a su imagen y semejanza, y lo había anulado por completo. Un monstruo absoluto. No podía llamarse padre. Entonces vi a Gabriel saliendo del ascensor del fondo. Me llamó la atención que no iba con su sonrisa burlona de siempre. Parecía preocupado y estar buscando a alguien entre la gente. Al verme, alzó la mano y me hizo gestos para que me acerca hasta él. Era a mí a quien buscaba.

—Veo que sigues con la misma ropa de antes —señaló.

—No he tenido tiempo para cambiarme, la verdad —repliqué, irónico.

—Claro, y estás disfrutando de la fiesta aquí tú solo, ¿no?

—Bueno, la verdad es que es bastante más aburrida de lo que imaginaba de pequeño —admití, y apareció esa fantástica sonrisa de Gabriel—. Estaba esperando a tu hermano.

—Lo sé. Me ha mandado a buscarte… Bueno, más o menos.

—¿Qué le pasa? ¿Está bien? —me alarmé.

Gabriel hizo un gesto con las manos para que bajara un poco el volumen de mi voz.

—Está bien. Un pequeño… ataque de pánico. Pero lo he subido a mi habitación. ¿Me acompañas?

—¿Un ataque de pánico? ¿Qué le ha hecho tu padre?

—Nada. Ni le ha hecho falta. Mi padre tiene un poder que atraviesa paredes y puertas. No siempre tiene que estar delante de ti para anularte, ¿sabes a lo que me refiero? —Y en su mirada también noté un pasado de heridas aún sin cicatrizar.

—Vale. Te acompaño, claro.

—La gente va a mirarme celosa.

—¿Y eso?

—Por llevar a un chico tan guapo a mi lado —dijo, cogiéndome del brazo sin darme tiempo a reaccionar.

—Eres un exagerado. Ya lo dice tu hermano.

—Mi hermano dice muchas cosas de mí. Pocas son ciertas.

Me soltó de pronto y su mano me acarició el cuello, enredando sus dedos en mi pelo.

—No te conozco tanto —repliqué. Era encantador, pero no me parecía el momento.

—Estás un poco tenso, Oliver.

—Porque estás… muy cerca.

—¿Y eso te pone nervioso? —Sus manos bajaron hasta cogerme de la cintura y me acorraló contra una columna, cerca del ascensor.

—¿Qué-qué haces? —tartamudeé, ridículamente.

—Oliver De Luca. Me gustas. Me gustaste desde el primer momento en el que te vi. Y lo de la otra noche fue algo increíble. ¿No quieres repetirlo?

Sin esperar a que yo dijera algo, me besó. Sus labios eran carnosos y suaves. Fue pasear su lengua por mi boca y me excité casi al segundo. No me estaba besando. Me estaba saboreando. Y me gustaba… Pero Perseo estaba arriba, en la habitación de su hermano, recuperándose de un ataque de pánico por no haber obedecido como siempre a su padre. Eso tendría para él consecuencias fatales. No podía estar jugando con Gabriel en esos momentos. Este debió de notar mi reticencia porque terminó por apartarse.

—Tranquilo, que sé aceptar un no por respuesta.

—Es que…

—Sí, sí. Tranquilo. Estoy acostumbrado a que Percy llegue siempre antes que yo a todo. Más le vale tratarte bien —dijo, y me abrazó, colocando su cabeza sobre mi hombro con suavidad—. No sé si te lo han dicho alguna vez, pero besas muy bien, Oliver De Luca —me susurró al oído—. Seguro que mi hermano no te lo ha dicho.

—Tú también besas muy bien, Gabriel Montecarlo.

—Ojo. Di mi nombre completo. Gabriel Heraldo Montecarlo.

—¿Cuál es el segundo nombre de tu hermano? Aún no me lo ha dicho.

—Hay que dejar algún secreto por descubrir para mantener la chispa, ¿no? Vamos, vayamos con tu príncipe azul.

Siguiéndolo de cerca, llegamos al ascensor. Pasó su tarjeta por el lector y las puertas de cristal se abrieron. Subimos a la quinta planta y caminamos hasta su habitación. Cuando abrió la puerta con suavidad, me quedé de piedra. Era gigantesca. Tenía un amplio recibidor y dos plantas comunicadas por una intrincada escalera de caracol tallada en piedra. Había una chimenea enorme y también un

árbol de Navidad junto a la salida a la terraza. En la planta baja había un bar con barra, repleto de vasos y botellas que tenían pinta de ser muy caras. En el centro, un enorme sofá *chaise longue* y una mesa redonda, de madera negra, con varios libros sobre ella.

—¿Esta es tu habitación?

—Es pequeña, pero sirve.

—¡¡¿Pequeña?!! —grité—. ¡Si es un como un palacio! ¡Si es más grande que el hostal!

—Y luego soy yo el exagerado.

Perseo estaba sentado en el sofá. Se había servido una copa, pero parecía no haberla tocado. Ni siquiera nos había prestado atención al entrar. Estaba completamente absorto en sus pensamientos. Gabriel me dio un pequeño empujón, luego un azote en el culo y, cuando fui a protestar, me guiñó un ojo y se fue para que pudiéramos hablar tranquilamente su hermano y yo.

—¡Menuda habitación! —dije, tratando de comenzar una conversación, pero Perseo no parecía estar por la labor.

Me fui acercando lentamente hasta él. Pasé junto a una peana sobre la que había una escultura bastante extravagante de color púrpura y la cogí, pero tenía una superficie demasiado resbaladiza y se escurrió entre mis manos, cayendo al suelo con un golpe ensordecedor. Se rompió en mil pedazos—. ¡Coño! Joder, perdón… ¡Mierda!

Perseo se dio la vuelta de golpe, asustado. Vio el estropicio que había causado y se puso en pie.

—¿Tenías que romperlo?

—No tenía que romperlo —repliqué, ofendido—. Es que se me ha resbalado… ¿Era muy caro?

—Más de lo que imaginas. —Se me hizo un nudo en la garganta. Como me lo hicieran pagar, íbamos apañados.

—¿No hay una escoba por aquí? —Miré alrededor.

—¿Una escoba? ¿Piensas barrer los restos de un Jeff Koons bajo la alfombra o algo así?

—No sé quién es ese señor, pero sí. Básicamente, ese era mi plan.

Perseo entornó los ojos y después volvió a sentarse en el sofá. Cogió su bebida y le dio un largo sorbo, pero al instante lo escupió todo dentro de la copa.

—¿Tan malo está?

—No me gusta el whisky. No sé por qué me lo he servido —admitió, apesadumbrado.

Evitando con cuidado los restos de la carísima escultura que había roto, me acerqué al sofá y me apoyé en el respaldo, cerca de Perseo, pero a una distancia de seguridad suficiente para no agobiarlo.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—No. No estoy bien —espetó.

—Me ha dicho Gabriel que has tenido una especie de… ataque de pánico.

—Supongo que ha sido eso —respondió en automático—. Es que… no sé qué me pasa últimamente. No hago nada bien. No tengo nada claro. Estoy perdido. Nunca me había sentido así.

—Quizá es que, por primera vez, estás empezando a vivir tu vida. —Le coloqué una mano en el hombro con delicadeza.

—Eso es lo más cursi que he escuchado jamás —masculló.

—Vale, sí. La verdad es que me ha quedado cursi de más. Pero el

mensaje está ahí, Perseo. Eres más que tu padre. Eres más que tu apellido. Ya está bien de hacer todo lo que te dicen los demás.

—Como estás haciendo tú ahora, ¿no?

—Bueno, yo… Esto…

Los ventanales de la terraza estaban abiertos y llegaba la música del exterior. Estaba sonando *«Last Christmas».*

—Esa es mi canción navideña favorita. ¿La conoces?

—Es imposible no conocer *«Last Christmas»*, Perseo.

—Es muy triste. Su letra, su melodía… Quizá por eso me guste. No lo sé…

Se quedó en silencio. Yo no tenía muy claro qué decir o cómo abordar la situación, más allá de estar ahí con él, por si necesitaba desahogarse en algún momento. Perseo era una persona complicada de leer. Mucho más que su hermano.

—No tienes por qué estar aquí. Del mismo modo que tampoco tienes por qué tratarme bien.

—Eso ya lo hemos hablado.

—Ya has visto cómo soy, ¿no? ¿Querías saber quién es Perseo, sin el apellido? ¿Solo Perseo? Pues esto es Perseo. Un auténtico desastre que se viene abajo a la mínima ocasión.

Y ahí estaba, ese era su momento de desahogo.

—No creo que seas un desastre.

—Lo tengo todo. Todo lo que el dinero pueda comprar. Y, aun así, estoy aquí sintiéndome una víctima y sin saber qué hacer…

—Aunque lo tengas todo, no creo que tu vida haya sido fácil, ni mucho menos. No voy a decir la tontería de «los ricos también lloran». Pero, tras conocer a tu padre, sé que aquí hay algo más que hoteles de lujo y codillo con puré de patatas.

—¿Qué?

—Una broma para relajar el ambiente. —No había salido bien—. Lo que quiero decir es que… No sé muy bien lo que quiero decir, pero que estés ahora hecho un desastre solo puede suponer una cosa.

—¿El qué? —escupió.

—Que ahora, tras tocar suelo, solo puedes ir hacia arriba, y lo bueno es que no vas a levantarte igual que las otras veces. Estoy seguro.

Sin previo aviso, Perseo se me acercó y me besó cogiendo mi cara entre sus manos. Un beso muy diferente a los de la primera vez. Mientras que aquella noche en el trastero me besó como si buscara poseerme, aunque fuera un rato, en ese momento trataba de no hacer daño, de ser sensible y excitante a la vez. Su delicadeza era extrema; su lengua y sus labios eran tan suaves que hacían que el beso fuera increíble.

—Perdona —dijo tras separar nuestras bocas—. No… No sé…

—Está bien, Perseo. Pero me tienes un poco desconcertado.

—Yo también estoy desconcertado, joder. —Y se puso en pie, exaltado, llevándose las manos a la cabeza y empezando a dar vueltas por la habitación.

—¿Es que hay algún problema con tu padre? Es decir, ¿no le parece bien que te gusten…? Bueno…, los chicos.

—Padre tiene problemas con todo lo que me gusta —sentenció. Era una respuesta… a su manera.

—Pero es que te tiene que dar igual lo que le guste a tu padre. Lo importante es lo que te gusta a ti.

Se giró para mirarme como un niño pequeño que no sabía qué

hacer.

—¿Te gusto? —le pregunté, sin rodeos—. Eso es lo que tienes que preguntarte. Porque, si no lo tienes claro, quizá es mejor que lo dejemos estar, ¿no crees?

Suspiró, nervioso. Nos separaban un par de metros de distancia. Y veía que quería decirlo. Pero era incapaz de hacerlo. No podía. Algo le seguía frenando, y yo no podía meterme en algo así. Porque iba a salir herido. Eso lo tenía claro. No era la primera vez que acababa en una relación así, y juré que…

—Me gustas, Oliver —dijo al fin, y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo—. ¿Yo te gusto?

—Sí, me gustas, Perseo —sonreí. Él me devolvió la sonrisa, se acercó y me volvió a besar.

Sin poder separarnos, con nuestras bocas pegadas con el pegamento de nuestra saliva, subimos las escaleras torpemente hasta llegar a la parte de arriba, donde había una cama enorme, de un blanco inmaculado, y que daba a otra terraza más pequeña, donde vi un *jacuzzi* iluminado.

Al llegar arriba, lo empujé hacia la cama y exhaló un gemido que me excitó más que todos los besos que nos habíamos dado. Me quité el jersey y me subí encima de él, con los brazos apoyados en el colchón, mientras volvía a besarlo, con más fuerza, con más pasión. Le empecé a desabrochar la camisa y, al ver sus pectorales, sus abdominales, no pude contenerme y me incliné sobre él para saborearlo con mi lengua mientras él se estremecía y arqueaba la espalda tratando de acercarse a mí todo lo posible.

Poco a poco, fui bajando hasta que llegué a sus pantalones. Lo miré fijamente mientras le bajaba la cremallera y descubría sus

calzoncillos negros y apretados contra su polla, que sobresalía ligeramente por encima de la goma elástica. Se los quité y me la metí en la boca. Perseo me agarró de la cabeza con suavidad, acariciándome el pelo, dejándome hacer, disfrutando.

Tras un rato chupándosela, alcé la cabeza y empecé a subir por su torso, lamiéndole desde el ombligo hasta el cuello. Él metió sus manos dentro de mis pantalones, acariciándome el culo por encima de los calzoncillos y jugueteando con su lengua en el interior de mi oreja, mientras me hacía cosquillas, pero evitando que me apartara, tratando de controlarme todo lo posible. En un momento dado, pasó de agarrarme el culo a apretarme el cuello, pero con mi mano libre (porque con la derecha le estaba masturbando) le dije que no me gustaba tan duro. Así que cedió su agarre, disculpándose con la mirada.

—¿Quieres… hacer algo más? —le pregunté en un susurro.

—Hoy estoy bien así. Si a ti te parece bien.

Resulta que, durante el sexo, Perseo era más educado que nunca. Quién iba a haberlo sospechado.

Paseé mi lengua por el interior de su paladar, y luego por sus dientes, marcándolo por completo. Entregados el uno al otro.

Perseo agarró su polla junto a la mía y comenzó a masturbarnos a los dos a la vez, mientras yo respiraba en su boca, completamente desbocado. No sabía si era por las ganas que tenía de repetir lo de la otra noche o porque Perseo cada vez se comportaba más como un ser humano funcional, pero la excitación que sentía estando con él era increíble.

Terminamos los dos casi a la vez, totalmente exhaustos. Me dejé caer a un lado de la cama, a su lado, con mi brazo sobre su

estómago, acariciándolo con las yemas de mis dedos, sin dejar de mirarlo.

—¿Bien? —pregunté en un suspiro.

—Bien —respondió él.

—Pues creo que ya estamos listos para seguir investigando, ¿no? —bromeé entre risas.

—Unos minutos más… —Apartó mi mano y se giró hacia mí para besarme de nuevo. En esos momentos era cuando veía al Perseo más cercano, más frágil, pero también al más auténtico.

—Tenía muchas ganas, la verdad —admití. Esperaba que él dijera lo mismo, pero se limitó a asentir y seguir mirando al techo.

—Me habría gustado conocerte en otras circunstancias —admitió tras varios segundos de silencio.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que me habría gustado conocernos sin que mi padre quisiera destruir al tuyo —explicó. Esa fue la primera vez que le escuché decir «mi padre».

—Eso da igual. Lo importante es que nos hemos conocido, ¿no?

—Y todo porque te colaste en mi coche —recordó con desagrado.

—No me colé en tu coche —lo corregí—. Fue un pequeño despiste.

—Me voy a duchar —dijo para dar por cerrada la conversación—. Coge lo que necesites de esta habitación. Gabriel no lo echará en falta.

—¿Dinero? —bromeé.

—En esta habitación no hay dinero —respondió, como si hubiera dicho la mayor tontería del mundo. Que puede que también la hubiese dicho.

Perseo se levantó de la cama, y no solo pude ver su espalda sudada, sino la marca que había dejado su cuerpo sobre las sábanas. Me incorporé un poco, pero no corrí a cubrirme la desnudez como sí hice el otro día con Gabriel. No me importaba que Perseo me viera desnudo. Y a él tampoco parecía importarle.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes un culo precioso? —le dije con picardía.

—Muchas veces.

Bajó al piso de abajo mientras yo me levantaba de la cama y abría la puerta de la terraza. Entró el frío invernal y la música ambiental. Ese frío cortante me vino bien para espabilarme y sentirme con energía de nuevo. Busqué mis pantalones entre toda nuestra ropa y saqué el móvil del bolsillo.

Tenía un mensaje de Gabriel.

De hacía un minuto.

MI PADRE VA HACIA ALLÁ

Capítulo 37

Oliver

¡Mierda!

¿Venía Orión a la habitación de Gabriel? Si Perseo se estaba duchando, eso significaba que me iba a tocar a mí abrir la puerta. No estaba en condiciones de enfrentarme a Orión Montecarlo. No podía hacer algo así dos veces en una noche. Pero no me dio tiempo a pensar mucho más allá porque escuché que se abría la puerta. ¿Tenía una copia de las llaves de todas las habitaciones del hotel o solo de las de sus hijos?

Como subiera, me iba a pillar desnudo, así que, procurando no hacer ruido, me puse los pantalones (sin calzoncillos, porque no los había encontrado) y cogí la primera camisa que vi en el suelo.

—¡Perseo! —bramó.

El agua dejó de correr.

Tenía que vestirme rápido y bajar para ayudarlo.

¿O quizá era mejor que me quedara escondido, para que no supiera que yo estaba ahí? Tal vez mi presencia allí solo le daría más problemas.

—¿Padre? —escuché decir a Perseo—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces tú aquí? ¿En la habitación de tu hermano? Te dije que vinieras a verme al despacho —gruñó—. Ha pasado la hora.

Necesitaba asomarme, ver lo que estaba pasando, pero sin que Orión me viera.

—Sí, padre. Pero vine a la habitación primero…

—Con él, ¿verdad? Con el hijo de los De Luca —espetó con rabia.

¿Por qué odiaba tanto a nuestra familia?

—Sí, con Oliver —respondió Perseo—. Vino al hotel y quería enseñarle…

—¿El qué si puede saberse? ¿Tu cuerpo desnudo?

—No, padre, yo… —escuché a Perseo tartamudear.

—Está Sabrina aquí. Ha volado desde Nueva York solo para verte.

—Pero yo te dije que no viniera. Sabrina y yo no nos hablamos —protestó Perseo.

—Me da igual. Por tu estupidez de niñato desagradecido, ya se estropeó la relación con su familia una vez. ¿Sabes lo que me ha costado convencerla? ¿A ella y a su padre?

—¡Pero yo no te lo he…!

Un golpe interrumpió la voz de Perseo. ¿Le había pegado? Dios, estaba hirviendo por dentro. Si pudiera, le habría tirado la escultura que había roto antes contra su cabeza.

—Padre…

—No vuelvas a levantarme la voz. Ahora, haz el favor de vestirte. Vamos a tu habitación. Vas a disculparte con Sabrina y vas a olvidarte del chico De Luca. No has servido para nada.

—Pero necesito…

—Te he dado una semana. ¿Y qué has conseguido? Me dijiste que encontrarías pruebas, algo que pudiera ayudarnos a dejarles sin indemnización. Pero lo único que has hecho es meterlo en tu cama.

—Eso no es así.

¿Perseo había estado buscando pruebas para hundirnos? ¿Por eso había estado ayudándome en la investigación todo ese tiempo?

—Parece que solo quieres hundir nuestro apellido. Arrastrarlo por el suelo. ¿Y si se entera la prensa? ¿Y si se entera alguien? El hijo de los Montecarlo, el heredero, se comporta como un depravado con… Con otro chico. Con un pordiosero de las montañas.

—No hables así de Oliver —dijo Perseo, sorprendentemente valiente.

—¿No ves lo que ha hecho? ¡Te ha engañado! Ha conseguido meterse en tus pantalones para que te ablandes y lo ayudes a conservar la chabola de su familia. ¡Y tú eres tan imbécil que has caído en su trampa! —Acompañó el grito de una carcajada que me heló la sangre—. Pero aún sigues siendo mi hijo, y soy el único que puede enderezarte. Así que vamos. Andando. Vamos a tu habitación. Ya te vestirás allí.

Escuché cómo se abría la puerta, pero no se cerraba. ¿Se habían ido o seguían abajo?

—¿Cómo que no? —dijo Orión Montecarlo, sorprendido.

—No voy a ir contigo. Ni a volver con Sabrina —dijo Perseo, nervioso pero a la vez firme.

—Perseo Leonardo Montecarlo. Haz el favor de…

—Me gustaría que te fueras de esta habitación.

—¿Cómo dices?

Necesitaba ver eso con mis propios ojos. ¡Habría pagado por ver la expresión de Orión en ese momento!

—Lo has oído. No te quiero en esta habitación. Y, si estuviera aquí Gabriel, te diría lo mismo.

—Sabes lo que estás haciendo, ¿verdad? Estás condenando a tu

amiguito. Si tengo que repetírtelo una vez más, te vas a arrepentir.

En ese momento, decidí bajar a todo correr por las escaleras. Iba tan rápido que me resbalé en los últimos escalones y tuve que agarrarme al pasamanos para no caerme de espaldas.

—Dios, malditas escaleras. Menuda trampa mortal —dije con el corazón en un puño—. Hola, señor Montecarlo.

Su mueca de disgusto estuvo a punto de hacer que me diera la vuelta. Pero quería estar allí y ayudar a Perseo si hacía falta.

—¿Te importaría no interrumpir una conversación entre un padre y su hijo? —rugió.

—Curioso. No veo a ningún padre por aquí.

Perseo abrió los ojos en señal de sorpresa y pánico. Orión apretó la mandíbula. Furioso.

—Voy a dejar que te diviertas un poco más y, cuando te canses de él, volverás, y yo, como soy tu padre, te perdonaré lo de esta noche —le dijo a Perseo. Luego se giró hacia mí y añadió—: Eres solo su capricho —me dijo, entre dientes, sibilino, hiriente. Y salió de la habitación, como si fuera un animal enjaulado al que acababan de dejar en libertad.

Pese a estar la puerta cerrada, le escuchamos gritar desde el pasillo:

—¡Y esa habitación es mía! ¡Todo el hotel es mío!

Noté que me fallaban las piernas, era como si fueran de gelatina. Menos mal que estaba agarrado al pasamanos porque, si no, me habría caído al suelo.

Perseo estaba inmóvil, con los puños apretados con fuerza y la cara roja… ¿Sería por la bofetada que le había dado su padre o por el esfuerzo que estaba haciendo para controlar su ira?

Me acerqué a él lentamente, tratando de no asustarle, y puse mi mano sobre su espalda, con delicadeza y suavidad.

No se apartó.

—¿Cómo estás? —No respondió—. ¿Me dejas…?

Y, con la mano libre, le acaricié la cara, haciendo que la girara hacia mí. El animal de su padre le había partido el labio y un hilo de sangre le resbalaba por una de las comisuras de la boca. Se me partió el alma al verlo así. Le cogí de la mano y tiré de él hacia el baño. Me siguió en un estado casi catatónico. Lo senté en la taza del váter y cogí un algodón desmaquillante del lavabo. Lo mojé con un poco de agua y volví a acercarme a él para pasárselo por la herida del labio y limpiarle la sangre procurando no hacerle daño.

—Es un animal. No podemos permitir que te siga tratando así.

—Es…

—No. No digas que es tu padre. No lo es. Nunca se ha comportado como tal. —La herida de su labio no paraba de sangrar. Cogí otro algodón—. Pero estoy muy orgulloso de ti. Te has enfrentado a él. Hay que ser muy valiente para hacerlo.

Al decirle eso, elevó la cabeza y me miró a los ojos. Parecía un niño asustado.

—¿Estás orgulloso?

—Sí. ¿Por qué te sorprendes tanto?

—Nunca nadie me había dicho que estaba orgulloso de mí —musitó en un tono de voz tan bajo que me costó oírlo. Estaba totalmente roto. Herido de muerte. Tenía que alejarse de su padre. Era la única forma de que pudiera sobrevivir.

—Antes… tu padre dijo… ¿Estabas en el hostal solo para espiarnos? —Aunque sabía que quizá no me dijera toda la verdad,

necesitaba preguntárselo.

Perseo tragó saliva antes de responder. Se tomó su tiempo.

—Sí. —Una herida de bala dolía menos. Debería habérmelo imaginado. ¿Por qué, si no, iba a haber accedido tan rápido a quedarse en nuestro hostal una semana, con gente que ni siquiera conocía y que su padre despreciaba?—. Pero no pude hacerlo. Estuve a punto, pero fui incapaz…

—¿Y la investigación sobre nuestros abuelos…? ¿Y…?

—Cuando entré en tu hostal, estaba dispuesto a encontrar algo que nos sirviera para hundiros, y, cuando me enseñaste la nota anónima, en un primer momento pensé que era una especie de juego extraño tuyo con el que intentabas engañarme, pero… luego me planteé que quizá no era así, que tal vez podría descubrir algo importante si te ayudaba, algo que proporcionarle a padre para que pudiera echaros sin tener que daros una indemnización siquiera. Pero fueron pasando los días y tú… Tú me tratabas… bien. Me tratabas muy bien. —Se tomó unos segundos para seguir organizando sus pensamientos—. Estuve frente al ordenador de recepción, dispuesto a acceder a vuestras reservas, de obtener cualquier documento que me resultara útil para mis propósitos. Pero… me tratabas bien —repitió—. ¿Cómo podía hacer algo así? No era lo correcto. No…, lo que padre quería haceros no estaba bien… Gabriel me ayudó a abrir los ojos.

—Parece que tu hermano siempre está en el lado correcto de la historia —bromeé.

—Gracias a ti, Oliver, estoy empezando a saber quién soy. Quién es realmente Perseo, sin el peso de los Montecarlo sobre los hombros.

—Yo no he hecho nada de eso. Has sido tú.

—Sin tu ayuda, habría sido imposible.

Con esta última frase me cogió de las manos, con una sonrisa rota pero sincera.

Entonces llamaron a la puerta.

Nos miramos, indecisos. ¿Sería otra vez su padre? Noté la tensión de Perseo porque me estaba apretando las manos con tanta fuerza que incluso me empezó a hacer daño. Al final se levantó, me soltó y caminó decidido hacia la puerta, dispuesto a enfrentarse a lo que fuera que le tuviera preparado su padre. Pero, al abrir, descubrió que se trataba de Gabriel. Iba descamisado y estaba visiblemente borracho. Se derrumbó sobre su hermano. Fui corriendo hacia ellos para ayudar a Perseo a que no se cayera de morros al suelo.

—¡Percy, hermanitooo, que te has enfrentado al viejo por fin! —gritó Gabriel—. Estarás…, ¡hip!, estarás contento, ¿eh? Has tardado… Has tardado mucho.

—Gabriel, creo que deberías dejar de beber ya —sugirió Perseo.

—Te llevo ventaja. Ya llegué a esa conclusión hace… tres copas. —Hipó de nuevo.

—Vamos a sentarnos, anda —dije yo con calma, y entre Perseo y yo conseguimos llevarlo hasta el sofá, donde se dejó caer boca abajo.

Perseo estaba perdiendo la paciencia a pasos agigantados, así que lo ayudé a darle la vuelta para que quedara tumbado boca arriba.

—Gracias, Oliver —me dijo.

—¡Perseo Leonardo Montecarlo diciendo «gracias»! ¡Qué escuchan mis oídos! —se burló Gabriel, y a punto estuvo de caerse

del sofá, pero lo evité a tiempo—. Ay, Oliver, dame otro beso.

Perseo apretó la mandíbula. Casi podía escucharle rechinar los dientes, furioso. Tenía que empezar a relajarse con su hermano de una vez por todas.

—Ay, qué tonto soy… Que esos labios ya tienen dueño… Percy, trátalo… Trátalo bien —balbuceó Gabriel. Rodó sobre sí mismo y al final acabó cayendo al suelo boca abajo—. Au. —Es lo único que dijo —. Estoy… bien. Vosotros a lo vuestro.

—¿Qué hacemos con él? No podemos dejarlo así.

—¡Claro que podemos! A ver si aprende de una vez —bramó Perseo, y me cogió de la mano, para llevarme lejos de los oídos indiscretos de Gabriel—. Nosotros nos vamos al hostal.

—¿Y qué hacemos con tu hermano? ¿O con tu padre? Imagínate que vuelve y se lo encuentra así…

Perseo sopesó las opciones mientras nos miraba alternativamente a su hermano y a mí. Era evidente que no sabía muy bien qué decisión tomar.

—Voy a cambiarme. Vigílalo.

—Vale. Y luego nos lo llevamos —asentí con confianza.

—No. No quiero que se meta en…

—También era su abuelo, ¿no? No vamos a dejarlo al margen. ¿No quieres hacer las cosas bien? Esta es la primera. Tienes que empezar a ver a tu hermano como a un amigo, no como a un enemigo.

—¡¡¡Eso!!! —gritó Gabriel desde el suelo. No se había movido ni un centímetro.

Perseo resopló, furioso, y subió arriba para coger su ropa y vestirse. Porque, hasta ese momento, había estado solo con una

toalla atada a la cintura.

—Eh…, ¿qué ha pasado con mi escultura? —farfulló Gabriel.

Me acerqué y me senté en el sofá frente a él. Al notar mi presencia, trató de moverse, pero lo único que pudo hacer fue estirar el brazo y rozarme el tobillo con la yema de sus dedos.

—¿No piensas ayudarme?

—Creo que voy a hacer caso a tu hermano y dejarte un rato ahí para que aprendas —bromeé, y le puse los pies sobre la espalda.

—¡Qué malo eres! Pero deberías saber que tengo un fetiche con los pies, así que ahora mismo soy superfeliz —bromeó, y haciendo un gran esfuerzo consiguió girarse y se quedó tumbado boca arriba en el suelo.

—Hola otra vez —sonreí, apartando los pies.

—¿Así que ha ido bien con Percy?

—Sí, ha ido bien con él. ¿Por qué te empeñas en llamarle Percy si sabes que lo odia?

—No-no-no-no lo odia. Así le llamaba Abi… Uf, lo que yo odio es el alcohol. Ayúdame, anda.

Me tendió la mano y, tras hacerme un poco el duro, se la cogí y lo ayudé a incorporarse, pero no fue capaz de estar más de dos segundos de pie. Se dejó caer en el sofá, a mi lado, como si hubiera recibido un disparo.

—Dios, estoy al borde de la muerte —se lamentó.

—¿Quieres agua? Creo que te sentará bien.

—Con que te quedes aquí un rato conmigo, me vale.

—Claro —respondí.

—Que sepas… que yo no sabía que Sabri estaría en su habitación. En serio… —me aclaró—. ¿Qué tal fue… vuestro…,

¡hip…!, encuentro?

—Perseo me lo explicó todo.

—Pero algo celoso sí…, sí que te pusiste, ¿no? —le costaba hablar.

—¿Por qué iba a ponerme celoso?

—Porque es su exprometida. Yo sí que sentiría celos… —dijo, y al momento se rio—. ¡Qué va! No creo en los celos.

—¿Se puede creer o no creer en los celos? —le pregunté.

—Los celos no me sirven de nada. No soy posesivo. Si quieres estar conmigo, yo voy a darte todo lo que quieras. Pero, si no, no pasa nada. No voy a volverme loco tratando de obligarte a que te quedes a mi lado, ¿sabes?

—No sé si tienes muy claro lo que son los…

—Créeme que sí. Ya he superado esa etapa. —Suspiró al tiempo que cruzaba los brazos tras su cabeza, creando una almohada improvisada—. Entonces ¿has conseguido salvar el hostal?

—En ello estamos.

En ese momento apareció Perseo en el salón, vestido de nuevo, elegante como siempre, con un largo abrigo verde oscuro que le llegaba hasta las rodillas y un jersey de cuello alto que le estilizaba y le quedaba de muerte. También se había puesto gafas de montura fina; estaba irresistible.

—Ya estoy —dijo, llegando a nuestra altura.

—Oye, qué bien te queda mi-mi ropa…

—¿Estás seguro de querer llevártelo al hostal? —volvió a insistir Perseo.

—Sí.

Capítulo 38

Perseo

—Así que nuestros abuelos estaban enamorados… —dijo Gabriel desde el asiento de atrás del coche.

Oliver conducía y yo iba sentado en el asiento del copiloto.

—¿Eso nos convierte a todos en hermanos? ¡Dios! ¿Me he liado con mi hermano?

—¡No digas tonterías, Gabriel, por favor! —lo abronqué cuando el coche dio un pequeño tirón hacia delante.

—¡Perdón! Odio el coche de mi hermana. Aún no me acostumbro a conducirlo —se disculpó Oliver.

No podía evitar verlo con otros ojos después de todo lo que había pasado estos días. No tenía muy claro cómo, pero había conseguido devolverme una parte de la confianza que había perdido en mí mismo.Y parecía haberme perdonado que tratara de engañar a su familia cuando llegué al hostal. Su manera de defenderme ante padre me demostraba que era alguien que merecía la pena. Y nunca me había sentido tan libre como cuando nos habíamos besado.

De repente, ya no sentía esa losa sobre mi pecho después de besar a un chico, ni tampoco me sentía culpable por sentirme atraído por un hombre.

La maldición de padre estaba perdiendo poco a poco su poder.

Era una auténtica liberación.

Aunque también sentía un vértigo extraño.

—Así que el anillo de Percy abre esa extraña habitación secreta en la que, suponemos, habrá algo que os ayude a salvar el hostal. Me he enterado bien, ¿verdad?

—A grandes rasgos, sí —afirmó Oliver, mirándolo a través del espejo retrovisor.

—¿Seguro que no sigo borracho? Porque me lo parece.

—Sigues borracho —intervine—. Pero todo es verdad.

—Y yo que quería irme a las Maldivas en Navidad… ¡Me habría perdido todo esto…!

Gabriel reprimió una arcada y se llevó las manos a la boca.

—No vomites.

—No me des órdenes.

Fue decirlo y vomitar en el suelo de la parte de atrás del coche. No una ni dos, sino hasta en tres ocasiones. Bajé la ventanilla poniendo cara de asco mientras mi hermano se disculpaba una y otra vez.

—Qué a gusto me he quedado. Pero, oye, ¿alguien puede cambiarme el sitio?

Cuando llegamos al hostal, Oliver aparcó entre dos coches bajo uno de los árboles que rodeaban el jardín y salimos los dos. Luego abrí la puerta de Gabriel para que también saliera. Tenía restos de vómito en el jersey y la barbilla. Volví a entrar en el coche y busqué algo para limpiar; en la guantera encontré una bayeta verde.

—No me limpies con eso…, que con eso se limpia el coche…

Ignoré sus protestas y le quité los restos de su borrachera de la barbilla y de la boca, e hice lo que pude con lo que tenía en el

jersey. Mientras, Oliver sacó las alfombrillas y las puso fuera del coche para evitar que el olor se quedara impregnado dentro.

—Un segundo…

Corrió al interior del hostal y nos dejó a solas sin mucha explicación.

—¿Por qué te empeñas siempre en estropear cada momento en el que estás presente? —Lo miré con una expresión de decepción mezclada con asco.

—Lo siento, Percy, pero sabes que detrás me mareo y…

—Has venido porque Oliver ha insistido.

—Lo siento. No pretendía…

—Por mí te podrías haber quedado en el hotel. —Pero, al decirle eso, y verme reflejado en el cristal del coche, por un momento vi a padre.

No podía permitirlo.

No era él.

No quería ser como él.

Nunca.

—Lo siento —insistió.

—No pasa nada. Un error lo tiene cualquiera.

—No es solo un error. Lo siento de verdad.

Gabriel sonrió satisfecho al ver que me había ablandado y, sin mediar palabra, se lanzó sobre mí y me abrazó con fuerza.

Mi hermano y sus abrazos.

Toda la vida igual.

Yo le di un par de toquecitos en la cabeza con la mano. Tampoco podía ofrecerle más.

En ese momento regresó Oliver con un cubo de fregar y una

fregona. En pocos segundos había limpiado los restos del vómito tanto de las alfombrillas como del interior del coche, pero dejó las ventanillas bajadas para que el vehículo siguiera ventilándose.

—Es la segunda vez que limpio vómito de un Montecarlo. Y espero que sea la última.

—¿Segunda vez? ¿Qué me he perdido? —preguntó Gabriel, pero lo callé con la mirada y los tres empezamos a caminar hacia el hostal.

Ya eran casi las doce de la noche, por lo que, cuando entramos, no había nadie despierto.

Salvo Clara, la hermana de Oliver.

—¿Me vas a explicar para qué querías la fregona ahora y…? Anda, la plana mayor de los Montecarlo. ¿A qué debemos esta visita a horas intempestivas? —dijo burlona, y salió de detrás del mostrador, como queriendo pedirle explicaciones a su hermano—. Te largas sin decir nada, te llevas mi coche, me dejas sola ayudando en el turno de cenas, y ahora vuelves a medianoche con los dos hermanísimos juntos.

—Vamos a abrir la habitación secreta. ¿Vienes o prefieres quedarte aquí quejándote como una vieja amargada? —dijo Oliver, y nos indicó a Gabriel y a mí que lo siguiéramos escaleras arriba.

—Oye, siento lo del coche —se disculpó mi hermano, dirigiéndose a Clara—. Si no salen las manchas, te compro uno nuevo. —Le sonrió guiñándole un ojo.

—¿Las manchas de qué? ¿Qué dices?

Pero Gabriel no quiso explicarle nada más. Como siempre.

Los cuatro subimos hasta la planta de arriba y, cuando llegamos a la altura de la habitación secreta, entre los cuatro conseguimos

descolgar de nuevo el cuadro y levantar el trozo de pared falsa que ocultaba la habitación secreta.

—¿Ves? Ahí metí mi colgante —me indicó, señalando la cerradura con el dedo índice una vez que conseguimos ver de nuevo la puerta escondida.

Me acerqué y vi que tenía razón: la forma era igual que la de mi anillo. Me lo quité del dedo y jugueteé con él durante un rato, decidiendo qué hacer. ¿Realmente abriría la puerta y encontraríamos algo? ¿Qué podía haber al otro lado?

Escuchamos un ruido al final del pasillo. Una mujer se asomó cautelosa por la puerta de su habitación.

—Vais a despertar a todo el mundo —siseó Clara—. Buenas noches, Estela. Ya vamos a terminar por aquí. Un problema de reformas… Pero ya está solucionado. Todo bien. Todo ok.

La mujer volvió a entrar en su cuarto. Esperamos a oír que cerraba la puerta para seguir con lo que estábamos haciendo. Acerqué el anillo, conteniendo la respiración, con todos rodeándome, en silencio. Podía notar sus nervios porque yo me sentía igual. No sabíamos lo que íbamos a encontrarnos al otro lado.

Pero solo había una manera de averiguarlo.

Introduje el anillo en el interior de la cerradura y…

No pasó nada.

—Pues hasta aquí llegó el misterio. ¿Alguien tiene hambre? —dijo Gabriel, con su habitual socarronería.

—Yo no le diría que no a un trozo de *brownie* —añadió Clara.

—Prueba a girarlo —me sugirió Oliver—. Con el colgante funcionó así.

Lo intenté, pero no se movía.

¿Nos habíamos equivocado? No podía ser, porque entraba a la perfección. La forma era la adecuada. Solo faltaba algo. Probé a apretar un poco más. Noté cierta resistencia, pero el anillo comenzó a entrar más en la cerradura.

Hasta que desapareció en el interior y entonces sonó un ¡clac!

—¿Eso ha sido un ¡clac!? —preguntó Oliver.

—No. Ha sido más bien algo así como tikiticlac —se burló Gabriel.

—A mí me ha sonado a clicloc —se burló Clara.

Los ignoré.

La forma de la puerta, delineada contra la pared, estaba más clara que nunca. Y, como si se hubiera activado una especie de muelle interior, se abrió un poco, dejando escapar un silbido de aire y de polvo hacia el pasillo. Mi anillo y su colgante salieron por la cerradura y los cogí antes de que cayeran al suelo.

Oliver y yo nos miramos, asombrados y excitados por nuestro descubrimiento. Era muy probable que esa habitación guardara los secretos que necesitaba su familia para derrotar a padre.

A mi familia.

A los Montecarlo.

¿Y si me estaba equivocando?

¿Y si me arrepentía de esa decisión?

—Vamos —dijo Oliver.

—¡Espera! —gritó su hermana—. Poneos una mascarilla —dijo sacando un paquete de su bolsillo—. Iba a limpiar la cocina y papá siempre me dice que me proteja cuando utilizamos lejía.

Nos dio una a cada uno.

—Me siento como Howard Carter entrando en la tumba de Tutankamón —bromeó Gabriel ajustándose las gomas detrás de las

orejas—. Solo espero que luego no nos persiga una maldición.

—La maldición nunca existió. La gran mayoría de las personas que participaron en esa excavación murieron por muerte natural muchos años después —dije.

—Perseo Montecarlo siempre estropeando una buena historia.

Oliver cogió el borde de la puerta y tiró de él hacia fuera. Acto seguido, entramos.

Dentro, la oscuridad era total. Olía a cerrado, a humedad y a pintura. La habitación estaba repleta de polvo y telarañas que cruzaban de una pared a otra. En el techo había una pequeña claraboya por la que se filtraba la luz de la luna, pero, cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, pude ver mejor el espacio que nos rodeaba.

En la pared frente a la puerta había un sofá de tres plazas cubierto por una enorme capa de polvo, acumulada durante muchos años. Quizá décadas. Junto al sofá, un taburete de madera con algo encima que parecía un tocadiscos o algo similar. A su derecha, una caja de mimbre repleta de discos de vinilo, pero estaba en el suelo, volcada, y varios de ellos estaban rotos.

—¿Cómo puede ser que esta habitación estuviera aquí? —susurró Oliver, pensando en voz alta.

Se sacó la mascarilla. Yo tardé un poco más, pero al final me la quité también, y me di cuenta de que había sido el último en hacerlo.

En la pared de la izquierda había una estantería repleta de libros. Algunos caídos, otros roídos por el tiempo y con los lomos desgastados, y todos cubiertos por telarañas frondosas. En la otra pared, un mural. Parecía un paisaje, pero alguien lo había manchado

con pintura roja, que se había resecado con el paso de los años. ¿Qué era ese lugar? ¿Qué habíamos encontrado?

—¿Una habitación secreta… que solo conocían nuestros abuelos? —dijo Oliver, acercándose al mural y pasando la mano por una inscripción: m + o—. Era… ¿Era su escondite?

—¿Aquí no hay luz? —dijo de pronto Gabriel, presionando un interruptor, pero no funcionaba.

Oliver encendió la linterna de su móvil y fue recorriendo toda la estancia, tratando de encontrar algo, aunque todavía no sabíamos qué.

Había una televisión antigua sin conectar y varios pósters enrollados al lado. Cogí el primero de ellos, lo desenrollé y vi un dibujo a mano alzada de… ¿Ese era mi abuelo?

—¿Tantos años y podríamos haber cobrado una habitación más? Menudo desperdicio —intervino Clara, tropezando con un taburete con la pata rota que estaba tirado en el suelo.

Mientras, Gabriel estaba revisando la estantería y tenía entre las manos una cámara Polaroid.

—Esto es una Polaroid SX-70. Y está como nueva…

No sabía que controlara de cámaras fotográficas. Al cogerla cayeron varias fotografías al suelo y me agaché a recogerlas. Oliver se acercó y me iluminó mientras las iba pasando una a una. Había imágenes de las montañas, de un árbol, de lo que parecían adornos navideños… Todas estaban parcialmente veladas o casi quemadas.

Pero en una de ellas estaba mi abuelo junto a otro hombre que sujetaba la cámara y sonreía hacia el objetivo. Mi abuelo lo besaba.

En la mejilla.

Muy cerca de los labios.

—Es el abuelo… —susurré—. Estaban… Estaban juntos.

—Se amaban, Percy —dijo una voz detrás de nosotros.

Los cuatro nos giramos, sorprendidos. La puerta estaba abierta y dentro de la habitación había otra persona.

¿Era la mujer que se había asomado al final del pasillo hacía unos minutos?

¿Y por qué me había llamado Percy?

—¿Estela? —preguntó Oliver, algo desubicado.

Ella negó con la cabeza y se quitó tanto el pañuelo que le cubría la cara como las gafas de sol extragrandes. En un lado del rostro tenía una cicatriz enorme que le iba de la frente hasta casi el mentón. También se quitó la peluca que llevaba… Su pelo rojizo y ondulado le cayó sobre los hombros.

No podía ser.

Era imposible.

Debía de ser… un sueño.

No…

—¿Abi?

—Hola, hermanito.

Capítulo 39

Abigail

28 de noviembre de 2025

El sudor me caía por la frente.

Estaba concentrada como nunca.

Sabía que, si me despistaba un solo segundo, nada habría valido la pena.

La gente estaba mirándome. Juzgándome. Esperando verme caer. Pero no les iba a dar ese gusto.

Solo tenía que seguir un poco más.

Unos segundos más.

Venga, Abi, que tú puedes.

—¡¡¡Sí, sí, sí!!! ¡He batido el récord! ¡Toma ya! —grité henchida de orgullo—. ¡A ver quién me lo arrebata ahora!

Me bajé de la máquina de baile para que subiera el siguiente. Gabriel estaba esperándome con una cerveza bien fría. Parecía que hubiera corrido una maratón.

—¡Ha sido una pasada, Abi! ¿El movimiento final de cruzar las piernas tres veces seguidas? Nunca nadie lo consigue —me dijo, excitado por la emoción del momento.

—Pero no hay nada imposible para tu querida hermana mayor, ¿verdad? Venga, vamos a por unos nachos, que tengo un hambre…

A Gabriel y a mí nos gustaba ir de vez en cuando a centros comerciales o salones recreativos como la gente normal. Queríamos demostrarles a todos que los Montecarlo no éramos tan desalmados.

Lo malo era que nunca salíamos indemnes. Gabriel y yo éramos tan parecidos que nos perseguían siempre los problemas, y el que siempre acababa solucionándonos las cosas era Percy, que además procuraba que nuestro padre no se enterara de nada. Pero, por supuesto, acababa enterándose. Parecía tener ojos en todos lados.

Aquella tarde invitamos a todo el centro comercial a nachos con queso. Con lo que no contábamos era con la cantidad de gente que habría ahí dentro. Y eso no sentó nada bien ni a la seguridad del lugar ni a nadie en general, porque, cuando se acabaron los nachos, muchas personas empezaron a quejarse de que a ellos no les habían puesto, y bueno…

¿Se lio mucho?

Puede.

Pero para entonces Gabs y yo ya estábamos lejos de allí, riéndonos mientras recordábamos mi clase maestra de baile.

¿Y quién había ido a buscarnos?

Percy con su inseparable Leo, su chófer particular.

—¿Cuánto tiempo vais a seguir haciendo esto? Porque no siempre voy a estar ahí para salvaros el culo… —dijo, y Gabriel reprimió una risotada. Estaba un poco borracho. Y puede que yo también.

—Perseo ha dicho «culo». Qué atrevido. —Se llevó una mano a la boca, fingiendo sentirse violentado.

—Tú deberías estar en violín, Abi. Y tú… ni lo sé ya —nos reprendió, ejerciendo de hermano mayor sin serlo.

Pero nos quería. Mucho. Muchísimo. Y era al que peor se lo hacía pasar papá. Cada vez que los veía juntos, temía por él. La cantidad de veces que había tenido que consolarlo cuando era pequeño. Aunque él había consolado muchas más veces a Gabs.

—Percy, relájate. Solo queríamos pasar un buen rato. Nada más.

—Tendrías que haberla visto bailar. ¡Ha sido increíble! —me apoyó Gabs con una sonrisa de oreja a oreja. Y, aunque Percy se hacía el duro, podía notar en su mirada las ganas que tenía de unirse a alguna de nuestras juergas. Hacía mucho tiempo que no lo conseguíamos.

—No lo dudo —suspiró al fin—. Espero que hayas batido tu propio récord. —Sonrió un poco. Para otra persona sería algo imperceptible. De Perseo no podías obtener mucho más que eso, así que era una victoria total.

—¿Quieres venir conmigo esta noche al partido de fútbol? —le preguntó Gabs, mientras miraba algo en su teléfono móvil.

—¿Esta noche? Tengo una conferencia con Pekín —dijo Percy, con ese tono de hombre de negocios tan suyo.

—Peeero… es a las ocho de la tarde. ¿A qué hora es la conferencia esa?

—A las once.

—¡Perfecto! Te vienes conmigo, nos lo pasamos bien, nos reímos un poco y te olvidas un rato del coñazo que es ser un Montecarlo. Va, ¿te animas?

—Gabriel, te conozco. Luego no nos podemos liar. Esa videollamada es muy importante. Lo entiendes, ¿verdad? Claro que no lo entiendes —dijo entornando los ojos en señal de derrota—. Además, luego está el abuelo.

—Percy, anda, anímate y ve con tu hermano. Yo me ocupo hoy del abuelo. —Le puse las manos en las rodillas, tratando de calmarlo y dejarle claro que todo estaba controlado.

Hacía un par de años que a nuestro abuelo le habían diagnosticado alzhéimer, pero estos últimos meses estaban siendo duros. Sus momentos de lucidez los aprovechaba para discutir con su hijo sobre cómo llevaba el negocio familiar. Perseo era el que más se encargaba de él, pese a tener cuatro enfermeras en casa trabajando las veinticuatro horas para que siempre estuviera cuidado y vigilado. Se había negado en redondo a ir a una residencia o a un hospital privado.

Quería quedarse en casa.

Con sus recuerdos.

Con su familia.

Cuando llegamos a casa, me bajé del coche y le di un par de besos a Gabriel y un abrazo a Percy, porque sabía que los abrazos le hacían sentir incómodo. Nunca había sido bueno gestionando el contacto físico. Luego me quedé mirando cómo se alejaban. Gabriel bajó la ventanilla y empezó a gritarme cosas sin sentido, mientras Percy luchaba por mantenerlo de nuevo dentro del coche.

Necesitaban una noche de hermanos. Cada vez tenían menos.

Entré en casa con la intención de ir directa a la piscina de la planta de arriba para nadar un poco, porque, quitando lo del baile de esa tarde, llevaba demasiado tiempo sin hacer ejercicio. Y quizá después me dedicara a tocar un poco el violín e invitara a un par de amigos a casa.

No, mejor no. Sabía cómo podía acabar una noche así, y llevaba demasiado tiempo limpia como para volver a tener la tentación

cerca.

Pero, cuando estaba en el recibidor, escuché los gritos del abuelo. Venían del despacho. Estaba discutiendo con nuestro padre, como siempre. Podría haberles interrumpido, pero preferí acercarme y escuchar su conversación. A ver de qué me enteraba.

—Pero, papá, ¿tú te estás escuchando? ¡Me pides que tire a la basura un contrato millonario! —gritaba mi padre, enfurecido—. Es que no puedo entenderlo.

—Orión, escúchame. Tenemos que hablar seriamente sobre esto.

—No, papá. Ya hemos hablado seriamente sobre esto.

—Te digo que me escuches. Que nunca me escuchas. Y te iría mejor si lo hicieras.

—Claro que te escucho. Pero esta empresa es mía —insistió mi padre—. Tú decidiste dejármela porque creías que era mucho mejor que la llevara yo. Y no te has equivocado, ¿verdad?

—Pero con esto te pido que recapacites y no sigas adelante —dijo el abuelo con calma.

—¿Y en base a qué si puede saberse? ¿Ahora de repente te has ablandado? ¿Tú? ¿El Tiburón de Vizcaya? —se burló mi padre. Así era cómo llamaban al abuelo sus enemigos.

—No lo entiendes, Orión. Escúchame. Ese hostal…

—¡Ya sé lo que significa ese hostal! ¡El sacrificio de tu familia! ¡Eso es lo que significa! —bramó mi padre—. Me pides que renuncie a un negocio de más de doscientos millones de euros. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—¡Hice un pacto con él! ¡Esas tierras…!

—¡Esas tierras son nuestras! —bramó mi padre—. Todo esto es por Oliver, ¿verdad? ¡Está muerto ya! ¡Murió! ¡Tienes que olvidarlo!

¡Bastante nos ha arrebatado!

Se hizo el silencio y, al rato, escuché un golpe sordo. Abrí la puerta sin pensar y me encontré al abuelo en el suelo y a mi padre arrodillado junto a él, con la expresión desencajada.

—¿Qué ha pasado…?

—¡Llama a una enfermera! ¡¡¡Ya!!!

No era la primera vez que el abuelo nos daba un susto así. Por suerte, le atendieron rápido y solo había sido una bajada de tensión. Normal después de una bronca así con su hijo. Pero ¿quién era ese tal Oliver? ¿Y qué pasaba con ese hostal? ¿Se referirían a El Muérdago, el que estaba en la ladera de la montaña, al otro lado del hotel?

Después de un par de horas en las que no me dejaron verlo, insistí tanto que por fin pude entrar en la habitación donde descansaba, con una máquina de oxígeno, porque había veces que, al dormir, se quedaba sin aire. Parecía estar descansando, pero me apetecía quedarme un rato con él. A solas. Además, se lo había prometido a Perseo.

Cuando me senté a su lado, le cogí la mano y me puse a llorar.

—Si vas a llorar, ya sabes dónde está la puerta —me dijo muy serio.

Claro, tuve que dejar de llorar al momento. Incluso cuando estaba enfermo, se esforzaba en ser un Montecarlo.

—Vale, vale…, no lloro —gemí, tratando de aguantarme—. ¿Necesitas algo? ¿Quieres agua o…?

—Necesito no estar en esta cama —dijo justo antes de ponerse a toser. Trató de quitarse el respirador pero no era capaz, y comenzó a refunfuñar—. Ayúdame, anda, Cheryl.

—Abuelo, soy Abi.

—Ya sé que eres Abigail. No soy idiota. Haz el favor de quitarme esta mierda de la cara, anda —gruñó, y, claro, tuve que hacerle caso y ayudarlo a quitarse el respirador un rato—. ¿Qué tal la universidad? ¿Cómo va este curso?

Había acabado la universidad hacía ya tres años. Vino a mi graduación.

—Abuelo, ya la terminé —le expliqué con calma, y vi la frustración en sus ojos—. ¿Estás haciendo tus ejercicios? ¿Los que te recomendó el médico?

—Gilipolleces —bramó—. Estoy bien. Solo se me olvidan cosas de vez en cuando. ¿Cómo estás, Abigail? ¿Te trata bien la vida?

—Sí, todo bien, abuelo. ¿Tú qué tal te encuentras? ¿No quieres seguir descansando un rato?

—No. Tengo que vestirme ya. Necesito ir al hotel. Hoy es la competición de saltos. ¡¿Y aún estás así vestida?! No vamos a llegar. ¡Hay que recoger a Perseo del colegio! Venga, vamos.

Trató de levantarse, pero yo se lo impedí con suavidad, colocando mis manos sobre su hombro.

—Iré yo a por Perseo al colegio. Tú descansa, que te sentará bien. —Había veces que era mejor seguirle el rollo que estar continuamente corrigiéndole. Pero esa noche estaba demasiado alterado, quizá por culpa de la discusión con mi padre.

—No dejes que tu padre te diga lo que tienes que hacer. De hecho, no tienes que dejar a nadie que te diga lo que tienes que hacer —musitó, cogiéndome de las manos.

—Lo sé, abuelo, lo sé.

—Le prometí que no permitiría que ese sitio desapareciera. Se lo

prometí. Y un Montecarlo nunca rompe una promesa.

—¿De qué hablas, abuelo? ¿A quién se lo prometiste?

Estaba poniéndose más y más nervioso, y yo no sabía qué hacer.

—¡No puede salirse con la suya! ¡No esta vez! ¡Prométemelo!

—No sé a qué te refieres, abuelo, no entiendo que…

—En todas las cosas está oculto siempre un significado; de lo contrario, poco valdrían —recitó. Parecía una de esas citas literarias que tanto le gustaban. Pero no la reconocí—. En todas las cosas está oculto siempre un significado; de lo contrario, poco valdrían. En todas las cosas está oculto siempre un significado; de lo contrario, poco valdrían.

Según la iba repitiendo, más y más nervioso se ponía. Me soltó las manos y trató de levantarse; yo no quería forzarle a estar en la cama, pero sabía que era mejor que descansara. Me estaba asustando. Estaba muy alterado. Nunca lo había visto así. Cogí el mando con el que avisábamos a las enfermeras y presioné el botón.

A los pocos segundos ya estaban dos de ellas entrando en la habitación.

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntó una.

—No lo sé. Está muy nervioso, y ha empezado a pitar la máquina y…

—¿Qué hace sin el respirador? —me recriminó la otra.

—Me pidió que se lo quitara… —respondí, nerviosa.

¿Había sido mi culpa?

—¡Escúchame! —gritaba mientras se removía inquieto tratando de evitar que las enfermeras le pusieran el respirador de nuevo—. ¡Escúchame, Abigail! ¡Busca la marca! ¡Salva el hostal!

Capítulo 40

Oliver

10 de diciembre

—Así que fue tu abuelo… el que te dijo esa frase, y tú me la escribiste en aquella nota —dije—. ¿Y por qué no lo investigaste tú? ¿Por qué me involucraste a mí?

—Lo intenté, pero entonces…, bueno, fue cuando tuve mi «accidente» —explicó lo más calmadamente posible.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que estabas viva! —gritó Gabriel y se lanzó con todo hacia su hermana.

Abigail no pudo reaccionar y, cuando quiso darse cuenta, su hermano estaba abrazado a ella, con una expresión de felicidad absoluta dibujada en el rostro.

Perseo, sin embargo, se mantenía algo apartado, alerta. Muy él.

—¿Cómo sabemos que eres realmente tú? —dijo al fin, con desconfianza.

—¿En serio, Percy? —lo reprendió su hermano—. ¿No la ves? ¡Es ella! ¡Es Abi!

—¿Quién es tu cantante favorito? —Fue lo primero que se le ocurrió. Estaba nervioso. Podía notarlo.

—Oh, vamos, Percy. Esa es fácil. Podría saberlo cualquiera. —El silencio de Perseo le indicó que debía responder—. Lana Del Rey. Ya

sabes que siento debilidad por una *sad girl.*

—¡Choca esos cinco! —exclamó Clara.

Todos la miramos, como indicándole que quizá no era el momento, pero le dio igual. Aguantó un rato con la mano en alto hasta que acabó por chocársela a sí misma.

—¿Qué cenamos siempre en Nochebuena? —Perseo continuó con su particular interrogatorio.

—Pavo asado con relleno de castañas y manzana. Aunque el último año Gabs se hizo vegetariano. A su manera, claro.

—Eso es verdad —dijo un Gabriel más sonriente que nunca.

—¿Cuándo es mi cumpleaños?

—Percy, por favor. Para —le insistió su hermano, separándose por fin de Abigail.

—¿Cuándo es? —insistió.

—El dos de noviembre —contestó ella.

—¿Qué nos dijo mamá antes de irse?

Esa pregunta tocó una fibra sensible. Pude verlo en la mirada de los tres hermanos, iluminados por la luz de la luna que entraba por la claraboya y las linternas de los teléfonos móviles.

—¡Ya está bien! ¡Déjala en paz! ¿No puedes disfrutar de que tu hermana esté viva? ¿Y de que yo tuviera razón? ¿Tan difícil es para ti procesarlo? —espetó Gabriel, furioso.

Perseo no se había movido ni un ápice. Seguía firme en su convicción de que estábamos ante una impostora.

—Perseo, yo creo que dice la verdad… Nos ha contado una historia que…

—Mamá nos dijo que no nos convirtiéramos en papá —respondió Abigail, con un nudo en la garganta.

Se hizo el silencio.

Perseo estaba luchando por no llorar, por contener esas lágrimas que tanto tiempo había tenido que guardar. No quería dar rienda suelta a sus sentimientos. Pero, pese a que nos conocíamos desde hacía poco, estaba seguro de que eso era precisamente lo que necesitaba hacer en ese momento. Así que le di la mano.

Él la apretó con fuerza unos momentos.

Y la soltó.

—Oliver, tienes la mano sudada —dijo.

—Sí, es que sudo mucho en momentos de tensión…

Y fue decir esa frase y Perseo echarse a reír. A reír a carcajada limpia. Nunca lo había visto así. Los demás nos miramos extrañados…, ¿asustados?

—Otro que ha perdido la cabeza… —apuntó Clara, siempre con los comentarios más inoportunos.

—No me puedo creer que seas tú. Que estés viva de verdad. No-no-no me lo puedo creer.

Abigail le extendió la mano para que se acercara y Perseo la tomó, dudoso al principio. Ella tiró de él y los tres hermanos se fundieron en un abrazo tan emotivo que hicieron que Clara y yo nos emocionáramos.

—Pero… ¿cómo? ¿Por qué? Es decir, dijeron que habías muerto, que habíais recaído… —explicó Perseo, aún atónito.

—Dijeron muchas cosas de mí —constató ella mientras los dos hermanos se separaban con cautela—. Pero os juro que no he vuelto a probar ni un solo gramo de cocaína. Llevo casi tres años sin consumir —aseguró, orgullosa.

—Encontraron restos en el coche —comentó Perseo, un poco

reticente.

—Es que todo fue mucho más complicado que eso. No fue un accidente… —reveló, y fue como si absorbiera el poco oxígeno que había en la habitación—. Hay algo en este hostal. El abuelo lo sabía. Por eso, en un momento de lucidez, me pidió que tratara de encontrarlo. Pero yo no tenía ni idea de lo que era. ¿Busca la marca? ¿Salva el hostal? Sabía que esa frase era de *Moby Dick*, porque lo investigué esa misma noche. Pero eso no me decía nada. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Esa noche, antes de que llegarais, hablé con papá.

—¿Y qué te dijo?

—Que ya hablaría con él, y que no pasaba nada con este hostal. Que eran… delirios del abuelo y ya. Me habló de su proyecto de expansión, y me aseguró que llegaría a un buen acuerdo con los dueños del hostal.

—Lo de que un Montecarlo nunca miente… —señalé, incisivo.

—El abuelo empeoró mucho desde ese día. Y papá empezó a… prohibirme sutilmente que lo volviera a ver a solas. Así que un día vine al hostal. No quería que me reconocieran, así que me vestí como Estela Melvar, el personaje que tenéis aquí delante, y me quedé una noche. He de decir que vuestro padre fue maravillosamente amable. Pero no encontré nada de lo que había venido a buscar. Bueno, era difícil que lo encontrara porque, como ya os he dicho, no sabía qué tenía que buscar… ¿De qué marca hablaba el abuelo…? ¿Cómo podía saber lo que quería decirme? Incluso busqué el libro de *Moby Dick* en la librería que tenéis abajo, pero nada. Me fui igual a como había llegado.

Todos nos manteníamos en silencio, expectantes.

—Cuando volví a casa, papá sabía que había pasado una noche en el hostal. Dios, estaba furioso. Aunque conmigo nunca se atrevía tanto como con vosotros. Desde ese día, supe que había algo en este hostal que no quería que se descubriera. Algo que amenazaba su proyecto de expansión. Y también supe que empezó a vigilarme.

—¿A vigilarte? —repitió Gabriel, que no daba crédito a lo que acababa de oír.

—Padre nunca te haría eso —indicó Perseo, incrédulo como él solo.

—Después de tantos años viviendo con él, créeme que conocía muy bien las tácticas que usaba para espiar a la gente, a sus adversarios empresariales. Y yo sabía que estaba siendo vigilada. No por mi seguridad, sino para tenerme controlada las veinticuatro horas. Pero yo no dejaba de pensar en la discusión que había tenido con el abuelo… Es cierto que estaba perdiendo la memoria, pero había dicho que había un pacto sobre estas tierras. E implicaba a alguien… No sabía a quién se refería papá, pero claramente le guardaba un rencor enorme.

—A nuestro abuelo… —susurré—. ¿Así que existe un… algo que podría ayudarnos a salvar el hostal? Es decir, lo del pacto…

—Eso pensé. Así que empecé a investigar. Soy una Montecarlo, y eso te abre muchas puertas, pero no averigüé nada sobre ese supuesto pacto, y al final decidí volver al hostal. ¿Y si había algo allí? Aunque, claro, si hubiera un documento o algo que demostrara aquel pacto de nuestros abuelos, lo habríais usado. Pero no lo habíais hecho, así que eso solo podía indicar que…, bueno, que no sabíais que existía… o que no había tal documento. —Clara y yo nos miramos, algo desconcertados—. Pero la tarde que decidí volver al

hostal, me di cuenta de que alguien me estaba siguiendo. Papá quería mantenerme alejada de aquí a toda costa. Traté de despistar al coche que me perseguía…, pero acabó echándome de la carretera.

Todos nos miramos, entre confusos y sorprendidos. ¿Estaba diciendo lo que creía que estaba diciendo?

—Abi, no puedes estar hablando en serio. ¿Crees que papá…? —comenzó a decir Gabriel.

—No sé si dio la orden, pero estoy segura de que pidió que me dieran un buen susto. Quizá se les fue de las manos.

—Eso es una locura —intervino Perseo, incrédulo, con la mirada fija en su hermana, negando con la cabeza.

—Locura o no, es lo que pasó, Percy. Cuando desperté, estaba dentro de un coche en llamas, convencida de que me habían intentado quitar de en medio, así que hice lo que pude para sobrevivir.

Perseo no parecía tragarse la historia. Siguió negando con la cabeza y salió de la habitación.

—Percy, no seas cabezota. ¡Espera! —gritó Gabriel, yendo tras él.

—Así que muerta, ¿eh? Curioso —intervino Clara.

Abigail puso cara de circunstancias.

—Creo que debo ir a hablar con ellos —comentó, incómoda por la situación, y salió también de la habitación secreta.

Clara y yo nos quedamos solos en el lugar secreto que nuestro abuelo había compartido con el de Perseo y sus hermanos. El lugar donde se permitieron ser ellos sin temor a que nadie los descubriera o los juzgara por lo que sentían. ¿Cómo tenían que estar de mal las cosas en aquella época como para que tuvieran que ocultarse así?

Dudé si ir también tras los tres hermanos, pero entendí que necesitaban un poco de tiempo solos. Un reencuentro así debía de ser intenso como poco. No quería ni imaginármelo.

Clara y yo empezamos a revisar cada esquina de la habitación, para ver si encontrábamos alguna pista que se nos hubiera pasado por alto. Sacamos todos los libros de la estantería, y revisamos uno por uno los vinilos. Hasta que vi el de McCartney, con la carátula arrugada y despegada por las esquinas. Cuando lo abrí para sacar el disco, vi que estaba roto. Le faltaban un par de trozos.

—Parece que alguien no debió de tomarse muy bien la ruptura —señaló Clara.

—¿Por qué escondería el abuelo esta habitación?

—Quizá siempre estuvo escondida, ¿no?

—¿Para qué? —elucubré—. Ya tenían su cerradura especial para entrar. ¿Qué necesidad había de ocultarla tras una pared?

—Quién sabe —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero mira, he encontrado una caja con bollos y caramelos rancios.

—Clara, por favor, qué asco.

Me puse de pie y empecé a palpar poco a poco las paredes. No iba a ser la primera vez que me sorprendiera un mecanismo oculto. Ya había descubierto mensajes escritos con tinta invisible, cerraduras que funcionaban con anillos… Al parecer, a mi abuelo y al de Perseo les gustaba mucho jugar con esas cosas.

Me detuve a mirar el mural manchado con pintura roja. Parecía que había algo oculto tras la mancha. Rasqué un poco con la uña. Eran una «M» y una «O» unidas. Debía de ser su firma. La que los unía como pareja.

—Voy a bajar a hacer un par de tazas de té. Además, tengo que

estar en recepción, que soy la responsable del turno de noche.

—Sí, sí, ve.

—¿Bajas conmigo?

—Me quedo, me quedo. Voy a seguir revisando…

—¿No será mejor mañana por la mañana? —sugirió Clara.

—Si puedo encontrar algo esta noche, mucho mejor que mañana. Ve, tú tranquila. Si encuentro algo o te necesito, te aviso.

—Vale —asintió, sonriente, aunque algo preocupada. Lo podía notar. Se acercó y me dio un abrazo. Acto seguido salió de la habitación, dejándome solo.

Según iba pasando el tiempo, me iba poniendo más y más nervioso. ¿Qué se me estaba escapando? ¿En serio habíamos conseguido abrir al fin la habitación secreta… para no encontrar nada que nos sirviera? No había nada entre las páginas de los libros o en los pósters junto a la televisión. Había cuadernos de dibujo rotos, y fotos Polaroid de ellos dos, de los alrededores del hostal… Pero nada que pudiera ayudarnos a unir las piezas del misterio, a encontrar una prueba de ese pacto del que había hablado Adamant.

Pensé en lo que nos había dicho Abigail. ¿Habría sido su padre capaz de intentar matarla? ¿Tan importante era para él destruir este hostal? ¿Tanto dinero había en juego que le daba igual acabar con la vida de su propia hija?

No podía ser. Tenía que haber otra explicación.

Y tenía que estar en esta habitación.

Capítulo 41

Oliver

Una mano me movió con suavidad y abrí los ojos lentamente.

Tardé un rato en ser consciente de dónde estaba. No reconocí las paredes que me rodeaban.

—Oliver, te has quedado dormido… —me susurró Perseo.

Estaba frente a mí, en cuclillas. Yo estaba apoyado en una pared. Junto a una estantería. Rodeado de libros y papeles.

Estaba en la habitación secreta.

Dios, ¿qué hora era? ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Cuánto tiempo me habían dejado solo?

—Te he traído una taza de té —dijo con calma. Señaló con la mirada la taza gris que había en el suelo a un metro de distancia—. Son casi las siete de la mañana.

—¿Cómo es tan tarde…? ¿O tan pronto? —bostecé.

—Abi, Gabriel y yo hemos estado hablando toda la noche. Y, cuando iba a subir para verte, me dijo tu hermana que no habías vuelto a bajar. Te preparé un té y te he encontrado así. Dormido, apoyado en la pared.

—Dios, maldita Clara. Pensaba que subiría a despertarme en algún momento… —Notaba la boca seca y pastosa.

—Pues te ha tocado que te despierte yo. —Me dio la mano para

que pudiera levantarme.

—¿No has dormido en toda la noche?

Perseo negó con la cabeza.

—Había mucho de lo que hablar —me explicó—. ¿Y tú? ¿Has encontrado algo? —preguntó mientras miraba a su alrededor.

La habitación parecía diferente con la luz del sol entrando por la claraboya del techo. Más pequeña, más antigua…, más atrapada en el tiempo. Negué con la cabeza, y, cuando me puso en pie, me di cuenta de que estaba totalmente cubierto de polvo. Perseo me ayudó a sacudirme la ropa.

—¿Os ha contado algo más? Menuda idiotez de pregunta… Claro que sí. Si habéis estado horas ahí hablando… —Sabía que eran hermanos, pero no pude evitar una pequeña punzada de celos, porque me habría encantado estar presente en esa conversación.

—Nos ha contado lo que ha hecho este año que ha estado desaparecida: ha estado investigando todos los negocios de padre.

—¿Investigando sus negocios? ¿Y eso?

—El hostal fue el principio. Sabía que tenía que haber algo más… y resulta que la familia tiene unas cuantas deudas acumuladas, y padre ha estado ocultándolas. Pero Abi tiene pruebas y… —Se le rompió la voz—. Bajemos a desayunar.

—¿Estás bien? Han sido muchas emociones… Quizá deberías descansar un poco, Perseo —le sugerí, pero él negó con la cabeza.

—Ahora lo único que necesito es un café bien cargado.

—Ya somos dos. —Cogí el té del suelo—. No te ofendas. Te agradezco muchísimo que me hayas preparado una taza de té. Pero necesito algo más fuerte para no quedarme dormido.

—Claro.

Salimos de la habitación de nuestros abuelos, pero no cerramos la puerta del todo. Colocamos la parte de la pared por encima y volvimos a colgar el cuadro, dejando una abertura para poder volver a entrar después. Tendríamos que mostrársela tarde o temprano a papá. No podíamos ocultarle algo tan gordo por más tiempo. Había llegado el momento de poner todas las cartas sobre la mesa. Puede que él supiera algo que nos ayudara a descubrir la pieza que faltaba.

Busca la marca.

Salva el hostal.

Pero cada marca que encontrábamos nos llevaba a otra diferente. Como una especie de muñeca rusa interminable.

—Necesito pasar por la habitación para darme una ducha y espabilarme.

—Claro.

Pensé que él se iría hacia las escaleras, de camino a la planta de abajo. Pero me siguió. ¿Iba a estar vigilándome mientras me duchaba? Entramos en la habitación. Cuando abrí la puerta, recordé la primera noche que Perseo había pasado allí, cuando me había echado de mi propio cuarto y obligado a dormir en el sofá del salón. Parecía haber pasado un año, y ni siquiera habían transcurrido diez días. Ya me lo había advertido mi padre. «El tiempo pasa diferente en El Muérdago».

—¿Tú no necesitas ducharte ni nada? —le pregunté.

—Te espero aquí —dijo, sentándose en la cama y recostándose contra la pared.

Me encogí de hombros, pero, antes de entrar en el baño, me acerqué y lo besé en los labios. Le sorprendió tanto que se apartó.

—¿Qué haces?

—Darte un beso de buenos días. ¿No puedo?

—No me he lavado los dientes —dijo, avergonzado, y tapándose la boca con la mano.

—Me da igual.

Le aparté la mano y lo volví a besar una vez más, arrancándole una sonrisa disimulada. Al final había algo de esperanza con Perseo Montecarlo. Podía convertirse en alguien diferente a su padre.

—No tardo nada.

Cogí ropa del armario y entré en el baño. Abrí el grifo de la ducha y esperé a que saliera caliente mientras me desnudaba frente al espejo. Tenía muy mala cara. Parecía que llevara días sin dormir. Traté de estirarme la piel debajo de los ojos, a ver si así tenía mejor aspecto. Pero nada. Un desastre.

Me enjuagué rápido la boca y entré en la ducha. Dios, era justo lo que necesitaba. Una especie de paréntesis entre tanta revelación y tanto estrés. Tenía la sensación de que no había parado ni un solo segundo desde que había llegado al hostal el uno de diciembre. Pero solo había descubierto que el abuelo y el de los Montecarlo habían tenido una relación.

Bueno, al menos ahora los tres hermanos Montecarlo estaban de nuestra parte.

Esperaba que, con su ayuda, pudiéramos detener a su padre. Era eso o un milagro. No nos quedaban muchas más opciones.

No sabría decir cuánto tiempo estuve bajo el agua, dejando que me cayera por mi cabeza, por mi cuello…, relajándome tanto que casi me quedé dormido de pie. Cuando salí, secándome el pelo con una toalla, y con otra atada a la cintura, vi que Perseo ya no estaba recostado sobre la cama, sino completamente echado… y dormido.

No me extrañaba. Me puse algo de ropa, lo tapé con una manta y salí de la habitación. Le dejaría dormir mientras bajaba a preparar unos cafés y hablaba con Clara. Nuestro padre estaría a punto de despertarse y me tocaría ayudarlo a preparar los desayunos.

La planta de abajo estaba en absoluto silencio. La chimenea llevaba tiempo apagada, y había una pequeña bruma por culpa de la luz solar que entraba por las ventanas, y que confería a todo una especie de atmósfera mágica. Clara no estaba tras el mostrador de recepción, así que supuse que estaría en la cocina.

Atravesé el salón y el comedor, y un ronquido me sobresaltó de golpe. En el sofá, junto al árbol de Navidad, donde yo había dormido tantas veces los últimos días, estaba Gabriel, con las piernas abiertas, los brazos detrás de la nuca y un hilo de saliva cayéndole de la boca. Estuve tentado de hacerle una foto para reírme después de él. De hecho, empecé a sacar el móvil del bolsillo…

—¿Me vas a seguir mirando mucho más? Porque suelo levantarme cachondo… —susurró, entreabriendo los ojos.

—¡No te estaba mirando! No seas tan egocéntrico.

—Hoyuelos, todos sabemos que lo soy… y que me estabas mirando. —Abrió aún más las piernas—. ¿Por qué no te tumbas aquí conmigo unos segundos?

—Voy a la cocina. Necesito un café —dije, cortando de raíz sus intenciones. Ya me lo conocía.

—Hay otras formas mejores de despertarse. Y te las puedo enseñar ahora mismo. —Empezó a bajar una mano por su cuerpo, en dirección a su entrepierna—. ¡Es broma! ¡Es broma!

—No me extraña que tu hermano no te soporte —le dije, dándole la espalda, camino de la cocina.

—¡Espérame, hoyuelos! ¡Que yo también necesito ese café!

Al levantarse, tropezó con un par de cojines y estuvo a punto de caerse al suelo. No pude evitar reírme.

—¿Dónde está tu hermana? —le pregunté mientras lo esperaba junto a la puerta de la cocina.

Gabriel se me acercó alisándose la ropa y tratando de peinarse, pero era misión imposible. Tenía todo el pelo revuelto por haberse quedado dormido en el sofá.

—Mmm…, pues ahora que lo dices, ni idea. Me debí quedar dormido. Ella habrá subido a la habitación con Percy…

—Percy… Perseo está durmiendo en mi habitación —le expliqué. Aún no era capaz de llamarlo Percy. Sabía que solo le gustaba si se lo llamaba su hermana. No iba a meterme ahí, aunque ni siquiera estuviera presente.

—¿Y tú has preferido bajar a despertarme? Ay, Oli, Oli. Si al final te voy a gustar un poquito y todo, ¿verdad? —Me lanzó un beso mientras entrábamos en la cocina.

Pensaba que iba a estar vacía, pero nos encontramos a mi padre con Clara. Y ni rastro de Abigail.

—Hombre, buenos días —nos saludó Clara—. ¿Un poco de café?

—Por favor —suplicó Gabriel, que me adelantó y casi se lanzó sobre la encimera para coger la taza que mi hermana estaba llenando.

—Clara me ha dicho que tenéis algo que contarme sobre el hostal y sobre el abuelo. Pero, como siempre dice locuras, no sabía si fiarme.

—Quizá esta sea una conversación familiar en la que no deba estar presente —dijo Gabriel, que dio un sorbo a su café y gimió de

placer a un volumen demasiado alto—. ¡Joder, Clarita! Esto es bebida de dioses.

—Así da gusto preparar café —sonrió ella mientras Gabriel no dejaba de relamerse y hacer gestos exageradamente exagerados.

—Os dejo, familia De Luca. Voy a molestar un poco a mi hermano.

Abrió la mano delante de mí y yo tardé en darme cuenta de lo que quería. Cogí la llave de mi bolsillo y se la lancé. Gabriel la cogió al vuelo.

—Nos vemos luego, hoyuelos.

Se despidió con una reverencia y salió haciendo aspavientos de placer mientras bebía su café. Cuando nos quedamos los tres solos, papá nos volvió a mirar, expectante. ¿Cómo le podíamos contar que su padre y el de Orión Montecarlo… habían tenido una relación… amorosa?

—A ver, papá. Hemos descubierto unas cuantas cosas estos días. ¿Qué sabes tú de la historia del hostal? —empecé preguntando.

—¿De la historia del…? ¿A qué viene eso?

—Dinos, qué sabes. En plan, a ciencia cierta.

—Este hostal lo construyó vuestro abuelo hace cincuenta años. ¿Qué más hay que saber? Me estáis asustando. ¿Qué pasa?

Se estaba poniendo nervioso. Lógico, la verdad. Miré a Clara, que se encogió de hombros, como pasándome a mí la responsabilidad. Bueno, pues tendría que ser yo el que hablara y le contara todo lo que sabíamos.

—El abuelo… —empecé a decir, pero alguien me interrumpió.

—¿Qué demonios pasa en el hostal? —dijo mamá, entrando con Lucas en la cocina. Se quitaron los abrigos y dejaron un par de

bolsas sobre una de las mesas de madera.

—¿Qué ocurre? —preguntó papá, alarmado, levantándose de la silla.

—Está lleno de gente. Y hay periodistas y cámaras por todas partes —dijo Lucas, agotado de cargar con el resto de las bolsas, dejándolas caer sobre el suelo, exhausto.

¿Periodistas? ¿Cámaras? ¿Se habrían enterado de lo de Abigail? ¿La habrían descubierto? No, era imposible. Entonces ¿qué hacía ahí la prensa?

En ese instante caí en la cuenta.

Se cumplía una semana desde que Perseo estaba alojado en el hostal. Habían venido para comprobar que había cumplido su parte del trato y seguramente a preguntarle qué le había parecido nuestro hostal.

Tenía que avisarle para que estuviera preparado.

—Clara, ayúdame a preparar más café, venga. Y saca la masa del congelador. Hoy vamos a tener que hacer desayunos extra —dijo mi padre, activándose de golpe con un torrente de energía.

—Espera, espera. ¿Vamos a sacarles desayuno? —preguntó Clara.

—Están en la entrada de nuestro hostal, ¿no? Pues nos toca ser hospitalarios.

—Pero…

—Haz caso a tu padre, hija, deja de protestarlo todo —intervino mamá, contundente.

Clara refunfuñó y empezó a preparar más café, diciendo cosas entre dientes que es mejor no reproducir.

—¿Y Oli qué? ¿No va a ayudar?

—Yo voy a por Perseo. Están aquí por él. Le voy a avisar.

—Vamos, que subes para hacer guarrerías.

—¡Clara! —gritó papá—. ¡Deja a tu hermano en paz!

—Pues espero que luego no le paguéis, porque la única que está trabajando aquí soy yo —rezongó.

Le saqué la lengua, victorioso, y salí de la cocina. Ella me despidió enseñándome el dedo corazón. Como siempre, el mejor de los estilos.

Contarle la verdad a papá iba a tener que esperar.

Capítulo 42

Perseo

Delante de mí no solo estaba la prensa deportiva del otro día, sino multitud de periodistas de decenas de medios diferentes. Conocía a muchos de ellos, invitados a nuestras fiestas, amigos de mi padre e incluso enemigos de la familia.

Todos estaban expectantes. Dispuestos a saber lo que iba a decir tras una semana viviendo en el hostal El Muérdago.

No contaba con que fueran a aparecer.

Pensaba que todo se habría olvidado.

Los primeros días no pararon de llegarme mensajes.

Propuestas de entrevistas.

Menciones en redes.

Memes absurdos.

Pero dejé de estar pendiente de todo ello. ¿Para qué? Solo les interesaba por mi apellido. No era algo que acabara de descubrir.

Aunque no esperaba esa expectación, esa reacción por parte de la prensa. Todo tenía que ver con el numerito que había hecho Oliver en el hotel. Delante de todo el mundo. Les dio una historia. Y estaban deseando tener algo para atacarme. Para atacarnos.

Gabriel me había despertado cuando por fin me había quedado dormido, pero al menos me ofreció su taza de café. Nuestra

conversación con Abi aún parecía un sueño febril. Después de tanto tiempo… Estaba viva. Gabriel había tenido razón todo ese tiempo, y yo que no había dejado de decirle que estaba loco.

Abi nos confirmó que mucho de lo que había descubierto Gabriel era real. Como por ejemplo la fotografía en París de hacía unos meses. Mi hermano nunca la había dejado de buscar. Yo… Yo me había dado por vencido desde el primer momento.

Me creí la versión oficial.

La versión de padre. Él insistió en que Abi había muerto, pese a que no se encontrara el cuerpo. El coche estaba totalmente calcinado. «Nadie ha podido sobrevivir —insistía una y otra vez—. Y ya sabes los problemas que tenía tu hermana…».

Me hizo dudar de ella. Me creí todo lo que me dijo. Me alegraba muchísimo de que Abi estuviera viva, pero era incapaz de mirarla a la cara sin sentir mucha vergüenza.

Nos había contado lo que había estado investigando sobre padre durante toda su ausencia. Sus negocios ocultos, sus sobornos, las deudas de la familia, sus sociedades pantalla… Todo. Piezas del rompecabezas que siempre habían estado ahí, pero que yo nunca había querido ver. Al final, el hostal era solo una parte más del engranaje. Necesitaba expandir el negocio del hotel para ganar más liquidez. Y Abi tenía pruebas de todo ello.

La pregunta que se me planteaba entonces era esta: si paralizábamos lo del hostal, si conseguíamos una prueba lo suficientemente convincente para que padre diera marcha atrás…, ¿no estaríamos yendo en contra de los intereses de nuestra familia? Perder ese acuerdo nos podía hacer perder millones.

Obviamente, yo había aprendido a hacer mis inversiones y a

guardar mi propio patrimonio, al igual que Gabriel. Pero ¿quería hacerle eso a padre?

—¡Perseo! ¡Perseo! ¡Aquí! ¡Aquí! —gritaban los fotógrafos, lanzando ráfagas de flashes sin cesar, y eso que aún eran las ocho de mañana.

—¿Sigue adelante la expansión de las pistas de esquí? —preguntó uno de ellos.

—¿Cómo ha sido la experiencia en el hostal? —preguntó otra.

Era difícil escuchar bien las preguntas porque se pisaban entre ellos, tratando de hablar más y más alto para que yo respondiera antes.

Ojalá Abi estuviera a mi lado. A ella siempre se le dieron mejor esas cosas. No lo pensaba todo tanto como yo. Ni tan poco como Gabriel. Ella era la más equilibrada de los tres.

Pese a todo lo que le había pasado, era una mujer capaz de seguir sonriendo, y seguía queriéndome, pese a que dudara de mí por estar tan cerca de padre. Por eso no se había atrevido a salir de su escondite hasta hacía unas horas. Porque tenía que asegurarse de que yo estaba trabajando con Oliver, no contra él.

Alcé las manos un poco y todos se quedaron en silencio, esperando a que hablara. Antes del turno de preguntas, quería hacer una declaración.

Oliver estaba a mi lado, en silencio. Él tampoco sabía lo que iba a decir. Sus padres, su hermana, el novio de su madre y Gabriel. Todos estaban frente al porche, aguantando el frío de la mañana, cada uno con una taza de café o de chocolate caliente en la mano. Esperándome.

Y yo… ¿qué pensaba decir?

—Buenos días a todos y todas. Muchas gracias por venir esta mañana fría de diciembre. No esperaba yo esta convocatoria para celebrar mi despedida del hostal El Muérdago. —Sonreí, tratando de relajar un poco el ambiente—. Como bien sabéis, nuestra familia lleva tiempo planeando una ampliación de las pistas de esquí que rodean nuestro hotel. No solo para hacer más espectacular aún la competición anual de saltos, sino para que los miles de esquiadores que llegan al hotel cada año, dispuestos a pasar unos días alejados de la ciudad, puedan disfrutar de unas buenas jornadas de esquí.

Hice una pausa para no atosigarlos con el mensaje, y continué:

—Estas negociaciones llevan fraguándose años, pero ha sido en estos últimos meses cuando han comenzado las conversaciones con la familia De Luca, que son quienes regentan El Muérdago, que este año cumple cincuenta años.

Clara empezó a aplaudir y alguno de los periodistas le siguió la intención. Pero no cuajó y vi cómo Oliver mataba a su hermana con la mirada.

—La oportunidad que se nos presenta con este acuerdo es muy importante. Mi padre, Orión Montecarlo, ha sido el principal impulsor, junto con una empresa alemana y otra suiza, que aún prefieren mantenerse en el anonimato. Para poder llegar a un mejor entendimiento entre los De Luca y los Montecarlo, decidí pasar estos siete días en el hostal, para que me enseñaran todas sus tradiciones y cómo es la vida en este lugar.

Estaba alargando demasiado el discurso. Estaban esperando. Tenía que darles algo. Necesitaba una respuesta.

Pero algo me frenaba.

¿Decía que finalmente habíamos decidido derribar El Muérdago

pese a la oposición de los De Luca?

¿O me ponía de su lado, enfrentándome sin paliativos a padre, a la espera de unas consecuencias inevitables?

—Y, tras mucho deliberar, hemos llegado a un acuerdo definitivo sobre las tierras y sobre el destino del hostal.

Oliver me miró, confundido.

Inspiré profundamente, tratando de reunir el valor necesario para decir lo que debía.

—Y el acuerdo al que hemos llegado… es que no hay acuerdo. La ampliación de las pistas de esquí y del hotel tendrá que esperar. He descubierto en estos días que El Muérdago es parte indisoluble de este pueblo, de estas montañas. La familia De Luca ha construido con su trabajo un hogar del que todos estamos orgullosos. Y no quiero que mi familia destruya algo así solo para ganar más dinero. Muchas gracias.

Los periodistas empezaron a lanzar preguntas al aire, revolucionados por lo que acababa de decir. Pero, en vez de responder, me giré hacia Oliver, lo miré y suspiré, relajado por fin.

—¿Sigue en pie lo de plantar uno de los árboles?

Capítulo 43

Oliver

Cuando me miró, pensé que me iba a besar allí delante de todo el mundo. Y la verdad es que me sentí un poco decepcionado de que no lo hiciera. Pero ¿qué más quería? Acababa de lanzarle un órdago gigante a su padre. Creo que con eso era suficiente para alguien como Perseo Montecarlo.

—Claro. Aunque no sé si tenemos aún árboles de esos pequeños para plantar. Porque mi padre tiene que ir a recogerlos al pueblo y…

—Había pensado que podíamos enterrar algo en el árbol de tu abuelo. Algo importante de cada uno, para sellar así nuestro acuerdo. ¿Qué te parece?

—Eh, me parece muy bonito, Perseo. ¿Se te ha ocurrido a ti solo? Creo que has pasado demasiado tiempo conmigo —bromeé, pero no pareció pillarlo—. Me parece perfecto.

Con lo que no contaba yo es con que Perseo decidiera invitar a toda la prensa que había venido hasta allí. Quería demostrar, con ese acto tan simbólico que nos gustaba en la familia, y que llevábamos haciendo desde que se había inaugurado el hostal hacía cinco décadas, que la decisión de no demoler El Muérdago era firme.

Él y yo lideramos la marcha, seguidos de mis padres con Lucas, y de Clara y Gabriel, que no paraban de vacilar a cualquiera que les

hiciera una pregunta. Tras ellos venían los huéspedes del hotel, que habían decidido unirse a nosotros. Y, por último, los periodistas.

Nunca pensé que acabaría llevando a tanta gente a una zona tan importante para mí como era el claro de nuestros árboles, pero ahí estábamos. Era difícil haber previsto todo lo que había ocurrido desde que había llegado al hostal el uno de diciembre.

—¿Sabes lo que vas a enterrar? —le pregunté. Se metió el dedo en la boca, se sacó el anillo, dejándolo sobre la palma de su mano—. ¿En serio?

—Si mi abuelo fue tan importante para el tuyo, creo que no hay mejor opción.

—Entonces… —me quité el colgante del cuello—, creo que yo he de enterrar esto. Juntos. Los Montecarlo y los De Luca.

—Gracias, Perseo —intervino mi padre, que había llegado a nuestra altura—. Pero ¿no crees que tu padre…?

—Un Montecarlo no puede coger lo que quiere cuando quiere —dijo, cortante, justo cuando llegamos al claro del bosque.

Ahí estaban todos los árboles que habíamos ido plantando a lo largo de los años. Desde el último, obra mía y de mi padre, al primero de mi abuelo. La gente fue llegando mientras Perseo y yo nos colocábamos junto a este, con Lucas a un lado con una pala en la mano. Cuando todos los periodistas estaban preparados, mi padre tomó la palabra. Le encantaba ser el maestro de ceremonias en este tipo de cosas.

—La familia De Luca lleva plantando árboles en esta zona del bosque desde que mi padre, Oliver De Luca, inauguró el hostal. Algunos los he plantado yo, otros mi exmujer, mis hijos y nuestros huéspedes. Y, cada vez que plantamos un árbol, enterramos algo

importante junto a sus raíces, para recordarnos que hay que devolverle a la tierra lo que le quitamos, y que nuestra marca va a quedar aquí para siempre. Hoy no hemos traído ningún árbol para plantar, pero tanto mi hijo Oliver como Perseo Montecarlo van a enterrar algo importante para los dos junto a las raíces del primer árbol que plantamos: el de mi padre.

Hecho el discurso, Lucas empezó a cavar mientras mi padre nos entregaba una pequeña caja metálica que sacó del interior de una bolsita marrón de arpillera. Perseo la examinó durante unos momentos hasta que la abrió y dejó caer en el interior su anillo.

Me la dio e hice lo mismo con el colgante del abuelo. Luego cerré la caja.

—Al enterrar estos recuerdos, simbolizamos la unión entre los Montecarlo y los De Luca. El hostal El Muérdago seguirá en pie —anunció Perseo, muy oficioso. Casi parecía como si nos hubiéramos casado y acabáramos de hacer el intercambio de alianzas.

—¿Qué contraseña pongo? —le pregunté a mi padre.

—¿El día de hoy? —sugirió él.

Sonriendo, seleccioné los números en las pequeñas ruedas metálicas y luego bloqueé la combinación. Me temblaban las manos y no sabía por qué. Todo había pasado demasiado rápido. No había sido capaz de procesarlo… Entonces noté sus dedos acariciando los míos.

—Te sudan las manos —sonrió.

—Ya sabes que sudo cuando me pongo nervioso.

—Lo sé.

—Perseo… —musité con un hilo de voz.

—Dime.

—Me apetece besarte.

Él se ruborizó al momento.

—¿Con toda esta gente mirándonos?

—La gente me da igual.

—¿Y a qué estás esperando entonces?

Pero, cuando iba a besarlo, un sonido metálico nos sorprendió. Me giré para mirar a Lucas, con la pala en la mano y cara de sorprendido.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Lucas se agachó y sacó una caja metálica del interior del agujero que había cavado junto al árbol. Eso no podía ser. Sacamos la caja del abuelo en su funeral. No debería haber nada ahí ya…

Pero ahí estaba. En las manos de Lucas.

Y en la tapa había una inscripción.

Una marca. Un nombre.

Adamant.

Capítulo 44

Oliver

Todos estábamos sentados alrededor de la mesa de la cocina.

La caja que habíamos encontrado enterrada bajo el árbol del abuelo estaba en el centro. En uno de los extremos me encontraba yo; en el otro, Clara. A un lado papá y mamá, y al otro, Gabriel y Lucas. Perseo se había quedado al fondo de la cocina, nervioso porque su padre no dejaba de llamarle y él se negaba a contestar.

Normal.

Eso podía ser catastrófico.

El momento del descubrimiento había sido extraño cuando menos. Los periodistas no entendían muy bien lo que habíamos encontrado, y Perseo tampoco quiso ofrecer ninguna explicación. Sonrió disimuladamente y terminamos el acto mientras mi padre se guardaba la caja misteriosa de Adamant. Unas fotos por aquí, unas preguntas por allá, y el pacto entre nuestras familias quedó sellado. La prensa parecía contenta. Al final todo había salido bien.

Y eso me daba mala espina. Sobre todo teniendo a Orión Montecarlo como enemigo.

—Creo que ha llegado el momento de las explicaciones —intervino papá, con un tono de exasperación en la voz difícil de ignorar—. ¿Alguien puede decirme por qué hemos encontrado una

caja con el nombre de Adamant Montecarlo enterrada en las raíces del árbol del abuelo?

Nos buscó con la mirada. Primero a mí. Luego a Clara.

—Eso, Oli, estamos todos esperando —dijo ella, y después le dio un mordisco al dónut de chocolate que tenía en la mano.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Gabriel, hambriento.

—Magiaaa —respondió ella, y se lo metió de golpe en la boca—. Ya…, umppfff…, no…, umppfff…, está.

—¿Era el último?

—Hay más ahí detrás. —Señaló una zona de la encimera repleta de bollería.

Gabriel se levantó al instante y fue a por uno de los dónuts que tanto le apetecían.

—¿Seguro que no es hermano mío? —preguntó Clara, y yo entorné los ojos ante su nueva absurdez.

Fui ordenando mis pensamientos, para saber por dónde empezar a contar la historia. Papá esperaba, impaciente. No solo porque tenía ganas de saber qué estaba pasando, sino porque, además, en poco menos de treinta minutos empezaba el taller de adornos navideños, y tenía que estar todo preparado.

—Mmm…, veamos por dónde empezar. Papá, tú me contaste que un día vino Adamant a ver al abuelo y tú le dijiste que había muerto. ¿Te acuerdas? —Mi padre asintió—. Bueno, yo creo que debió de ser ese el día en el que enterró la caja que hemos encontrado.

—Pero a ver una cosa, ¿cómo sabía Adamant Montecarlo cuál era el árbol del abuelo? ¿Cómo sabía que enterrábamos cosas cuando plantábamos árboles? —preguntó mamá, también desconcertada.

—Los dos se conocían. Bueno, no solo se conocían…

—Estaban enamorados —dijo Perseo, sin esperar a que yo terminara la frase.

Mi padre me miró con cara de sorpresa y luego se volvió hacia Perseo. Estaba tratando de encontrar algo de sentido a lo que acababa de decir.

—Oliver, estabas dándole demasiadas vueltas al asunto —dijo Perseo a modo de disculpa por haberme interrumpido—. Padre está furioso y es cuestión de tiempo que aparezca aquí con toda su artillería. Hay que abrir esa caja. —La señaló con el dedo índice.

—Espera, espera, espera, que rebobine —me rogó mi padre—. ¿Tu abuelo y… Adamant…, Adamant Montecarlo, estaban enamorados? ¿Cómo puede ser? Es decir, ¿y la abuela?

—No tengo ni idea de cómo fue la historia, papá. Pero entre los libros y la habitación secreta…

—¿Qué habitación secreta? Pero ¿de qué narices estáis hablando? —Se llevó la mano a la cabeza, en un gesto muy teatral—. Me estoy empezando a marear.

—No te estás mareando, papá. No seas ridículo.

—Oliver, cálmate un poco —me abroncó mi madre.

—Es mucha información para asimilar, hoyuelos.

—¡Pero si ha sido Perseo el que lo ha soltado sin anestesia! —protesté.

—Porque, para cuando tú acabaras de contarlo, padre ya habría tirado el hostal —replicó él, hiriente.

—Nunca me dijo nada —dijo mi padre, que parecía herido en su orgullo—. Y estoy seguro de que él quería a mi madre. Tu abuelo amaba a la abuela.

—Nadie ha dicho lo contrario —le recordé—. Pero quizá hubo un

amor anterior y que, al parecer, le marcó bastante. Papá —lo cogí de las manos—, te dije que iba a intentar salvar el hostal. Eso es lo que estoy haciendo. Perseo y yo hemos…

—Ejem…

—Bueno, y Clara también ha ayudado un poco.

—Doble ejem —dijo Gabriel con el dónut a medio comer en la mano.

—¡Tú no has ayudado nada!

—¿Cómo que no? ¿Quién te acompañó a por el libro ese de la ballena? —protestó.

Mierda. Tenía razón.

—*¿Moby Dick?* ¿Por eso me preguntaste por él? —Seguía totalmente perdido en la conversación, pero trataba de agarrarse a cualquier cosa que le sonara de algo.

—Sí. Todo empezó con… —Estuve a punto de decir «Abigail», pero no iba a desvelar que estaba viva. Eso solo le correspondía hacerlo a ella—. Con una nota extraña.

—¿Una nota extraña? —repitió mamá.

—Dejadle que se explique —comentó Lucas, que, hasta ese momento, me había estado escuchando con mucha atención.

—Gracias, Lucas. Sí. Una nota extraña en la que estaba escrito: «En las cosas puede estar… escondido…».

—«En todas las cosas está oculto siempre un significado; de lo contrario, poco valdrían. Busca la marca. Salva el hostal» —me interrumpió de nuevo Perseo, exasperado.

—Busca la marca. Salva el hostal —repetí yo.

—Busca la marca. Salva el hostal —repitió papá—. ¿Quién te escribió esa nota?

—No lo sabemos aún, pero me puso en la pista de…

—¡Mierda! —bramó Clara. Todos la miramos. Estaba con la caja metálica de Adamant entre las manos—. Intenté el cumple del abuelo, pero nada. ¿Cuándo es el del vuestro?

—Trae —dijo Gabriel, extendiendo la mano, pero Clara se resistió a dársela.

—Tienes los dedos manchados de chocolate.

Él sonrió, se los fue metiendo uno a uno en la boca hasta dejarlos limpios, excepto uno. Me miró, sonriente, y me lo ofreció.

—¿Me limpias el último, hoyuelos?

Mis padres me miraron, totalmente desconcertados.

—No seas desagradable, Gabriel, por favor —lo reprendió entonces su hermano.

Yo seguí hablando de cómo habíamos ido avanzando en nuestra investigación, aunque era muy difícil contar una historia tan enrevesada como la de mi abuelo con tanta gente interrumpiendo continuamente. Además, era un asunto delicado. Mi padre desconocía esa parte tan importante de la vida del suyo, y se trataba de algo que nunca habría imaginado. Me esforcé bastante en hacerle seguir la trama sin perderse, y procurando que en ningún momento se sintiera mal.

Obviamente, no hablé de mis… llamémoslos «momentos íntimos» con Perseo… o con Gabriel, ya puestos…, y creo que acabó por entenderlo todo. Otra cosa era que lo procesara; para eso necesitaría mucho más tiempo.

—Tampoco es el cumple del abuelo —dijo Gabriel interrumpiéndome en un momento dado de mi relato.

—Ni el mío —constató Lucas un rato después, sonriente.

Perseo, mientras tanto, se mantuvo casi todo el rato al margen. Seguía agobiado mirando su teléfono móvil. Su hermano le había recomendado que lo apagara o que lo guardara. Pero él no era capaz de hacerlo; supongo que sentía que ya había traicionado bastante a su padre. Debía de estar librando una terrible batalla interna.

Tenía la caja de su abuelo entre las manos, después de quitársela a Lucas.

Papá ahora estaba en silencio, como asimilando todo lo que acababa de descubrir, y era mamá la que me preguntaba cosas. Pero no tenía respuesta para casi ninguna de ellas, y…

¡Clac!

¿Qué había sido eso?

Miré a Perseo. Había conseguido abrir la caja de Adamant.

—¿Cómo…?

—La fecha de su fotografía. Cero seis, cero uno, siete siete —dijo, y dejó de nuevo la caja en el centro de la mesa.

Todos nos inclinamos hacia ella, para ver lo que había dentro. Aparte de la tierra que se había colado por alguna hendidura de la superficie, había un pequeño cuaderno. Una especie de libreta negra, cerrada con una goma elástica, y con las esquinas desgastadísimas. Fui a cogerla, pero en el último momento me arrepentí.

—Deberíais cogerla vosotros. Es de vuestro abuelo…

Perseo y Gabriel se miraron. Fue este último el que alargó la mano para coger la libreta con cuidado; podría deshacerse solo con tocarla. Retiró la goma elástica con suavidad y la abrió.

—¿Y bien? ¿Qué pone? —preguntó Clara.

Todos estábamos expectantes. Si estaba enterrada junto al árbol del abuelo, solo podía ser algo importante.

—«Diario de Adamant Montecarlo».

Capítulo 45

Diario de Adamant Montecarlo

2 de diciembre de 1958

¡Qué bien nos lo hemos pasado hoy! He ido con papá a la montaña y a tirarnos en trineo. A mí me daba miedo al principio, pero hemos hecho un muñeco de nieve y papá me ha contado que era nuestro ~~potrector~~ protector. Así no nos pasaría nada.

Yo me he tirado mientras papá me miraba desde arriba y he bajado y bajado hasta llegar al final. Y cuando he llegado al final, había un niño solo. Tenía un gorro rojo y unos guantes rojos y un abrigo rojo y la nariz roja roja porque hacía mucho frío.

Me ha dicho que se llamaba Oliver y que cómo me llamaba yo. Cuando le he dicho mi nombre, se ha reído. Yo no le veo la gracia a mi nombre. Y se lo he dicho y me ha dicho que era como diamante. Que me llamaría Diamante. Oliver me ha caído bastante mal, la verdad. Y estaba solo. No sé dónde estaban sus padres.

Cuando ha venido papá, le hemos dicho que nos acompañara, pero él decía que tenía una misión importante: plantar un árbol en la montaña. Así que hemos ido con él a plantar un árbol.

A papá se le ha ocurrido plantar algo con el árbol para darle suerte, y para recordar que lo habíamos hecho entre los dos. Me ha quitado un botón del abrigo y lo hemos enterrado bajo la nieve. ¿Quién es ese Oliver? ¿De dónde ha salido ese niño? Nunca le había visto en el pueblo.

18 de diciembre de 1958

Hoy ha tocado hacer las compras para la comida de Navidad, aunque no había mucho en las tiendas del pueblo. Papá me dijo que por el racionamiento. Pero no sé lo que es.

Cuando estábamos saliendo de tomar un chocolate en la plaza, he vuelto a ver a Oliver (el niño de la nieve). Otra vez estaba solo. A lo mejor no tiene padres, pero no es algo que vayas preguntando a la gente. Es de mala educación, por supuesto. Al vernos, ha tratado de esconderse, pero yo lo he visto primero y lo he invitado a venir con nosotros a dar una vuelta.

Al final, papá lo ha invitado a un chocolate también, y le ha preguntado por sus padres. Los

adultos sí pueden preguntar esas cosas. Pero Oliver nos ha dicho que están muertos y que vive con su tío en una cabaña en las montañas. Cuando le ha dicho el nombre de su tío, mi padre ha puesto una de esas caras raras que le gusta poner de vez en cuando.

Lo hemos invitado a cenar con nosotros en Nochebuena. Y ha dicho que tiene que preguntar a su tío.

25 de diciembre de 1958

La cena de Nochebuena fue increíble. Mi madre hizo cordero con patatas, y vinieron los primos, los abuelos... y Oliver con su tío. Al principio estaba vergonzoso pero luego le enseñé mi cuarto y mi colección de chapas y pareció gustarle. También le enseñé un tren de juguete que funciona cuando le echas aceite y sale humo, pero huele muy mal.

Estuvimos toda la noche juntos. Y me contó que sus padres habían muerto hace unos años por «tener las ideas equivocadas». O eso le habían dicho. No sabía que hubiera ideas equivocadas. Pero no pudo contarme nada más porque su tío se enfadó muchísimo y le dio una bofetada que le dejó toda la cara marcada.

25 de marzo de 1960

Ya han pasado dos semanas desde que papá ha muerto. Pero no puedo llorar. No me dejan. Solo lloro en la cama, cuando voy a dormir. Y me despierto con la cara mojada.

También lloro en el baño. Donde nadie me ve.

No sé por qué se ha muerto. Nadie me dice nada. Pero yo he preguntado al padre Félix y me ha dicho que es parte del plan divino, como todo.

No entiendo por qué Dios permite que pasen cosas malas y que muera gente buena como mi papá. Es injusto.

No creo en Dios. Se lo he dicho a mamá. No le ha gustado que se lo diga y me ha castigado.

Pero no me gusta un Dios que deja morir a la gente. Quiero que vuelva papá.

26 de marzo de 1960

Hoy ha sido el funeral. Me dijeron que tenía leer, pero me he puesto muy nervioso y he salido de la iglesia. Porque no quería leer. Yo lo que quiero es que papá esté conmigo. Ese cura no sabe lo que dice. No tiene ni idea. Yo sí. Porque papá se ha ido y no va a volver.

He visto a Oliver en las escaleras de la iglesia. Me daba vergüenza, pero no he parado de llorar. Me ha preguntado que qué me pasaba y le he contado la verdad. Pero no ha dicho nada. Me ha dicho que me sentara con él. Yo lo he hecho y me ha cogido de la mano. Me ha vuelto

a llamar Diamante y me ha dicho que con ese nombre seguro que soy más duro que nadie.

Pues es verdad.

Papá lo decía.

Y yo lo voy a ser.

Voy a ser duro.

15 de julio de 1967

Quizá seguir escribiendo un diario sea una tontería, pero al descubrirlo entre mis cosas al volver a la casa del pueblo, me ha hecho gracia volver a escribir lo que me va pasando día a día. Hacía tanto que no volvía al pueblo..., tantos años..., y todo son recuerdos. Recuerdos bonitos, sí, pero de los que duelen. Y no me gusta tener que revivirlos.

Pero hoy es un día de fiesta. Esta noche tenemos un baile en la Sala Acebo y va a ir todo el mundo. Yo voy con Lisa. No quería venir, pero la he convencido, porque hay veces que hay que darle un pequeño empujón para que se atreva a hacer las cosas.

Ojalá papá estuviera aquí. Le encantaría Lisa. Estoy seguro

16 de julio de 1967

No tengo muy claro lo que pasó ayer, pero la única forma que tengo de descubrirlo es escribiéndolo en este diario. Releerlo una y otra vez para entenderlo.

Llegamos a la fiesta en la Sala Acebo y estaba llena. Sonaba música por todos lados, y todo estaba decorado como una fiesta universitaria. De hecho, se parecía a las fiestas que iba en Barcelona. Estaba Mónica, y también Ramón y Karina... Todo el mundo. Hacía muchos años que no nos veíamos, así que fue muy divertido.

Además, Lisa estaba guapísima, y yo solo quería que nos fuéramos para poder liarnos en el coche.

Sé que estaba sonando una canción de los Beatles cuando apareció él.

Oliver. El chico de la nieve.

¿Seguiría viviendo con su tío? Llevaba sin verlo casi diez años. Desde que murió mi padre. Verlo me reactivó un montón de recuerdos y de sensaciones. No iba a saludarlo, porque pensaba que no se acordaría de mí, pero me vio y me reconoció. Lo vi en sus ojos. Me dedicó la sonrisa más grande que he visto en mi vida y me dio un abrazo delante de todo el mundo. Nadie sabía quién era. Nadie lo había invitado.

Y luego, claro, me contó que se había colado.

Estuvimos hablando horas. Tantas que Lisa se enfadó mucho (y sigue enfadada mientras escribo esto) y se fue con sus amigas. Yo me quedé con Oliver. Me contó que su tío había muerto hacía un par de meses, pero que estaba viviendo solo en su cabaña, en las montañas.

Vivir solo ahí arriba debe de ser horrible. Qué aburrimiento

Me contó que quiere convertirlo en un pequeño hotel, para que venga gente del pueblo a probar la vida en las montañas. Una nueva experiencia. Respirar aire puro, estar en la naturaleza y todas esas cosas de hippies. Pero, claro, para eso necesita dinero. Para eso necesita muchas cosas que no tiene. Y lo que no sabe es que todos esos terrenos son de mi familia. Mi padre llevaba años planeando construir un hotel ahí arriba. Pero nunca llegó a hacerlo.

Así que he pensado que podría ayudarlo, y así estaría cumpliendo parte del sueño de mi padre, ¿no? Él no parece tener mucho dinero, y a mí me sobra. Le he propuesto que seamos socios.

Es cuando todo se ha vuelto raro. Porque me ha besado.

Ahora que lo escribo, me doy cuenta de que podría haberme apartado. No sé aún por qué no lo hice. Pero hemos estado besándonos mucho. Hasta que he pensado que podían vernos.

21 de agosto de 1972

No había vuelto a abrir este diario desde la fiesta en la Sala Acebo. Dios, y desde que vi a Oliver por última vez. Fue una gilipollez. Liarme con él. ¿En qué estaba pensando? Podrían haberme pillado. ¡Eso habría sido el fin!

Sé que un amigo de Lisa acabó en la cárcel.

Lo he buscado. Sé que se llama Ley de Vagos y Maleantes, y fue creada para perseguir a los homosexuales. Pero yo no soy homosexual.

29 de agosto de 1972

Mamá está enferma y la cuida la abuela. Yo estoy pensando en irme a vivir a Londres un tiempo. Quiero estudiar inglés. Aunque en unos días nos vamos de fin de semana a San Sebastián Carmen, Lolo, Ricardo, María y yo.

Me ha parecido ver a Oliver junto al bar de la plaza central.

He pensado en acercarme, pero al final me ha dado vergüenza y no he ido.

2 de septiembre de 1972

No esperaba encontrarme a Oliver en la estación. Estaba igual que la última vez, aunque se había cortado el pelo y dejado un poco de barba.

Me ha dicho que sigue viviendo en la cabaña de su tío, y sigue queriendo hacer ese hotel en las montañas. No habíamos vuelto a hablar sobre ser socios.

Tampoco ha sacado el tema, pero me ha invitado a subir algún día para enseñarme su casa.

No sé por qué, pero le he dicho que si quería apuntarse a nuestro viaje. Al principio me ha dicho que no porque no tenía dinero. Pero le he dicho que no hacía falta, que íbamos a mi casa en San Sebastián.

Al final ha dicho que sí.

3 de septiembre de 1972

No recordaba lo mucho que me gustaba San Sebastián.

Nos hemos bañado en la playa por la noche. Hemos comido y bebido sin parar, y nadie me ha reconocido. El apellido Montecarlo a veces es una maldición. Estoy un poco harto. Pero Oliver no me trata diferente. Y eso me gusta.

Aunque no sé si le cae muy bien Carmen.

Le he explicado que llevamos dos meses juntos. Y esta tarde es la primera vez que lo hemos hecho. Carmen y yo. Aunque pensaba que sería diferente. Ha estado bien. Tampoco muy bien. A lo mejor lo he hecho mal.

Voy a escribir algo de lo que seguramente me arrepienta después, pero he pensado en Oliver mientras besaba a Carmen.

4 de septiembre de 1972

Carmen y yo hemos roto.

Mañana me voy a Londres. Ya tengo el billete.

12 de septiembre de 1974

Hoy he vuelto al pueblo. Hacía dos años que no venía.

Pensaba que todo estaría diferente. Pero no, todo sigue igual. No ha cambiado nada. Ni siquiera él.

Oliver.

Trabaja en la única librería del pueblo. Y me ha recomendado un libro. El principito. Me lo ha regalado, aunque yo he insistido una y otra vez en que lo pagaba. Le ha dado igual.

Nos hemos ido a tomar unas cervezas al bar y me ha contado que va a empezar a renovar la cabaña por fin. Ha conseguido los permisos para construir su hotel. Pero, claro, las tierras son de mi familia. Son mías.

Le he propuesto de nuevo ser socios... y me ha dicho que sí.

2 de octubre de 1974

Posibles nombres para el hostal:

Vermella

Sol del Norte

De Luca

El Muérdago

3 de marzo de 1975

Llevaba tanto tiempo sin ser feliz que se me había olvidado lo que era la felicidad. Y, ahora mismo, la felicidad está donde esté Oliver. Llevamos renovando la cabaña desde hace tres meses. Es nuestro único trabajo. Él se empeña en seguir yendo a la librería, pero poco a poco lo ha ido dejando. El proyecto es más importante.

29 de marzo de 1975

Hemos colocado una cerradura especial en la habitación número 7. Es nuestro oasis. El sitio donde podemos ser nosotros mismos. Nadie más puede entrar. Porque solo nosotros tenemos la llave.

Nuestra paranoia por no ser descubiertos se convirtió en un juego.

Nuestra marca siempre ocultaba algo. Era divertido.

5 de abril de 1975

Oliver y yo hemos firmado el acuerdo para el hostal.

Él no quería, pero yo he insistido en dejar las cosas por escrito.

12 de agosto de 1975

Llevamos ocho meses juntos. Mi madre y mi familia siguen creyendo que somos amigos. No quiero decepcionarles. No quiero contarles la verdad. No lo entenderían. Nadie lo entendería.

No dejamos de escuchar música, de bailar, de beber... Un amigo de Oliver nos ha conseguido marihuana; no la probaba desde Nueva York. La echaba de menos. Es increíble besarse puesto de maría. Nunca había sentido lo que siento por él. Nunca pensé que sentiría algo así por un chico.

13 de agosto de 1975

Maybe I'm amazed at the way you love me all the time And maybe I'm afraid of the way I love you.

Paul McCartney, *«Maybe I'm Amazed»*

1 de septiembre de 1975

Nos hemos firmado los libros. Yo le he firmado a Oliver Moby Dick. Hemos descubierto una forma de hacerlo con tinta invisible a base de zumo de limón. Más divertido. Más emocionante. Más secreto.

2 de enero de 1976

Hoy se lo he contado a mamá. No me habla. Pensaba que reaccionaría de otra forma.

4 de abril de 1976

Es que es un hijo de puta. ¿Quién es esa Silvia? Estoy harto de que pase más tiempo con ella que conmigo. ¿Es que ya no le gusto? ¿Ya se ha cansado de mí? Creo que necesito alejarme un tiempo.

14 de mayo de 1976

Le he comprado una cámara Polaroid en Estados Unidos. Me ha costado mucho dinero, pero verlo tan feliz ha merecido la pena. Nos hemos hecho fotos en nuestra habitación, mientras Oliver pinta un mural de las montañas. Debería dedicarse a ello porque se le da de muerte.

15 de mayo de 1976

M+O

29 de mayo de 1976

Mi madre insiste en que tengo que formar una familia, que necesito herederos para nuestra fortuna y para el negocio familiar. No le gusta nada el hostal que he construido con Oliver. Lo odia. Lo detesta. No sé si al hostal o a Oliver.

25 de junio de 1976

Oliver quería inaugurar ya el hostal, pero le he dicho que en verano es más complicado. Sobre todo porque tengo que supervisar la construcción de nuestro hotel. Pero no le gusta. No entiende que tengo que continuar trabajando en los negocios de los Montecarlo.

6 de octubre de 1976

Hoy he conocido a Cheryl. En una cena en París. Hemos acabado en su habitación de hotel. Soy una mala persona. Lo he jodido todo.

19 de diciembre de 1976

Mañana inauguramos el hostal. El Muérdago. Joder, suena superbién.

20 de diciembre de 1976

¡Nuestros primeros clientes!

Mario Izquierdo y su mujer Encarna.

6 de enero de 1977

Oliver me ha pedido que vivamos juntos. Se ha puesto de rodillas y me ha dicho que, si pudiera, mañana mismo se casaría conmigo. Lo quiero tanto...

2 de febrero de 1977

Cheryl está embarazada.

No me lo perdonará nunca.

23 de octubre de 1978

Volver a ver a Oliver ha sido duro. Pero él también tiene un hijo. Se llama Santiago. Ha sido todo muy raro. Demasiado... ¿educado? Nuestro cuarto está tapiado.

No existe la habitación número 7.

Me alegra ver que ha seguido con su vida.

Yo también he seguido con la mía.

Orión. Aunque es el recuerdo de mi traición, soy feliz junto a él.

Casi lo llamo Oliver.

Al menos dejé la «O».

1 de diciembre de 1981

No sé por qué sigo conservando este diario si abrir sus páginas lo único que me trae es dolor. Quizá porque necesito una prueba de que estuve enamorado una vez. Quizá porque necesito recordarme que el amor de verdad existe.

He conseguido una firma de Paul McCartney. Le he comprado el vinilo con nuestra canción. Solo espero que acepte el regalo.

1 de agosto de 1987

Cheryl y yo nos hemos divorciado. Este matrimonio no tenía ningún sentido.

16 de diciembre de 1992

Hoy he visto a Oliver patinando en la pista de hielo de la plaza central. Pensé en acercarme a saludar, pero estaba con su hijo. Santiago.

Qué suerte tiene de tener un padre como él. Lo veo, y es que disfruta de su hijo. Veo amor. Dios, lo echo tanto de menos...

¿Qué habría sido de nosotros si hubiéramos seguido juntos? Pero no. No. No podía aparecer en su vida de nuevo. No quería romper lo que tenían. Era feliz. Eran felices. Me había superado.

22 de junio de 1997

Creo que Orión sabe que hubo algo entre Oliver y yo. No lo sé. Pero no nos hablamos. Es... un hijo difícil.

1 de enero de 1999

Hoy he conocido a mi primera nieta.

Abigail Hera Montecarlo.

2 de abril de 2013

Hoy he intentado ir a verte. Aunque sé que me dijiste que no querías volver a verme. Y yo me había prometido dejarte vivir tu vida.

En el último momento me he echado atrás.

12 de mayo de 2018

Orión me ha vuelto a preguntar por el hostal, por las tierras, por Oliver.

Quiere abarcar demasiado.

24 de junio de 2018

He encontrado a Orión con el diario en las manos.

Creo que solo ha leído algunas páginas.

Hemos discutido. Como nunca.

Sigue siendo un hijo muy difícil. No sé qué hacer con él. Pensaba que tener hijos lo calmaría…

6 de agosto de 2018

Tantas cosas que quedaron sin decirse.

Tanto amor que se perdió por el camino.

Tanta vida arrebatada por malas decisiones.

He ido al hostal y tu hijo me ha dicho que has muerto.

Ni siquiera hemos podido despedirnos.

La habitación sigue tapiada. ¿Tanto te dolió nuestro amor que quisiste esconderlo para siempre?

Mañana voy a volver a nuestro árbol.

No quiero seguir teniendo este diario. No quiero que Orión vuelva a encontrarlo, pero quiero que nuestro amor siga existiendo.

No puedo deshacerme de él así como así.

Lo voy a enterrar. Junto a tu botón.

Que el árbol crezca mucho más de lo que nosotros llegamos a hacerlo.

Oliver, lo siento. Te quiero, te quise y te querré.

Ojalá te lo hubiera dicho más cuando estabas vivo.

Sé que nunca leerás estas páginas, pero, por si sirve de algo, necesito escribirlo.

Necesito seguir recordando que, por un breve periodo de tiempo en mi vida, fui feliz a tu lado.

Ojalá tus hijos conozcan también la felicidad. O tus nietos.

Y espero que El Muérdago siga en pie muchos años más. Que ningún Montecarlo te arrebate esas montañas.

De lo que más me arrepiento en la vida es de no haber visto otro atardecer junto a ti.

Capítulo 46

Perseo

Cuando Gabriel leyó la última palabra, le quité el diario de las manos y miré el resto de las páginas, tratando de encontrar más de la historia entre Oliver y mi abuelo.

Pero no había nada más. El resto estaban en blanco.

La historia terminaba ahí. De forma abrupta. De forma dramática.

Mientras trataba de procesar todo lo que acababa de escuchar, noté una lágrima serpenteando por mi rostro. Levanté la mirada y vi que Gabriel me observaba con una expresión indescifrable. Todos estaban igual. Nadie se atrevía a decir nada.

¿Qué podía decirse después de eso?

—Guau —se limitó a decir mi hermano.

—¿En serio no pone nada más? No puede ser —insistí, revisando las páginas una y otra vez—. ¿Lo has leído todo?

—¿Y qué más quieres que haya? Una historia de amor, trágica y dolorosa. Ni más ni menos —intervino Clara.

En ese momento, el padre de Oliver se levantó de su silla y, sin decir nada, salió de la cocina. Su exmujer lo siguió, preocupada, junto a Lucas.

—¡Papá, espera! —gritó Oliver, saliendo detrás de ellos, y justo después también se fue su hermana. Nos quedamos solos en la

cocina.

—No todos los días descubres que tu padre estaba enamorado de otro hombre…, que casualmente era el padre de tu enemigo. Ni Shakespeare se atrevió a tanto —bromeó Gabriel, siempre tratando de relajar el ambiente con ese humor tan particular suyo—. Pero, bueno, ese diario confirma que hubo un acuerdo entre Oliver y el abuelo, ¿no? Lo que estaba buscando Abi tiene que estar por aquí.

—Tenemos que enseñarle el diario. ¿Sigue en su habitación?

—Me dijo que no saldría hoy en todo el día. Está un poco paranoica, y no la culpo. Yo también lo estaría de haber fingido mi muerte, ¿sabes?

El diario del abuelo nos había dado demasiada información y no era fácil de procesarla toda. Realmente el abuelo había estado muy enamorado del abuelo de Oliver. Qué pena que su amor se rompiera tan pronto… Eso le pesó el resto de su vida.

—¿Crees que padre llegó a leer este diario? —Lo agité en el aire mientras lanzaba la pregunta.

—No lo sé, pero el abuelo parecía creer que sí. Eso explicaría su obsesión con este sitio, y la mala relación que tenía con el abuelo. Ya sabes que casi no se hablaban en los últimos años… —recordó Gabriel.

La relación entre ambos nunca había sido ideal. Seguramente el proyecto de ampliación también tuviera una capa escondida de venganza contra la familia De Luca. Puede que los culpara de haber destrozado el matrimonio de los abuelos… y de que él y el abuelo no se llevaran bien.

El reloj volvió a vibrarme. Era la sexta llamada que recibía de padre.

Tarde o temprano iba a tener que contestar.

Debía de estar furioso por lo que había dicho en la rueda de prensa.

Y lo iba a estar mucho más cuando supiera que teníamos el diario del abuelo. Aunque la pregunta que seguía sobrevolando mi mente era qué íbamos a hacer.

No servía de prueba contra padre. Por mucho que el abuelo dijera que había abierto el hostal con Oliver De Luca, y que habían firmado una especie de acuerdo… Sin el documento, no teníamos nada. Por mucha historia de amor que conociéramos, estábamos casi igual que al principio.

Aunque esperaba que, con mis declaraciones, alguna de las empresas que querían participar en el proyecto se hubieran echado atrás, tratando de huir de una mala publicidad casi segura.

—¿Qué piensas, Percy? —me preguntó Gabriel. Por primera vez, no me molestó que me llamara Percy.

—En todo lo ocurrido. Necesito poner orden en mi mente.

Habían pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo, pero lo único que al final volvía una y otra vez a mi cabeza era padre.

¿De verdad había tratado de matar a Abi? ¿Tan lejos llegaba su codicia? Me parecía inconcebible, pero, aun así…, ¿por qué le creía capaz?

—Anda, papaíto llamándome a mí. Debe de ser la primera vez en años —sonrió Gabriel, mostrándome la pantalla de su móvil.

—No lo cojas. Ni se te ocurra.

—Tarde. —Descolgó la llamada y puso el altavoz. ¿Estaba loco?—. *Konnichiwa, Montecarlo-san.*

—¡Gabriel Heraldo Montecarlo! ¡No tengo tiempo para tus juegos

de niño malcriado! ¿Dónde está tu hermano?

—¿Quién es? —respondió Gabriel, llevándose las dos manos a la boca para reprimir una risotada.

—Haz el favor de pasarle el teléfono.

—Discúlpeme, pero creo que se ha equivocado de número.

Algo tenía que reconocerle a mi hermano, y es que se atrevía con todo.

—¡Perseo! ¡Sé que estás ahí! ¿Qué has hecho? ¿Eres consciente de lo mucho que le acabas de costar a tu familia?

—Perseo no está disponible —intervino Gabriel—. Si quiere dejarle un mensaje, hágalo después de oír la señal. ¡Piii!

—Da gracias que hoy estoy fuera, Perseo, pero mañana mismo voy al hostal con dos constructores. No pienso esperar hasta el día quince. Dile a los De Luca que ha sido culpa tuya. Por ser un niñato desagradecido que no piensa las consecuencias de sus ac…

—El mensaje es demasiado largo. Por favor, vuelva a intentarlo más tarde —dijo Gabriel, poniendo voz robótica, y colgó.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

¿Es que estaba loco? ¡Padre ya estaba más furioso que nunca!

—Vacilar un poco al viejo. Necesita relajarse.

—Eres incapaz de tomarte algo en serio, ¿verdad? Siempre con tus bromas y tus niñerías —lo reprendí.

Gabriel se puso en pie y cambió su expresión por una de seriedad absoluta.

—Tienes que dejar de tener miedo a tu padre. Has dado un paso importantísimo esta mañana. No lo eches por tierra, Perseo. Yo te apoyo en todo lo que necesites, pero tienes que ir hasta el final —me dijo cogiéndome de los hombros.

Nos quedamos en silencio durante un rato. Colocó sus manos en mi cara y juntó nuestras frentes, cerrando los ojos.

Gabriel sería un inconsciente. Bromista. Inoportuno. Metomentodo… Pero seguía siendo mi hermano.

Y nunca me había dejado de lado. Jamás.

—Te prometo que lo haré —susurré, tratando de sonar convencido—. Y ya sabes que un Montecarlo nunca miente.

—Un Montecarlo nunca miente —sonrió, y nos abrazamos.

No me había dado cuenta de cómo lo necesitaba hasta ese momento.

—Oye, ¿y qué ha pasado con Sabrina? Seguirá en el hotel, ¿no? —dijo.

—Tengo unos cuantos mensajes suyos, pero creo que los voy a dejar sin contestar hasta mañana.

—¿Quieres que los conteste yo? —Pero su sonrisa picarona nunca traía nada bueno.

—No, gracias. Vamos a llevarle el diario a Abi. Necesita verlo con sus propios ojos.

—Y luego quiero ir al taller de adornos navideños. Me muero por ver lo mal que los pinta la gente —dijo, cogiendo el diario y la caja metálica de la mesa.

Capítulo 47

Oliver

Bueno, pues había sido intenso. Superintenso. Una radiografía completa de una historia de amor truncada por malas decisiones, una época complicada y viejos rencores arrastrados durante décadas. Pero, por lo que contaba en su diario, Adamant nunca fue capaz de superarlo del todo. Nunca lo dejó atrás, y afectó al resto de su vida y, sobre todo, a cómo trataba a su familia. En este caso, a su mujer y a su hijo, Orión.

Hay veces que los villanos se crean por culpa de una infancia complicada o por falta de la atención necesaria. No quería pensar que Adamant era el culpable de la ambición desmedida de su hijo, pero todo parecía indicar que había cierto halo de venganza en su empeño en tirar abajo nuestro hostal. Más allá del acuerdo millonario que necesitaba para devolver liquidez a sus cuentas, como nos había contado Abigail.

Cuando salimos de la cocina, casi todos los huéspedes estaban en el salón, junto al árbol de Navidad, dispuestos a comenzar el taller de adornos navideños. Uno de los favoritos de mamá, porque podía dar rienda suelta a sus ganas de pintar y, sobre todo, de enseñar. Echaba de menos dar clases en su academia, y ese taller era lo más parecido.

—Papá, ¿puedes parar un segundo? Tenemos que hablar sobre lo que… Sobre lo que ha pasado… —le dije con suavidad, pero no había forma. Estaba acelerado, colocándolo todo en las mesas.

—Oliver, ahora tenemos muchas cosas que hacer —dijo; era su forma de dar por terminada una conversación que ni siquiera había comenzado.

—Dios, qué cabezota es cuando quiere —masculló Clara, que cargaba con una caja con varios adornos navideños de diferentes colores.

—En serio, no tenemos por qué hacer ahora este taller. Puede esperar. Tienes que… No sé… ¿No necesitas comentar lo que ha pasado? ¿Lo que hemos descubierto?

—¡¿Dónde están las pinturas?! —gritó, nervioso.

—Están en su sitio, Santiago —dijo mi madre, que también tenía cara de preocupación.

Sabíamos cómo era mi padre cuando no quería hablar de algo. Se aceleraba y se refugiaba en el trabajo. Siempre había sido así. En ese momento podía entenderlo, porque habían sido demasiadas revelaciones en muy poco tiempo. ¿Cómo afrontar que tu padre siempre había estado enamorado de otro hombre y había vivido con el corazón roto hasta sus últimos días, que ese hombre era de la familia que quiere destruir tu negocio familiar, y que, además, la verdadera historia de ese negocio es diferente a la que tú conocías?

Si ya me costaba a mí procesarlo, y era mi abuelo, no quería imaginar lo que era para papá.

—Aquí faltan adornos. No son suficientes.

—Papá, hay de sobra —dijo Clara—. ¿Por qué no sales un rato con Oliver, anda, a que os dé el aire, mientras mamá y yo

preparamos todo esto?

—No me des órdenes —gruñó de malas maneras.

—Santiago. Deja de hacer el tonto y haz el favor de hacer caso a tu hija. Nosotras acabaremos de prepararlo todo. Oliver, llévate a tu padre.

—¿Podéis dejar de tomar decisiones por mí? ¡Estoy bien!

Lo dijo tan alto que varios huéspedes, extrañados, se giraron para mirarle.

—Si no quieres ahuyentar a los pocos clientes que nos quedan, ve fuera un ratito a estar bien, ¿vale? —dijo Clara, y le quitó la caja de las manos—. Oliver. Va.

—Joder. Va a tener razón papá que estás muy mandona, ¿eh? —protesté, cogiéndolo del brazo para llevármelo fuera del salón mientras él seguía protestando. Al final, lo conseguí. Aunque tuve que arrastrarlo más de lo que me habría gustado.

Cogí uno de los abrigos del perchero de la entrada y abrí la puerta para salir, pero mi padre se había colocado detrás de recepción y estaba con los brazos apoyados en el mostrador jugueteando con sus dedos. Vale, íbamos a tener la conversación dentro. Mejor. Así no pasábamos frío.

Volví a colgar el abrigo y me coloqué frente a él, sin saber tampoco muy bien cómo empezar una conversación que iba a ser complicada para los dos.

—¿Quieres hablar de ello?

—No, realmente no —musitó.

—Pero te vendrá bien. A ver, sé que son muchas cosas que asimilar…

—Para empezar, ¿quién me dice que lo que cuenta ese diario es

verdad, y no es una… especie de estratagema de los Montecarlo?

—Papá…, todo es verdad. Es decir, si no lo creyera, te lo habría dicho.

—No lo sé, Oliver. Tú te lo crees, vale, pero yo no me lo trago —dijo negando con la cabeza.

Quizá ya iba siendo hora de que le mostrara la habitación siete.

—Voy a enseñarte la habitación secreta. Si cuando la veas sigues creyendo que todo esto es mentira, te daré la razón. ¿Te parece?

Mi padre frunció el ceño, no entendiendo del todo lo que le estaba diciendo. Pensaba que no aceptaría, pero salió de detrás del mostrador y se quedó con los brazos en jarra, esperando que lo guiara adonde fuera que necesitara llevarlo.

Y eso hice.

Subimos las escaleras en completo silencio hasta la planta de arriba y fuimos hacia la izquierda (su habitación estaba a la derecha). Tras unos pasos, mi padre ahogó un grito al ver la pared del hostal despegada y el cuadro descolgado.

—¿Qué habéis hecho?

—Espera, no nos alarmemos —le dije para calmarlo.

Cuando llegamos a la altura de la habitación secreta, quité el tope que habíamos dejado para mantener la puerta abierta y lo invité a entrar. Mi padre dudó, pero, finalmente, aceptó y pasó dentro.

Encendí la linterna del móvil para iluminar el interior como la primera vez que habíamos entrado. Mi padre no sabía muy bien qué estábamos viendo hasta que se agachó para coger una de las fotografías del suelo. Una en la que estaba el abuelo, sin camiseta, cortando leña rodeado de nieve.

—¿Qué es todo esto?

—La habitación número siete, papá. Esta era la habitación secreta del abuelo —le expliqué con calma.

—¿Cómo… puede…? ¿Ha estado aquí todo este tiempo? —preguntó, incrédulo.

—Sí. Todo este tiempo. Aquí podían… ser ellos mismos.

—Pero…

Se acercó a la estantería y miró los libros que había en las baldas, repletos de polvo y restos de telarañas. Después de un rato, se giró y contempló el mural de la pared manchado de pintura roja.

—¿Lo crees ahora?

—Creo que el abuelo me tuvo como venganza… —suspiró amargamente.

—¿Qué? —No esperaba que fuera a decir eso.

—Tú lo has escuchado en ese diario. Adamant dejó embarazada a una mujer y al poco tiempo el abuelo hizo lo mismo. Se sintió traicionado y…

—Papá, por favor, no puedes verlo así. El abuelo te quería. Lo sabes.

—¿Ah, sí? ¿Qué habría pasado si le hubiera perdonado? ¿Si se hubiese acercado a él ese día en el que nos vio patinando sobre el hielo? ¿Qué habría hecho tu abuelo? —Fue lanzando preguntas al aire—. ¿Habría dejado a la abuela? ¿Me habría abandonado a mí?

—Lo estás llevando por el lado contrario, papá. En ese mismo diario Adamant dice lo mucho que significabas para el abuelo. Que os vio juntos y os vio felices. ¿Que el abuelo seguía enamorado de Adamant? Es probable. Si no, esta habitación ya no existiría. Pero eligió a su familia. Te eligió a ti, papá.

—No… Nunca me contó nada de esto. Podría haberle ayudado…, podría haber estado ahí para él.

—No necesitabas saberlo para estar ahí, papá. Y estuviste, hasta el final.

Y él lo sabía. El abuelo quería mucho a mis tías, pero el único que se encargó de él cuando peor estaba por culpa del cáncer fue papá.

—El Muérdago… Este hostal también lo construyó un Montecarlo —reflexionó.

—Pero no debemos dejar que otro lo destruya, ¿no crees? —Lo cogí de la mano para darle el apoyo que necesitaba en ese momento.

—Orión. Es muy difícil luchar contra él, lo sabes.

Se acercó cautelosamente hasta el mural y paseó la mano por él con una especie de melancolía extraña. Seguramente lo pintaron entre los dos para decorar la cueva a la que la sociedad los había empujado. Una forma de dejar su marca.

De hecho, medio oculta por pintura roja, ahí estaban la «M» y la «O».

Montecarlo y Oliver.

Era la marca de la que Adamant le habló a Abigail. Gracias a esa conversación, lo habíamos descubierto… todo… Espera un segundo…

Me acerqué a la pared y mi padre me miró confundido.

—Ayúdame un segundo, papá. Quizá en esta pared… haya algo. —O me estoy volviendo loco.

—¿Cómo que «algo»? ¿A qué te refieres?

—A esta marca. Es la del abuelo y Adamant Montecarlo. Si está aquí dibujada —la señalé— es por algo. Además, ¿por qué Adamant querría volver a entrar aquí? ¿Era solo para recordar… o por algo

más?

Acaricié las letras durante un rato hasta que noté que había algo. Una especie de rugosidad que sobresalía un poco, en el interior de la «O». Miré a mi padre, presioné con el dedo y el hueco de la letra se hundió un poco, como si fuera un botón.

Nos apartamos y vimos cómo se abría una pequeña puerta, una especie de armario diminuto. No había visto las juntas por culpa de la pintura roja, pero ahora las veía claramente. Era una especie de caja fuerte en la pared. Mi padre se acercó y abrió la puerta del todo.

En el interior había una carpeta de color azul marino desgastado. La tomó entre sus manos y la abrió.

—¿Qué es? —pregunté.

—«Acuerdo privado de cesión de uso y explotación del hostal El Muérdago» —leyó, incapaz de evitar el tono de sorpresa—. «En el Valle del Bron, a 5 de abril de 1975. Reunidos de una parte don Adamant Orión Montecarlo, propietario de las fincas y terrenos descritos en el Anexo I del presente acuerdo. Y, de otra, don Oliver De Luca».

No podía creérmelo. Era el documento… que había mencionado Abigail… Ahí estaba. En las manos de mi padre, que no dejaban de temblarle mientras seguía leyendo.

—«Manifiestan que ambas partes desean establecer un acuerdo permanente para la construcción, conservación y explotación de un establecimiento hostelero en los terrenos objeto de la presente cesión. Por ello, acuerdan… Primero: Que don Adamant Orión Montecarlo cede a don Oliver De Luca, así como a sus herederos y sucesores legítimos, el derecho de uso, explotación y gestión de la

parcela destinada al hostal El Muérdago y de los terrenos necesarios para su normal funcionamiento». ¡Oliver! ¿Te das cuenta de lo que es esto?

—¡Sigue leyendo, sigue leyendo! —lo apremié.

—«Segundo: Que dicha cesión tendrá carácter indefinido…». ¡¡¡Indefinido!!! «… y se mantendrá vigente mientras el hostal El Muérdago permanezca en funcionamiento o continúe siendo administrado por los descendientes o herederos de don Oliver De Luca».

—Sí que lo ataron todo bien, sí —convine.

—«Tercero: Que ninguna de las partes ni sus herederos podrán ordenar la demolición, clausura permanente o cambio sustancial de uso del establecimiento sin el consentimiento expreso de ambas familias». Es decir, Orión necesita que estemos de acuerdo. No le va a gustar nada esto —sonrió papá con malicia—. «Cuarto: Que la presente cesión se realiza por el precio simbólico de una peseta, cantidad que don Oliver De Luca entrega en este acto y que don Adamant Orión Montecarlo declara recibir a su entera satisfacción. Y, para que así conste, ambas partes firman el presente acuerdo en la fecha arriba indicada».

Terminó de leerlo y me miró con ojos llorosos.

—Después de tanto luchar, de tantos meses recibiendo amenazas…, aquí está la prueba, hijo.

Me entregó los papeles y los revisé de nuevo, sin creerme del todo lo que acabábamos de encontrar. Les di la vuelta y vi una nota escrita en la parte inferior de la última hoja.

—Eh, aquí hay algo más… —Empecé a leer—. «A partir de ahora, todo lo que baña el sol es tuyo, Oliver. A partir de ahora, yo soy

tuyo, Oliver. Por y para siempre… M + O».

Capítulo 48

Perseo

Cuando Oliver nos enseñó lo que habían encontrado en la habitación secreta del hostal, no me lo podía creer.

Al final, ¿todo iba a ser más fácil de lo que pensábamos?

El documento parecía auténtico. Y reconocía la letra del abuelo. Pero sabía que padre iba a poner trabas y pediría que alguien lo certificara. Teníamos que adelantarnos a ello.

Si algo me había enseñado trabajar con él, era que siempre había que ir uno o dos pasos por delante de tu adversario. Porque las cosas siempre se podían torcer.

Pero, entre el diario y el acuerdo firmado por los dos, parecía que teníamos las de ganar.

—Aunque con tu padre nunca se sabe —señaló Gabriel.

Estábamos todos en el salón del hostal. Ya había terminado el taller de adornos navideños (en el que Gabriel había participado muy activamente, y no dejaba de enseñar orgulloso su obra) y los huéspedes estaban todos en sus habitaciones. El padre de Oliver había encendido la chimenea y se había acurrucado en uno de los sillones. Aunque le había costado al principio, ya había comenzado a procesar toda la información que había recibido en las últimas horas. Incluido el saber que nuestra hermana Abigail estaba viva.

Obviamente, les pedimos tanto al padre de Oliver como a su madre y a Lucas que no dijeran nada. Abigail aún no estaba segura de cómo iba a revelar al mundo que no había muerto y lo ocurrido en su accidente. Sería un notición que destrozaría a nuestra familia, y la prensa se frotaría las manos.

Como si eso fuera novedad…

—Pero lo que no entiendo… es cómo has conseguido pasar desapercibida todo este tiempo —preguntó la madre de Oliver.

—Ha sido un año complicado, digámoslo así —respondió Abigail sonriendo.

A mí también me costaba acostumbrarme a verla de nuevo. ¿Cómo se gestiona que tu hermana, a la que creías muerta, vuelva a la tierra de los vivos y actúe como si no hubiera pasado nada? Estaba con mi duelo particular, empezando a aceptar que había muerto, y de repente apareció por arte de magia.

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, noté su mano acariciando la mía. Alcé la mirada y su sonrisa me reconfortó al instante. Al otro lado estaba Gabriel, también dándole la mano. De hecho, había dejado caer su cabeza en el hombro de Abi. Los tres hermanos unidos de nuevo. Y, curiosamente, contra un mismo objetivo: nuestro padre.

—El abuelo quería que este hostal siguiera abierto. Que vuestra familia siguiera cuidando su legado y el de tu padre —señaló Abi, mirando a Santiago—. Y los Montecarlo nunca rompen su palabra, ¿verdad, hermanitos?

—Ya te digo yo a ti que rompemos nuestra palabra continuamente —se burló Gabriel—. Nah, estoy bromeando. Un acuerdo es un acuerdo. Y ya le he cogido cariño a este sitio. Han

pasado muchas cosas en solo diez días. ¿Tú qué dices, Percy?

—Yo…, bueno…, padre no va a rendirse tan fácilmente —reflexioné—. Deberíamos certificar que este documento es real. Que esas letras son de Oliver y del abuelo. Sus firmas. Todo.

—¿Certificar el qué? Si está más claro que el agua —respondió Clara.

—¿Eres ahora una experta abogada y no lo sabía yo? —le replicó Oliver.

—Pues que sepas que estaba pensando en empezar la carrera de Derecho, listo.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

—A ti te lo voy a decir.

No podía evitar vernos reflejados en su dinámica de hermanos. Porque yo me comportaba así muchas veces con Gabriel.

Le debía una disculpa. Una gran disculpa a mi hermano. No le había creído durante todo ese tiempo, cuando me insistía una y otra vez en que Abi estaba viva. Lo único que me preocupaba era obedecer a padre. Cualquier otro se habría distanciado de mí sin pensarlo. Pero Gabriel no. Gabriel había seguido ahí. Con sus bromas, con su humor inoportuno, y muchas veces metiéndose en donde no lo llamaban, pero no se había movido de mi lado. Aunque yo le hubiera empujado continuamente para que lo hiciera.

—¿Y qué proponéis? —preguntó Santiago tras dar un largo sorbo a su taza de té hirviendo.

—Deberíamos hablar con los abogados de la familia —sugerí.

—No es buena idea. Se enteraría papá —intervino Abi, levantándose del sofá y empezando a dar vueltas por la habitación.

La cicatriz que tenía en la cara parecía mucho más grande y

marcada vista a la luz del fuego de la chimenea. Nos había dicho que había perdido el sesenta por ciento de la visión del ojo izquierdo.

—Pero conozco a alguien que puede ayudarnos.

—Así empezaría un *thriller* de Liam Neeson —bromeó la hermana de Oliver.

Gabriel fue el único que se rio, así que Clara se acercó, abrió su mano delante de él y mi hermano le chochó los cinco. Tal para cual. Abi prefirió ignorarlos.

—Pero tendríamos que salir ya. Está… lejos de aquí.

—Padre viene mañana al hostal. Y, por lo que nos ha dicho, va a venir con todo —recordé.

—Por eso tenemos que salir ya —repitió Abi.

—¿Tenemos?

—A mí me cuesta conducir porque no veo bien por el ojo izquierdo —nos recordó. No podíamos dejar que fuera sola. Así que me levanté para ofrecerme como acompañante, pero Gabriel había hecho lo mismo casi a la vez que yo.

—No podemos ir los dos. Alguien tiene que quedarse en el hostal para frenar a padre —avisé, pero Oliver se levantó también, decidido.

—Id los tres. Nos apañaremos. Podemos contener a Orión hasta que volváis —dijo con la voz temblorosa—. Tiene sentido además, ¿verdad? Los Montecarlo por un lado. Los De Luca por otro. Cada uno tratando de defender lo que es suyo.

—¿Estáis seguros? Yo puedo…

Oliver negó con un gesto de la cabeza. Deseaba quedarme con él, estar a su lado. Pero también necesitaba ir con Abi y Gabriel. Los

tres juntos contra padre. Oliver lo entendía. Por eso se levantó. Por eso insistió en que nos marcháramos. Nos conocíamos desde hacía poco, pero tenía la sensación de que empezábamos a comunicarnos sin necesidad de palabras.

—Si todo va bien, deberíamos estar aquí antes del mediodía —dijo Abi, mirando su reloj y calculando mentalmente las horas que teníamos por delante.

—Solo espero que este documento sea válido… —añadió Santiago mientras le entregaba la carpeta a mi hermana, confiándonos el destino de su hostal, de su legado familiar.

—¡Yo conduzco! —exclamó Gabriel mientras se alejaba hacia la entrada del hostal, seguido de los padres de Oliver, Abi, Clara y Lucas.

—Cuando llegue vuestro padre, el hostal va a ser como *Solo en casa*. Que se prepare —bromeó Clara.

Oliver y yo nos quedamos atrás.

En el salón.

A la luz de la chimenea y de las luces de colores que decoraban el árbol de Navidad.

—Pues… parece que vas a conseguirlo, ¿no? Vas a salvar tu hostal.

—Y tú no vas a poder tirar hasta la última piedra —respondió, tratando de imitar mi voz. Le salió fatal.

—Ya te pedí perdón por eso —recordé.

—¿Ah, sí? No recuerdo yo a Perseo Leonardo Montecarlo pidiendo perdón por algo.

—Pues lo hice y no pienso volver a repetirlo.

—Tampoco habrías sido capaz de tirar el hostal. No con esas

manos de pianista que tienes. —Las cogió entre las suyas. Sin darme cuenta, nos habíamos ido acercando cada vez más—. Qué raro es verte sin anillo.

—Mandaré que me hagan otro.

—Por supuesto que lo harás —sonrió.

¿Cómo había acabado así? Hacía tanto tiempo que no sentía algo parecido que me parecía ciencia ficción. No era yo. Era otra persona la que estaba frente a Oliver.

Lo había tratado mal.

Había sido un borde con él.

Un estirado.

Un pijo sin escrúpulos.

—Deja de pensar tanto, madre mía, Perseo. Olvídate de todo un rato —me pidió—. ¿Ha merecido la pena pasar una semana en este…? ¿Cómo lo llamaste? Ah, sí. Sitio de pordioseros.

—¿Te voy a tener que pedir perdón también por eso?

—No hace falta, no. Pero dime, ¿ha merecido la pena?

¿Lo había hecho?

¿Había cambiado mi vida desde que tomé la decisión de aceptar su desafío de quedarme una semana en su hostal?

—Sí. Por supuesto que sí.

Capítulo 49

Oliver

11 de diciembre

No conseguí pegar ojo en toda la noche. Era imposible hacerlo. La adrenalina me recorría todo el cuerpo. Los nervios de saber lo que iba a depararnos la mañana siguiente. Orión Montecarlo podía aparecer en cualquier momento, y no vendría solo. Lo acompañaría su séquito de abogados, de constructores, de hombres trajeados dispuestos a tirar los cimientos del que había sido mi hogar y el de mi familia desde hacía cincuenta años.

Pero no íbamos a permitírselo. Porque, si los Montecarlo eran cabezotas, los De Luca lo éramos mucho más.

Me levanté a las siete de la mañana sin haber dormido. Me di una buena ducha para espabilarme lo suficiente y, cuando salí del cuarto, vi que Clara también salía del suyo.

—Buenos días, hermanito.

—Esperemos que sean buenos —respondí.

—No me seas aguafiestas. Hoy vamos a ganar a un empresario millonario y corrupto, y eso no pasa todos los días, ¿no crees? —Me pasó el brazo por la espalda y, pillándome desprevenido, me revolvió el pelo en contra de mi voluntad.

—Clara, por favor, no empecemos.

—Perdone usted, que tienes que estar perfecto para cuando llegue tu novio con su brillante armadura a salvarnos. *White savior complex.*

—No digas tonterías, por favor te lo pido —dije, y conseguí apartarla—. Además, ¿y tu nueva novia?

—Durmiendo. ¿Dónde va a estar? Tampoco necesita enterarse de todas nuestras rencillas familiares, ¿verdad? Que nos acabamos de conocer.

—¿Lena se llamaba?

—Y se sigue llamando, que aún no está muerta —replicó mientras bajábamos las escaleras.

—¿Y no sabemos nada de Coral?

—¿Es que necesitas saber algo de ella? ¿Te paso su número?

Dios, no la soportaba cuando se ponía en ese plan. Bufé, exasperado, y aceleré el paso para llegar antes que ella al piso de abajo. En la cocina ya estaba papá preparando el café de por las mañanas, junto a Lucas y mamá, que se habían quedado a dormir al haber una nueva habitación libre.

Todos sonreíamos por encima de nuestras posibilidades. Sabíamos que se avecinaba una «batalla», pero estábamos convencidos de que podíamos ganarla. Por primera vez desde que había llegado al hostal, pensaba realmente que podíamos salvarlo.

No obstante, de momento, no sabíamos nada de Perseo, Abi o Gabriel. Ninguno se había puesto en contacto conmigo. Quería pensar que todavía estaban trabajando incansablemente para certificar la validez del documento, pero la ausencia de noticias me ponía nervioso. Era como tener la soga al cuello. Tenía la sensación de que, en cualquier momento, podía aparecer Orión y destruirlo

todo. Me lo había imaginado haciéndolo de un montón de maneras, incluso apareciendo él mismo al volante de un buldócer, totalmente desquiciado, arrasando todo a su paso. Obviamente, era algo que no iba a suceder… Y, si pasara, desde luego que sería lo más surrealista de todas las Navidades.

Eso sí, papá trabajaba como cualquier otro día en el hostal. Preparando los gofres, cortando la fruta, exprimiendo naranjas… Que fuéramos a enfrentarnos a Orión Montecarlo no debía afectar al trato que diéramos a los clientes.

Ya no quedaba ninguno de los que había conocido el primer día de esas Navidades. Ni el matrimonio de Granada, ni la madre con su hijo adolescente, ni Simón y su novio coreano, ni por supuesto los noruegos. Ahora teníamos nuevos clientes y queríamos que también fueran felices en nuestro establecimiento. Y lo eran, podía notarlo cuando les servíamos el desayuno y los oía hablar sobre lo que iban a hacer ese día en el pueblo o lo divertido que había sido el taller de la tarde anterior. Era como tener nuevos amigos cada semana. Y, si todo iba bien, eso seguiría sucediendo durante muchos años más.

—¿Sabemos algo de los hermanos? —me preguntó Clara después de haber limpiado todo el comedor.

Pasaba el tiempo y seguíamos con la misma sensación de incertidumbre clavada en el pecho. Yo actuaba en automático. Porque no sabía qué más hacer. Estábamos a la espera. ¿No podía llegar Orión ya y acabar con la maldita…?

Llamaron al timbre.

Dicho y hecho.

O era él, o eran sus hijos.

Esperaba que fueran los segundos.

Pero fue lo primero.

Cuando llegué a recepción, Orión Montecarlo estaba de pie en la entrada, con cuatro hombres trajeados tras él y, en el exterior, varios coches con los cristales tintados. Al menos no había un buldócer. Y, aunque suene absurdo, me alivió.

Papá, mamá, Lucas y Clara estaban frente a Orión, con la mirada seria y la pose firme. Me uní a ellos. Me sentía como los trescientos espartanos. Como en la batalla del abismo de Helm. Como en…

—Qué bonito. La familia unida —siseó Orión Montecarlo, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Dónde está mi hijo?

—Aún nos quedan cuatro días, Orión. Nos diste hasta el quince —le recordó papá, valiente como nadie.

—Las cosas han cambiado. Si no, que te cuente tu querido hijo… —Me señaló. Sabía que enfrentarme a él tendría consecuencias—. Has rechazado continuamente nuestra indemnización, Santiago. Y he sido un hombre paciente. Te he dado más tiempo que a nadie. Pero aquí estamos. En un callejón sin salida, ¿verdad?

—No estaría yo tan seguro de eso…

—Pues yo sí lo estoy, muy seguro. He venido con mis cuatro abogados y, créeme, son los mejores del país. Estas tierras son propiedad de los Montecarlo, y simplemente reclamamos lo que es nuestro. No es nada personal —sonrió pérfidamente—. Bueno, quizá un poco personal sí que sea, sí.

—He conocido a mucha gente con dinero, Orión. Algunos eran buenas personas. Otros no. Pero me di cuenta al final de una cosa. El dinero nunca fue el problema —dijo mi padre.

—Muy bien. ¿Y cuál es el problema, si puede saberse? —preguntó Orión, impaciente.

—El problema es cuando llevas tanto tiempo rodeado de privilegios que empiezas a creer que todo tiene un precio. Que una montaña tiene un precio. Que una casa tiene un precio. Que una familia tiene un precio. Que la memoria de la gente tiene un precio. Y que, si alguien se niega a vender, solo es porque todavía no has puesto suficiente dinero sobre la mesa.

—Precioso, Santiago. ¿Cuánto tiempo llevas ensayando ese discurso? ¿Lo has escrito tú? ¿Te lo ha escrito tu hijo?

—Tenemos pruebas de que estas tierras no son tuyas, Orión —intervine yo.

—¿Y qué pruebas son esas si puede saberse? Mis abogados querrán conocerlas, por supuesto.

Los cuatro hombres dieron un paso adelante, tratando de amedrentarnos un poco más.

—Dios, son como Minions —dijo Clara.

—Hemos leído el diario de tu padre.

Nada más mencionarle el diario, la mirada de Orión cambió por completo a una de pura rabia. Pero debía disimular. No podía mostrar ningún tipo de emoción o eso supondría que viéramos que ya no tenía el control.

—No hables de mi padre. No te lo permito.

—Puede hablar de lo que le dé la gana porque este hostal sigue siendo nuestro —me defendió mi padre.

—No por mucho tiempo.

Abigail. Gabriel. Perseo. ¿Dónde demonios estaban?

—Quiero que recuerdes, Santiago, que yo te di la oportunidad de hacer esto por las buenas. Pero os habéis empeñado en hacerlo por las malas. ¿Y ahora os sacáis de la manga eso de no sé qué diario

fantasioso? Esperaba más de ti. —Chasqueó los dedos, y dos de los abogados se acercaron a nosotros y abrieron una carpeta de piel negra. Dentro había unos papeles con el sello de los Montecarlo y una pluma dorada para firmar.

—¿Qué es esto?

—Si firmas este papel, al menos recibiréis algo de dinero, Santiago. Si te niegas, no me queda otra que echaros. Literalmente. Piénsalo bien. La ampliación que quiero hacer reportará beneficios y crecimiento para todos los que vivimos en esta zona. Es progreso. Esta zona de remonte podría llamarse El Muérdago. Suena bien, ¿verdad?

Mi padre nos miró, dudoso, sin saber muy bien qué decisión tomar.

—La gente como tú siempre habla de progreso y de crecimiento —dijo mi madre—. Pero al final siempre significa lo mismo: que alguien pierde su hogar para que otro gane más dinero.

—Estas tierras son nuestras. No hay mucho más que decir.

—Puede que nosotros sí tengamos algo más que decir.

Orión se giró de golpe. En la puerta apareció Gabriel, con su sonrisa de siempre y con las gafas de sol a medio bajar.

—¡Hola, hoyuelos! ¿Llegamos a tiempo para salvar el día? Literalmente, llevo veinte segundos ahí fuera esperando la frase perfecta para poder entrar de la forma más dramática posible.

Seguramente estaba bromeando, pero, conociéndolo, era bastante posible que fuera verdad.

—¿Otro más que ha perdido la cabeza?

—Puede que sí —añadió Perseo, apareciendo tras su hermano, con el diario de Adamant en la mano.

—Por fin te dignas a aparecer. Esa… rabieta de ayer nos va a costar mucho dinero. Y ya sabes de dónde va a salir, ¿verdad? —gruñó entre dientes.

—No voy a dejar que tires abajo El Muérdago.

Orión se echó a reír como un villano de película, pero no dejaba de mirar fijamente a sus hijos.

—Pensaba que eras un Montecarlo, Perseo, hijo. Pero veo que hice mal en dejarte parte de nuestra empresa. No tienes lo necesario para triunfar en los negocios —espetó con asco.

—¿Lo necesario para triunfar es pisotear a todo el mundo?

A Perseo le temblaba la voz. Sabía lo nervioso que estaba, y lo mucho que le estaba costando enfrentarse a su padre de una vez por todas. Solo esperaba que llegara hasta el final, que no se arrepintiera por el camino.

—¡Sí, Perseo! Sí. Si no lo haces, tú eres el que acaba bajo sus pies. ¿No lo entiendes? Un Montecarlo coge lo que quiere cuando quiere. Lo sabes perfectamente —sentenció.

—Estoy… —se quedó en silencio, como si tratara de encontrar las palabras necesarias, pero le faltara el último empujón—. Estoy… harto de ser un Montecarlo —replicó Perseo, afectado.

—¿Cómo has dicho?

—Que está harto de ser un Montecarlo, que estás sordo —intervino Clara, y todos la miramos, sorprendidos—. ¿Qué? Llevaba mucho tiempo sin hablar.

—Entonces también estará harto de todo lo que implica ser un Montecarlo, ¿no? El dinero, las casas en diferentes ciudades del mundo, las fiestas… ¿Estás harto de eso también, Perseo? Dime, hijo.

—No dejas de decirme que no sé tomar decisiones, y siempre acabas decidiendo todo por mí. Por todos. El abuelo no era así.

—Oh, pero claro que tu abuelo era así. Sus decisiones casi nos llevan a la ruina. Sus decisiones fueron las que echaron a tu abuela de casa, las que la apartaron de su lado y de su familia. —Pude ver el rencor en su mirada.

—¿Sus decisiones? No todo es un negocio, padre.

Perseo levantó el diario de su abuelo y Orión lo miró con fiereza. Lo había reconocido. De eso estaba seguro.

—Tu abuelo siempre fue un egoísta. Solo pensaba en él y en nadie más.

—Sabes que no. Por eso estás tan empeñado en destruir todo lo que haya aquí. Odiabas al abuelo, odiabas cómo era, y sabías que o tirabas este hostal abajo, o alguien podría descubrir la verdad. ¡Y la verdad es que nada de lo que tenemos es nuestro! ¡Estas tierras son de la familia De Luca!

—¡Haz el favor de bajar la voz y no gritarme así! ¡Soy tu padre!— le ordenó a gritos. Su voz retumbó en las paredes del hostal.

—Este es el diario de tu padre. Aquí lo dice todo de forma muy clara. Estas tierras se las cedió al padre de Santiago.

—Ese diario no prueba nada. Solo son los delirios de tu abuelo por ese… Oliver. Nada más.

—¿Lo has leído? —preguntó Gabriel—. ¿Leíste el diario?

—¡Claro que leí ese estúpido diario! Lo que no entiendo es cómo podéis defender al abuelo después de haberlo leído vosotros.

Y ahí mostraba por fin el verdadero motivo.

—Mi padre sacrificó a su familia por una persona que le había dado la espalda. ¿Y soy yo el malo? ¿Soy el malo por querer

mantener nuestro legado?

—A costa de pisotear el de otros —lo corrigió Perseo.

—Ah, claro, lo que ocurre es que te gusta el chico de los De Luca, ¿no es eso? Qué oportuno todo. Y qué tonto eres, hijo mío. ¿Cómo te has dejado engañar? ¿No ves lo que ha pasado? ¿No ves que solo estaba contigo por interés? Te ha usado, Perseo. No somos tan diferentes después de todo.

Eso era mentira. Y quise decírselo, para defenderme, pero sobre todo para que Perseo no dudara de mí y creyera a su padre. Pero… ¿de verdad era mentira? ¿No le había usado durante todo ese tiempo para tratar de que influyera en su padre? ¿Me importaba él o me importaba salvar el hostal?

—Uy, silencio, ¿eh? He debido dar en una tecla que no debía. —Sonrió, sibilino como nadie. Se volvió hacia mi padre—. Santiago, se me ha acabado la paciencia.

Chasqueó los dedos de nuevo y los dos abogados que se habían acercado a nosotros cerraron la carpeta, le quitaron la pluma de la mano a mi padre y volvieron junto a Orión.

—Ya podéis pasar —ordenó al resto de las personas que le habían acompañado y que esperaban fuera—. Vamos a revisar cada esquina de este hostal para…

Se interrumpió cuando hizo su aparición la última persona que esperaba ver.

—Hola, papá.

La mirada de Orión fue de absoluto terror.

—¿A-Abigail? ¿Eres…, eres tú?

El todopoderoso Orión Montecarlo se vino abajo como si fuera un terrón de azúcar bajo la lluvia.

—Pero… Pero cómo es posible…

—Sorpresa.

Capítulo 50

Oliver

El efecto de la aparición de Abigail fue devastador para Orión. Tardó tanto en reaccionar que, por un momento, temí que le estuviera dando un infarto. Cuando finalmente se movió, fue para tratar de dar un abrazo a su hija, pero Abi lo apartó.

—¿Qué…, qué ocurre?

—Papá, tenemos pruebas. Sabemos que estas tierras se las cedió el abuelo a la familia De Luca.

—¿Estás hablando de ese diario? ¿Tú también, hija?

—No. Tenemos el documento de cesión. Y hemos certificado que es auténtico. Por eso hemos tardado en llegar —explicó Abigail, entregándole la carpeta con el acuerdo que habíamos encontrado mi padre y yo en la habitación secreta del abuelo.

Orión seguía sin dar crédito a lo que acababa de ocurrir, pero acabó por abrir la carpeta y leer por encima el documento. No hizo ningún comentario. Se limitó a dárselo a uno de sus abogados, que lo examinó minuciosamente.

—¿Cómo sigues viva? ¿Qué-qué ha pasado, Abi? ¿Dónde has estado? —Si no lo conociera, pensaría que estaba genuinamente preocupado.

—Alguien intentó matarme, papá.

—¿Alguien? ¿Cómo puede…? —se interrumpió ante el silencio que se había creado y, mirando fijamente a los ojos de su hija, comprendió lo que había querido decir—. ¿Crees que fui yo? ¿Crees…?

—Sabías que estaba investigado lo que me había dicho el abuelo. Te lo dije. Y tú lo único que querías era mantenerme lejos del hostal. ¿O te recuerdo cómo te enfadaste cuando supiste que había pasado aquí una noche?

—¡Pero estás diciendo una locura, hija, por favor! ¡Cómo iba a intentar…! Es que no puedo ni decirlo en voz alta. Perseo, Gabriel, ¿en serio pensáis que soy capaz de algo así?

Gabriel se encogió de hombros.

Perseo no contestó.

—No… No… No puedo creérmelo.

—A esto te ha llevado tu ambición, Orión. A que tus propios hijos duden de ti —intervino mi padre, ya más tranquilo.

—Yo… Yo… —Orión se veía acorralado por primera vez en su vida. No tenía ningún tipo de escapatoria. No le quedaba otra que enfrentarse a sus decisiones. A su propia familia—. Yo nunca haría eso, hija. Tienes que creerme. Yo solo quería que… que te mantuvieras lejos del hostal. Nada más. Nunca haría algo que te hiciera daño. —Estiró los brazos para cogerle las manos. Ella, esta vez, no lo rechazó.

—¿Por qué me diste por muerta, papá? ¿Por qué no intentaste buscarme? Gabriel… Gabriel lo hizo. ¿Por qué tú no? ¿Por qué nunca desmentiste las cosas horribles que dijeron sobre mí?

—¡Te busqué! Claro que te busqué. —Esa revelación nos pilló a todos por sorpresa—. Pero…

—¿Pero…? —repitió Abigail, impaciente—. Te convenía la versión que se había dado de los hechos, ¿verdad? La única persona que sabía de la existencia de algo que pudiera hacer fracasar tus planes era yo. El abuelo ya casi ni recordaba quién era. Pero cuando tuvo ese momento de lucidez, y yo te conté lo que me había dicho…, Dios, entraste en pánico. Quizá no quisiste matarme, puede ser. Pero tampoco querías que estuviera viva.

—¡Eso no es verdad! —bramó.

—Demuestra que queda algo bueno en ti, papá. Si no es por el abuelo, hazlo por nosotros. Hazlo por tus hijos. Olvídate del hostal.

Orión seguía sin dar su brazo a torcer. Un animal acorralado siempre es mucho más peligroso. Podía notarlo desesperado, tratando de encontrar algo que lo ayudara a seguir adelante con su plan. Pero se le habían agotado las ideas.

—¿Quieres meterte en una pelea legal por estas tierras? Porque sé que hay más cosas que no nos has contado… y no tienen que ver con este hostal. Seguramente ni tus abogados las conozcan…

Esa amenaza velada fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Orión. Había estado a punto de ceder, de darse por vencido. Pero escuchar esas palabras de boca de su hija devolvieron la furia a su mirada.

—¡Quedaos con el maldito hostal!

Hizo un gesto con su mano y todos los que lo habían acompañado salieron fuera sin hacer ni un solo comentario. Orión nos lanzó una última mirada amenazante y giró sobre sus talones con furia, dispuesto a irse.

—Abigail, nada me alegra más que verte de nuevo. Por favor, ven a hablar conmigo, ¿vale?

Ella asintió, pero estaba destrozada. A fin de cuentas, seguía siendo su padre.

—Tú ya no eres hijo mío —le gruñó a Perseo.

—¿Y qué mensaje tienes para mí? —sonrió Gabriel. La respuesta fue un bufido más propio de un animal que de un ser humano—. Papaíto siempre tan comunicativo.

Acto seguido, salió del hostal y cerró la puerta de golpe. Juraría que temblaron un poco los cimientos cuando Orión Montecarlo se fue.

Nos miramos todos, sin saber muy bien si gritar de felicidad, de rabia, de furia o de tranquilidad.

La guerra quizá no estuviera ganada. Pero, desde luego, la batalla sí. Mi padre sonreía aliviado, pero sabía que estaba aguantándose las lágrimas. Mamá abrazó a Lucas, contentos de haber conseguido vencer a Orión. Gabriel y Abigail se habían acercado para abrazar a Perseo, que se había derrumbado por completo. Y yo… me sentía eufórico porque había conseguido salvar el hostal.

—Eh, con ayuda de todos, ¿eh? No vayas a atribuirte tú todo el mérito —me dijo Clara.

—¡Si yo no he dicho nada!

—Pero seguro que lo has pensado, que te conozco.

Epílogo

24 de diciembre

—¡Clara! ¡Que se quema el pavo! —chillé mientras no dejaba de remover las patatas asadas para que se empaparan bien del aceite, el romero y el tomillo.

—¡Que no se quema! ¡Que estoy atenta! —Pero no lo estaba, seguía fumando en el umbral de la puerta trasera, mientras hablaba con Lena y se reía escandalosamente.

—Joder —protesté entre dientes, y me acerqué al horno. Lo abrí y coloqué un trozo de papel de plata sobre el pavo para que no se quemara la piel.

Mi padre entró, con su delantal de Papá Noel y, al abrirse la puerta, escuché todo el bullicio que había en el salón. Era la cena de Nochebuena. Y, sumando los huéspedes del hostal, éramos más de veinte personas. Mi padre había invitado a varias de las personas que se habían quedado con nosotros esos días de diciembre. Así que estaban Simón y su novio Jae-young, el matrimonio de Granada, Gabriel, Abigail y Perseo, y estos habían invitado a Luca Calliveri, miembro de la realeza de Santino, y a su pareja, Gaspar Costa, y, como solo tenían diecinueve años, habían venido con los abuelos de este último, además de con sus primos, Marco y Sofia.

Para beber, había vino caliente y sidra, y para comer, aparte de pavo asado, también había opciones vegetarianas y una ingente cantidad de aperitivos. Perseo había pagado a camareros para que sirvieran mientras nosotros nos dedicábamos a cocinar. Porque papá

se había negado a que una persona que no conociera entrara en su cocina.

—¿Cómo va el pavo?

—Estupendamente. Y no gracias a tu hija, desde luego… —dejé caer.

—Siempre se te ha dado bien cocinar, aunque creas que no —dijo mi sonriente padre mientras abría el horno y comprobaba que todo estaba en orden.

—Ya te digo yo que no… ¡Clara! ¡Mi cerveza! Dios, es que no hace nada…

—Ya conoces a tu hermana —la disculpó mamá cuando entró en la cocina.

—Bueno, pues ya va siendo hora de que espabile y haga algo.

—Toma, aquí tienes tu cerveza —dijo mi padre, que también me dio un cuenco repleto de patatas fritas.

—Así sí puedo cocinar. —Sonreí y bebí un buen trago de cerveza —. Oh, mierda, las patatas. ¡Se queman!

—No, tranquilo, echa un poco más de limón, dale —me recomendó mi padre mientras bajaba el fuego de la sartén al mínimo.

—Gracias, papá.

—Luego tenemos que hablar… —Lo dejó caer como disimuladamente. Pero le había escuchado perfectamente.

—¿Qué pasa?

—Tengo…, bueno…, tengo algo que pedirte.

Pero no me dijo nada más. Con una sonrisa que escondía mucho, volvió a salir al comedor y de nuevo me dejó solo en la cocina. Aunque no por mucho tiempo, porque entró Gabriel, visiblemente

borracho (¿ya?), pero elegante como siempre, con una copa de vino caliente.

—¿Qué tal, hoyuelos? ¿Tú nunca descansas o qué? Estamos todos esperándote fuera.

—Sí, sí, ahora saldré. Estoy revisando…

—Deja de revisar cosas y disfruta de la fiesta. Si quieres, puedo vigilar yo la cena. —Me guiñó un ojo, juguetón, y se apoyó en la encimera, pero resbaló y se tiró el vaso de vino encima—. ¡Joder!

Yo, claro, no pude evitar reírme. Cogí un trapo limpio, lo coloqué bajo el grifo del fregadero y me acerqué a Gabriel para limpiarle la camisa.

—Ya no sabes qué excusa poner para que te toque un poco, ¿verdad?

—Pillado —sonrió—. Ya sabes que si Perseo te la vuelve a liar algún día…, mis brazos están abiertos. Bueno, y mis piernas también.

Le tiré el trapo a la cara y Gabriel se echó a reír mientras seguía limpiándose la camisa.

—Eres como un viejo verde —le reprendí.

—Espero que con más estilo.

—¿Alguna novedad de tu padre? —pregunté al tiempo que añadía un poco más de limón a las patatas de la sartén.

—Por ahora, solo sabemos que está con sus abogados, tratando de encontrar algún resquicio al acuerdo que firmaron nuestros abuelos. Pero está bastante tranquilo. El regreso de Abigail le ha trastocado un poco todo.

—No me extraña. ¿Realmente crees que él…?

—A ver, el viejo es capaz de todo. Pero le creo cuando nos dijo

que solo pidió que se la asustara. No me imagino a papaíto matando a su hija favorita —reflexionó. Entonces vio mi botellín de cerveza y le dio un sorbo.

—¿Y Abi qué tal está?

—Quién sabe. Algo ha cambiado en ella. Es decir, sigue siendo Abi, pero al mismo tiempo no lo es. Hay que darle tiempo. Está teniendo demasiada exposición.

Y es que había sido una locura. Cuando reapareció públicamente, la gente no daba crédito. Inventaron una explicación compleja sobre cómo había tenido problemas de amnesia y había estado ingresada en un hospital varios meses.

Nadie pareció hacer más preguntas de las necesarias (y supuse que Orión habría tenido algo que ver). Ahora, Abigail iba a escribir un libro sobre su historia, porque le habían hecho ofertas millonarias.

—¿No crees que le falta un poco de romero ahí? —sugirió Lena.

—Gracias, cielo, no se me había ocurrido. —Si Clara era pesada, su novia lo era mucho más. ¿Cuándo habían entrado?

—¡Hombre, Gabs! ¿Qué tal? —dijo mi hermana al ver a Gabriel y se lanzó a sus brazos. A punto estuvo de tirarle la cerveza encima, lo que ya hubiera sido un exceso para su pobre camisa.

—Clara, ¿piensas ayudarme en algún momento?

—Lo estoy haciendo ya. Te dejo solo para que puedas probar lo que se siente cuando una persona es independiente y tiene responsabilidades —me explicó, separándose de Gabriel para mirarlo bien de arriba abajo—. ¿Ya te has tirado el vino encima? ¿O ha sido Oli?

—Cincuenta cincuenta —se rio él—. Hoyuelos, recuerda lo que te

he dicho. Relájate un poco, que te pareces demasiado a Percy.

Gabriel salió de la cocina, dispuesto a seguir siendo el alma de la fiesta, como lo era siempre.

—Oye, ¿tú sabes de qué va lo que me quiere contar papá? —pregunté a Clara directamente.

—¿Te quiere contar algo?

—¿No tendrá que ver con su novia? ¿Cómo se llamaba? ¿Paola? —Traté de sacarle algo de información, aunque fuera solo mirándole a los ojos. Pero mi hermana a veces era muy difícil de leer.

—Alguna tontería absurda será.

—Vamos, que lo sabes y no me lo vas a decir.

—Quizá… —Hizo un gesto y apagó el cigarrillo en mi botellín.

—¡Eh, que me quedaba cerveza!

—Pues coge otra de la nevera, chico. No seas quejica. Vamos, Lena. Tenemos que arreglar todo lo que ha estropeado mi querido hermano.

Apartándome de malas maneras, me relevaron como vigilantes de la cena. Así que, resignado, salí de la cocina.

Nada más verme, Perseo vino directo hacia mí. Iba vestido con un traje negro y una pajarita morada, y se había aclarado el pelo. Como siempre, estaba guapísimo. Me dio un beso corto en los labios y, cogiéndome de la mano, me llevó junto al árbol de Navidad, donde estaban Luca Calliveri y su pareja Gaspar Costa. Nadie me los había presentado aún, porque llevaba casi toda la noche encerrado en la cocina.

—Oliver, te presento a Luca Calliveri, un amigo de nuestra familia, y el último rey de Santino y Montez. Y a su novio, Gaspar Costa.

—Menuda presentación se lleva él y yo solo soy su novio. ¡Qué

downgrade más salvaje! —bromeó Gaspar, y me tendió la mano—. Un placer.

—Yo he leído un libro tuyo —le dije—. *Los siete puntos del amor*, creo que se titula, ¿verdad?

A Gaspar se le iluminaron los ojos. Pero también se puso rojo de la vergüenza.

—*Piacere* —me saludó Luca Calliveri, haciendo una pequeña reverencia.

—El *piacere* es mío —improvisé, arrancando una sonrisa un tanto disimulada a Luca—. ¿Sabes que tu nombre es igual que nuestro apellido, De Luca? Curioso, ¿no?

Ni a Perseo ni a Luca les pareció relevante. Solo Gaspar trató de salvar mi chiste con una risa forzada.

—No esperes que Luca se vaya a reír mucho. Ya sabes, es un poco santinés de más. Es decir, estirado.

—Tengo experiencia con ese tipo de chicos. —Le señalé a Perseo, que estaba hablando muy serio con Luca. Ambos se habían separado un poco de nosotros.

Estuve hablando un poco más de Gaspar y luego saludé a Simón y a Jae-young, pero en un momento dado Abigail me apartó un poco del bullicio y me llevó hacia la entrada del hostal, donde solo llegaban ecos de la música.

—Tenía muchas ganas de esta cena de Nochebuena, Oliver —dijo —. Y quería darte las gracias.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por habernos ayudado. Por haber conseguido que descubriéramos el pasado de mi familia.

—Pero eso fue gracias a ti. Si no llega a ser por tu nota… ¿Por

qué me la enviaste? ¿Cómo sabías que te haría caso?

—Cuando me enteré de que mi padre por fin iba a seguir adelante con su plan de expansión, decidí que tenía que actuar. Así que reservé el primer billete que encontré para llegar aquí, y cogí la última habitación que quedaba en el hostal. Aún no tenía muy claro mi plan, pero entonces apareciste tú. El hijo de Santiago. Quizá podía hablar contigo, ayudarnos mutuamente en la investigación. Pero no estaba segura de querer revelar a nadie que seguía viva…

—Entendible, también te digo.

—Entonces vi la rueda de prensa en la que desafiaste a mi hermano y le propusiste quedarse una semana en el hostal. ¡Te vi con tantas ganas de luchar! Yo no solo no había sido capaz de encontrar nada, y llevaba casi un año investigando…, sino que, además, estuve a punto de morir por meterme en esto. No quería ponerte una diana en la espalda, pero a ti nadie te estaba vigilando… Así que me la jugué y metí esa nota anónima por debajo de tu puerta.

—Podría haber pasado de ella fácilmente. Podría haberla encontrado tu hermano primero.

—Pero la encontraste tú. Y estaba convencida de que, cuando leyeras lo de «Salva el hostal», te animarías a investigar —me explicó—. Lo que me sorprendió es que Percy acabara ayudándote. Con lo orgulloso que es y lo teledirigido que estaba por nuestro padre.

—Técnicamente aceptó venir al hostal como espía de vuestro padre.

—No me sorprende —sonrió Abigail—. Pero al final hizo lo correcto, ¿verdad?

—Sí. —Miré hacia el comedor. Perseo seguía hablando con Luca Calliveri, aunque se les habían unido los primos de Gaspar. Pero él era el centro de todas las miradas. Su magnetismo era increíble…

—No le he visto mirar a nadie como te mira a ti, Oliver.

—No eres la primera persona que me lo dice… —Gabriel me había dicho exactamente lo mismo.

—Por algo será, ¿no crees?

—¿Qué vas a hacer ahora, Abi? Me dijo Perseo que vas a escribir un libro…

—Uf, quién sabe. Estoy aún lidiando con todo. Papá es difícil, pero creo que está intentando acercarse. A su manera, claro.

—Acercarse a ti, porque por lo que sé no está haciendo lo mismo con Perseo y Gabriel… —señalé. Orión no había vuelto a hablar con ninguno de los dos desde la mañana en la que le plantaron cara.

—Espero que tarde o temprano cambien las cosas. Ojalá acabe cambiando él también.

—Eres mejor persona que yo, desde luego —dije.

Yo nunca iba a perdonarle a Orión lo que nos había hecho pasar a mi familia y, también, a sus hijos. Perseo, desde que había roto relación con su padre, era otro. No tenía tanto miedo, y había dejado de mirar a la gente por encima del hombro. Estaba descubriendo una nueva vida sin el yugo de Orión Montecarlo.

—¡Aquí estabais! Venga, que empieza la cena. Ya nos hemos sentado todos —nos dijo Lucas, y volvimos al comedor.

Yo me senté por supuesto al lado de Perseo, en uno de los extremos de la mesa, y los camareros contratados por él empezaron a servir la comida. Una Nochebuena en familia, y con la seguridad y tranquilidad de poder seguir estando en el hostal muchos años más.

No habíamos ido a plantar un árbol porque fuera estaba nevando lo indecible, pero papá había prometido que iríamos al día siguiente con los que quisieran quedarse.

—Muchas gracias a todos y todas por confiar otro año más en El Muérdago —dijo mi padre cuando terminamos de comer el primer plato—. Vamos a seguir mucho tiempo más por aquí, y esperamos disfrutar esta Nochebuena… y las siguientes con todos vosotros. Pero, antes de seguir con la cena, me gustaría decir unas palabras y hacerle una petición a mi hijo, Oliver.

Toda la mesa se giró para mirarme. Claro, nadie tenía ni idea de lo que iba a contarme. Y yo menos.

—Oliver —continuó diciendo—, lo he estado pensando mucho. Sobre todo estas últimas semanas, desde que llegaste al hostal. Lo he hablado con tu hermana y con tu madre, y creemos que es lo mejor.

—Papá, me estás asustando —sonreí, nervioso.

Sabía que Clara lo sabía. La miré con cara de odio y ella se limitó a guiñarme un ojo y brindar en el aire con su copa de sidra.

—No tienes trabajo, no tienes piso. Y verte luchando por nuestro hostal… me ha hecho reflexionar sobre lo que quiero y lo que tú te mereces. Me gustaría…, si tú quieres, claro…, que lleves tú El Muérdago.

—¿Cómo dices? —Casi me tiré la copa de vino encima.

—¡Ojo! ¿Es que quieres que te pase lo mismo que a mí? —sonrió Gabriel señalando la mancha de su camisa.

—No tienes que darme una respuesta ahora. También podrías plantearte quedarte solo durante un par de años… Llevo demasiado tiempo atado a este sitio y, ahora que sé que va a seguir en pie,

quiero conocer un poco de mundo. No tener que estar continuamente preocupado del hostal, por mucho que lo ame. ¿Te gustaría llevarlo? ¿Al menos durante uno o dos años?

—Pero, papá, yo no tengo ni idea de llevar un negocio así. Y me lo podrías haber dicho en privado, no delante de tanta gente, je, je. —Sonreí forzadamente entre dientes.

—Solo si tú quieres, claro.

—¿Y Clara?

—Yo te puedo ayudar, Oli. Pero ambos sabemos que a ti se te va a dar mejor. Eso sí, ojo, que el hostal es de los dos. No te vayas tú a pensar ahora que te quedas con todo…

—El hostal es de vuestro padre, que aún no está muerto —la corrigió mamá.

Era… era demasiada responsabilidad. Una cosa era tratar de salvar el hostal, y, otra muy diferente encargarse de llevarlo. ¡Cómo iba a ser capaz! ¿Y si lo estropeaba todo?

Además, ¿cómo pretendía que lo llevara yo solo? Di un sorbo de mi copa, y, como la gente me miraba y esperaban una respuesta, seguí bebiendo y bebiendo hasta que la vacié.

Iba a tener que decir algo. Tenía que dar una respuesta.

—Hermanito, ¿por qué no lo ayudas tú? —intervino de repente Gabriel, guiñándome un ojo, cómplice. Miré a Perseo, que se puso rojo de la vergüenza al momento.

—No digas tonterías, Gabs —añadió Abigail—. Perseo no aguantaría aquí tanto tiempo.

—Pues aguantó sus días, ¿eh? —replicó Gabriel, y luego volvió a mirar a su hermano—. Te lo digo en serio, Percy. ¿Quién mejor que tú?

Mi padre me acababa de hacer una encerrona, y lo que acababa de hacer Gabriel con Perseo era algo muy parecido.

—Tranquilo, que no tienes ni que responder. Ya conoces a tu hermano. No hace falta que…

—La verdad es que me encantaría —musitó Perseo, aún vergonzoso.

—¡Más alto para los del fondo, que no escuchamos! —bramó Clara, y todos se echaron a reír, incluido Perseo, que vio ese escape como una forma de relajar el ambiente un poco más.

—¿Qué acabas de decir? —le pregunté, incapaz de creerme lo que había escuchado.

—Que me encantaría llevar El Muérdago contigo, Oliver. Pero solo si tú quieres, claro.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Nunca habría pensado, ni en un millón de años, que acabaría llevando el hostal de mi familia junto con Perseo Montecarlo. Alguien que, el primer día que lo conocí, me echó de su coche casi a patadas. Sin embargo, en poco menos de un mes se había convertido en una de las personas más importantes de mi vida. Descubrir la verdad sobre nuestras familias nos había unido más que ninguna otra cosa. Puede que yo le hubiera cambiado, pero desde luego él también me había cambiado a mí.

Ahora era capaz de mirar el futuro con optimismo. Con ganas. Y hay que valorar a la gente así.

—Un Montecarlo nunca miente —dijo sonriendo.

Agradecimientos

Si has llegado hasta aquí, gracias. No todo el mundo lee los agradecimientos. De hecho, creo que poca gente lo hace. Y yo ya dejé de poner los nombres de la gente a la que se lo agradecía. Alguien podía sentirse excluido, ¿verdad? Así que prefiero hacer un agradecimiento general, a todas las personas que han estado presentes, apoyándome no solo en mi carrera sino en la creación de este libro. Desde mi editora hasta mis agentes, pasando por todos mis amigos y amigas y por mi familia.

Al final, si lo piensas, los agradecimientos de un libro son como los créditos finales de una película. Solo que sin escena poscréditos.

Bueno, ¿y por qué no? ¿Por qué no tener una escena poscréditos? Pues ya que habéis llegado al final, aquí la tenéis. Casi todos mis libros están conectados entre sí, con cameos de otros personajes, y siempre transcurren en el mismo universo. Vamos a aprovechar estos últimos párrafos y, quién sabe, quizá con esta escena extra os esté avisando de uno de mis próximos proyectos. ¿Habéis leído *Un rey de verano*?

⁂

(Traducido del santinés)

La cena había sido *diliziosa*. Cuando recibimos la invitación de Perseo Montecarlo, supe que no podíamos rechazarla. Era un buen amigo de la familia, y fue de los pocos que siguió siéndolo después de abdicar. Pese a que ya había pasado más de un año, aún no me

había acostumbrado del todo a estar fuera de mi país, lejos de Santino, del *palazzo* en el que había estado toda mi vida.

Madrid no me gustaba. Era una ciudad demasiado *tronatta*, con ruidos por todas partes. Pero quería estar con Gaspar, y él acababa de empezar la universidad. Yo no dejaba de viajar. Tenía tantos compromisos como días de la semana: cenas benéficas, discursos en grandes eventos o, por ejemplo, seguía ayudando en la organización del torneo de tenis de Santino. Perseo me lo había pedido expresamente, al igual que el primo de Gaspar, el tenista santinés Boro Lodi.

Mientras los demás invitados de la cena disfrutaban del vino caliente y de la música que sonaba en los altavoces (reconocí «Butterfly», una canción que me había enseñado Gaspar esas Navidades), no dejaba de pensar en las ganas que tenía de formar una familia.

La mía ya no existía. Sobre todo tras descubrir que mi padre… no era mi padre. Y el verdadero lo único que había hecho era conspirar a mis espaldas. La gente seguía llamándome Luca Calliveri. Al final era mi imagen de marca, por así decirlo. Pero, poco a poco, el cambio iba calando en el público.

Luca Bigazzi.

Ese era mi verdadero nombre.

Miré a Gaspar, bailando con su prima Sofia, y la hermana de Oliver, Clara, y solo podía pensar en lo enamorado que estaba de él y lo mucho que lo necesitaba en mi vida.

En la tradición santinesa, cuando un rey elegía a su pareja, si la relación aguantaba, a los cuatro años debían contraer matrimonio. Yo ya no era rey. Pero tenía claro que quería pasar el resto de mis

días con él.

Aunque no podía pedirle que se casara conmigo. Solo teníamos diecinueve años.

Sí que necesitaba pedirle que volviéramos a Santino. Al menos yo necesitaba hacerlo. Había llegado el momento de regresar. Tenía ofertas para liderar partidos políticos y varios movimientos sociales. ¿Estaba preparado? ¿Quizá había sido demasiado cobarde dejando mi país a su suerte? No lo sabía, pero ya lo había hablado con la abuela de Gaspar y con sus primos: quería montar mi propia tienda de plantas. Un vivero natural. Con una casa para nosotros dos, y también para su padre. Y Robin. Pero no sabía si querría. Quizá estaba yendo demasiado rápido con todo.

—¿En qué piensa usted, señor Bigazzi? —dijo Marco, el primo de Gaspar, interrumpiendo mis pensamientos.

—En nada. Solo observo.

—He estado hablando con Gabriel Montecarlo… Bueno, hablando y otras cosas —sonrió, juguetón—. Creo que podemos llegar a un buen acuerdo para una pequeña casa que tienen a las afueras de Santino Porto. Sería el sitio perfecto para vosotros.

—Tengo que hablar primero con Gaspar —sentencié.

—Si necesitas ayuda para convencerlo… —se ofreció.

—No lo sé aún. Pero *grazie mile*, Marco.

—Los Costa se ayudan. Siempre. *Lunga vita solare*, Luca.

—*E breve notte lunare* —sonreí, cómplice, mientras Marco se alejaba e iba directo a los brazos de Gabriel, cogiéndole de las manos y abandonando el salón.

Gaspar y yo cruzamos miradas y me hizo una mueca absurda. Pero tropezó con el árbol de Navidad y estuvo a punto de tirarlo.

—*Io te agratto* —le dije, vocalizando cada palabra para que lo pudiera escuchar.

—Te quiero —me respondió él.

La nueva novela del autor LGTBIQ+ nacional más aclamado. ¡Un cozy romance con los elementos más navideños!



Oliver va a comenzar la Navidad de la peor forma posible: sin trabajo y sin piso.

Su única opción es ir al hostal navideño de su padre, El Muérdago, y trabajar allí mientras piensa qué hacer con su vida. Lo que no sabe es que los Montecarlo, propietarios de una importante cadena hotelera, piensan demoler el hostal en quince días…, así que no solo tendrá que enfrentarse al hijo de la familia, Perseo Montecarlo, un niño pijo estirado que quiere hacerle la vida imposible, sino también a los secretos de su propia familia, que podrían cambiarlo todo.

Juan Arcones (he/él). Escritor, director y guionista. Licenciado en Comunicación Audiovisual por la Universidad Complutense de Madrid, finalizó sus estudios en la New York Film Academy. Es autor de cinco libros publicados hasta la fecha *Dextrocardiaco*, *Eterno amor adolescente*, *Komorebi*, *Basoréxico* e *Imborrable*, además de haber escrito y dirigido varias obras de teatro como la adaptación de su novela *Dextrocardiaco*, representada en el Teatro Lara de Madrid, ha realizado diversos cortometrajes premiados internacionalmente como *Holden*, seleccionado en el Festival de Cine de Cannes.

© 2026, Juan Arcones
Autor representado por Editabundo Agencia Literaria, S. L.

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Angie Izquierdo
Ilustración de portada: © Maja Tomljanovic

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-88417-24-5

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: somosinfinitos
X: @penguinlibros
Instagram: @somosinfinitos
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: somosinfinitos

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Un secreto navideño

Capítulo 1. Oliver
Capítulo 2. Oliver
Capítulo 3. Oliver
Capítulo 4. Oliver
Capítulo 5. Oliver
Capítulo 6. Perseo
Capítulo 7. Oliver
Capítulo 8. Perseo
Capítulo 9. Oliver
Capítulo 10. Perseo
Capítulo 11. Oliver
Capítulo 12. Oliver
Capítulo 13. Oliver
Capítulo 14. Perseo
Capítulo 15. Oliver
Capítulo 16. Oliver
Capítulo 17. Oliver
Capítulo 18. Oliver
Capítulo 19. Perseo
Capítulo 20. Oliver

Capítulo 21. Perseo
Capítulo 22. Oliver
Capítulo 23. Oliver
Capítulo 24. Oliver
Capítulo 25. Perseo
Capítulo 26. Oliver
Capítulo 27. Oliver
Capítulo 28. Perseo
Capítulo 29. Oliver
Capítulo 30. Oliver
Capítulo 31. Oliver
Capítulo 32. Oliver
Capítulo 33. Perseo
Capítulo 34. Oliver
Capítulo 35. Perseo
Capítulo 36. Oliver
Capítulo 37. Oliver
Capítulo 38. Perseo
Capítulo 39. Abigail
Capítulo 40. Oliver
Capítulo 41. Oliver
Capítulo 42. Perseo
Capítulo 43. Oliver
Capítulo 44. Oliver
Capítulo 45. Diario de Adamant Montecarlo

Capítulo 46. Perseo
Capítulo 47. Oliver
Capítulo 48. Perseo
Capítulo 49. Oliver
Capítulo 50. Oliver
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Juan Arcones
Créditos